

Selecta



LA TENTACIÓN
DE UN BESO

CHRISTINE CROSS



MINSTREL VALLEY

La tentación de un beso

Minstrel Valley 4

Christine Cross

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*Con un pretendiente/prometido se puede salir de paseo,
pero nunca con un extraño.*

Reglas de decoro de la señorita Sherman
Escuela de Señoritas de lady Acton

Prólogo

Londres, abril 1837

Nunca habían perdido ningún cliente... hasta ese momento.

Smith & Johnson, ubicado en Chancery Lane, era considerado uno de los más prestigiosos bufetes de abogados en Londres. Fundado por sus abuelos, hacía más de cincuenta años que se dedicaban a elaborar testamentos, arrendamientos de tierras, títulos de transferencias o ventas de propiedad. Muchos miembros de la nobleza les habían confiado sus propiedades para que se ocupasen de la administración financiera. Y nunca, en todos esos años, habían perdido a ningún cliente, hasta ese momento.

No se trataba además de una pérdida común y corriente, es decir, que algún cliente hubiese declinado sus servicios en favor de otro bufete —lo que constituiría ya de por sí un asunto grave—, sino de una desaparición. La joven dama había desaparecido sin dejar rastro.

Desde hacía años, Smith y Johnson ejercían como fideicomisarios de los Beaufoy-Scott, una familia de abolengo cuyos orígenes se remontaban a la baronía de Hertford en Minstrel Valley, Hertfordshire. Si bien era cierto que la familia había ido a menos con el paso del tiempo, aún conservaban en sus archivos un testamento que debían hacer efectivo bajo el cumplimiento de una serie de condiciones. Uno de los últimos descendientes directos de la familia había dejado sus últimas disposiciones antes de morir sin descendencia: su herencia —una agradable suma de unos miles de libras y

una antigua joya de valor tanto sentimental como económico— debía ser entregada a aquella descendiente femenina que, al cumplir los veinticinco años de edad, todavía permaneciese soltera.

El señor Smith paseaba su oronda figura con nerviosismo por el elegante despacho, bajo la atenta mirada del señor Johnson, que contabilizaba los pasos que daba su compañero mientras calculaba cuánto tardaría en desgastar la hermosa alfombra que decoraba el suelo. Y es que el señor Johnson, desgarrado y larguirucho como era, poseía un cerebro privilegiado para los números.

—Esto puede costarnos una buena suma de dinero —comentó al tiempo que se frotaba la nariz en un gesto que delataba su disgusto.

—¡No es el dinero lo que me preocupa, sino nuestra reputación! —le espetó su socio, visiblemente exaltado.

—Me refería a la alfombra —repuso lacónico el señor Johnson. Abrió su cajita de rapé y tomó un pellizco que absorbió por la nariz con ademán experto—. Es muy antigua y costará mucho reparar el surco que estás labrando sobre ella.

El señor Smith se detuvo y lo miró, primero con desconcierto, luego, como el agua en una tetera a punto de bullir. El señor Johnson contuvo una sonrisa y esperó el estallido. Resultaba demasiado fácil alterar los ánimos de su compañero, pero siempre le había asombrado la facilidad con la que lograba controlar sus arrebatos, una cualidad notable en su profesión de la que él, sin embargo, carecía. Tenía mucha paciencia, eso sí, pero cuando algo lo enfadaba de verdad, le resultaba imposible controlar su genio. Por eso habían decidido que el señor Smith atendería a los clientes, y él se ocuparía del papeleo y la gestión de las finanzas. Un acuerdo que a los dos les venía de maravilla.

El rostro de su socio tomó un alarmante tono rojizo y el señor Johnson creyó que en esa ocasión sus inocentes palabras provocarían una explosión. Sin embargo, esta no llegó. El aire escapó por la boca del señor Smith como

si de un fuelle viejo se tratase, dejándolo algo desinflado y alicaído.

—No sé cómo puedes permanecer tan tranquilo, Oliver —se quejó al tiempo que se dejaba caer sobre una de las sillas tapizadas ubicadas frente al inmenso escritorio de madera de roble que ocupaba el centro del despacho.

—Como decía siempre mi padre, todo gran problema tiene una sencilla solución —declaró con tono solemne—, y no hay nada perdido que no pueda ser hallado —añadió.

—¿Eso también lo decía tu padre? —Sacó del bolsillo de su chaleco un pañuelo de un blanco immaculado y se enjugó el sudor de la frente fruto de su nerviosismo—. Creo que nunca se lo escuché.

—No, eso es de mi cosecha —aclaró el señor Johnson muy ufano. Unos sonoros golpes en la puerta hicieron que el señor Smith se elevase de su asiento con un sobresalto. Miró a su socio y se sorprendió cuando este le guiñó un ojo—. Ah, ya ha llegado la solución a nuestro problema. ¡Adelante!

La puerta se abrió tan solo a medias para mostrar la pulcra y redondeada cabeza del secretario, con su indomable mata de cabello rojizo y las gafas resbalando por su picuda nariz.

—Ya ha llegado el señor Farrell para su cita —anunció con una solemnidad muy apropiada a su cargo, ya que no para su edad, pues solo contaba quince años. Había entrado como aprendiz al bufete a los trece años y, desde entonces, había hecho grandes progresos. Ahora ejercía como secretario.

—Puedes hacerlo pasar, Percy.

Barnaby Smith se giró hacia su socio con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué diantres has hecho, Oliver?

—Contratar al mejor detective de Londres —repuso este con tranquilidad y un brillo astuto en los ojos. Sabía con certeza que el señor Farrell era el detective con la tarifa más económica de todo Londres; el hecho de que operase solo en el East End entre la peor carroña de los bajos fondos no desmerecía a sus ojos, aunque, desde luego, no era información que

compartiría con su socio.

La puerta se abrió de nuevo y el joven secretario dio paso al visitante. Los ojos del señor Smith se abrieron entre sorprendidos y fascinados ante la figura que penetró en el despacho. Más que un detective, parecía un estibador de puerto, con unos músculos bien desarrollados marcados por la ajustada chaqueta de paño negro. Aunque vestía pulcramente, se notaba que su atuendo había visto tiempos mejores.

El señor Thomas Farrell poseía un rudo atractivo y una edad indefinida, quizás cercana a la treintena. Su rostro de mandíbula cuadrada, nariz algo torcida —probablemente a causa de algún golpe—, y unos ojos oscuros y penetrantes bajo unas pobladas cejas negras, le habría conferido el aspecto de un malhechor si no fuese por la sonrisa burlona que curvaba en ese momento sus carnosos labios y que lo transformaba en un bribón encantador. Su espeso cabello negro se ondulaba rebelde sobre las sienes y la frente.

—Señor Johnson —saludó con una escueta inclinación de cabeza mientras sus ojos, negros como el pecado, observaban todo con atención.

Oliver le devolvió el saludo con la economía de movimientos que lo caracterizaba, y señaló a su compañero con la cabeza.

—Señor Farrell, le presento a mi socio, el señor Smith.

El detective se tocó el ala del sombrero en un gesto de saludo y luego se dedicó a esperar, con las manos en los bolsillos, a que alguien le explicase para qué lo habían mandado llamar. Ya había hecho algunos trabajos para el señor Johnson, aunque siempre se habían reunido en una de las tabernas de Brick Lane, en el East End. Nunca había tenido la oportunidad de acudir a su despacho y, aunque no se sentía incómodo, prefería acabar cuanto antes con el asunto que lo había traído allí.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

Barnaby Smith entrecerró los ojos y lo observó con esa mirada que dedicaba a los legajos más oscuros y enrevesados que llegaban a sus manos, como si quisiera desentrañar su contenido, en ese caso su alma. Pero como

Thomas Farrell estaba convencido de no tener una, no le molestó el escrutinio del abogado.

—El señor Johnson dice que es usted el mejor detective de Londres — comentó en un tono de evidente incredulidad.

El detective esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros con indiferencia.

—Si él lo dice...

El abogado frunció el ceño y se levantó para reanudar su paseo por el despacho, sin hacer caso del molesto bufido que le dedicó su socio.

—¿Es usted discreto?

—Como una tumba.

Smith hizo caso omiso de su respuesta mientras continuaba con su perorata.

—Necesitamos un investigador que sea de fiar. Se trata de un asunto demasiado delicado y no queremos que haya rumores al respecto, ¿comprende usted? Sería demasiado perjudicial para nuestra reputación — señaló. Thomas cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro mientras Johnson ponía los ojos en blanco—. Por eso exigimos discreción y, por supuesto, eficacia. No contamos con mucho tiempo, y es esencial para nuestro bufete que...

—...que encuentre usted a una dama —lo interrumpió su socio ganándose así una mirada furibunda por parte de Smith.

Farrell arqueó una de sus negras cejas con una elegancia y precisión dignas de cualquier miembro de la aristocracia. Si le hubiesen pedido que encontrase a un ladrón, un estafador o un asesino, o incluso a una prostituta, no hubiera tenido ningún problema, ya que se movía como pez en el agua por el submundo de los barrios bajos de Londres, pero ¿dónde demonios podía buscar él a una dama?

Barnaby carraspeó para aclararse la garganta y se dirigió hacia el escritorio, de donde tomó una gruesa carpeta que entregó al joven detective.

Farrell le echó una ojeada y enarcó una ceja.

—¿De qué va todo esto? —preguntó mientras pasaba su mirada de un abogado al otro. Luego añadió con una sonrisa impenitente—: ¿Milady se ha fugado a Gretna Green?

Smith dejó escapar una exclamación ahogada mientras que Johnson disimuló una risa burlona con una tos.

—Por supuesto que no se trata de eso —protestó el señor Smith molesto—, hablamos de una dama.

—Me disculpo —comentó Farrell para nada arrepentido—, mi comentario ha estado fuera de lugar. Le ruego me indique para qué requiere mis servicios.

Barnaby Smith tiró de las puntas de su chaleco, que enseguida volvieron a levantarse a causa de la prominente barriga que lucía, y se pasó la mano por la afeitada barbilla como si estuviese sopesando si seguir adelante o no.

Thomas Farrell maldijo por lo bajo. Necesitaba el trabajo y los ingresos que este podía reportarle, ya que andaba algo escaso de fondos en ese momento.

—Está bien —repuso finalmente el abogado—, el trabajo es suyo. Necesitamos que encuentre cuanto antes a esa joven —señaló los papeles que el detective tenía en su mano—, lady Eleanor Harper. No tenemos más datos sobre ella que los que encontrará en esos documentos.

Farrell frunció el ceño mientras contemplaba la escasa información de la que disponía.

—Esto puede tardar. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Debe encontrarla antes de que cumpla los veinticinco años. Eso será exactamente en tres meses.

Capítulo 1

Minstrel Valley, julio 1837

El ruido proveniente del jardín la desconcentraba.

Eleanor Harper suspiró con resignación y trató de concentrarse de nuevo en los papeles que tenía ante ella. En unos días llegaría el señor Arthur Fields desde Londres y, aunque era un excelente administrador y llevaba todos los asuntos de la propiedad con exquisita precisión, también era bastante exigente y meticuloso para los detalles. Las reuniones trimestrales para la revisión de la administración de la escuela se transformaban en ocasiones en una auténtica pesadilla, como en aquel momento. Por más que leía y releía los papeles, las cuentas no cuadraban.

Un agudo chillido penetró por las ventanas abiertas de su despacho y le hizo menear la cabeza. Seguramente se trataba de Margaret o de Tiberia. Era sábado, y las alumnas tenían clases de Equitación. Una vez más se preguntó si había hecho bien en contratar a Dunhcan Bissop. No es que no fuera un buen instructor, de hecho, ejercía muy bien sus funciones y tenía una mano extraordinaria con los caballos. El problema radicaba en su apostura. Para unas jóvenes tan impresionables y en edad casadera, el rudo atractivo de Dunhcan provocaba suspiros y otros comportamientos algo más impropios. Menos mal que él era todo un caballero y que su corazón parecía haber encontrado ya una dueña. Sonrió al pensar en Valery, bueno, en lady Valery. Qué sorpresa había resultado descubrir que era hija de un conde.

El recuerdo veló sus ojos grises con una nube de tristeza. Ella también pertenecía a la aristocracia. Como hija de un conde, merecía el título de lady por pleno derecho; un derecho del que nunca había disfrutado. Cuando apenas contaba dieciséis años, su padre, lord Ronald Harper, conde de Belford, había fallecido en un lamentable accidente. Solía salir a pasear y a trotar con su caballo, un precioso purasangre negro. Aquel día, al intentar superar una valla, el pie se le había salido del estribo provocando su caída. Había muerto al instante, con el cuello partido. Como consecuencia, su madre se había sumido en una profunda melancolía y apenas había prestado atención a las cuestiones de la herencia, hasta que se habían visto en la calle. El nuevo conde de Belford, un hombre ambicioso y pariente lejano de su padre, no había tenido escrúpulos a la hora de despojarlas de todo aquello que iba ligado al título, dejándolas prácticamente en la miseria.

Unos suaves golpes en la puerta la distrajeron de los sombríos recuerdos.

—Adelante —dijo, volviendo su mirada hacia los papeles.

La puerta se abrió silenciosamente para dar paso a una figura aún más silenciosa. Lucy trabajaba como doncella en la escuela. La belleza dulce que desprendía su rostro contrastaba con la seriedad de este; en los casi dos años que llevaba en la escuela, casi nunca la había visto sonreír.

—Disculpe, señorita Harper, la señorita Bowler la espera en el vestíbulo.

Ella frunció el ceño y la miró con desconcierto.

—¿Lorianne?

Lucy se limitó a asentir con la cabeza antes de salir, dejándola más confundida. Cuando la puerta se cerró tras la doncella, Eleanor se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó suavemente mientras intentaba recordar por qué motivo la esperaba la joven en el vestíbulo, en lugar de hallarse en la clase de Equitación con sus compañeras. ¡La abuela Joan! Dios mío, casi había olvidado que los sábados las chicas se turnaban para ir a casa de la abuela Joan a pasar un rato con ella y leerle un poco. Lo había hablado con las profesoras y a todas les había parecido bien, puesto que cuando las

jóvenes se estableciesen en la alta sociedad, deberían estar preparadas para colaborar en alguna obra social.

Recogió con rapidez los cuadernos de las cuentas y los sepultó en el fondo del cajón. Luego salió del despacho y subió por las escaleras de servicio hasta el primer piso, donde se hallaba su habitación. Cuando entró, se dirigió de inmediato al tocador para revisar su aspecto. Poseía una abundante melena negra que caía en suaves ondas casi hasta la cintura, por eso necesitaba recogerla en un moño apretado. Algunas ondas habían escapado del recogido y volvió a colocarlas con cuidado. Su vestido, una prenda de muselina azul celeste con bordados de flores grises que hacían juego con sus ojos, era sencillo y discreto, así que decidió no cambiárselo. Tomó los guantes y el sombrero junto con el parasol y su limosnera, y bajó por las escaleras centrales hasta el vestíbulo.

—Lo siento, Lorianne —se disculpó mientras se colocaba los guantes—, me he entretenido con unos asuntos.

—No se preocupe, señorita Harper —respondió la joven con una sonrisa sincera.

Eleanor le devolvió el gesto. Era imposible no encariñarse con Lorianne, con sus maneras serenas, sus ojos oscuros siempre chispeantes, su carácter dulce y conciliador. Su pelo negro como la noche, que llevaba recogido en un sencillo moño, hacía resaltar aún más su piel blanca. Si bien no era ninguna belleza y no poseía un título nobiliario, esperaba que hiciese un buen matrimonio, aunque necesitaría un hombre que la comprendiera y la hiciese florecer, porque la joven tendía a retraerse cuando se hallaba en un grupo numeroso.

Eleanor dejó escapar un suspiro mientras se encaminaba hacia la puerta. En realidad, su cometido, y el de todas las profesoras y profesores que formaban parte de la Escuela de Señoritas de lady Acton, era lograr que las jóvenes hiciesen un buen matrimonio que les otorgase una cierta seguridad para el futuro. Bien sabía ella lo difícil que resultaba para una dama quedarse sola en

el mundo.

La voz de Lorianne la sacó de sus tristes pensamientos.

—Señorita Harper, me he traído el libro *Sensatez y Sentimiento* de la señorita Jane Austen, ¿cree que a la abuela Joan le gustará? —preguntó en un tono cargado de inseguridad.

—Seguro que sí, Lorianne —la tranquilizó—. Sus novelas han tenido mucho éxito.

La joven sonrió mientras asentía dándole la razón.

—Oí decir que cuando la princesa Carlota lo leyó, comentó que se sentía identificada con Marianne, una de las protagonistas, porque ella también era muy impulsiva.

—Lorianne, no hay que hacer caso a los rumores —la reprendió con suavidad—, y menos cuando se refieren a un miembro de la realeza que ya ha fallecido.

—Lo siento, señorita Harper —se disculpó enseguida. Agachó la cabeza, coronada por un gracioso sombrerito que hacía juego con su vestido mañanero de color marfil, y concentró su mirada en el camino que llevaba de Minstrel House al pueblo.

Eleanor sacudió la cabeza. «Qué difícil resulta educar a las jóvenes», se dijo dedicando una mirada pensativa a su acompañante. No podía verle el rostro porque Lorianne era menuda, y ella, más alta que la media, un rasgo heredado de su padre; de hecho, su altura siempre la había incomodado un poco.

—Yo creo que tú te pareces más bien a Elinor, la hermana sensata —declaró con la intención de suavizar la situación.

La muchacha levantó la cabeza y la miró con los ojos agrandados.

—¿Usted la ha leído?

El tono de sorpresa en su pregunta le hizo fruncir el ceño. ¿Acaso pensaban todas las alumnas que ella era un ogro o un bloque de hielo?

—Por supuesto, creo que es una obra con altos valores morales —aclaró.

—Y romance.

—Y romance —concordó con una sonrisa.

Lorianne tenía dieciocho años, y a esa edad todas las jóvenes soñaban con el amor y con un príncipe azul; sueños de los que ella misma había tenido que prescindir al morir su padre tan repentinamente, y su madre, pocos años después. La vida que le correspondía como hija de un conde, con sus bailes de sociedad, su presentación en la Temporada, sus picnics campestres y sus conciertos y *soirées*, se había evaporado el día que cumplió los dieciséis, dejando tan solo un pozo de tristeza en su corazón.

Aunque el trayecto hasta el pueblo no implicaba demasiado tiempo, con compañía se transformaba en un agradable paseo. Las primeras casas que salpicaban el verde paisaje de Minstrel Valley asomaron pronto en el horizonte. Luego solo tendrían que dirigirse a la que había sido la casa de Olivia Coombs, donde ahora vivía la abuela Joan.

—Yo no creo que me case por amor.

La rotunda afirmación en alguien tan joven la sorprendió.

—¿Por qué no, Lorianne? Cualquier joven debería aspirar a unirse en matrimonio enamorada de su esposo, o al menos, sintiendo un gran afecto por él.

La muchacha se encogió de hombros como si el asunto realmente no tuviese importancia.

—El amor es difícil de encontrar; me conformo con alguien que me respete.

Eleanor la miró desconcertada. ¿De dónde habría sacado la muchacha semejante idea? Iba a responderle cuando una voz la detuvo. Sin darse cuenta, se habían internado ya en las calles del pueblo y casi habían alcanzado la plaza central. Resultaba inevitable encontrarse con gente; sin embargo, gimió para sus adentros cuando descubrió quién la llamaba. Dejó escapar un suspiro de resignación y esperó a que la mujer las alcanzara.

—Señorita Harper, se deja usted ver muy poco por el pueblo —le espetó

sin siquiera un saludo de cortesía.

El tono con el que pronunció las palabras le recordó al de un predicador acusando a sus fieles de haber cometido algún pecado mortal. Por el rabillo del ojo vio que Lorianne agachaba la cabeza con gran recato, probablemente para ocultar una sonrisa.

—Dirigir una escuela es una tarea que exige mucho esfuerzo, señora Cotton, desgraciadamente no dispongo de mucho tiempo para mí misma —replicó con una sonrisa tensa.

Mildred Cotton bufó en señal de desacuerdo. Su figura delgada y espigada, vestida siempre de negro, le hizo pensar en un cuervo agorero.

—No hace falta que me mientas, jovencita. Tengo sesenta años y he visto nacer a la mayoría de los habitantes de este pueblo; sé lo que es el trabajo duro y te aseguro que educar a unas muchachas frívolas no lo es —declaró al tiempo que le dedicaba una mirada desdeñosa a Lorianne.

Eleanor contuvo las ganas de replicarle con acidez, puesto que se trataba de una persona mayor y tenía que dar ejemplo a sus alumnas; además, no quería enzarzarse en una discusión con la mujer más cotilla del pueblo.

—Discúlpenos, señora Cotton, pero la señorita Bowler y yo tenemos algo de prisa.

Hizo ademán de continuar su camino, dando por finalizada la conversación, pero la mujer la retuvo por el brazo.

—Un momento, jovencita. —Eleanor apretó los labios en un mohín de disgusto. Detestaba que la llamase así, puesto que ya había cumplido los veinticinco años. Si Mildred se dio cuenta del gesto, lo ignoró, puesto que continuó hablando—: el mes pasado, o tal vez fue en mayo, ya no lo recuerdo bien, vino un joven al pueblo. Era apuesto, aunque algo... —movió las manos como si el gesto le facilitase la tarea de hallar la palabra adecuada— rudo, y se dedicó a hacer muchas preguntas. ¿Y bien?

Se quedó mirándola fijamente y Eleanor se sintió incómoda bajo el escrutinio de sus ojos astutos, aunque no comprendía bien qué pretendía la

mujer.

—Y bien, ¿qué?

—No se haga la inocente —le reprochó con sequedad—. Ese joven andaba indagando cosas sobre la escuela y sobre usted.

Las delicadas cejas de Eleanor se enarcaron en un genuino gesto de sorpresa. No tenía ningún pariente masculino, excepto el canalla que las había despojado a su madre y a ella de su herencia, pero no era un hombre joven.

—Quizás se trataba de algún caballero que deseaba información sobre la institución para enviarnos a su hija —comentó, aunque ella misma se preguntó por qué entonces no había acudido directamente a la escuela.

La mujer dio un respingo y frunció los labios en un mohín de disgusto, lo que, unido a su extrema delgadez y a las arrugas de su semblante, otorgó a su rostro el aspecto de una vieja momia.

—¿Acaso cree que estoy mintiendo? —repuso furiosa.

—Por supuesto que yo no he...

La mujer extendió una mano huesuda y Eleanor se sobresaltó creyendo que iba a golpearla.

—Si no me cree a mí —la interrumpió con brusquedad—, pregúnteselo a él. ¡Señor Worth!

Eleanor y Lorianne se giraron a tiempo de ver al condestable, que atravesaba la plaza como si quisiera pasar desapercibido, algo prácticamente imposible con su metro noventa de estatura. Al escuchar su nombre, el pobre hombre dejó caer los hombros con aire resignado, saludó a las mujeres que lavaban la ropa en el lavadero que había junto al pozo, en el centro de la plaza, y encaminó sus pasos hacia ellas.

—Buenos días, señora Cotton, señorita Harper... —saludó, luego clavó sus preciosos ojos verdes en Lorianne y sus labios insinuaron una sonrisa—, señorita Bowler.

La muchacha le dirigió una leve reverencia y un suave rubor cubrió su

rostro.

—Señor Worth.

—Para su conocimiento, la señorita Showy se encuentra en perfectas condiciones —comentó al tiempo que le guiñaba un ojo con disimulo.

Eleanor frunció el ceño al observar el gesto y ver que Lorianne se mordía el labio inferior con suavidad para evitar dejar escapar una carcajada. Abrió la boca para intervenir, pero la voz estridente de Mildred Cotton la interrumpió.

—Dígaselo usted, señor Worth —lo instó con exigencia.

El pobre hombre pasó su mirada confusa de una a otra.

—¿Decirle qué? —inquirió sin comprender.

La señora Cotton chasqueó la lengua con disgusto.

—Lo de ese hombre extraño que estuvo haciendo averiguaciones sobre la señorita Harper y sobre la escuela —señaló molesta—; como la señorita Harper no se digna a poner a menudo un pie en este pueblo, no he podido decírselo antes.

Eleanor sintió que un rubor de indignación coloreaba sus mejillas. Aquella mujer insoportable no medía sus palabras, pero ella tampoco tenía por qué aguantarlas. Iba a replicar cuando el condestable se le adelantó.

—Ciertamente nadie está más atento que usted a lo que sucede en Minstrel Valley, señora Cotton —repuso conciliador—, y sus observaciones son de inestimable ayuda para mí, como bien sabe. —Aquellas palabras, y el tono suave con que las pronunció acompañado de una irresistible sonrisa, tuvieron la virtud de hacer sonrojar a la mujer, una hazaña nada despreciable—. Le quedo muy agradecido por su colaboración. Ya me encargo yo mismo de poner al tanto de los hechos a la señorita Harper.

La señora Cotton recolocó algunos mechones de su cabello grisáceo dentro de la sencilla cofia negra en un pretendido gesto de coquetería y esbozó una sonrisa a la que le faltaba algún que otro diente.

—Usted es todo un caballero, señor Worth —le aseguró. Luego se volvió

hacia ellas, soltó un bufido como el de un gato escaldado, alzó la cabeza con altanería y se marchó.

Nerian sacudió la cabeza.

—Lo siento, espero que la señora Cotton no las haya ofendido. A veces puede ser...

—No se preocupe, señor Worth. Ha sido usted muy amable al intervenir —le agradeció Eleanor.

—¿Van a algún sitio en particular? Tal vez podría acompañarlas —sugirió con cortesía.

—Vamos a casa de la abuela Joan —respondió Eleanor con una sonrisa agradecida—. Estaremos encantadas de aceptar su compañía.

Tomó el brazo que él le tendió con caballerosidad e indicó a Lorianne que aceptase el otro. Notó que la muchacha lo hacía con timidez, pero le sorprendió aún más la intensidad con la que Nerian Worth miraba a su alumna y la repentina tensión que pareció invadir su cuerpo cuando la joven depositó con delicadeza su mano sobre el fuerte antebrazo del condestable. Frunció el ceño, pensativa.

Mientras caminaban en silencio, se percató de que la muchacha tenía los ojos más brillantes de lo normal y su mirada volaba repetidamente del camino a la atractiva figura del hombre; pero no era la única, puesto que la de él hacía el camino inverso, aunque cuando sus miradas se cruzaban, ambos apartaban los ojos con rapidez. Quizás tendría que hablar con ella cuando regresasen a la escuela. Sabía que la joven había ido a casa del señor Worth en alguna ocasión para ver a Showy, la perrita que algunas de las alumnas habían encontrado abandonada, pero como siempre había ido acompañada y habida cuenta de la diferencia de edad entre ambos, no había pensado que hubiese ningún problema. En ese momento ya no estaba tan segura.

—La señora Cotton tenía razón —comentó él al cabo de un momento, interrumpiendo así sus pensamientos—; hace un par de meses apareció por aquí un hombre, uno de esos urbanitas londinenses, que se hospedó en The

Old Flute, y se dedicó a hacer algunas preguntas discretas sobre la escuela y su personal. Se encontró con la señora Cotton y —se encogió de hombros levemente como si la consecuencia fuese obvia— se enteró de más cosas de las que quiso.

—Pero ¿preguntó directamente por mí? —se aventuró a interrogarlo—, es decir, ¿mencionó mi nombre?

Él sacudió la cabeza.

—En realidad no, se limitó a interesarse por el funcionamiento de la escuela y por el trabajo que desarrollaba la directora, pero no parecía un delincuente. Lo mantuve vigilado unos días, pero no vi nada sospechoso —le explicó para tranquilizarla.

—En la escuela todo sigue igual, no hemos tenido visitas ni inscripciones de alumnas nuevas. Por el momento, claro.

Nerian sonrió y Eleanor tuvo que controlarse para no decirle a Lorianne que cerrase la boca; por suerte, acababan de llegar a casa de la abuela Joan y el condestable liberó sus brazos con delicadeza.

—Señoritas, ha sido un placer gozar de su compañía —les dijo al tiempo que se inclinaba ante las dos en una leve reverencia, aunque sus ojos se demoraron un poco más sobre Lorianne.

—Muchas gracias por habernos acompañado, señor Worth —le agradeció Eleanor con una cálida sonrisa—, sentimos mucho haberle quitado tanto tiempo.

—Ningún problema, estoy a su servicio.

Se despidió con un gesto y se alejó con paso firme. Eleanor se volvió hacia Lorianne y sacudió la cabeza cuando vio cómo la joven seguía con la mirada al condestable. Llamó a la puerta y enseguida les abrió una mujer bajita de cabello plateado y aspecto maternal.

—Buenos días, señora Fandy, ¿cómo se encuentra hoy la abuela Joan?

—Como siempre —respondió con una sonrisa mientras se retiraba para franquearles la entrada—, ya quisiera yo llegar a los ochenta años tan bien de

salud como ella. Pasen, por favor, las está esperando.

Eleanor sonrió. La abuela Joan había sido la partera del pueblo por más años de los que la gente podía recordar, y siempre había tratado a todos con amor y cariño, por eso todos la querían a pesar de que en esos días, aunque gozaba de buena salud, había perdido un poco la cabeza.

Entraron en la salita donde la anciana las esperaba algo impaciente, envuelta, como acostumbraba, en su manto negro.

—Llegáis tarde —las amonestó con un deje cariñoso en su voz cascada.

—Lo siento, abuela Joan —se disculpó Eleanor—, nos entretuvieron por el camino.

—Pero le hemos traído un libro que le va a encantar —intervino Lorianne, mientras tomaba asiento al lado de la mujer y depositaba un beso en su arrugada mejilla.

—¿Y de qué se trata, jovencita?

—Es una historia de amor escrita por la señorita Jane Austen.

—¿Una historia de amor? El amor es para los jóvenes, no para una anciana como yo —se quejó. Luego, al ver la decepción pintada en el rostro de la muchacha, se apresuró a añadir—: pero me gustan las historias de amor. Yo podría contarte muchas, ¿sabes? He sido testigo de la unión de muchas parejas y he traído al mundo a sus hijos...

Las últimas palabras las pronunció casi en un susurro, como si le hubiesen traído recuerdos en los que su mente se acabase de perder. Eleanor le hizo un gesto y Lorianne comenzó a leer con su voz dulce y serena.

—*La familia Dashwood llevaba largo tiempo afincada en Sussex...*

La sonrisa que afloró a los labios de la abuela Joan fue la única señal de que estaba escuchando.

Cuando la puerta se abrió silenciosa y entró la señora Fansy, casi de puntillas, Eleanor se percató de que había pasado casi una hora, y la abuela Joan parecía dormir. Sin hacer ruido, se levantaron y siguieron a la enfermera al exterior después de que esta hubiese arropado a la anciana con

una cálida manta.

—Es mayor, y coge frío con demasiada facilidad —les explicó mientras les abría la puerta—. Muchas gracias por venir a leerle. Sé que espera con mucha ilusión los sábados... cuando recuerda que es sábado —añadió con un guiño.

Eleanor sonrió.

—Las alumnas están encantadas de poder venir, y yo también —le aseguró al tiempo que tomaba una de sus regordetas manos y se la estrechaba con cariño—. Nos vemos entonces el próximo sábado, señora Fansy.

—Gracias de nuevo, señorita Harper.

Era casi la hora del almuerzo y la plaza se encontraba vacía cuando volvieron a atravesarla. Eleanor vio cómo la mirada de Lorianne se desviaba hacia la hermosa estatua que adornaba el centro ajardinado de la misma; retrataba a dos amantes en un apasionado abrazo y a punto de besarse. Según la leyenda, se trataba de la Dama Blanca y el juglar del que esta se había enamorado a pesar de estar desposada con otro hombre.

—¿Qué te ha parecido la lectura? —le preguntó.

La muchacha se encogió de hombros en un gesto delicado.

—La historia es bonita, pero no creo que Marianne pudiera enamorarse tan rápido.

—¿Por qué no? Mis padres lo hicieron.

Lorianne se giró hacia ella con viveza, sus ojos oscuros abiertos por el asombro.

—¿Se enamoraron nada más conocerse?

—Sí, aunque no es lo normal —declaró con una sonrisa—. El amor es un sentimiento complejo. Fíjate en Elinor, la hermana sensata de Marianne, cuánto le cuesta descubrir lo que siente o, quizás, admitirlo, porque el amor puede llegar a doler.

La muchacha se quedó pensativa y continuaron avanzando en silencio mientras Eleanor recordaba a sus padres, y cuánto había sufrido su madre tras el fallecimiento de su esposo.

—El señor Worth es un buen hombre —comentó al cabo de un rato.

Lorianne pareció sentir en ese momento una gran fascinación por sus propios pies, pues inclinó la cabeza con rapidez, aunque no antes de que ella se percatase del rubor que coloreó sus mejillas.

—Solo somos amigos —repuso con timidez repentina.

—La amistad puede dejar de serlo con el tiempo y convertirse en amor. Cuando Elinor conoce al señor Ferrars, nace entre ellos una amistad debido a intereses y gustos comunes; sin embargo, poco a poco sus sentimientos se van transformando.

—Pero eso solo ocurre en las novelas, señorita Harper, en la vida real no es así.

Eleanor arqueó una ceja y la miró con curiosidad.

—¿Y cómo crees que es en la vida real?

—Pues la gente se casa por conveniencia, y luego, solo tratan de llevarse bien y de que su matrimonio sea lo más agradable posible.

—¿Y dónde queda el amor? —le preguntó algo desconcertada por la forma de pensar de la joven. Ella no era ninguna experta en ese tema, puesto que nunca había tenido un pretendiente, a pesar de tener ya veinticinco años y, por supuesto, nunca la habían besado, pero soñaba, secretamente, con vivir alguna vez un romance apasionado con un atractivo caballero. ¿No era eso con lo que soñaban todas las jóvenes?

«Por lo visto no», se dijo mientras observaba el rostro sereno de Lorianne, que respondió sin titubear:

—No estoy segura de que el amor exista.

Capítulo 2

Había sido una tarea hercúlea convencer a Oliver de que no lo acompañase en su visita a Minstrel Valley; sin embargo, Barnaby Smith siempre se había jactado de su poder de convencimiento y su carácter diplomático. Por eso, en esos instantes, viajaba solo en el atestado coche de punto que se dirigía a Hertfordshire.

El señor Farrell había cumplido bien su cometido, a pesar de que casi había agotado los tres meses en dar con lady Eleanor Harper. Apenas unos días atrás se había presentado en el bufete con una sonrisa insolente en su rostro y había arrojado sobre el escritorio de nogal un legajo con diversos documentos referentes a la descendiente de los Scott. No tenía ni idea de cómo había logrado obtener toda aquella información, pero en ella, con mucho detalle, se exponía la vida de la hija del conde de Belford casi desde su nacimiento. Le había causado una gran impresión que una muchacha tan joven y de buena cuna hubiese sufrido tanto en tan corta vida. Esperaba que las noticias que le llevaba pudieran proporcionarle un poco de alivio, aunque este llegase algo tarde.

El carruaje se detuvo casi al atardecer en la casa de postas en Elstree, la parada más cercana a su destino, ya que Minstrel Valley no contaba con servicio directo desde Londres. Puesto que era domingo y había llegado demasiado tarde para hacer el trayecto hasta el pueblo, decidió alquilar una habitación en una de las posadas para pasar la noche. Al día siguiente se

personaría en la escuela y pediría hablar con lady Eleanor.

El lunes amaneció con un sol espléndido brillando en el cielo. De vez en cuando, unas pocas nubecillas juguetonas atravesaban la bóveda azulada mientras se perseguían unas a otras. El astro matutino bañaba con sus cálidos rayos los amplios jardines de Minstrel House que Eleanor contemplaba a través de uno de los ventanales de su despacho. Un suave suspiro escapó de sus labios y apoyó la frente sobre el frío cristal. Hacía pocos días que había cumplido los años. Veinticinco. Se suponía que ya era mayor de edad; sin embargo, se sentía igual que unos meses atrás, incluso que algunos años antes, porque ella había madurado de golpe el día que su padre había muerto.

Veinticinco años. ¿Qué le quedaba ahora? Por delante, largos años llenos de soledad. Deseó no convertirse en otra Mildred Cotton, mientras recordaba la desagradable escena que había tenido con ella el sábado, hacía tan solo dos días, cuando se dirigía con Lorianne a casa de la abuela Joan. Se alejó de la ventana y se dejó caer, con poca gracia —según los altos estándares de la Escuela de Señoritas de lady Acton—, sobre el sillón de cuero en el que solía pasar largas horas revisando papeles. Daría cualquier cosa por poder vivir una aventura, aunque fuese una corta. Porque ella tenía sueños, como cualquier joven. Uno de ellos era viajar por el continente, conocer los maravillosos lugares de los que hablaban los libros: París, Roma, Grecia... Sus calles, sus jardines, sus estatuas y monumentos.

Pero su corazón acariciaba también otro sueño más profundo. No había tenido más remedio que reconocerlo ante sí misma el día que había salido con Lorianne. Al ver la complicidad que había entre la muchacha y el condestable, había sentido una cierta envidia y algo parecido a los celos, porque ella jamás había experimentado esa efervescencia sentimental del primer amor, ni había sido besada, y, a su edad, se había convertido ya en una solterona. Una punzada de dolor le atravesó el corazón al pensar en sus inexistentes hijos y en ese ilusorio marido con el que formar una familia. Se estremeció.

En ese momento, el reloj marcó la hora con golpes firmes que parecieron remarcar la amargura de sus pensamientos. Enderezó la espalda y alzó la barbilla. Odiaba la autocompasión, aunque a veces se dejase arrastrar por ella; sin embargo, nunca se había dejado llevar por el derrotismo, ni siquiera cuando tuvo que ponerse a trabajar para poder sobrevivir. Ahora todo aquello pertenecía al pasado, gracias a Dios y a lady Acton, que le había ofrecido trabajo en la escuela. Le encantaba lo que hacía y era feliz, aunque a veces la soledad le pesara demasiado en el corazón.

El sonido de unas risas alegres y unos quedos murmullos le llegaron a través de la puerta que comunicaba su despacho con la salita adyacente. Había quedado con otras profesoras para tomar el té; se acercaba el periodo de verano y necesitaban discutir algunos asuntos. Se levantó despacio del sillón y se acercó a la puerta. Una carcajada cristalina atravesó la oscura madera que separaba los espacios. Dejó que en su rostro se dibujara una sonrisa y olvidó la vaciedad que ocultaba su alma.

Apenas entró en la habitación, las risas diáfanas le alcanzaron el corazón y su sonrisa se amplió.

—Señoritas —las saludó—, veo que se están divirtiendo.

Las dos jóvenes profesoras se volvieron hacia ella con la risa colgada todavía en los labios. Sentadas en el sofá de brocado rosa y oro formaban una espléndida estampa de juventud y lozanía. Melinda Culier tenía el cabello negro y los ojos del mismo color, y enseñaba Literatura. Annie Thompson, la profesora de Costura, no era tan hermosa, a pesar de tener el mismo tono de cabello que Melinda y unos preciosos ojos verdes, sin embargo, la dulzura de su rostro cautivaba.

—Solo estábamos charlando un poco, Eleanor —le dijo Melinda mientras se echaba a un lado para que ella pudiera sentarse también en el sofá, aunque prefirió hacerlo en uno de los cómodos sillones individuales situados frente a la mesita del té.

—¿Y sobre qué?, si puede saberse —comentó mientras alargaba la mano

hacia la hermosa tetera humeante y comenzaba a servir el té en las exquisitas tazas de porcelana. Las habían traído desde Bristol. La mitad inferior estaba pintada de color azul lapislázuli, y la mitad superior era porcelana blanca; como uniendo los dos colores, había un entramado floral de filigrana en oro.

Lady Acton se las había entregado como regalo durante uno de sus cumpleaños; y a ella le encantaban, al igual que esa salita con su preciosa alfombra, sus sillones y las cortinas de brocado, porque le creaba la ilusión de ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad. Allí, sirviendo el té, dejaba de ser la directora de la escuela para convertirse en lady Eleanor, una buena anfitriona que agasajaba a sus amistades.

Sacudió la cabeza con pesar al ver que casi había rebasado la imaginaria línea que indicaba hasta dónde podía rellenarse la taza. No sabía por qué últimamente pensaba más en su antigua vida y en el deseo de recuperarla, sabiendo como sabía que aquello era irremediable.

—Sobre Valery y su boda —respondió Annie.

«Valery», pensó. Ahí tenía la razón de esos pensamientos que últimamente la atormentaban. Porque ya no era Valery, sino lady Valery. Porque tenía lo que hubiera deseado para sí. Sin embargo, se alegraba mucho por ella, había sido un gran apoyo y se habían convertido en amigas.

—...y sobre el señor Bissop —apostilló Melinda con una risilla.

Eleanor arqueó las cejas y le dedicó una mirada mitad curiosidad, mitad recelo. Melinda era una joven maravillosa, pero tenía una vena impulsiva y aventurera que hacía que a veces se asemejase más a una de las chicas de la escuela que a una profesora.

—¿Y sobre qué exactamente estabais hablando? —inquirió. Aunque casi podía asegurar que sabía de qué se trataba.

El mundo masculino había sido muy reducido en el entorno de la escuela, y poco fascinante, hasta que llegó Dunhcan hacía tan solo un mes; entonces ese mundo se había vuelto misterioso y atractivo para todas y cada una de las féminas que habitaban la inmensa mansión. Desde la cocinera hasta lady

Acton, se atrevería a decir, habían sucumbido al encanto del señor Bissop.

—¿Y bien? —insistió animándolas con una sonrisa.

Notó el rubor en las mejillas de las muchachas y tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír. No le importaba que hablasen de esos temas, ella también sentía una curiosidad natural. Melinda, la más atrevida de las dos, se encargó de responder.

—Nos preguntábamos... si ya se habrían besado.

A su pesar, Eleanor también se ruborizó.

—Bueno, supongo —carraspeó—, supongo que estando prometidos sería lo natural.

Annie dejó escapar un suspiro inundado de dramatismo romántico.

—Debe de ser tan hermoso...

Melinda ladeó la cabeza y la observó con curiosidad.

—¿Que te besen?

—Nooo... bueno, eso también —rectificó mientras sus mejillas adquirían un bonito tono rosado—, pero me refiero a estar enamorada. Tener a alguien que te quiera como eres, que esté a tu lado en todos los momentos...

El silencio llenó por un instante la sala mientras las tres se sumían en sus propias reflexiones.

—Eleanor —la llamó Melinda dedicándole una mirada directa—, a ti ¿te han besado alguna vez?

Ella casi se atragantó con el sorbo de té que acababa de tomar. Tosió para disimular su turbación. Aunque Melinda era tres años mayor que ella, suponía que la pregunta le había surgido por el hecho de que Eleanor había vivido en Londres. En un pueblo pequeño como Minstrel Valley, si alguien tenía un amorío, la noticia corría como la pólvora.

Se libró de responder cuando sonaron unos golpes en la puerta, seguidos por la entrada de Lucy, la doncella, que traía algunos pastelitos para acompañar el té.

—Muchas gracias, Lucy.

Cuando la doncella se marchó, aprovechó para cambiar de tema.

—¿Y Johanna?

Las dos jóvenes refunfuñaron por la frustración y Eleanor casi sonrió.

—Johanna ha dicho que lamentaba no poder venir a la reunión; le había surgido un imprevisto.

Eleanor dejó escapar un suspiro. No estaba muy segura de si era debido al alivio de que hubiesen aceptado el cambio de tema, o al hecho de que la profesora de Francés y Aritmética no estuviera presente.

—Es lo que tiene vivir en el pueblo —intervino Annie con un encogimiento de hombros. Ella también vivía en Minstrel Valley—. A veces surgen cosas en la casa, o con los vecinos, y es mejor solucionarlas de inmediato... y ella tiene tres hijos.

—Bueno, no importa —se resignó Eleanor—, decidiremos entre nosotras y luego tú le transmitirás lo que hayamos acordado. Espero que le parezca bien.

Melinda arrugó la nariz en un gesto de fastidio que no restó un ápice a su belleza. Todas sabían que Johanna resultaba bastante difícil de contentar.

—Pronto dará comienzo el periodo de verano y, aunque las chicas permanecerán en la escuela —les dijo—, habrá que organizar algunas actividades diferentes para ellas.

—Podríamos tener algún paseo, o quizás una merienda en el campo —comentó Annie entusiasmada mientras tomaba otra galleta de la bandeja.

Eleanor asintió.

—Sí, es bueno que les dé un poco el aire y el sol. No pueden pasarse todo el día encerradas en el aula.

—Quizás podríamos visitar Hertford. —Los ojos de Melinda brillaron y esbozó una sonrisa soñadora—. Hay muchas cosas que ver allí: el castillo que perteneció a los Tudor, el priorato, quizás asistir a alguna función de teatro...

—Podemos tomarlo en cuenta —repuso Eleanor con una sonrisa—. Al fin y al cabo, tenemos un mes y medio de...

Unos suaves golpes en la puerta la interrumpieron. Cuando esta se abrió,

las tres se giraron hacia ella esperando que fuese Johanna; sin embargo, fue Lucy quien entró de nuevo.

—Disculpe, señorita Harper, pero tiene una visita.

Las perfiladas cejas de Eleanor se elevaron en un gesto de sorpresa.

—¿Una visita?

—Sí, señorita, un caballero... de mediana edad —consideró necesario añadir—. La espera en la primera salita.

—Está bien, Lucy, muchas gracias. Ahora voy —le aseguró. La doncella salió de la estancia y ella se volvió hacia las dos profesoras—. Creo que tendréis que continuar sin mí. Anotad todo lo que se os ocurra y luego lo comentamos.

—No te preocupes, Eleanor —le dijo Melinda con ojos chispeantes—, estoy segura de que a Annie y a mí se nos ocurrirán muchas propuestas para disfrutar este periodo.

—Eso me temo —repuso con un suspiro pesaroso mientras se dirigía hacia la puerta.

Cuando cerró tras ella, escuchó las risas alegres de las muchachas y meneó la cabeza. No estaba segura de que las dos fuesen realmente a organizar nada; si Johanna hubiese estado presente...

«En fin», pensó mientras avanzaba por el pasillo, «todavía tenemos tiempo».

Las clases oficiales no terminarían hasta mediados de mes, y no hacía falta empezar inmediatamente con las otras actividades, ya que podían continuar con sus clases un poco más. Quizás algunos profesores aprovecharían para tomarse un periodo de descanso y no podrían contar con ellos. Frunció el ceño al comprender todo lo que le quedaba todavía por organizar. Al menos eso la mantendría entretenida y no tendría demasiado tiempo para soñar despierta con vivir aventuras que nunca llegarían. Envejecería siendo la señorita Harper, directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton.

Abrió la puerta de la salita, sumida en sus pensamientos, y se sorprendió al

encontrar a un hombre bajito y de figura redondeada, observando uno de los hermosos jarrones de porcelana que decoraban la estancia. Por alguna razón, se había hecho la idea de que su visitante debía de ser el señor Arthur Fields, el administrador, pero se había equivocado. De hecho, de haber sido así, Lucy se lo hubiese anunciado, puesto que lo conocía bien por anteriores visitas.

El hombre se volvió hacia ella y la observó con atención durante unos segundos, luego esbozó una sonrisa amable y efectuó una ligera reverencia.

—Buenos días, milady.

El tratamiento con el que se dirigió a ella la sorprendió y su corazón comenzó a latir más rápido. Nadie, excepto lady Acton, conocía sus orígenes, ya que no habían considerado necesario hacerlo público. ¿Vendría aquel hombre de parte del conde de Belford? Todos sus músculos se tensaron ante este pensamiento. Odiaba a aquel usurpador que las había echado a ella y a su madre a la calle sin ningún miramiento ni consideración.

Barnaby Smith estaba acostumbrado a leer en las personas como en un libro abierto. Sabía captar cada gesto del rostro y cada pequeño movimiento del cuerpo, por eso había sido capaz de ganar tantos casos en los tribunales. Notó primero la confusión en la joven, luego el desconcierto y el recelo. Carraspeó y se tiró de las puntas del chaleco en un gesto mecánico. No sabía qué había esperado encontrar, pero desde luego, no una joven tan hermosa, a pesar del sencillo vestido gris que llevaba. Su cabello negro, recogido en un perfecto moño, contrastaba con la blancura nívea de su piel, y dejaba al descubierto un rostro exquisito de pómulos altos, nariz rectilínea, labios delgados y unos ojos como plata fundida. Sí, concluyó tras su rápido examen, aquella joven poseía una elegancia natural, y su lugar se encontraba, sin duda, en los salones de la aristocracia londinense, y no en las aulas de una escuela.

—Permítame que me presente —le dijo mientras se inclinaba de nuevo en una reverencia—. Mi nombre es Barnaby Smith y mi bufete representa los intereses de la familia Beaufoy-Scott desde hace varias generaciones.

—¿De la familia Beaufoy-Scott? —repitió Eleanor algo confusa.

—Por favor, permítame que se lo explique.

El señor Smith señaló hacia uno de los sofás situados en el centro de la acogedora salita.

—Por supuesto —respondió notando cómo el rubor cubría sus mejillas mientras se dirigía hacia el sofá. Por un momento, había olvidado las normas sociales y había dejado al hombre de pie—. ¿Le apetece tomar un té?

—Es usted muy amable, milady, pero no hace falta que se moleste.

Eleanor se envaró al escuchar de nuevo la palabra. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba así, que no podía evitar sobresaltarse ante la mención del título. Se sentó, con la espalda muy recta, y cruzó las manos sobre el regazo apretándolas con fuerza, como si con ese gesto pudiese controlar la inquietud que la asolaba por dentro.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Como le he dicho, la firma que represento ha atendido los asuntos de la familia Scott durante generaciones —entonó con voz colmada de orgullo—. Hace unos años, lady Amelia Scott nos pidió que redactáramos su testamento, y que cumpliésemos sus últimas voluntades cuando hubiese abandonado este mundo.

El hombre se quedó en silencio y miró fijamente a Eleanor, que se apresuró a asentir, a pesar de no comprender de qué se trataba todo aquello. El nombre de los Scott le sonaba por la colina Scott Hill, en la que se hallaban las ruinas de la antigua fortaleza. Por alguna razón, pensaba que el apellido se había extinguido, puesto que las tierras donde se hallaban las ruinas pertenecían ahora a los Clifford, y estos llevaban asentados ahí desde hacía más de dos siglos.

La voz grave y algo nasal del señor Smith la devolvió al presente.

—Usted es la heredera de lady Amelia.

Eleanor parpadeó sorprendida y luego negó con la cabeza. Aquello no era posible. Que ella supiera, sus padres habían sido hijos únicos, y no tenían

parientes salvo el indeseable usurpador —se negaba a llamarlo conde de Belford para no mancillar la memoria de su padre—. Si hubiese habido otros parientes, sin duda su madre hubiese acudido a ellos en lugar de dejar que su hija buscase trabajo.

—Creo que se confunde, señor Smith —le aseguró—, yo no me apellido Beaufoy ni Scott, sino Harper, y no tengo pari...

—No, no, no —la interrumpió él con un exagerado movimiento de sus regordetas manos mientras remarcaba las siguientes palabras—, nosotros nunca nos equivocamos. Somos muy concienzudos en nuestro trabajo, de ello depende nuestra reputación.

—Seguramente es así —comentó en un intento por apaciguarlo.

—Por supuesto que es así —convino el abogado, al tiempo que tomaba una carpeta con documentos y se la tendía—, y aquí tiene las pruebas de ello. Según la información recabada, su madre era descendiente de los Beaufoy-Scott, y sobrina nieta de lady Amelia. Nuestra estimada clienta, como ya le mencioné, no tuvo herederos, por lo que decidió dejar su herencia a los descendientes de sus hermanos, siempre y cuando se cumplieran unas condiciones.

Eleanor había posado los ojos sobre los legajos que contenía la carpeta, pero era incapaz de leer ni una sola línea, pues la mirada borrosa no se lo permitía. Barnaby Smith carraspeó como si esperase de ella una respuesta.

—¿Qué... qué condiciones? —balbuceó insegura.

Supuso que había acertado con las palabras cuando vio que el abogado asentía conforme y continuaba con su explicación.

—En primer lugar, quien heredase debería de ser una mujer, en ningún caso un varón, puesto que estos se encuentran generalmente amparados por la ley, mientras que las mujeres suelen perder todos sus derechos —enumeró. Eleanor apretó los labios en un rictus de amargura aceptando la verdad de estas palabras—. En segundo lugar, la heredera debería haber cumplido los veinticinco años, con lo que ya sería mayor de edad y podría disponer

libremente de la herencia. Y, en tercer lugar, debería encontrarse soltera — concluyó el hombre. Frunció el ceño como si esta última estipulación le resultase incomprensible.

Ella se quedó mirándolo con fijeza con sus ojos grises velados por nubarrones de confusos pensamientos. Bajó luego su mirada hacia los papeles que sostenía en la mano antes de volver a clavarla en el abogado, que se removió incómodo.

—Entonces... ¿yo soy la heredera?

El señor Smith dejó escapar un sonoro suspiro de alivio. No estaba en su ánimo lidiar con la perplejidad de aquella joven; en general, no sabía muy bien cómo tratar a las mujeres, o al menos eso era lo que solía decirle su esposa.

—Así es, milady. —Esa vez Eleanor no se estremeció; el hecho de haberse convertido de repente en una heredera superaba con creces sus sentimientos ante la mención del título—. Ahora solo tiene que firmar los tres primeros documentos que contiene esa carpeta y la herencia será suya.

—La herencia —repitió ella aturdida.

—Puede firmarlo aquí mismo, si lo desea.

Eleanor sacudió ligeramente la cabeza, como si así pudiera despejarse de ese sueño en el que sentía que se hallaba inmersa.

—Tendría que ir a mi despacho, donde tengo los utensilios para escribir.

—Oh, no será necesario —comentó el hombre al tiempo que esbozaba una sonrisa que otorgó a su rostro el aspecto de una luna llena—, puede usar mi pluma estilográfica^[1].

Extrajo de su bolsillo un tubito largo, de color negro, que terminaba en una punta dorada.

—Es un regalo de uno de mis clientes, el señor Poenaru —le explicó con orgullo—. Está fabricada con ebanita y oro. Le aseguro que funciona muy bien.

Eleanor asintió. Había escuchado hablar de ese invento, pero no había

tenido ocasión todavía de ver ninguna de esas plumas tan de cerca. Ese día, por lo visto, era el día de las sorpresas.

Tomó los documentos de la carpeta, y el señor Smith le indicó dónde debía firmar. Le costó un poco al principio, ya que no sabía cuánta presión debía ejercer para que saliera la tinta, y temía romper la punta, pero al final, su firma quedó estampada en las tres hojas.

—Muy bien, milady —comentó el abogado con una sonrisa confiada—, ahora es usted la poseedora de una suma de cinco mil libras más los beneficios que ha redituado esa cantidad desde el fallecimiento de lady Amelia. Si lo desea, nuestro bufete podría ocuparse de seguir gestionando sus intereses.

Eleanor asintió sin saber muy bien lo que hacía. Al escuchar a cuánto ascendía la herencia, su mente se había bloqueado, y no estaba segura siquiera de si seguía respirando. Oía la voz del señor Smith como un zumbido lejano. Como una autómatas, cogió el pequeño saco de terciopelo que el abogado le tendió y la tarjeta que lo acompañaba. Necesitaba aire, y lo necesitaba en ese momento.

—Si me disculpa, creo que... saldré un momento —le dijo con voz temblorosa mientras se ponía de pie.

El hombre frunció el ceño con preocupación, pero no se negó.

—Por supuesto, milady. De todas formas, yo tengo que volver ya a Londres. Si tiene alguna consulta que hacerme, puede escribirme a la dirección de la tarjeta —declaró al tiempo que recogía la carpeta con los documentos—. Si le parece bien, le diré a mi secretario que le transfiera mensualmente una cantidad de cincuenta libras para sus gastos personales.

Una carcajada histérica burbujeó en la garganta de Eleanor y supo que, si no salía pronto de la sala, iba a hacer el ridículo más espantoso de su vida. Cabeceó mostrando su consentimiento y, sin importarle faltar a las normas de cortesía, salió casi corriendo de la estancia sin una despedida y, ni tan siquiera, una disculpa.

Recorrió el pasillo como si la persiguieran todos los demonios del averno. Descendió por las escaleras secundarias y salió de la mansión. Atravesó el jardín sin saber muy bien a dónde iba, solo quería un poco de intimidad, y sabía que en la escuela sería imposible encontrarla. Cruzó entonces el portón de Minstrel House y enfiló el camino que bordeaba el pueblo. No escuchó la voz del señor Barry, el portero de la escuela, que la llamaba; ni notó que la dirección del viento había cambiado y unas nubes grises encapotaban el cielo. Su mente hervía en una maraña de pensamientos confusos y esperanzados. Cinco mil libras. Podría viajar, como siempre había soñado; podría comprarse vestidos bonitos y disfrutar de una temporada en Londres; podría hasta comprarse una casita, un hogar que fuera solo suyo... Podría ser, por fin, lady Eleanor Harper.

El camino se volvió borroso cuando las lágrimas acudieron a sus ojos. Apretó los puños para contenerlas y notó que algo se le clavaba en la palma. Bajó la mirada y descubrió que aún tenía en su mano la bolsita de terciopelo que le había entregado el señor Smith. La guardó en el bolsillo mientras seguía avanzando hasta que, finalmente, se detuvo.

El corazón le latía con fuerza. Tomó una profunda bocanada de aire y la soltó despacio mientras contemplaba la pequeña colina que se alzaba ante ella. Allí, testigo mudo de grandes acontecimientos y pequeños devenires, descansaban las ruinas de una antigua fortaleza. Siempre le había gustado ese lugar. A veces paseaba entre las viejas piedras imaginando que era la dama del castillo.

Subió despacio la leve pendiente y alcanzó la cima. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo: estaba pisando la tierra de sus antepasados.

Capítulo 3

Se detuvo a un lado del camino y el caballo comenzó a piafar, nervioso, como si supiera que el final de su destino se encontraba cerca. Y así era.

Desde donde se hallaba situado, ya podía divisar los portones de entrada a Clifford Manor. Junto a la gran verja de hierro forjado, se levantaba la caseta del guarda, ahora vacía y desocupada. Allí, precisamente, había estado él la última vez que había pisado la casa familiar. El día había amanecido grisáceo y ventoso, y, aunque tenía prohibido levantarse de la cama a causa de la fiebre que asolaba su cuerpo, había escapado del confín de su cómoda prisión y, saliendo de la casa, había corrido por el camino de grava hasta el portón para despedir a sus padres y a su hermano Timothy, que se alejaban en el carruaje que los llevaba a Londres... sin él.

Recordaba el viento frío que refrescaba su frente calenturienta, pero que no podía llevarse el amargor y el rencor que sentía en esos momentos en que se veía abandonado. Había intentado gritar, a pesar de su garganta reseca; y si no hubiera sido porque el guarda lo detuvo junto a la verja, habría seguido corriendo detrás del coche, quizás hasta Londres. En aquel momento, entre lágrimas y jadeos, con el cuerpo consumido de debilidad por la fiebre alta, les deseó lo peor...

Y su deseo se cumplió.

Ashton Melham, lord Clifford, sofrenó al caballo, que se removía inquieto, y miró el lugar en el que se había detenido. El polvoriento camino era

irregular, flanqueado por una amplia franja verdosa y por la arboleda. Un lugar sencillo e inocuo, que había sesgado la vida de sus padres y de su hermano mayor Timothy.

No tenía muchos recuerdos de cómo había sucedido todo, a pesar de que él había sido testigo del accidente. Recordaba los gritos, aunque nunca supo si eran suyos, del guarda o del cochero que conducía; recordaba las ruedas del carruaje mirando al cielo mientras giraban y giraban sin parar; y recordaba, con meridiana claridad, que el accidente había sido culpa suya. No sirvió de nada que le dijeran más tarde que el coche había perdido una rueda y había volcado; tampoco el hecho de que tuviera solo siete años y hubiese estado enfermo. Él sabía la verdad. Había sido a causa de su deseo. Y, en ese momento, odió que lo llamaran lord Clifford tanto como se odió a sí mismo.

Dejó escapar un suspiro de cansancio y meneó la cabeza. No tenía sentido seguir torturándose de ese modo, habían pasado ya veinticinco años, pero, a pesar de todo...

Puso el caballo al trote y se dirigió hacia la mansión. Cuando cruzó la verja, casi sin mirar, y avanzó por el camino de grava, se dio cuenta de cuánto había cambiado todo. Los jardines, que habían sido el orgullo de su abuela y de su madre, se hallaban en un estado lamentable, casi salvajado. La extensa fachada de piedra gris, en cuyos extremos se levantaban dos torreones almenados dotando a la mansión de un aspecto medieval, casi había desaparecido engullida por la enredadera. Los grandes ventanales tenían las cortinas echadas, como espectros fantasmales del pasado.

No quería estar allí. Ciertamente no hubiera regresado nunca de no haber sido absolutamente necesario. Había abandonado Londres si no con el corazón roto, al menos resquebrajado. Su compromiso con la honorable Natalie Pinkman se había ido a pique; había naufragado en las aguas de la traición, porque la joven hija del vizconde lo había dejado plantado en el altar para casarse con otro, un joven lord del que siempre había estado enamorada. No es que él lamentase excesivamente la pérdida, ya que en realidad no la

amaba, pero, puesto que contaba ya con treinta y dos años y necesitaba sentar cabeza y formar una familia, Natalie constituía una buena opción. El hecho de que lo hubiese abandonado había herido su orgullo, y lo había obligado a salir de Londres durante un tiempo, hasta que la buena sociedad encontrase otro jugoso cotilleo con el que entretenerse.

Cuando asomó el sol por el horizonte, ensilló a Lucifer y salió como alma que lleva el diablo hacia Minstrel Valley, dejando atrás a un ocupado William, su ayuda de cámara, organizando el carruaje para el traslado de sus pertenencias. Quizás, si lo hubiera pensado mejor, no habría vuelto a la vieja mansión, pero no le había dado tiempo a pensar. En ese momento, mientras rodeaba la casa hacia la parte trasera donde se encontraban las caballerizas, lamentaba su impulsiva decisión.

El viento sopló con repentina fuerza, y Lucifer, un precioso purasangre de sedoso pelaje negro, enderezó las orejas y piafó nervioso. Ashton levantó la mirada al cielo y observó las nubes grises que se aproximaban amenazadoras.

—Tranquilo, amigo —susurró palmeándole el cuello—, pronto estaremos bajo un techo, y no tendrás que preocuparte por unas cuantas gotas de lluvia.

Se detuvo frente a las caballerizas y se giró a contemplar el paisaje. Había olvidado lo hermoso que era aquel lugar. A lo lejos destacaban los campos de labranza entre pastos verdes, como una alfombra cosida a retales; un poco a la izquierda, las ruinas romanas, testigos mudos del pasado glorioso de un pueblo; y más arriba, sobre la cima de la colina de Scott Hill, las ruinas del castillo del barón de Hertford. Esbozó una sonrisa torcida al percibir la ironía, por lo visto al barón también lo había plantado la recién desposada para fugarse con otro, si bien esa historia había concluido con un final más trágico que la suya propia. Al menos él no había decidido matar a los amantes; al contrario, aunque no le gustase ser tachado de cornudo, les deseaba toda la felicidad del mundo.

Una gota cayó sobre su mejilla y se apresuró a entrar en los establos. Descendió del caballo y aflojó la cincha al tiempo que echaba un vistazo

alrededor para evaluar el lugar. Estaba tal como lo recordaba, y la estructura parecía haber soportado bien el paso del tiempo. El heno parecía nuevo, como si alguien lo hubiese repuesto recientemente, a pesar de que el espacio olía a cerrado.

Retiró la montura y la colocó sobre uno de los travesaños que delimitaban los corrales, se quitó la chaqueta, que colgó de un clavo que sobresalía, y tomó un puñado de heno para frotar el cuerpo sudoroso de Lucifer, que relinchó agradecido.

—Lo sé —murmuró con suavidad—, es agradable. Yo también querría tomar un baño, pero, a diferencia de ti, no tengo quien me cuide. Al menos por ahora. Supongo que la señora Leyton podrá hacerlo cuando retome su puesto como ama de llaves, pero por el momento ni siquiera sabe que he llegado.

Apoyó la frente sobre el cuello firme del animal, invadido por una súbita tristeza. Había querido llegar primero y sin compañía para poder enfrentarse a los recuerdos. Si lloraba o gritaba, no quería que nadie fuera testigo de ello. Sin embargo, y no le importaba reconocerlo, tenía miedo de entrar en la casa solo. Después del accidente, su abuela, lady Constance Hamilton, condesa viuda de Clifford, se lo había llevado a Londres y allí lo había criado. Desde entonces, no había vuelto a pisar Minstrel Valley.

Lucifer le dio un suave golpe en el hombro con el morro, como si intentase consolarlo. Y, sin embargo, nada podía borrar los innumerables errores que había cometido tras la muerte de sus padres, entre ellos quizás el más importante fuese el haber abandonado a su abuela, que tanto había hecho por él, para marcharse a Europa con dieciocho años recién cumplidos.

Un trueno resonó en la distancia —o quizás solo era la voz acusadora de su conciencia—, y pronto la lluvia comenzó a repiquetear sobre el techo, como si el cielo llorase su vuelta al hogar.

Eleanor continuó subiendo por la colina a pesar de que le faltaba un poco la respiración y un dolor, como de un cuchillo lacerante, le atravesaba el costado. No le importó. Necesitaba ese ejercicio para no pensar, para que las emociones no se desbordasen de su corazón agitado con las noticias que le había transmitido el señor Smith, el abogado... *Su* abogado. Porque ahora ella poseía una pequeña fortuna que él se encargaría de salvaguardar.

Su mente recibió el asalto de innumerables posibilidades. Lady Eleanor Harper. Sonaba tan bien... Paladeó la idea durante unos segundos, hasta que una fuerte ráfaga de viento se llevó consigo los sueños y la devolvió a la realidad: Minstrel Valley; la escuela; las alumnas y las profesoras, con algunas de las cuales había forjado una amistad; y lady Acton, que la había acogido cuando se encontraba desesperada. ¿Sería capaz de darle la espalda a todo eso solo por perseguir un sueño que apenas duraría lo que duraba una tormenta de verano? Aspiró el aire fresco y húmedo que soplaba sin restricciones en la cima de la colina, y sacudió la cabeza. Unas guedejas de cabello negro cayeron sobre sus hombros. Se percató en ese momento de que había salido de la escuela sin un chal y sin sombrero, y el viento había deshecho el pulcro moño con que se peinaba cada mañana. En un impulso, más nervioso que consciente, se arrancó la redecilla y las horquillas, y dejó que su cabello ondulado, que le caía casi hasta la cintura, ondease libre a merced del viento.

Libertad. No sabía que la anhelaba tanto hasta que no había tenido delante la posibilidad de serlo, porque eso era lo que representaban las cinco mil libras de su herencia. Contempló las ruinas como si las viera por primera vez. Su pasado se hallaba ligado a esas piedras; ella también era una Scott. El pensamiento la hizo estremecerse. No, ella era y siempre sería una Harper. Lágrimas cálidas descendieron por sus mejillas; hubiera dado miles de herencias a cambio de que sus padres siguiesen vivos.

Las lágrimas que bañaban su rostro le impidieron darse cuenta a tiempo de que había comenzado a llover, y lo que al principio habían sido unas cuantas

gotas, pronto se convirtió en una lluvia torrencial. Soltó una colorida maldición, aprendida cuando se había codeado con algunos residentes del East End, en Londres, y, subiéndose la falda para que no se le enredase entre las piernas, echó a correr, descendiendo por la colina en dirección a Clifford Manor en busca de refugio.

Atravesó la verja trasera, que desde que ella recordaba siempre había permanecido abierta, y corrió hacia las caballerizas. Entró justo en el momento en que un trueno rasgaba el aire tibio estremeciendo la tierra. Agradeció que estuvieran en el mes de julio, porque estaba empapada de los pies a la cabeza. La ropa se le pegaba al cuerpo, y el cabello, al rostro. Se preguntó cómo iba a regresar a Minstrel House de esa guisa.

—¡Vaya!

Esa única palabra, pronunciada con un claro tono masculino, la sobresaltó. Levantó la cabeza y su mirada se encontró con unos hipnóticos ojos tan claros que parecían brillar en la penumbra que los rodeaba, aunque no pudo distinguir su color.

—¿Quién es usted?

El hombre le dirigió una sonrisa socarrona mientras apoyaba en el suelo la horquilla con la que había estado removiendo el heno. Llevaba las mangas de la blanca e impoluta camisa arremangadas, mostrando unos musculosos antebrazos de piel bronceada, tan propia en los mozos de cuadra; y unos pantalones beige que se ajustaban como un guante a sus poderosos muslos, aunque no quiso detenerse demasiado en esa parte de su anatomía. Poseía una espesa mata de cabello rubio ceniza que se mostraba en ese momento alborotado, como si el hombre estuviera recién levantado de la cama. Su rostro, bronceado también, era anguloso, con una perfecta nariz rectilínea que hubiera hecho las delicias de los escultores clásicos, y una frente despejada que demostraba inteligencia.

«Aunque eso está aún por verse», pensó Eleanor mientras esperaba la respuesta del hombre que parecía estar sometiéndola al mismo escrutinio al

que lo había sometido ella, lo que hizo que se sonrojara consciente de su desaliño.

—Eso debería preguntarlo yo —repuso él finalmente—, ¿no cree? Al fin y al cabo, esta es una propiedad privada.

—Sí... bueno —balbuceó sabedora de que el hombre tenía razón—, la lluvia... No sabía que el conde había vuelto.

Otro trueno resonó muy cerca mezclándose con el relincho del caballo.

—Tranquilo, Lucifer —lo calmó él, utilizando una voz tan suave que Eleanor se estremeció.

«Será por el frío», se dijo al tiempo que cruzaba los brazos sobre su pecho para procurarse algo de calor a pesar de que no hacía frío en el interior de las cuadras. El ambiente era cálido, y el olor del heno lo impregnaba todo.

Echó un vistazo al caballo y se percató enseguida de que era un magnífico animal. Sí, el conde debía haber vuelto. Supuso que aquello iba a ser toda una revolución para el pequeño pueblo de Minstrel Valley, y, por supuesto, fuente de muchos cotilleos.

—¿Y bien?

La voz profunda la sacó de sus meditaciones y parpadeó confundida.

Él debió de notar su confusión, porque enseguida agregó:

—¿Quién es usted?, aparte de ser una hermosa ninfa pasada por agua —comentó con una sonrisa que Eleanor hubiese tachado de pecaminosa si no se hubiese envarado al escuchar sus palabras.

Enderezó la columna y alzó la barbilla en una pose orgullosa que, sin duda, hubiese merecido el elogio de lady Acton, y que habría causado un gran efecto de no ser porque en ese momento sus ropas chorreaban agua formando un pequeño charco a sus pies, su cabello estaba apelmazado, y le castañeteaban los dientes.

—Soy la señorita Eleanor Harper, directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton —repuso en el tono más digno que pudo.

El hombre chasqueó la lengua, y ella no supo si se dirigía al caballo, que

coceaba nervioso la puerta de madera de la cuadra, o a ella misma, que en ese momento sentía deseos de cocearlo a él. Iba a llamarle la atención sobre ese grosero gesto, que consideraba de mala educación, cuando vio cómo soltaba la horquilla y avanzaba hacia ella con rostro indescifrable. Miró hacia atrás, sopesando la posibilidad de escapar corriendo, sin importarle que fuera siguiere cayendo la lluvia con fuerza; sin embargo, antes de que pudiera mover sus miembros entumecidos, él la había alcanzado. La rodeó con sus brazos, y dejó caer sobre sus hombros una chaqueta. En un instante entró en calor, más por la cercanía de aquel cuerpo que desprendía un aroma mezcla de cuero, caballo y madera, que por la suave prenda que la envolvía. Volvió a estremecerse, pero se quedó quieta, como un pajarillo caído del nido que alguien recoge en sus manos tiernas.

El hombre dio enseguida un paso atrás, aunque el corazón de Eleanor siguió latiendo con dolorosa fuerza. El silencio se extendió entre ellos mientras sus miradas se entrelazaban como si un poder sobrehumano las mantuviese así; solo se oía el sonido de la lluvia y de sus respiraciones irregulares. Ella contuvo el aliento cuando la mano de él se alzó hasta su rostro y retiró con delicadeza uno de los mechones oscuros que ensombrecían su frente. Un trueno se escuchó en la lejanía, y, el hechizo que parecía haberlos envuelto por un instante, se disipó.

Eleanor dio un paso atrás.

—No sabía que el conde había vuelto —repitió en tono de disculpa, sin saber qué otra cosa decir después de aquel extraño interludio—. Tampoco esperaba que lloviera, claro.

Ashton vio cómo la mujer se retorció las manos con nerviosismo y experimentó algo parecido a un sentimiento de ternura en ese lugar donde se suponía que tenía el corazón, aunque él estaba seguro de que el suyo había muerto hacía mucho tiempo, junto con sus padres y su hermano.

Ella no tenía idea de lo hermosa que se veía con el vestido pegado al cuerpo, marcando con nitidez cada una de sus dulces curvas, su cabello negro

que se ondulaba por efecto de la humedad, y sus grandes ojos grises que lo habían mirado casi como si él fuera un dios. Pero no lo era, o al menos su cuerpo tenía en ese momento deseos muy terrenales, demasiado terrenales. Y no quería un revolcón de unas horas solo para sacarse la espina de Natalie.

—¿Ha hecho novillos, señorita Harper? —comentó en tono burlón.

Supo enseguida que la había molestado, pero ese era el único modo que tenía de protegerse a sí mismo, y a ella, de lo que estaba sintiendo. Aunque la mujer no era una jovencita, sí que se notaba que era inocente.

—Me tomo muy en serio mis responsabilidades, señor —le espetó con sequedad—, cosa que al parecer no hace usted.

Ashton alzó una de sus rubias cejas a modo de interrogación.

—¿Y puede saberse en qué basa su suposición?

—En el hecho de que se dedique a darme conversación, siendo usted un perfecto extraño para mí, en lugar de atender a su trabajo —replicó con firmeza, con el mismo tono que usaba para reprender a algunas de las alumnas que parecían tener propensión a meterse en problemas—. Estoy segura de que al conde le gustaría ver a su caballo bien atendido.

Él dejó que a sus labios asomara una sonrisa lenta.

—En eso tengo que darle la razón —convino. Consideraba a Lucifer no solo una de sus mejores posesiones, sino también una especie de amigo. Llevaban juntos varios años, desde que lo había adquirido en España, y muchas veces lo había sacado de la melancolía que solía abatirse sobre él. Vio que cabeceaba satisfecha y no pudo contenerse sin añadir una última palabra solo para molestarla—. Sin embargo, ha sido usted quien ha irrumpido en el establo distrayéndome de mis obligaciones.

Notó el bonito rubor que coloreó sus mejillas. Sabía que su piel era suave, lo había notado cuando le había retirado el mechón de pelo de la frente, y así, teñida de rosa, le confería un aspecto delicioso y muy deseable. Eleanor Harper, recordó que le había dicho su nombre, estaba removiéndole emociones que creía muertas. Le encantaba la manera en que ella le plantaba

cara, tan diferente de Natalie que odiaba discutir y se echaba a llorar cada vez que la cuestionaba.

Sí, Eleanor Harper era una brisa de aire fresco, y... olía muy bien. Cuando se había acercado a ponerle la chaqueta, había podido percibir, entre el olor a lluvia, un sutil aroma a rosas. Su madre siempre olía a rosas, era lo que más recordaba de ella, porque su rostro se había ido desdibujando con el tiempo en su memoria, aunque no en su corazón, ni en su conciencia.

Parpadeó saliendo de su ensoñación cuando escuchó la voz de la joven.

—Creo que debería marcharme.

Había estado mirándola con fijeza todo el tiempo, y seguramente se había sentido incómoda. Tenía el cuerpo en tensión y sus manos apretaban con firmeza las solapas de la chaqueta.

Elevó la mirada por encima de ella, más allá de la puerta, y vio que había dejado de llover. Las tormentas de verano pasaban rápido y pronto volvería a brillar el sol. Ella debió de llegar a la misma conclusión, porque retiró la chaqueta de sus hombros y la dobló con cuidado antes de entregársela. Él la tomó en silencio.

—Siento mucho haberle molestado —comentó, como si necesitase decir algo—, y muchas gracias por prestarme su chaqueta.

No supo por qué necesitaba justificarse ante ella, pero lo hizo.

—No lo decía en serio... lo de que me distrajo —aclaró.

La joven aceptó con un gesto regio de la cabeza y los labios suaves apretados en una línea que no pudo mantener firme por mucho tiempo y terminaron dibujando una sonrisa que le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Me alegro —respondió—, pero será mejor que usted vuelva a su trabajo y yo a mis obligaciones, seguramente me estarán echando de menos en la escuela.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Antes de cruzarla, volvió la cabeza y le echó una mirada por encima del hombro. Los tímidos rayos de sol

incidían sobre su negro cabello haciéndolo brillar como plata, y su cuerpo resplandecía a contraluz con la penumbra del interior de las caballerizas. Le pareció, en ese momento, una hermosa aparición, una ninfa que había venido a hacerle más llevadero el regreso al hogar y a los terribles recuerdos que este le despertaba. Parpadeó, y la mujer había desaparecido.

Dejó la chaqueta sobre el travesaño y cogió de nuevo la horquilla.

«Así que es la directora de la escuela de lady Acton», pensó con una sonrisa. Precisamente su abuela Constance era una gran amiga de esta, y le había rogado encarecidamente que pasara a saludarla y a ofrecerle sus servicios, ya que ella, por cuestiones de salud, debía permanecer en Londres y no podía ir a visitarla. Por supuesto, él siempre había estado dispuesto a cumplir con el encargo de su abuela, a la que adoraba y que era para él como una madre, puesto que lo había acogido de niño y lo había criado; pero le alegraba tener ahora otro motivo más para visitar la escuela, un motivo llamado Eleanor Harper.

Eleanor tuvo que dar un rodeo al pueblo a causa del desastroso aspecto que presentaba. Si llegaba a cruzarse con alguien en el camino, especialmente si ese alguien era Mildred Cotton, se convertiría en la comidilla del lugar.

Apresuró sus pasos entre jadeos y algún que otro estornudo. Esperaba de corazón no enfermarse por causa de la lluvia. El fin de curso se aproximaba y, aunque la mayoría de las alumnas permanecería en la escuela durante el verano, como Rose Mary, cuyo padre no había regresado todavía de América, quizás alguna sí se marcharía con su familia, por lo que solían hacer una pequeña ceremonia de clausura y una fiesta en la que participaban los padres. Tenía que preparar todo eso, además de organizar las actividades del verano. También, y esto quizás eclipsaba al resto de sus preocupaciones, tenía que pensar qué iba a hacer con la herencia.

Dejó escapar un suspiro, tanto por el alivio de haber llegado a la escuela sin haberse cruzado con nadie, como por el recuerdo del mozo de cuerdas de Clifford que le había hecho olvidar por un tiempo el dilema en que se hallaba.

Aunque eso le supusiera invertir más tiempo, rodeó el muro de piedra gris que protegía la parte de atrás de la mansión hasta alcanzar la puerta trasera que daba a los espléndidos jardines y la pequeña arboleda. Al menos así podría pasar desapercibida, pues si entraba por la puerta principal, probablemente se encontraría al menos al señor Barry, el portero, y no se sentía con ánimos de enfrentar su gesto reprobador. Respiró hondo y se aventuró a cruzar las puertas cristalerías que daban al vestíbulo; desde ahí solo tendría que subir el tramo de las escaleras principales que daban al primer piso y girar al pasillo de la derecha. Su habitación era la segunda, después de la de Melinda.

Mientras se contenía para no subir los escalones de dos en dos, algo que además de impensable hubiera sido difícil con la falda humedecida, rogaba no encontrarse con nadie. No tuvo esa suerte. Apenas giró hacia el pasillo de los dormitorios, se abrió una puerta y a punto estuvo Melinda de chocar con ella. Se detuvo en seco y abrió los ojos como platos al contemplar su desaliño.

—¡Dios mío, Ellie! ¿Qué te ha pasado?

Eleanor soltó un suspiro resignado.

—Salí a caminar y la lluvia me cogió por sorpresa. —Acompañó la breve explicación con un estornudo y Melinda la miró con inquietud—. No te preocupes, se me pasará.

Melinda estiró la mano, como si fuera a tomarla del brazo, pero luego pareció pensárselo mejor y simplemente le hizo un gesto para que caminase hacia el otro dormitorio.

—¿Saliste a caminar? Pero ¿no nos dejaste porque tenías una visita? En fin, es igual. Más te vale que se te pasen esos estornudos; con todo lo que se nos viene encima, no podremos hacerlo sin ti. —Esperó a que la directora

abriese la puerta de su habitación, pero no entró. Simplemente la miró de arriba abajo y sacudió la cabeza—. Por Dios, Ellie, ¿no había ningún sitio seguro en el que pudieras haberte refugiado?

Un sitio donde refugiarse sí lo había encontrado. Lo que no se atrevía a hacer era calificarlo de seguro, al menos para lo que hacía a su corazón, que aún seguía saltándose un latido cada vez que pensaba en aquellos preciosos ojos claros de un tono gris verdoso, porque se había fijado muy bien en ellos cuando él se le había acercado tanto.

Melinda la miró con curiosidad al ver que no respondía, pero luego agitó la mano restándole importancia a la pregunta.

—Da igual —le aseguró—, lo importante ahora es que te quites esa ropa húmeda. Haré que te preparen una taza de algo caliente para la comida.

Eleanor sacudió la cabeza.

—Si no te importa, ¿podrías decirle a la señora Witt que me prepare una bandeja? Puede subirla Lucy o Doll. Prefiero no bajar hoy al comedor.

Ella frunció el ceño con preocupación, pero asintió.

—Muy bien, te vendrá bien descansar un rato. Pasaré a verte más tarde.

—Gracias, Melinda. —Le sonrió aliviada. No tenía ánimo para conversar con los demás profesores. Necesitaba pensar.

Cerró la puerta y se acercó al tocador. El espejo que había sobre la cómoda le devolvió su reflejo y Eleanor se horrorizó. Tenía el cabello completamente alborotado, la humedad se lo había ondulado aún más de lo que solía tenerlo; y la ropa, aunque no se transparentaba, se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Se ruborizó al pensar que aquel mozo de cuadra la había visto así. Eso, en el supuesto de que realmente fuese un mozo de cuadra. Había notado su exquisita dicción, y aunque llevaba ropa informal, su manufactura era perfecta y costosa.

Tenía los dedos fríos y entumecidos, pero finalmente logró desabotonar el vestido y, con una sensación de alivio, lo dejó caer al suelo con un sonoro *plof*. Entre los informes pliegues grises que formaban aquel mar de tela,

asomaba un cordoncillo rojo. Eleanor se inclinó y lo rescató. Se trataba de la pequeña bolsa de terciopelo que le había entregado el señor Smith y que ella había guardado descuidadamente en uno de sus bolsillos. La desató y, con cuidado, depositó el contenido en la palma de su mano. Cuando vio el objeto, abrió los ojos, maravillada.

Capítulo 4

Nunca había visto un colgante tan exquisito.

Se trataba de un óvalo perfecto forjado en oro envejecido, en cuya superficie habían grabado la imagen de una extraña flor en relieve. De un único tallo brotaban tres ramas. La del centro culminaba en una flor abierta, con un cáliz en forma de corazón y gruesos pétalos; mientras que las dos laterales, con tallos cubiertos de hojas, contenían solo sendos capullos cerrados. Una leyenda, escrita en latín, recorría el borde inferior del medallón. Un trabajo de filigrana que seguramente había requerido de un magnífico orfebre. Entornó los ojos y leyó la inscripción: *Usque ad mortem*. Hasta la muerte. Eleanor se preguntó qué significado tendría. Tal vez se trataba del lema de la familia Beaufoy-Scott, y formaba parte, junto con la extraña flor, del blasón familiar.

Quizás el señor Smith podría responder a su pregunta, aunque de momento no tenía intención de formularla. Había otras cuestiones más importantes, como el asunto de la herencia. Abrió la bolsa de terciopelo para guardar el medallón y se percató de que en el interior de esta había un papel que no había notado antes. Con cuidado, metió los dedos y tiró de él para sacarlo antes de devolver el colgante a su interior.

El papel había sido doblado para poder introducirlo en la bolsa, pero se dio cuenta de que era más grande que una simple nota. Tal vez fuese una carta. Lo desdobló con cuidado y leyó:

Querida mía...

Unos golpes en la puerta la interrumpieron.

—Adelante.

Doll, una doncella cuyo carácter alegre combinaba con su cabello rojizo, entró portando una bandeja con una tetera y algo de comer. La sonrisa que dibujaban sus labios se borró mientras se detenía a pocos pasos de la puerta. Entonces, abrió los ojos sorprendida. Eleanor se percató de que había dejado el vestido tirado en el suelo y que se hallaba en ropa interior. El rubor asomó a su rostro. No solía ser tan descuidada.

—Lo siento, Doll.

Su voz pareció sacar a la doncella de su estado de asombro. Sacudió la cabeza y avanzó por la habitación, rodeando el vestido, hasta alcanzar el tocador, donde depositó la bandeja.

—No se preocupe, señorita Harper —le dijo mientras se inclinaba a recoger las prendas húmedas—. La señorita Culier me comentó que se hallaba usted indispuesta, y me pidió que le subiera algo de comer y un té caliente.

Miró con desconfianza el vestido gris que sostenía en la mano, como si lo considerase culpable de algún delito, quizás el de haber dejado una mancha en la preciosa alfombra verde y plateada que cubría el suelo del dormitorio.

Eleanor volvió a sonrojarse.

—Creo que sería mejor que se quitase la camisola y las enaguas o se enfriará —sugirió la doncella con sentido práctico—. Si quiere, puedo pedir que le preparen un baño.

—Gracias, Doll, pero no será necesario. Me cambiaré enseguida.

Se dirigió presurosa al vestidor, donde se puso ropa seca y una bata. Cuando salió, entregó las prendas húmedas a la joven.

—Me encargaré de que lo laven todo y lo planchen cuanto antes, señorita. Si necesita algo más, no tiene más que llamar —comentó al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Y tómese el té ahora que está caliente, le sentará

bien.

Eleanor le sonrió agradecida.

—Muchas gracias, Doll.

Cuando la puerta se cerró, se sirvió una taza de té humeante que depositó en la mesilla junto a la cama, y tomó de nuevo la carta.

Querida mía,

si estás leyendo estas letras querrá decir que yo ya estaré gozando de un merecido descanso junto a nuestro Creador y junto a John, mi querido esposo, con el que, desafortunadamente, no tuve hijos. Por eso, tú que sostienes esta carta en tus manos, eres por lo tanto mi heredera.

Sé que no nos conocemos, pero ambas hemos tenido el honor de pertenecer a una noble familia, los Beaufoy-Scott, y eso, más que nada, es lo que nos une: la sangre de nuestros antepasados que corre por nuestras venas. Nuestro linaje se remonta a muchos siglos atrás, cuando en lo que es ahora Minstrel Valley, un pequeño pueblo en Hertfordshire, del que probablemente no hayas oído hablar, se alzaba imponente el castillo del barón de Hertford, de quien proviene el apellido Scott[2].

Eleanor sonrió ante la mención de Minstrel Valley.

Nuestra rama de la familia surgió cuando Elizabeth Scott se casó con William Beaufoy, quien heredó la baronía tras la muerte de Edmund Scott. Hubo acontecimientos dolorosos, convertidos ahora en leyenda, que no te voy a narrar aquí, a riesgo de extenderme demasiado, pero quizás te interese algún día ir a visitar el pueblo y descubrirlos por ti misma.

Mi único objetivo al escribirte esta carta es hacerte entrega de este valioso medallón que hemos heredado, generación tras generación, las mujeres de esta familia. Aunque posee cierto valor económico por su antigüedad, tiene mayor valor sentimental, y casi podría decir que

incluso mágico. Con este colgante, las mujeres de la familia Beaufoy-Scott heredamos el amor o, más bien, la capacidad de encontrar el amor verdadero. Por eso, una de las condiciones impuestas es que la joven que lo herede debe encontrarse soltera al cumplir los veinticinco años.

Así pues, querida, aprovecha la oportunidad que se te ofrece y abre tu corazón al amor, porque llegará a tu vida, como a la mía llegó mi amado John.

Lady Amelia Hampton (de soltera Beaufoy-Scott)

Dobló la carta y la depositó sobre su regazo, entre sus manos cruzadas. Luego, contempló con el ceño fruncido la bolsita de terciopelo que contenía el colgante. Ciertamente, no esperaba encontrar el amor. Llevaba casi dos años ayudando a las jóvenes a prepararse para sobrevivir con éxito a la experiencia del mercado matrimonial y, aunque a todas las animaba, como había hecho hacía unos días con Lorianne, a buscar el amor verdadero, sabía que no era tan fácil de encontrar y que muchas de ellas tendrían que conformarse con realizar tan solo un buen matrimonio.

Un estornudo interrumpió sus pensamientos, y tomó la taza de té para beber un sorbo. Compuso una mueca cuando comprobó que se había quedado tibio. De todas formas, se lo bebió. Depositó la carta y el colgante sobre la mesita y se tumbó sobre la cama para descansar un rato. No creía que pudiera dormir. Tenía la cabeza llena dudas y preguntas que giraban en su interior como un torbellino. Quería aprovechar la oportunidad que se le brindaba para volver al seno de la sociedad a la que pertenecía, pero ¿cómo iba a dejar la escuela?

Me tomo muy en serio mis responsabilidades. Esas palabras con las que había respondido a aquel extraño mozo de cuadra, se le clavaron en ese instante como cuchillos en el alma. ¿De verdad quería abandonarlo todo por unos cuantos vestidos hermosos, exquisita música en grandiosos salones de baile o paseos por Hyde Park? Y después, ¿qué? ¿Cuánto duraría ese

hermoso sueño?

Con esos pensamientos, se quedó dormida.

Unos golpes en la puerta la despertaron un poco más tarde.

—Ellie, ¿te sientes mejor?

Eleanor se frotó los ojos. Cuando los abrió, vio el rostro de Melinda lleno de preocupación.

—Sí, gracias, Melinda. En realidad, me encuentro muy bien. —Su voz sonó ronca. Esperaba que fuese a causa del sueño—. ¿Qué hora es?

—Ya pasa de media tarde —respondió Melinda mientras se sentaba en el borde de la cama—. Me preocupé al ver que no bajabas.

Eleanor se sentó de golpe y abrió los ojos entre sorprendida y asustada. ¿Cómo era posible que hubiese dormido tanto? Tenía muchas cosas que hacer y no podía darse el lujo de quedarse en la cama remoloneando.

—Lo siento, Melinda —se disculpó con sinceridad—, tendrías que haberme llamado antes.

—No seas tonta, Ellie, necesitabas descansar. Has trabajado muy duro últimamente y, además, la escuela no se va a hundir si faltas unos días —repuso apretándole una mano con cariño.

Curiosamente, aquel comentario no tranquilizó a Eleanor, sino que le provocó un dolor en el pecho. La buena sociedad no la echó de menos cuando abandonó sus fiestas y sus salones, y parecía que la escuela tampoco la echaría de menos si faltaba. ¿Tan poco importante era? ¿Acaso su vida no tenía ninguna razón de ser? Dejó escapar un suspiro de desaliento que Melinda debió de interpretar como de alivio, porque le dedicó una sonrisa satisfecha mientras le palmeaba la mano y se levantaba para marcharse.

—Bajaré enseguida —le aseguró.

—Oh, no te preocupes. Son casi las cinco, así que las chicas se reunirán para tomar el té y, por lo visto, tienen un tema interesante de conversación —comentó al tiempo que le guiñaba un ojo con complicidad.

—Ah, ¿sí? —le preguntó mientras se dirigía al tocador y se sentaba para

cepillarse el cabello.

Melinda se acercó. Le arrebató de la mano el precioso cepillo de mango de marfil y comenzó a peinar con largas pasadas su espesa melena negra.

—¡Ajá! No sé cómo lo hacen, pero siempre se enteran de los chismes antes que nadie. Tal vez sea por Margaret... —Se detuvo un momento, como si estuviese valorando la posibilidad, luego sacudió la cabeza y reanudó la labor—. Como sea. La cuestión es que parece ser que el conde ha regresado a Clifford Manor. Han visto los carruajes atravesar el pueblo en dirección a la mansión, y dicen que traía bastante equipaje, lo que significa que piensa quedarse un tiempo por aquí.

—¿De veras? —preguntó Eleanor procurando imprimir un cierto interés en sus palabras, aunque su mente se había detenido en unos profundos ojos grises de una tonalidad tan clara que parecían brillar como estrellas en aquel rostro perfecto.

Sacudió la cabeza, perpleja ante esos pensamientos.

—Estate quieta —la instó Melinda—, aún no he terminado.

—Lo siento.

La muchacha ajustó las últimas horquillas y contempló su obra con orgullo.

—Ya está —le dijo mientras daba un paso atrás. Luego, continuó con la conversación—. Quién sabe, a lo mejor lady Acton lo invita a tomar el té y podemos conocerlo. Desde luego, las chicas lo disfrutarían muchísimo; bueno, y yo también —le aseguró dejando escapar un suspiro melancólico—, a veces Minstrel Valley resulta tan... aburrido.

Eleanor le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Quizás el conde sea un viejo pomposo con una enorme barriga y calvo, los dedos como salchichas y andares de pato.

Melinda abrió los ojos con sorpresa y luego soltó una carcajada, divertida ante el retrato que ella le dibujaba.

—Lord Pomposo —comentó cuando pudo dejar de reír—. Me gusta,

parece el villano de un folletín por entregas.

—Bueno, quizás cuando seamos unas viejas solteras y ya no trabajemos en la escuela, podamos dedicarnos a escribir su historia.

La muchacha sonrió, pero luego su sonrisa desapareció y sus ojos verdes se tornaron inusitadamente serios.

—¿A ti no te gustaría casarte, Ellie?

Eleanor, que se había levantado para dirigirse hacia el vestidor, se detuvo a medio camino y se volvió hacia la profesora. Melinda parecía triste. A veces resultaba duro preparar a las jóvenes para que encontrasen el amor e hiciesen un buen matrimonio, sabiendo que una se quedaba inevitablemente atrás en el camino. Y mientras los años pasaban y las alumnas formaban sus propias familias, ellas envejecían y permanecían solteras.

Cuando era joven soñaba con tener un matrimonio como el de sus padres, encontrar un hombre que la amase y al que pudiera amar, y formar una familia. Sus sueños se perdieron cuando dejó de ser lady Eleanor para convertirse tan solo en la señorita Harper. El corazón le dio un vuelco al pensar en la herencia que acababa de recibir. ¿No podría ahora realizar su sueño? Podría recuperar su lugar en la alta sociedad, viajar como siempre había soñado, e incluso buscarse un marido... No hacía falta que fuese un conde, podía conformarse con un barón o con un simple caballero.

«¿O un mozo de cuadra?», le sugirió su mente.

Sacudió la cabeza para alejar aquel absurdo pensamiento y miró a Melinda. Se dio cuenta de que la profesora había tomado su gesto como una negación.

—Supongo que es lógico —le dijo con un encogimiento de hombros—. Trabajando aquí no es que tengamos muchas oportunidades de conocer hombres o de ser cortejadas por ellos. Es que, no sé, a veces me gustaría simplemente poder vivir, disfrutar de una vida normal. En fin, creo que me he puesto un poco melancólica —declaró con una sonrisa temblorosa—. Será mejor que me vaya o alguien vendrá a buscarnos a las dos. El té debe de haber comenzado ya.

Eleanor se quedó mirando la puerta que la profesora había cerrado tras de sí después de haberle asegurado que bajaría enseguida. *Disfrutar de una vida normal*. Las palabras de Melinda habían removido algo en su interior, y las dudas volvían a atenazarla. ¿Qué iba a hacer con la herencia?

Tiempo. Necesitaba tiempo para pensar y, tal vez, algún consejo.

Se arregló lo más rápido que pudo y bajó directamente hacia el salón donde estarían tomando el té. Cuando llegó al rellano de la escalera principal, se encontró con Rose Mary que venía del corredor opuesto, donde se hallaban las habitaciones de las jóvenes.

La muchacha, que caminaba cabizbaja, se detuvo bruscamente cuando la vio y abrió sus preciosos ojos con una expresión mezcla de sorpresa y nerviosismo.

—Lo siento, señorita Harper, llego tarde al té.

Eleanor observó a la joven con cierta inquietud. Rose Mary Lowell llevaba más de un año en la escuela y, aunque siempre había sido muy reservada, en los últimos días la había notado mucho más encerrada en sí misma. Sus ojos, con esa tonalidad entre marrón y verde oscuro que le recordaba a los campos de labranza que podían verse desde lo alto de Scott Hill, se anegaban en una tristeza tan profunda que incluso sus hombros parecían haber cedido bajo su peso.

—Yo también llego tarde —comentó con una sonrisa tranquilizadora. Ella le devolvió la sonrisa con timidez, pero, al fin y al cabo, era una sonrisa, la primera que veía en algunos días—. Rose, ¿hay algo que te preocupe?

La muchacha no despegó los ojos del suelo mientras descendían los escalones hacia el vestíbulo principal, pero Eleanor notó la repentina tensión que envolvió su delicada figura. Sus manos delgadas se aferraban a la falda de su vestido de muselina en puños apretados. Frunció el ceño preocupada pero, antes de que pudiera volver a hablar, Rose negó con la cabeza.

—No, señorita Harper.

Eleanor se detuvo en el último escalón, lo que hizo que la joven se

detuviese también y la mirase extrañada.

—Rose, sé que hay algo que te preocupa, puedo verlo en tus ojos. Además, últimamente te has mostrado mucho más reservada de lo habitual —le comentó con la voz teñida de preocupación—, y aunque a veces te mostrabas animada, pronto volvías al refugio del silencio.

—Seguramente haya sido por el calor —repuso con un ligero encogimiento de hombros.

La mirada de Eleanor escudriñó el rostro de la muchacha. Finalmente, dejó escapar un suspiro de resignación.

—Seguramente —repitió. Alzó la mano y le acarició el rubio cabello con suavidad—. Solo quiero que sepas que tanto yo como los otros profesores, estamos ahí para lo que necesites. Siempre estaremos ahí.

Rose la miró con algo parecido a la gratitud y sus labios temblaron ligeramente.

—Muchas gracias, señorita Harper.

—Bien, y ahora, vamos a enfrentarnos a esa tan temida ceremonia del té —dijo con un entusiasmo algo exagerado, para ocultar su propia emoción.

En la sala reinaba un ambiente festivo lleno de cuchicheos y algarabía. Eleanor enarcó las cejas con perplejidad y buscó con la mirada a las profesoras mientras Rose se unía a sus compañeras. Localizó a Valery al fondo de la sala. Cuando la profesora de etiqueta se percató de su presencia, alzó las manos en un gesto que indicaba su impotencia. Melinda se le acercó y soltó una risilla antes de explicarle la situación.

—Lord Pomposo.

Eleanor sacudió la cabeza, pero no pudo contener una sonrisa. Las risas de las jóvenes, sus vestidos multicolores que salpicaban el lugar como el campo en primavera, las conversaciones y los susurros, los rostros arrebolados... Todo eso le provocó un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva. Miró a Rose, que en ese momento le sonreía con calidez a su amiga Emily.

¿Cómo podía pensar siquiera en marcharse? ¿Cómo iba a abandonarlas?

Horas más tarde, sentada frente al gran escritorio de su despacho, mientras contemplaba sin ver los numerosos papeles y documentos que tapizaban la superficie pulida de la mesa, tomó una decisión. Guardarse la noticia para sí misma no le haría ningún bien, y no tenía a nadie más a quien recurrir. Además, lady Acton, con sus años, había acumulado una gran experiencia de vida. Con toda seguridad, sabría ofrecerle un buen consejo. No era una mujer que mirase solo para sí misma; en innumerables ocasiones había visto cómo ponía el bien de una de las alumnas o de alguna profesora por encima del de la escuela. Amaba la institución porque la había fundado ella, con ayuda de algunas de sus más queridas amigas, pero siempre daba prioridad a la felicidad y el bienestar de las personas.

Abrió el cajón de la escribanía y tomó la bolsa de terciopelo que contenía el medallón y la carta de lady Amelia. Un escalofrío le recorrió la columna cuando percibió el tacto suave de la tela, como si el objeto que guardaba fuese verdaderamente mágico, o, al menos, tuviese el poder de cambiar su vida. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos y se levantó dispuesta a enfrentarse a sus problemas.

Aunque lady Acton solía cenar temprano, le gustaba pasar tiempo en su salita personal antes de retirarse a su dormitorio. Probablemente la señorita Chatham le estaría leyendo algún libro, y quizás a ninguna de las dos les importaría interrumpir la lectura.

Salió del despacho y se dirigió hacia las escaleras principales. Las habitaciones de lady Acton se encontraban en el segundo piso. Toda el ala se había reservado para la condesa viuda que, por encontrarse en una silla de ruedas, prácticamente no salía de allí. Por suerte, tenía dos terrazas desde las cuales podía disfrutar del precioso paisaje y del calor del sol.

Se detuvo al llegar al rellano de la segunda planta para tomar el aire. Sabía que no era una cuestión de falta de ejercicio, pues estaba acostumbrada a salir a caminar por los alrededores de la mansión y a veces hasta la colina de Scott Hill. Solía hacerlo sola, o en ocasiones acompañada por Marlene Mignon,

que vivía en Minstrel Valley, y con quien había trabado amistad. No, la necesidad de tomar aire no era por falta de ejercicio. Se encontraba nerviosa. La importancia de la conversación que iba a mantener con lady Acton podía cambiar su vida.

Oyó una puerta abrirse y luego cerrarse, y unos pasos amortiguados por el alfombrado corredor. Tal vez se tratase de la señorita Chatham o de Goliath. Avanzó unos pasos y se encontró de frente con la señora Burton. La mujer frunció el ceño en cuanto la vio, y un rictus de desagrado se instaló en sus labios. Eleanor gimió para sus adentros.

—Buenas tardes, señora Burton.

La gobernanta, anterior ama de llaves de lady Acton, emitió un gruñido a modo de respuesta. Martha Burton era una mujer grande, con una figura redondeada que cubría de un negro severo, lo que le otorgaba un aspecto más imponente aún. Llevaba el cabello grisáceo recogido en un moño tirante que parecía eliminar todas las arrugas de su rostro, excepto las que provocaba su ceño, fruncido de forma permanente. Por algún motivo que Eleanor aún no había llegado a comprender, la mujer se consideraba la reina de los dominios de Minstrel House y se había empeñado en verla a ella como una enemiga a la que derrotar.

—¿Va a visitar a lady Acton? —inquirió con tono seco.

Sabía que no tenía por qué responderle, pero Eleanor prefirió mostrarse educada.

—Así es, señora Burton.

—Pues no son horas para hacer visitas, señorita Harper —le espetó al tiempo que echaba un vistazo al reloj de oro que colgaba de su pecho—. Será mejor que no entretenga demasiado a milady, necesita descansar.

Eleanor se mordió la lengua para no soltar una respuesta abrupta y cabeceó mostrando su acuerdo. La mujer frunció aún más el ceño, si es que aquello era posible, y siguió su camino pisando con tal firmeza, que le pareció que el suelo retumbaba. Sabía que, en el fondo, lo que movía a la señora Burton era

la preocupación por su señora, pero su falta de modales la exasperaba.

Al llegar a la puerta de la salita privada de lady Acton, Eleanor se mordió el labio, dubitativa. ¿No sería mejor, tal vez, afrontar aquella conversación por la mañana? Inspiró hondo y soltó el aire en un suspiro tembloroso. No, decidió. Había aprendido hacía tiempo que los problemas debían enfrentarse cuanto antes, a riesgo de que se tornasen más grandes e irresolubles. Llamó a la puerta antes de que pudiera arrepentirse.

Desde el interior le llegó la voz suave de la anciana.

—Adelante.

Cuando entró, se detuvo a unos pasos de la puerta, sobrecogida por la visión que representaba aquella sala. Aunque había estado allí en otras ocasiones, no se acostumbraba. Era como entrar en un santuario. La habitación se hallaba colmada de objetos que, en otro tiempo, debieron ser muy importantes para la dama, y que ahora constituían todos sus preciados recuerdos.

Lady Acton se encontraba sentada junto a la chimenea, que se mantenía encendida a pesar de que era el mes de julio y las noches eran tibias. «Se ve más... anciana», pensó Eleanor con cierta tristeza. Y a pesar de todo, se mantenía erguida en su silla de ruedas, y su rostro se iluminó con una suave sonrisa.

—Eleanor, querida, qué placer recibir tu visita.

Y sabía que lo decía de corazón. Le devolvió la sonrisa y se acercó atendiendo al gesto de invitación de la dueña de la escuela.

—El placer es mío, lady Acton. Señorita Chatham —saludó dirigiéndose a la dama de compañía. Esta tenía un libro en la mano, así que, probablemente había estado leyéndole a la anciana—. Siento interrumpir su lectura —se disculpó mientras se sentaba en uno de los sillones junto a la mujer.

Lady Acton desestimó la disculpa con un gesto de la mano.

—No te preocupes. Creo que ya me sé ese libro de memoria. No, no proteste, señorita Chatham —le dijo a la mujer cuando vio que se disponía a

interrumpir—, las dos sabemos que es cierto. Tengo demasiado tiempo y pocas cosas que hacer, y la lectura es uno de los pocos placeres que puedo permitirme, ya que, aunque mis ojos han perdido su agudeza, el oído todavía lo conservo —le aseguró con una sonrisa pícaro que, en ese momento, le hizo parecer más joven—. Bueno, ¿qué te ha traído hasta mí? ¿Hay algún problema en la escuela?

Eleanor se apresuró a negar con la cabeza.

—Se trata más bien de un asunto personal.

—Comprendo. Señorita Chatham, ¿sería tan amable de dejarnos solas?

—Pero, lady Acton —protestó—. ¿Y si necesita algo?

—Si necesito algo, querida, estoy segura de que Eleanor podrá atenderme.

La mujer frunció los labios en una mueca de disgusto, pero ante la mirada firme de la anciana, claudicó y se apresuró a retirarse.

Cuando la puerta se cerró tras la dama de compañía, lady Acton se giró hacia ella, y en sus ojos, de un color claro, casi desvaído, Eleanor pudo ver una chispa de curiosidad y de algo parecido al entusiasmo.

—Y bien, querida, ¿cómo puedo ayudarte?

Capítulo 5

Eleanor trataba de concentrarse en los papeles que tenía delante, pero lo cierto era que parecía incapaz de ver nada.

Había pasado la noche inquieta tras su entrevista con lady Acton, y lo que llevaba de la mañana no había transcurrido mejor. No dejaba de darle vueltas a sus palabras. Le había contado lo del abogado y la inesperada herencia, también le había mostrado el medallón, que ella había observado con gran interés; pero, sobre todo, le había abierto su corazón al manifestarle sus dudas, sus deseos. Había supuesto una liberación poder hablar, finalmente, con alguien acerca de sus sueños. Pero si creía que lady Acton iba a resolver su problema, estaba completamente equivocada. La había aconsejado, sí, pero no estaba dispuesta a tomar una decisión por ella.

—Eleanor —le había dicho mientras la miraba con cariño—, es tu vida y nadie puede vivirla por ti. Yo voy a cumplir setenta años, y he vivido lo suficiente para saber que a veces nos equivocamos tomando decisiones y sufrimos por ello, pero somos libres de enmendar nuestro camino. Cuando las decisiones nos vienen impuestas, y el resultado no es acertado, además del sufrimiento que esto nos ocasiona, el alma se nos llena de rencor y de resentimiento.

—Pero, entonces, ¿qué puedo hacer?

Había sonado desesperada, pero no importaba. Había demasiado en juego.

—Escucha a tu corazón, querida. Los sueños y los deseos no brotan en

nuestro corazón para torturarnos, sino para movernos a alcanzarlos. —Luego había clavado en ella su mirada cristalina y firme, y, por una vez, Eleanor tuvo una visión de cómo habría sido de joven—. Reflexiona sobre lo que anhela de verdad tu corazón y lucha por ello.

Se había pasado la noche pensando en lo que había en el interior de su corazón, y lo único que había descubierto era que latía con inexorable constancia, simplemente porque era su deber.

Dejó escapar un suspiro de frustración y escondió el rostro entre las manos. La pura y simple verdad era que tenía miedo. Miedo de enfrentarse a sus anhelos más profundos, miedo de fracasar y de equivocarse. No quería volver a sufrir. Por fin, después de muchos años, había logrado adquirir una seguridad y una estabilidad entre los muros de Minstrel House. Aventurarse de nuevo a salir, sola... la aterraba, incluso aunque en esa ocasión lo hiciese como lady Eleanor Harper. No había nada que la tentase tanto como para arriesgarse.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus enmarañados pensamientos.

—Adelante.

—Buenos días... —Valery Sherman, profesora de Etiqueta y una buena amiga, interrumpió su saludo y abrió los ojos sorprendida—. ¡Dios mío, Ellie, tienes un aspecto absolutamente horrible!

Eleanor esbozó una mueca de fastidio.

—Agradezco tu sinceridad, Valery —repuso irónica—. Para ser profesora de Etiqueta, en ocasiones careces de diplomacia.

Ella se encogió de hombros. Luego, una sonrisa sincera apareció en su rostro.

—Pero lo hago solo con aquellas personas a quienes les tengo afecto y confianza —repuso al tiempo que se acomodaba en una de las sillas frente al escritorio y tomaba su mano mirándola con preocupación—. ¿Te encuentras bien, Eleanor? ¿Estás enferma?

Se apresuró a negar con la cabeza antes de que su amiga se imaginase algo

peor. Su mirada se suavizó por el cariño. Desde que se habían conocido, y a pesar del carácter reservado de ambas, habían simpatizado. Poco a poco, el tiempo y el trato diario había ido forjando entre ellas una amistad que se había afianzado con solidez en el cariño mutuo. Además, desde que Valery se había comprometido con Dunhcan, se mostraba mucho más abierta y segura.

Sin embargo, y a pesar de la amistad, por algún motivo todo el mundo guardaba secretos. Valery le había ocultado que, en realidad, era lady Valery. Y ella...

—He dormido mal, eso es todo. ¿Qué tal con Dunhcan?

El rubor que coloreó las mejillas de su amiga fue suficiente respuesta.

Se alegraba por ellos, mucho. Deseaba que fuesen felices. Él la había ayudado en un momento de necesidad, y le había ofrecido su amistad sin condiciones, y Valery, Dios sabía que se merecía ser feliz después de todo lo que había pasado. Y, aun así, sintió una punzada de envidia en su interior. No creía que pudiera enamorarse, o, al menos, no deseaba hacerlo. No después de haber visto el sufrimiento de su madre después de morir su padre. No se sentía capaz de afrontar algo así. Pero al menos le gustaría que alguien la besara. Su mente eligió ese momento para evocar unos ojos grises con tonos verdes, un rostro bronceado y unos labios tentadores a solo unos centímetros de los suyos, en un establo en penumbra con el sonido de la lluvia de fondo.

Parpadeó, saliendo de su ensueño, cuando la voz de Valery penetró en su conciencia. No había escuchado su respuesta. Sonrió, con la esperanza de que no se percatase de su distracción.

—...por eso no puede tener las manos quietas.

«Oh, Dios mío, ¿qué se había perdido?»

—¿Las manos? —repitió con voz estrangulada.

Valery frunció el ceño ante su reacción.

—Sí, la yegua se para constantemente de manos, y Dunhcan dice que es porque ejerzo demasiada presión con las rodillas.

—Ah.

Fue lo único que dijo. ¿Qué otra cosa podía responder después de las imágenes que sus anteriores palabras habían evocado en su mente?

—Pero bueno, supongo que no me has mandado llamar para que te hable sobre mí —comentó con una sonrisa—. ¿Qué necesitas, Eleanor?

—Sí, claro —declaró mientras se daba tiempo para ordenar sus ideas y para que el corazón recobrase su ritmo normal tras el sobresalto—. La ceremonia de cierre del curso es la próxima semana, y quería saber cómo va la obra de teatro.

—Bueno, quizás Melinda podría informarte mejor, ya que es ella la que se está ocupando de eso, pero sé que las chicas están muy entusiasmadas y ponen todo su empeño. Creo que el día de visita será un éxito, y seguro que tanto los padres de las jóvenes como los habitantes de Minstrel Valley lo disfrutarán.

—Ya. Me alegro.

Valery ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—Ellie, ¿por qué no me dices de una vez qué pasa?

Eleanor soltó un suspiro cansado.

—Lo siento, Valery, tienes razón. Lo que sucede es que necesito que te quedes a cargo de la escuela durante las vacaciones.

El rostro de sorpresa de su amiga resultó muy elocuente, pero pasó rápidamente del asombro a la preocupación.

—¿Ocurre algo, Ellie? ¿Tienes algún problema?

Ella negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Lady Acton me dijo que me tomase unas vacaciones. En realidad, no me iré de Minstrel House —se apresuró a añadir al ver que Valery, alarmada, iba a comentar algo—, así que cualquier duda que tengas me la podrás consultar. Además, Melinda y Annie organizaron los horarios y, de cualquier forma, durante el verano todo suele estar más tranquilo. ¿Te importa?

—Por supuesto que no, Eleanor, y, si puedo ayudarte de cualquier otra forma, dímelo, por favor.

—Claro, pero no será... —Unos golpes en la puerta interrumpieron sus palabras, lo que agradeció de corazón, porque no sabía cómo podía evitar contarle nada a Valery si la joven seguía insistiendo en su preocupación por ella—. ¡Adelante!

La figura de Goliath ocupó el vano de la puerta cuando esta se abrió. Era un hombre grande —casi dos metros de altura—, y su apariencia tosca contrastaba con el refinamiento de la escuela y con el de lady Acton, a quien servía subiendo y bajando la silla de ruedas desde sus aposentos al piso inferior cuando era necesario. Sin embargo, la anciana le tenía mucho cariño, al igual que todos los moradores de Minstrel Valley. Además de haber demostrado ser de gran ayuda a la hora de realizar trabajos pesados, también se había revelado como un hombre instruido que disfrutaba de la lectura.

—Señorita Harper —entonó con voz grave y profunda—. Lady Acton. La busca.

«Lástima que utilice tal economía de palabras», pensó Eleanor. Probablemente disfrutaría mucho de una conversación con él. Decían que había trabajado en un circo, y, con toda seguridad, habría viajado mucho y conocido lugares interesantes. ¡Cuánto le gustaría que le hablase de ellos!

Si quisieras, ahora podrías ir allí, le dijo una vocecita interior. Gracias a la herencia. Apretó los labios y centró su atención en el hombretón que aguardaba su respuesta.

—Por supuesto, voy enseguida. —Se volvió hacia su amiga con una sonrisa de disculpa—. ¿No te importa, Valery? Podemos hablar después.

Valery se levantó al tiempo que lo hacía Eleanor.

—Claro que no, vete tranquila —le aseguró. La acompañó hasta la puerta y Goliath se hizo a un lado para que pasaran las dos mujeres.

Cuando la profesora se marchó, Eleanor siguió al hombre que ya había comenzado a caminar hacia las escaleras que conducían al segundo piso. Palpó el bolsillo de su vestido de muselina azul para asegurarse de que llevaba la bolsa de terciopelo. Lady Acton le había preguntado si no le

importaría mostrarle el medallón al conde de Clifford. Según le había comentado, el hombre era un experto en antigüedades y, puesto que había vuelto a Minstrel Valley, con seguridad vendría a visitarla y tendrían la oportunidad de saber algo más sobre la joya. Los ojos de la dama habían brillado de entusiasmo mientras hablaba, y aunque para ella el colgante no era tan significativo, no quería desilusionar a la mujer a la que tanto le debía.

Suponía que, si la había mandado llamar, significaba que el conde se hallaba de visita.

—¿El conde de Clifford está con milady?

—Ajá.

Sus labios se fruncieron en un gesto de exasperación dirigido a la formidable espalda de Goliath. Ciertamente no tenía caso seguir preguntándole al hombre acerca de la visita, con seguridad lo único que recibiría como respuesta serían monosílabos.

«Bueno», pensó cuando se detuvieron, «lo único que me separa ahora de *lord Pomposo* es la puerta de la salita de lady Acton». Una sonrisa curvó sus labios al imaginarse lo que diría Melinda cuando le comentase que había conocido a milord.

Goliath la miró y Eleanor se dio cuenta de que deseaba asegurarse de que estaba lista. Alisó la falda y luego, con horror, se pasó la mano por el cabello al percatarse de que ni siquiera se le había ocurrido adecentarse un poco, y Valery le había dicho que lucía horrible. Clavó sus ojos grises en Goliath con cierta ansiedad, pero el hombre le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Bien.

Esa única palabra tuvo el efecto de calmarla. En realidad, no necesitaba impresionar a nadie. Lady Acton ya la conocía, y en cuanto al conde... Se encogió de hombros, y Goliath lo tomó por una señal de que se encontraba preparada, así que llamó a la puerta. La contestación desde el interior no se hizo esperar y, unos segundos después, Eleanor volvía a hallarse en la misma salita en la que había estado la noche anterior.

Lady Acton se encontraba, como siempre, sentada en su silla de ruedas, junto a la chimenea. La recibió con una sonrisa.

—Eleanor, querida, pasa.

Se adentró en la sala, consciente de la figura que se había puesto de pie cuando ella había entrado, pero reacia todavía a posar en ella sus ojos. No estaba segura de poder controlar la risa si se volvía hacia ella y se topaba con, ¿cómo había dicho?... ¡ah, sí!, *un viejo pomposo con una enorme barriga y calvo, los dedos como salchichas y andares de pato*. Le reprochó interiormente a Melinda por haberle hecho decir esas palabras.

—Buenos días, lady Acton.

Su voz había sonado algo temblorosa.

—Eleanor, te presento a lord Ashton Melham, conde de Clifford.

Respiró hondo, esbozó una sonrisa educada y se giró. La sonrisa se congeló en sus labios y sus ojos se abrieron por la sorpresa. «¡Ay, Dios!», ¿el mozo de cuadra era lord Clifford? Notó que el rubor coloreaba sus mejillas y sintió el calor arder en su rostro, sobre todo cuando se percató del humor chispeante que brillaba en los ojos del conde. La había reconocido, por supuesto, y, además, ella le había dicho su nombre. En ese momento hubiera deseado que la tierra se la tragase.

—Ashton, ella es la señorita Eleanor Harper, la directora de la escuela.

—Es un placer conocerla —le dijo al tiempo que se inclinaba en una ligera reverencia.

Oyó el suave carraspeo de lady Acton y se apresuró a realizar su propia reverencia, sintiéndose como una jovencita en su primera temporada a la que reprendían por su atolondramiento. Y no era para menos. Todavía estaba conmocionada por la sorpresa. Desde luego, no iba a poder decirle a Melinda que su predicción se había cumplido. Aquel hombre no tenía ni un gramo de grasa encima, sino puro músculo, lo que evidenciaba la costosa chaqueta gris perla que se ajustaba a sus anchos hombros a la perfección, y los ceñidos pantalones negros que se perdían en unas botas de caña alta. El blanco

pañuelo que rodeaba su cuello contrastaba con el tono moreno de su piel. Se trataba, sin duda, de un hombre muy atractivo... y ella había creído que era un mozo de cuadra.

Gimió para sus adentros.

—Yo... —balbuceó sin saber muy bien qué decir.

Gracias al cielo que lady Acton acudió en su ayuda.

—Ven, querida, siéntate aquí —le dijo, señalando el cómodo sillón en el que solía sentarse la señorita Chatham para leerle—. Lord Clifford es nieto de lady Constance Hamilton, una muy querida amiga de mi juventud. Solíamos pasar mucho tiempo juntas cuando ambas vivíamos en Minstrel Valley. Ahora ella se encuentra algo delicada de salud y reside en Londres, pero Ashton ha venido a presentarme sus respetos y me ha traído un mensaje de su parte.

Eleanor sonrió a la anciana dama. Sus ojos brillaban emocionados; sin duda le encantaba hablar de los viejos tiempos y de sus amistades.

—Me alegro mucho, lady Acton —respondió con sinceridad; luego, con cierta reticencia, se volvió hacia el conde—, y, siento lo de su abuela.

El hombre le dedicó una sonrisa con la que parecía burlarse de su incomodidad, y Eleanor apretó los labios con firmeza.

—Muchas gracias, señorita Harper, aunque estoy seguro de que mi abuela nos sobrevivirá a todos.

Había calidez en sus palabras al mencionar a su abuela, y Eleanor pensó que aquel hombre era un prisma con demasiadas caras, y demasiadas aristas. «Pero si las aristas eran muy afiladas, pueden cortar», se recordó a sí misma.

—Estoy convencida de ello —convino lady Acton—. Constance ha sido siempre una luchadora y se ha sobrepuesto a las dificultades.

A Eleanor no le pasó desapercibido el tono compasivo de la anciana ni el velo de tristeza que descendió sobre el atractivo rostro de lord Clifford, a pesar de que este permaneció impasible. Ella había aprendido tiempo atrás a leer en el más mínimo gesto las intenciones y las emociones de las personas,

su supervivencia había dependido de ello en muchas ocasiones cuando vivió en Londres, y ahora le resultaba útil con las alumnas y el personal de Minstrel House.

Lady Acton también debió notar algo, porque se apresuró a cambiar de tema.

—Ashton es un experto en antigüedades, querida. Ha viajado mucho y ha estado en lugares tan exóticos como Egipto —le explicó entusiasmada. Ella miró al conde, que permanecía cómodamente sentado, con la pierna cruzada sobre la rodilla, y sonriendo con placidez. Por un instante sintió hacia él algo parecido al rencor, porque él había podido disfrutar de lo que a ella se le había negado por el hecho de ser mujer. Si hubiese sido hombre, el título de conde a la muerte de su padre habría recaído sobre ella. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos—. ¿No?

Se sonrojó al darse cuenta de que no había prestado atención a las palabras de lady Acton y se había perdido parte de la conversación.

—¿Perdón?

—El colgante, Eleanor. Te preguntaba si lo habías traído.

—Por supuesto, lady Acton —respondió al tiempo que sacaba la bolsita de terciopelo de su bolsillo.

Vio cómo el conde abandonaba su postura indolente y se inclinaba hacia ella con interés. Abrió la bolsa. Sacó el medallón y se lo tendió al conde. Cuando lo tomó, sus dedos se rozaron, y una especie de corriente eléctrica la atravesó. Alzó la mirada hacia su rostro y vio que él la estaba mirando. En sus ojos brillaba algo primitivo, algo oscuro que Eleanor no supo descifrar; sin embargo, fue demasiado fugaz. Enseguida tomó la joya y se centró en ella.

Se fijó en que la sopesaba, y luego seguía con el dedo el dibujo de la extraña flor, con una mirada pensativa. Entrecerró los ojos y leyó la inscripción.

—*Usque ad mortem.*

—Hasta la muerte.

Él la miró sorprendido y enarcó una ceja.

—Entiende el latín.

Eleanor asintió en silencio. No podía hablar. Los recuerdos de su padre enseñándole latín en la biblioteca de la mansión Belford, la asaltaron de repente. Aquellos preciosos momentos que ella y sus padres habían pasado juntos, conversando sobre algún libro, o sobre política, riéndose con las anécdotas de su padre o con los cotilleos de su madre. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva, y deseó que el conde no le preguntase nada al respecto.

No lo hizo.

Ashton miró a Eleanor con un nuevo conocimiento. Sabía que tenía que ser instruida, de otro modo no hubiera podido ostentar el cargo de directora de la escuela; pero que tuviese conocimientos de latín... Sus ojos acariciaron aquel rostro perfecto de piel sedosa, cejas oscuras perfectamente delineadas sobre unos preciosos ojos gris azulado, una nariz recta y fina, y unos labios suaves y tentadores que ella se estaba mordiendo en ese momento. Una mujer hermosa que ocultaba una pena y un secreto.

—¿Y bien?

La voz de lady Acton interrumpió sus pensamientos. Eleanor alzó la mirada hacia él, y Ashton carraspeó y se removió inquieto al sentir la atracción que esos ojos perlados parecían ejercer sobre él.

—Se trata, sin duda, de un colgante medieval. A pesar de que está muy bien trabajado, hay ciertos detalles e imperfecciones que revelan la carencia de herramientas adecuadas para esta obra —explicó—. Además, está también la sencillez del diseño y el hecho de que el metal no ha sido convenientemente purificado.

Ashton vio la admiración en los ojos de la joven y algo cálido traspasó su pecho. Algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

—¡Entonces, puede haber pertenecido a la Dama!

—¿A la Dama? —preguntó Ashton, sinceramente confundido mientras alternaba su mirada entre Eleanor y lady Acton.

Esta última esbozó una sonrisa y pareció rejuvenecer cuando se enderezó en la silla y adoptó un tono decidido.

—Me olvidaba de que te marchaste de Minstrel Valley siendo apenas un niño y que, probablemente, no recordarás la leyenda del juglar y la Dama. — Él negó con la cabeza. Había tratado de olvidar todos los recuerdos de su infancia para evitar el dolor de la pérdida. Lady Acton asintió comprensiva y continuó—: Bueno, no te la voy a contar ahora, tal vez pueda hacerlo Eleanor en algún momento. Baste decir que una joya así tiene que haber pertenecido a alguien rico, y los únicos señores que habitaban estas tierras por aquella época eran los Scott, el barón y su esposa.

Eleanor, que había recibido con perplejidad el comentario de la anciana mujer sobre contarle al conde la leyenda, ignoró el sentimiento que esto le había provocado y se centró en sus palabras.

—Pero, lady Acton, el medallón bien pudo haber pertenecido a alguno de sus descendientes, no necesariamente a la Dama. El periodo medieval es muy amplio.

—Tonterías. Estoy segura de que le pertenecía a ella —repuso convencida—, y puesto que dentro de pocos días darán comienzo tus vacaciones, ayudarás a Ashton a averiguar si estoy en lo cierto.

Las cejas de Eleanor se elevaron en un gesto de sorpresa, y se negó a mirar al conde en busca de su reacción. Si no fuese porque le parecía imposible, diría que lady Acton estaba tratando de emparejarla con el conde, lo cual no podía ser cierto, ¿no? Claro que, ella había escuchado rumores acerca de que lady Acton había intervenido como casamentera entre lord Northcott y lady Olivia. Sin embargo, no le parecía que lord Northcott fuese un hombre que se dejase manipular con facilidad.

De cualquier forma, seguramente ella solo pretendía darle algo que hacer durante su periodo de descanso, además de reflexionar y, Dios mediante,

tomar una decisión sobre su vida. No queriendo desilusionar a la anciana, comentó lo más obvio.

—Lady Acton, será muy difícil hacer averiguaciones al respecto. El castillo se quemó y no existen documentos de la época. No tendríamos por dónde comenzar.

—Bueno —intervino por primera vez el conde con la mirada concentrada sobre el medallón que descansaba en la palma de su mano—, yo no diría tanto. En Clifford Manor hay una biblioteca con libros muy antiguos, incluso algunos de época medieval.

—¿Ves? Te lo dije —espetó triunfante lady Acton.

Eleanor miró a lord Clifford sorprendida.

—Pero ¿cómo?...

Ashton se encogió de hombros.

—Mis antepasados adquirieron las tierras de Clifford Manor alrededor del siglo xv. Se las compraron a los propietarios, por ese entonces los Beaufoy-Scott, junto con la capilla y las ruinas del castillo —explicó.

—Entonces, ¿las ruinas les pertenecen? —le preguntó, sorprendida por la punzada de dolor que le habían provocado sus palabras. Apenas había descubierto que ella era una Beaufoy-Scott, y ya le arrebataban lo único que la unía a ellos.

—No, las ruinas pertenecen al marquesado de Northcott —respondió, con una sonrisa divertida—. Me temo que uno de mis antepasados no supo jugar bien sus cartas y perdió las ruinas en una partida, si es que eso tiene algún sentido.

Eleanor no pudo evitar devolverle la sonrisa, tanto por la anécdota, como por el hecho de saber que podía seguir visitando las ruinas cuando quisiera sin necesidad de pedir permiso.

Ashton notó la agitación que provocó en su estómago la sonrisa de la directora. Era una mujer atractiva, de una belleza candorosa.

«Pero no de esas mujeres que buscan una aventura», se recordó a sí mismo.

La voz de lady Acton los sobresaltó a ambos.

—Pues entonces está decidido. Eleanor te ayudará durante sus vacaciones a averiguar a quién perteneció esta joya. En cuanto a ti, querida —se apresuró a añadir antes de que ella pudiera replicar—, estoy segura de que ese tiempo te servirá para reflexionar sobre lo que deseas y, quién sabe, tal vez llegues a descubrir algo más que ni siquiera sabías que deseabas.

Eleanor no daba crédito a lo que escuchaba. Casi estaba convencida de que, en algún momento, lady Acton le iba a guiñar un ojo con complicidad. Notó que el rubor invadía sus mejillas, y rezó para que lord Clifford no se hubiese percatado de las intenciones de la dama.

Sin embargo, no tuvo ocasión de protestar. Goliath entró por una puerta lateral, probablemente atraído por el sonido de la campanilla que lady Acton había hecho sonar.

—Necesito retirarme a descansar —les dijo mientras ambos se ponían de pie—. Eleanor, por favor, acompaña a lord Clifford a la puerta. Ashton, querido, espero tener pronto noticias vuestras sobre los progresos de la investigación.

Él se inclinó galante sobre la mano de la anciana.

—Por supuesto, milady —respondió—. Y bien, señorita Harper, ¿cuándo comienzan sus vacaciones? —le preguntó apenas se quedaron solos.

Eleanor se volvió hacia él con el cuerpo tenso y los labios apretados en una fina línea. No quería decepcionar a lady Acton, pero no estaba dispuesta a participar en aquella especie de búsqueda del tesoro, y menos acompañada de un hombre como aquel, un aventurero sin ningún sentido de la responsabilidad.

Sin embargo, su decisión pareció flaquear en cuanto sus ojos contemplaron el brillo de desafío que anidaba en los de él y la sonrisa pecaminosa que le dirigió. *¿No soñabas con vivir aventuras?*, le insinuó una vocecita en su interior.

Gimió para sus adentros mientras experimentaba el vértigo de lanzarse al

vacío.

¡Oh, Señor! La propuesta y el hombre suponían una grandísima tentación.

Capítulo 6

Le dolían los nudillos.

«Quizás no tenía que haberle golpeado tan fuerte», pensó mientras contemplaba el cuerpo del criado que yacía inmóvil sobre el suelo de la biblioteca. No es que se lo mereciera, el pobre hombre no había hecho nada, excepto estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, porque él necesitaba descargar la frustración que lo corroía por dentro.

Habían empezado a negarle el crédito en algunos establecimientos, y ese tipo de noticias corrían como la pólvora en Londres. Pronto no le dejarían ni siquiera poner un pie en el club, y si alguno de sus acreedores se animaba a acercarse a la mansión para exigir el pago de su deuda, en poco tiempo los tendría a todos encima o, lo que era todavía peor, acabaría en la cárcel de deudores.

Necesitaba conseguir dinero con urgencia.

Casi toda su vida había transcurrido en una discreta pobreza. Su padre era un caballero venido a menos, dedicado a cultivar un pedazo de tierra. Había tratado de inculcarle por todos los medios el amor al trabajo y la aceptación de su estatus social; una lección que le había resultado imposible aprender. El descontento y la amargura lo habían acompañado desde su adolescencia, cuando veía a los grandes señores organizar fiestas en sus lujosas mansiones. Entonces él pensaba: «algún día viviré como ellos.»

El viejo se fue a la tumba sin haber hecho de él un terrateniente, así que, a

su muerte, las cosas fueron de mal en peor. Hasta que cambió su suerte. Un pariente lejano de su padre había muerto y él era el heredero más cercano. Y así, de la noche a la mañana, había pasado de ser un don nadie a convertirse en lord Robert Cadburn, octavo conde de Belford, poseedor de tierras, varias mansiones y una gran fortuna.

Quién hubiera pensado que el dinero se evaporaba con tanta rapidez. Ahora, nueve años después, tenía un título que no le servía para nada, y una gran cantidad de deudas.

Se levantó del cómodo sillón en el que descansaba y se acercó al decantador. Una copa le vendría bien para mitigar la rabia que lo corroía por dentro. Luego, volvió a tomar asiento y observó la habitación con calma. Quizás podría vender alguno de los objetos que había en la casa. Al fin y al cabo, para él no significaban nada. Pertenecían al anterior conde de Belford, y cuando había heredado el título y la mansión, no había permitido que la viuda y su hija se llevasen nada.

Escuchó un gemido bajo y vio al criado arrastrarse hasta la puerta. Se encogió de hombros con indiferencia. «Al menos no lo he matado». Luego volvió a sus pensamientos.

Recordó el glorioso día en que habían llegado a anunciarle que el conde de Belford había fallecido en un accidente y que él era el pariente masculino más cercano y, por lo tanto, el heredero. No había podido creer en su buena suerte. No tardó ni una hora en abandonar a su madre y a su hermana en esa maldita casa del condado de Dover donde vivían y marcharse a Londres. Habló con los abogados y obtuvo el acceso a las finanzas del difunto, unos cuantos miles de libras, recordó con una sonrisa torcida, y la mansión en Mayfair, además de otras mansiones y terrenos esparcidos por Surrey.

Por supuesto, se había deshecho de la viuda y de su hija inmediatamente. No iba a compartir su recién adquirida fortuna con nadie. La mujer había suplicado que no las echase a la calle, pero cuando él le propuso dejarlas vivir en la casa a cambio de recibir algunos favores de su joven hija, la vieja lo

había insultado y habían abandonado la mansión. Había sido una pena, porque recordaba que la muchacha era bonita, con un precioso cabello negro y unos ojos grises inquisidores, y, sobre todo, era virgen. Sí, hubiera disfrutado con ella.

Había gozado de los privilegios de su posición y de las rentas de sus tierras durante muchos años, pero ahora el dinero se había acabado. Las tierras habían dejado de producir beneficios por falta de atención. Él no estaba dispuesto a mantener a los aparceros y a sus familias, bastante tenía con mantenerse a sí mismo, y ahora pagaba las consecuencias de sus decisiones.

Bebió un trago largo de su coñac y entornó los ojos, pensativo. Si vendía algunos de los objetos, las ganancias apenas le darían para pagar a unas cuantas prostitutas, apostar en algunas partidas y comprar algún caballo. Tenía que conseguir dinero, la cuestión era dónde.

Quizás podía buscarse una esposa rica. Todavía era joven. Tenía cuarenta años, se mantenía en forma y a las mujeres les resultaba atractivo su cabello rubio y sus ojos azules. Era cierto que la vida de excesos que llevaba comenzaba a notársele en el rostro, pero él sabía cómo mantener a una mujer contenta en la cama, y eso era todo lo que las damas necesitaban, ya que, a pesar de los aires que se daban, no eran tan diferentes de las prostitutas.

Sí, buscaría una esposa, y, mientras tanto, bien podía darse un capricho. Una sonrisa ladina asomó a su rostro al pensar en lady Eleanor Harper. ¿Por qué no?

Cuando las dos mujeres abandonaron la casa, él se mostró muy listo al encargarle a alguien que las vigilase. Tal vez a la viuda se le podía ocurrir pedir ayuda a algunas amistades y hacerle a él la vida imposible. Se equivocó. Por lo visto la mujer se abandonó a la tristeza y la melancolía, y su hija tuvo que ponerse a trabajar. Por eso, cuando se enteró años después de la muerte de la condesa viuda y de que la muchacha se había quedado sola, pensó que seguramente su «prima» agradecería el calor de un cuerpo masculino en su lecho a cambio de unas cuantas monedas.

Volvió a equivocarse. Se encontró con una joven hermosa, con un cuerpo floreciente y tentador, y un carácter fuerte y decidido que le hubiese encantado doblegar. Supuso que sería magnífica en la cama con toda aquella pasión que derrochaba en insultarlo, y así se lo hizo saber. Ella lo abofeteó.

Robert se llevó la mano a la mejilla ante el recuerdo.

Hacía varios años que mantenía la vigilancia sobre la muchacha, así que no sería difícil encontrarla. Solo tenía que ir al East End para obtener la información.

Dejó la copa vacía sobre una mesilla y llamó a su mayordomo para que le trajese su sombrero y su bastón, y avisase a su cochero. Cuando salió a la calle, sonrió. Seguramente su suerte iba a empezar a cambiar.

El carruaje avanzó despacio debido al tráfico, pero finalmente llegaron a su destino. El cochero, que lo había acompañado ya en otras ocasiones a esa misma zona, se detuvo, como de costumbre, delante del prostíbulo. Robert miró la destartalada fachada y, por primera vez, pensó que lo había hecho todo mal. Debería haber tenido como amante a una de esas ricas y hermosas cortesanas que acompañaban a algunos nobles, en lugar de andarse revolcando con mujerzuelas en una cama con chinches. Apretó los labios con disgusto y le espetó al cochero que se dirigiese hacia la taberna.

Respiró hondo e intentó controlar su mal humor. El pensamiento de que pronto tendría entre sus sábanas algo mejor que una cortesana, le sirvió de consuelo.

Cuando el coche se detuvo, descendió y entró en el local. La taberna se encontraba abarrotada, como siempre, pero no le importó, como tampoco le importaron las miradas que le dedicaron algunos de los parroquianos. Si su vestimenta elegante —casaca azul marino con botones dorados, costosos pantalones de montar y botas de caña alta— lo convertía en una presa con la que divertirse en aquel lugar infectado e inmundo, su altura y su corpulencia unidas a su mirada azul, fría y desapasionada, disuadían a cualquiera de intentarlo.

Miró alrededor hasta que localizó al hombre que buscaba, y le hizo un gesto con la cabeza para hacerle saber que lo necesitaba. Luego, se dirigió hacia una de las mesas del fondo, más apartada del bullicio, y pidió una cerveza. No le gustaba, especialmente porque le recordaba sus bajos orígenes, pero el coñac que servía el tabernero era todavía peor.

Cuando la muchacha que servía depositó la jarra sobre la mesa, no tuvo que esperar mucho para que el otro hombre se le uniera. De figura delgada y rostro enjuto, asemejaba a una rata. Tenía el pelo ralo, como si se hubiese arrancado algunos mechones, y de un color indefinido. Las cejas abundantes daban cobijo a dos ojillos diminutos, pero de mirada sagaz. La estrechez de su boca se veía compensada por la abundancia de su nariz.

—¿Qué hay, milord? —lo saludó al tiempo que se sentaba frente a él.

Parecía haberse bañado en alcohol, pues desprendía un fuerte olor a una mezcla de cerveza y sudor. Lord Belford frunció el ceño con desagrado.

—Hola, Jack.

—Hacía mucho que no lo veía por aquí.

Él se encogió de hombros.

—No había necesidad.

—¿Tiene ahora algún trabajito para mí?

Miró pensativo el líquido amarillento, como si buscara una respuesta a esa pregunta. Jack le había ayudado a vigilar a las mujeres a cambio de un buen pellizco de dinero, y había continuado luego con la vigilancia de Eleanor, pero ahora no tenía con qué pagarle, y no estaba seguro de que le fuese a dar la información como un favor. O bien podía dejarle que se beneficiase a la muchacha, una vez que él hubiese terminado con ella, o bien, podía despacharlo al otro mundo una vez que consiguiese lo que necesitaba. Ya pensaría más adelante cuál de las dos opciones le parecía mejor.

—Puede ser —repuso finalmente.

—Usted pida lo que quiera, que el bueno de Jack se lo consigue sin duda.

Robert esbozó una sonrisa torcida ante la alegría que derrochaba el

borracho. Le convenía a sus fines, pues así sería más fácil negociar con él.

—¿Recuerdas a la muchacha a la que te pedí que vigilaras?

Jack frunció el ceño como si tratase de buscar el recuerdo en la bruma alcoholizada de su cerebro. Debió de lograrlo, porque de pronto esbozó una sonrisa boba que hizo que su rostro rubicundo adoptase una expresión de simpleza.

—¡Ah, sí!, la palomita preciosa de ojos de plata. —Él asintió confirmándole que estaba en lo correcto—. Lady Eleanor Harper.

Robert enarcó una ceja sorprendido de que el hombre recordase el nombre de la muchacha. Habían pasado al menos tres años desde la última vez que le había preguntado por ella.

—Tienes buena memoria.

El hombre chasqueó la lengua para mostrar su desacuerdo.

—Lo que pasa es que hace poco alguien me preguntó por ella y me recordó su nombre.

Aquellas palabras despertaron su interés. ¿Quién podría haber buscado a la muchacha? ¿Se habría metido en algún problema? Si así fuera, eso le favorecería.

—¿Quién? —Quiso saber.

Jack se rascó la barbilla despacio, y sus ojos se desviaron de los del conde vagando por las mesas y sus ocupantes. El conde notó su reticencia a revelar aquella información y se preguntó por qué. Se inclinó hacia delante y clavó en él una mirada fría y determinada.

—¿Quién? —insistió con tono duro.

Vio que el hombre se aferraba a su jarra de cerveza como si fuera un salvavidas mientras buscaba la forma de evitar responder, pero finalmente cedió a la presión. Aunque supuso que también le ayudó a tomar la decisión la moneda que él depositó sobre la mesa.

—Bueno, fue ese Farrell.

—¿Y quién es?

—Oh, un hombre con el que no conviene meterse —le dijo agitando la cabeza de arriba abajo. Luego bajó la voz en un susurro y apoyó su escaso peso sobre la mesa para acercarse al conde—. Es un detective.

Robert se echó hacia atrás para mantenerse alejado del olor repugnante que desprendía el hombre mientras digería sus palabras. ¿Para qué demonios había buscado un detective a la muchacha?

Creó que solo había pensado las palabras, pero debió de haberlas dicho en voz alta, porque escuchó a Jack contestar.

—Pues me parece que se trataba de una herencia, o algo así. Bueno, no me informaron de eso, pero me gusta saber cuando me encargan algo —le explicó. Tomó un largo trago de su cerveza y eructó sonoramente.

El conde frunció el ceño y lo miró con disgusto. Jack se preguntó cómo unos ojos como aquellos, con el suave color del cielo, podían asemejarse tanto a las cavernas del infierno.

—Entonces, sabes dónde se encuentra la muchacha, ¿no es así?

Él asintió con fervor.

—En un pueblo llamado Minstrel Valley, en el condado de Hertfordshire.

Lord Belford se permitió en ese momento una sonrisa complaciente. Quizás sus problemas se habían terminado. Si la muchacha seguía soltera, acababa de encontrar la esposa rica que buscaba y una amante. Supuso que la muchacha ya no sería virgen, pero se relamió los labios mientras imaginaba todo lo que él podría enseñarle todavía.

Despidió a Jack con un gesto de la cabeza, contento porque aquella información le hubiese costado tan solo una moneda. Si el hombre hubiese estado sobrio, quizás hubiese tenido que pagar más.

«Gracias al cielo por los borrachos», se dijo. Luego llamó a la muchacha que servía y pagó su cerveza.

Cuando salió, le pareció que el sol brillaba con más fuerza. Sí, las cosas estaban cambiando. Por fin la suerte se ponía de su lado. Se subió al carruaje y ordenó a su cochero que regresase a la mansión.

Tenía un viaje que preparar.

Thomas Farrell tenía la costumbre de pasarse, de vez en cuando, por algunas de las tabernas más conocidas del East End. No le gustaba demasiado beber, pero sabía que allí siempre encontraría información de cualquier clase. Y eso resultaba muy conveniente para su tipo de trabajo.

Sin embargo, en aquel momento no se encontraba allí a causa de ningún encargo, sino por un asunto personal. Buscaba a sus padres.

No recordaba nada de su infancia antes de los cinco años. Después de esa edad, todo lo que recordaba era un oscuro y deprimente orfanato, del que ni siquiera conocía el nombre, y las calles. Las calles habían sido su refugio y su modo de vida por mucho tiempo. Allí aprendió a robar, a pelear, a buscar comida; en suma, a sobrevivir. Las sucias calles de los bajos fondos londinenses habían sido su escuela hasta que se había hartado de vivir así. Entonces, a los dieciséis años había decidido hacer algo con su vida, y había entrado a trabajar como aprendiz de un panadero. Aquel hombre le enseñó no solo el oficio, sino también que el mundo y las cosas no eran solo blancas o negras. Había también matices, y razones por las que los hombres actuaban de una manera o de otra. Seguramente, detrás del abandono de sus padres había razones, y no podría juzgarlos correctamente hasta que no las conociese.

Cuando el hombre murió, adoptó su apellido y dejó la panadería. Comenzó a investigar sobre su pasado. Aprendió mucho con el paso de los años y, un buen día, alguien le pidió que investigase un asunto para él. Tuvo éxito. Y a partir de ahí le llovieron los encargos y se hizo un nombre en el East End. En alguna ocasión llegó incluso a colaborar con la policía.

Le gustaba su trabajo, tenía casi siempre los bolsillos llenos y alguna mujer en su cama. Pero faltaba una pieza en su vida, y necesitaba solucionarlo para

poder seguir adelante.

Entró en la taberna El trébol de la suerte y se detuvo un momento para acostumbrar sus ojos a la penumbra que reinaba en el interior. La cacofonía de voces, las carcajadas estruendosas y el golpear de las jarras de cerveza contra las mesas de madera, le hizo esbozar una mueca de disgusto. Siempre que entraba en un local como aquel, le resultaba curioso pensar que, a pesar de haber convivido casi toda su vida con gente como aquella y haber frecuentado lugares parecidos, nunca había terminado de acostumbrarse al ambiente. Sentía que no pertenecía a aquel lugar. Sacudió la cabeza para despejar aquellos pensamientos que se adherían a su mente como telas de araña. Pronto resolvería la cuestión sobre su familia y su nacimiento, y podría dormir tranquilo. Entonces podría olvidarse de aquella insidiosa idea que se había colado en su mente: que él era el hijo bastardo de un noble.

Se adentró en el interior con paso seguro. Su altura, casi un metro noventa, y su aspecto peligroso, le garantizaban una relativa paz y seguridad en lugares como aquel, aunque siempre había algún idiota deseoso de medir su fuerza con él. Por lo general, no aceptaba los desafíos, y se limitaba a mirar al osado de tal manera que abandonase la idea, pero en otras ocasiones, cuando su frustración con algún caso era grande, le daba el gusto y peleaba.

Se sentó en el sitio de costumbre. Apoyó la espalda en la pared y se dedicó a observar a los parroquianos. Una muchacha de busto generoso y cabello rojizo se acercó a él con una jarra de cerveza.

—Gracias, Molly.

Ella le sonrió coqueta y enseguida se marchó, sabedora de que no podría llevárselo a la cama. Una invitación que él había declinado en numerosas ocasiones. No porque la joven no fuera atractiva, aunque era un poco menuda para él, sino porque la muchacha le caía bien, y no quería herirla. Sus relaciones se basaban en la necesidad, y nunca duraban más de una noche.

Dio un trago a su bebida y torció el gesto con desagrado. Probablemente era la peor cerveza que había probado nunca, pero no podía dejar de acudir a

esa taberna. Si uno mantenía los ojos y los oídos bien abiertos, podía conseguir allí mucha información.

Un hombre de baja estatura, al que parecía venirle grande la chaqueta que llevaba, a causa de su delgadez, abandonó su puesto en la barra y se acercó a él. Cuando recibió un gesto de asentimiento, tomó asiento en la mesa.

—Hola, jefe.

—¿Qué hay, Bill? —lo saludó Farrell sin dejar de observar a su alrededor—. ¿Tienes algo para mí?

—Sobre lo que me había encargado, todavía nada, pero tengo otra cosa que a lo mejor le interesa.

—Te escucho.

—¿Recuerda esa señorita sobre la que buscó información acerca de su paradero hace unos meses? —Farrell asintió. Recordaba muy bien el encargo de Oliver Johnson, el abogado. Había recibido una buena suma por llevarlo a cabo, y gracias a eso podía dedicar en ese momento algo más de tiempo a su búsqueda personal—. Pues ha venido uno de esos «aristrócatas» preguntando por ella.

El detective no sonrió ante el error de pronunciación de Bill, sus palabras habían hecho que le hormiguease la nuca, y eso significaba un mal presentimiento.

—¿Sí? —lo animó a continuar.

—Parecía un milord, pero no era un milord. No sé si me explico. —Farrell volvió a asentir. Bill tenía muy buen ojo para las personas, y aquel lord que buscaba a la señorita Harper no debía de ser trigo limpio—. El caso es que dio con Jack, que estaba medio borracho, y este le largó toda la información sobre la muchacha.

Farrell maldijo para sus adentros.

—Jack es un bocazas —espetó furioso.

Bill se rascó la barbilla, pensativo.

—Me dio la sensación de que ya se conocían. Jack y el milord, me refiero.

A mí Jack nunca me ha gustado, ya lo sabe; solo busca dinero, y no le importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. —Estuvo a punto de escupir sobre el suelo para acompañar sus palabras, pero se detuvo a tiempo al acordarse de que a Ron, el dueño del establecimiento, no le gustaba ese comportamiento. Y tenía unos brazos como troncos de árbol para asegurarse de que todo el mundo comprendía sus gustos—. Esto me huele mal, jefe, por eso se lo cuento. No me gustó el lord ese. Tenía una mirada azul fría como el hielo.

El hombre acompañó sus palabras con un estremecimiento.

—Has hecho bien, Bill —le aseguró al tiempo que ponía sobre la mesa una moneda que el otro tomó rápidamente—, gracias.

—Si quiere, puedo averiguar quién era el hombre ese.

El detective negó con la cabeza.

—No hace falta —repuso con una voz calmada y fría que provocó en Bill un estremecimiento menos fingido que el anterior—. Ya sé de quién se trata.

Cuando investigaba a alguien, lo hacía a conciencia, y la señorita Harper no había sido una excepción, a pesar de que Johnson le había pedido nada más que su paradero. No había que ser demasiado listo para darse cuenta de que solo había un aristócrata de ojos azules al que pudiera interesarle el paradero de la joven: el conde de Belford. Y si había algo que odiase más que a los asesinos y a los ladrones, era a los abusadores. Las calles estaban llenas con cientos de ellos. Los chicos grandes abusaban de los pequeños; los hombres, de las mujeres; los fuertes, de los débiles...

No sabía qué tendría pensado el conde, pero seguro que no sería nada bueno. Podía dejarlo pasar. No conocía a Eleanor Harper y no tenía por qué importarle su suerte. Sin embargo, él no era así.

Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos mientras dejaba escapar un suspiro de resignación.

Tendría que volver a Minstrel Valley.

Y ese día era tan bueno como cualquier otro, así que abandonó la taberna y

se dirigió a las caballerizas que solía visitar cuando necesitaba alquilar un caballo.

El recorrido de casi tres horas se le hizo ameno contemplando los campos y las arboledas. Ya le había llamado la atención el paisaje con anterioridad. Realmente, Minstrel Valley parecía un buen lugar para vivir, y si alguna vez se retiraba de su oficio y buscaba la tranquilidad, quizás buscase por allí una casita.

Sonrió ante este pensamiento. No era hombre de sentarse a contemplar el paisaje, por muy bucólico que fuera este, ni de charlar agradablemente con los vecinos mientras se tomaba una pinta. Necesitaba la acción y algo que espoleara su mente inquisitiva, y no parecía que aquel pueblo pudiera ofrecerle aquello. Al menos, según lo que había observado en su primera visita.

Apenas llegó al pueblo, tomó el camino de la derecha hacia la posada en la que había buscado aposento en la ocasión anterior. The Old Flute era un local bastante decente, y se comía bien.

Cuando entró en el patio, le llamó la atención lo silencioso y desierto que parecía el lugar a pesar de tratarse de una posada y de la única taberna del pueblo en la que siempre solía haber visitantes.

Thomas frunció el ceño mostrando su desconcierto. Descendió de su montura, con el cuerpo dolorido por la falta de práctica, ya que en Londres prefería moverse en carruaje a cabalgar, y dejó el caballo en las cuabras. Entró en la posada y se encontró con el posadero, que iba de salida.

—Vaya —exclamó el hombre algo contrariado—, ya me iba.

Thomas enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Está cerrada la posada? —Eso sería algo inaudito, puesto que, por lo general, ese tipo de establecimientos se mantenía abierto todo el día y, en ocasiones, también durante la noche—. Necesito alojamiento.

El posadero —le parecía recordar que se llamaba Tom, igual que él— era un hombre de figura redondeada, con brazos fuertes y aspecto bonachón. Se

rascó la cabeza y lo miró como si él fuese un enigma que solucionar.

—Mire usted, es que hoy hay celebración en la escuela de señoritas, ¿sabe? Por eso todo el pueblo va a Minstrel House, y hacia allí me encaminaba yo también.

Thomas esbozó una sonrisa de satisfacción. Ahí tenía su oportunidad para hablar con lady Eleanor.

—¿Podría acompañarlo? Si no supone ninguna molestia, por supuesto.

El hombre sonrió feliz.

—Pues claro que no molesta, señor. Todo el mundo es bienvenido en Minstrel Valley. Pero tendremos que darnos prisa —lo apresuró al tiempo que comenzaba a caminar en dirección a la mansión—, que no quiero perderme el inicio de la función. Las muchachas van a actuar en una obra de teatro —le explicó—, y son dignas de ver, sí señor.

Ciertamente, el posadero había tenido razón. El pueblo entero se hallaba reunido en los jardines de la mansión. Allí habían improvisado un escenario en el que, suponía, se desarrollaría la actuación de las alumnas. Antes de marcharse en busca de su hija, Tom le dijo que lo esperaría en la posada cuando todo terminase. Él aprovechó para buscar un lugar desde el que poder observar todo sin llamar demasiado la atención.

Encontró un pequeño rincón, junto a un árbol, desde el que podía ver el escenario y las puertas de acceso a los jardines. Se apoyó contra el rugoso tronco y se dispuso a esperar sin dejar de preguntarse qué demonios hacía allí, en medio de tanta gente encopetada y de los lugareños. Por primera vez en su vida se sintió incómodo. Él no pertenecía a ese lugar, tal vez no pertenecía a ninguno; y tampoco tenía por qué preocuparse por la muchacha, pero lo hacía.

Solo la había visto de lejos cuando había visitado el pueblo en la ocasión anterior; sin embargo, algo en su rostro lo había atraído.

En el fondo, deseaba volver a verla.

Capítulo 7

Eleanor aún no se lo explicaba. Había cedido a la tentación.

No era propio de ella. Este pensamiento la asaltó cuando avanzaba por uno de los pasillos de Minstrel House, convertida aquella mañana en un hervidero de gente que iba de un lado a otro preparando la ceremonia de clausura del curso. Ciertamente que la propuesta que lady Acton le había hecho dos días atrás era muy tentadora, pues tenía curiosidad por saber si de verdad el medallón había pertenecido a la Dama Blanca y, además, le encantaban las bibliotecas. Los libros siempre habían sido compañeros muy queridos, el único refugio que había encontrado en medio de las dificultades que le había tocado vivir desde la muerte de su madre. Sin embargo, no podía dejar de pensar que, quizás, y solo quizás, la tentación más grande la representaba el hombre junto al que tendría que realizar su búsqueda.

No le costó nada evocar su imagen. La tenía presente en su mente desde el encuentro en el establo, a pesar de que en aquel momento no sabía que se trataba del conde. Recordaba la mirada intensa de sus ojos y su aliento cálido sobre el rostro, tan cerca que habría podido cruzar esa distancia de un suspiro y rozar sus labios. No podía negar que había deseado que él la besara. ¿A qué sabría su beso?

Dejó escapar un gemido y se recriminó a sí misma por conducirse como una jovencita en su primera temporada. Ella era una mujer adulta y debía comportarse como tal. Decidió que lo mejor sería concentrarse en todo el

trabajo que había por hacer. Algunas de las familias ya habían llegado, así como varias personas del pueblo. Todos estaban deseosos de que diese comienzo la ceremonia. La obra de teatro que habían preparado las alumnas había generado mucha expectación. Eso sin contar los quebraderos de cabeza que les había procurado a los profesores.

Escoger la función no había resultado nada fácil. Las jóvenes habían elegido representar una versión particular de la leyenda de la Dama Blanca de Minstrel Valley, mientras que los profesores preferían algo más clásico, puesto que así los parlamentos ya estarían escritos y no habría que inventarlos, una cuestión para la que carecían de tiempo. Como la discusión había resultado muy reñida, finalmente Melinda, que era la profesora de Literatura y la encargada de llevar adelante la obra, se había inclinado a favor de representar una obra de Shakespeare, una comedia ligera titulada *Como gustéis*.

Eleanor sabía que las chicas estaban emocionadas con la representación, sobre todo Margaret, que actuaba en el papel de Rosalinda, la joven doncella protagonista que se disfraza de varón. El hecho de poder usar calzas había sido todo lo que necesitaba para aceptar el papel y la obra.

Sacudió la cabeza y sonrió mientras enfilaba el corredor para dirigirse hacia los jardines traseros. Hacía poco tiempo habían celebrado allí el Baile de Primavera, en la amplia explanada empedrada donde ese día habían improvisado el escenario. El lugar era idóneo, no solo por su amplitud, sino también por la belleza que lo rodeaba, con los cuidados parterres de flores, la hermosa fuente, los diversos árboles que proporcionaban sombra fresca en esos calurosos meses de verano, y la tranquilidad que rezumaba.

Un agudo chillido atravesó el aire y pareció rebotar contra las paredes del corredor por el que caminaba. Eleanor se sobresaltó y su corazón comenzó a latir con rapidez.

—Ay, Dios.

Provenía de la sala donde las alumnas ensayaban la obra. Se recogió las

faldas y caminó lo más deprisa que pudo sin echar a correr. Se detuvo, sorprendida, poco antes de llegar. En la puerta de la sala se hallaba el causante de sus desvelos junto con Melinda.

—¿Qué sucede?

El conde se volvió hacia ella y sus ojos grises adquirieron un brillo luminoso que hizo que se sintiera un tanto incómoda. Lucía muy atractivo, con una chaqueta de color burdeos y unos ajustados pantalones beige. Llevaba botas de caña alta, con lo que, probablemente, había venido a caballo desde la mansión Clifford.

—Lo siento —se disculpó él—. Buscaba la salida a los jardines y, por error, entré en la sala.

A decir verdad, no parecía para nada contrito, si la media sonrisa que ostentaba en su atractivo rostro significaba algo.

Melinda debía de pensar lo mismo, porque lo miró entre furiosa y admirada antes de hablar.

—Esta es la sala donde ensayan las alumnas, lord...

—Discúlpeme, señorita. Ashton Melham, lord Clifford, a su servicio —se presentó al tiempo que efectuaba una ligera reverencia.

Los preciosos ojos verdes de Melinda se abrieron por la sorpresa.

—¿Usted es lord Po...?

—Lord Clifford —se apresuró a intervenir Eleanor antes de que su amiga cometiese un error—, la puerta hacia los jardines se encuentra detrás del vestíbulo. Si hace el favor de seguirme...

—Ellie, yo puedo acompañarlo, si quieres —comentó la profesora con un tono coqueto que, por algún motivo desconocido para ella, le molestó.

—Me temo, Melinda, que tienes trabajo que hacer —respondió. Le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la sala.

La puerta se hallaba abierta, y varias de las muchachas se habían asomado y seguían la conversación con atención. Margaret tuvo incluso el descaro de saludar al conde agitando la mano. Melinda suspiró con resignación y le

dedicó al hombre una mirada pesarosa.

—En otra ocasión será. Vamos, señoritas —les dijo volviéndose hacia ellas—, aún queda trabajo por hacer.

Eleanor comenzó a caminar y lord Clifford se puso rápidamente a su lado.

—¿Qué es lo que van a representar? —le preguntó, curioso—. Me ha parecido ver que alguna de las jóvenes llevaba calzas.

Ella apretó los labios ante su comentario, gesto que a Ashton le resultó delicioso. Desde que la había conocido, esos labios rosados lo atraían como un imán, y se moría de ganas por probarlos. Algo que, por supuesto, no podía hacer. No creía que la señorita Harper fuese de esas mujeres a las que le gustaban los devaneos y las aventuras amorosas pasajeras. Si pudiera apostar, lo haría a que ni siquiera la habían besado antes. Ese pensamiento le provocó un ligero estremecimiento y un sentido de posesividad que lo sorprendió. Quería ser el primero en probar aquellos labios.

—La señorita Culier, nuestra profesora de Literatura, ha preparado junto con las alumnas la representación de *Como gustéis*, de Sir William.

Ashton asintió.

—Así que he debido de ver a Orlando, o a Rosalinda disfrazada de Ganímedes.

—¿Conoce la obra? —le preguntó ella sorprendida.

Bueno, la verdad, no tenía por qué extrañarse; los escritos de Sir William eran muy conocidos, y el hecho de que él hubiese viajado mucho no significaba que no pudiese haberlas leído.

—*El juramento de un enamorado no tiene más fuerza que la palabra de un mozo de cervecería* —citó él.

—Veo que sí la conoce —repuso ella sin poder ocultar una sonrisa.

—¿Y está de acuerdo?

—¿Con qué?

—Con la afirmación del señor Shakespeare.

Eleanor se encogió de hombros.

—Nunca he recibido ningún juramento de amor. —Se sonrojó apenas terminó de pronunciar esas palabras, y se recriminó haber sido tan tonta como para revelar algo tan personal. Por eso se apresuró a añadir: —Aunque supongo que, en general, debe ser cierto, si bien no en todos los casos.

—¿Es eso lo que enseñan en la escuela? ¿Que no deben fiarse de las declaraciones de amor? —preguntó con sorna.

Ella se detuvo bruscamente y se volvió hacia él con los ojos entrecerrados.

—El matrimonio es un asunto muy serio, milord —le espetó con sequedad—. Una joven, cuando se casa, queda a merced de su marido, se convierte en propiedad suya.

—Me parece que lo desaprueba.

—Por supuesto —admitió con firmeza al tiempo que comenzaba a caminar de nuevo hacia los jardines—. Las mujeres no somos objetos con los que se pueda comerciar. Por eso, si en el matrimonio hay amor, al menos este puede garantizar una mejor situación para la mujer.

Ashton asintió con la cabeza con gesto serio. Comprendía la posición de la directora. Recordó, con dolor, el matrimonio de sus padres, lo mucho que se habían amado, y cómo su madre había ocupado un lugar preeminente en la familia.

—Entonces, esperan que todas sus alumnas se casen por amor.

Eleanor suspiró con desánimo.

—Es nuestro deseo, sí, pero la vida no es tan sencilla —declaró con un tono suave y melancólico que conmovió al conde—. En ocasiones pesa mucho la decisión de la familia. Sin embargo, las preparamos para que, si tienen la oportunidad de escoger, sepan distinguir una declaración verdadera de una falsa.

Ashton esbozó una sonrisa maliciosa.

—Supongo, por lo tanto, que ustedes deben ser expertas en esto. —Notó que la directora se envaraba y sonrió para sus adentros—. Si yo le dijese, señorita Harper, que la amo, ¿me creería?

Eleanor tropezó por la sorpresa y el conde se apresuró a sujetarla pasándole un brazo por la cintura. No pudo dejar de notar el talle estrecho, el embriagador aroma a rosas y la suavidad de su cabello negro cuando aprovechó su cercanía para rozarlo con los labios. Cuando se recuperó, ella trató de separarse y él la soltó con reticencia.

—Es obvio que no. —Su voz sonó temblorosa, pero no le importó. Sentía las piernas débiles mientras que el corazón le latía con tanta fuerza que le pareció que podía estallar de un momento a otro.

—¿Por qué no? —insistió.

—No nos conocemos en absoluto, milord. No es posible que haya desarrollado una afección repentina por mi persona —repuso con sequedad.

—Ah, no cree en el amor a primera vista. —No era una pregunta, sino una afirmación, pero Eleanor se limitó a asentir. Él se inclinó más hacia ella—. Y si le dijese que deseo besarla, ¿me creería entonces?

La voz ronca del hombre le provocó un estremecimiento, y notó una tensión extraña y ardiente en el estómago. Se volvió a mirarlo, aun sabiendo que podría ver el rubor en su rostro, y sus ojos viajaron sin querer a los labios del conde. Unos labios tentadores que esbozaban una pecaminosa sonrisa.

Se hallaban en la parte trasera del vestíbulo, debajo de las escaleras, en el corredor que conducía a las puertas de acceso a los jardines. Se encontraban solos, lejos de miradas indiscretas. Eleanor hizo esa reflexión mientras seguía con la mirada fija en los labios del hombre y se preguntaba qué pasaría si lo besaba. La tentación de un beso era poderosa. Sería un único beso. Solo para probar qué se sentía, si de verdad te llevaba al cielo, como sugerían algunos de los libros que había leído.

Ashton fijó su mirada en esos grandes ojos gris azulado que asemejaban dos estanques cristalinos y lo contemplaban llenos de asombro. Su inocencia era encantadora. Pero no había mentido en lo de su deseo, y se encontró anhelando su respuesta con la misma ansiedad con que las flores esperaban la lluvia. Ella abrió y cerró la boca varias veces, pero ninguna palabra escapó de

sus labios.

Sus miradas se entrelazaron y todo pareció desvanecerse a su alrededor. Ashton pensó que, después de todo, sí que tenía corazón, puesto que podía escucharlo golpear con fuerza dentro de su pecho. De un modo casi inconsciente, avanzó un paso hacia ella.

—Yo...

—¡Señorita Harper!

La llamada la sobresaltó. Se giró hacia la voz y vio al señor Barry, el portero de Minstrel House, que acababa de entrar por las puertas que conducían a los jardines.

—Señor Barry...

Su voz sonó algo ronca y carraspeó para aclararse la garganta. Thomas Barry se acercó algo renqueante y dedicó al conde una mirada en la que combinaba a la perfección la desconfianza y el malhumor. No le gustaba que los hombres rondaran a sus chicas, como llamaba a las alumnas, y, para el caso, tampoco a sus profesoras.

—He terminado de hacer lo que me pidió —le dijo—, ¿necesita algo más?

Eleanor hizo un esfuerzo por concentrarse en sus palabras, pero en ese momento no tenía ni la más mínima idea de lo que hablaba el hombre. Parecía que el conde tenía el poder de arrebatarle el buen juicio y el pensamiento, y aquello le molestó mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Apretó los puños con fuerza en un intento por controlar sus emociones. No quería que él supiera cuánto la alteraba.

—Sí, señor Barry. ¿Sería tan amable de acompañar a lord Clifford a los jardines? La obra está a punto de comenzar y yo debo ir a ver si las alumnas están listas. —Se volvió hacia el conde y forzó una sonrisa educada—. Espero que disfrute, tanto de nuestra pequeña representación como de los jardines, milord.

Él le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Ya he disfrutado más de lo que me hubiera atrevido a imaginar.

Su comentario no tenía nada de inocente, y Eleanor lo sabía. Además, había utilizado un tono de voz tan sedoso que hizo que todas sus terminaciones nerviosas vibrasen. Apretó con firmeza los labios y alzó la barbilla en un gesto de desafío.

—Supongo que los aventureros como usted encuentran la diversión con facilidad —susurró entre dientes para evitar que el portero la escuchase—, mientras que las personas corrientes como yo, tendemos a ver con más frecuencia el lado serio de las cosas.

Ashton tomó su mano y se la llevó a los labios para depositar un beso suave en sus nudillos. Notó el estremecimiento de ella, pero no sonrió. Ya la había mortificado bastante.

—Usted, señorita Harper, no es, ni mucho menos, una persona corriente.

Y después de susurrar esas palabras, el conde se alejó junto con el señor Barry, dejándola en medio del pasillo, trémula y sorprendida.

En honor a la verdad, Eleanor no tenía nada que hacer, y solo pondría nerviosa a Melinda si se dedicaba a rondar por la sala, pero la situación se había tornado tan peligrosa y fascinante, que su primer instinto había sido huir.

Nunca había experimentado unas emociones tan intensas como las que le provocaba el conde. Ciertamente era que su experiencia en lo que a hombres se refería había sido escasa, fuera de los ocasionales encuentros con los padres de sus alumnas y los vecinos del pueblo.

Su relación con Dunhcan había sido más profunda, y por eso se había establecido entre ellos una gran amistad, pero a pesar de que era un hombre muy atractivo, nunca le había hecho sentir nada especial, al menos no como lord Clifford.

Las risas de las jóvenes, que acababan de dejar la sala, interrumpieron sus pensamientos. Se detuvieron al verla en mitad del pasillo. Ella compuso una sonrisa.

—Espero que estéis preparadas —les dijo mientras las contemplaba con

cariño y orgullo—. Ha venido mucha gente y esperan ver una gran representación.

—No la defraudaremos, señorita Harper —declaró Margaret con sincera emoción. En ese momento vestía una túnica bordada que ocultaba las calzas que llevaba debajo.

—Estoy segura de ello.

—¿Tiene algún consejo que ofrecernos? —preguntó Lorianne en nombre de todas.

Eleanor las miró una por una. Habían terminado un nuevo curso, y quizás alguna de las alumnas encontraría una pareja durante lo que quedaba de temporada. Un nudo le apretó la garganta por la emoción. Era consciente de que esa era su misión, ayudar en la preparación de las jóvenes y luego dejar que volasen, que encontrasen su propio camino.

—Sed vosotras mismas —les dijo—, eso es todo lo que necesitáis. Vuestras familias os quieren y todos los vecinos de Minstrel Valley os adoran...

—Menos Mildred Cotton —murmuró Tiberia entre dientes, lo que le valió una mirada admonitoria de Melinda, que se encontraba a su lado, aunque luego sonrió y le guiñó un ojo.

—...hacedlos felices. Siempre os hemos inculcado el buscar la perfección en todas las cosas; hoy solo os pedimos que, sin importar cómo salga la representación, la hagáis con mucho amor. Por ellos, y por vosotras mismas.

Algunas de las alumnas parpadearon para contener las lágrimas que las palabras de la directora les habían provocado, y Eleanor tuvo que respirar hondo para que la emoción no la sobrepasase.

Las muchachas comenzaron a aplaudir, y luego a reírse con nerviosismo mientras coreaban su agradecimiento. Melinda las instó a avanzar hacia los jardines y tomó a Eleanor del brazo antes de seguir las.

—Has estado muy inspirada —le comentó con una sonrisa.

—Me da pena que se acabe el curso —le confesó—. Creo que, a pesar de

todo, las voy a echar de menos.

—Sí, ellas se irán algún día y nosotras seguiremos aquí, envejeciendo como el viejo árbol del jardín.

Suspiró de forma tan dramática que Eleanor no pudo evitar sonreír.

—¿Y ahora quién es la que está inspirada? —se burló.

—Bueno, para inspiración, lord Pomposo —le dijo en un tono cargado de admiración. Luego soltó una carcajada y se volvió hacia ella con una sonrisa maliciosa—. ¿Por qué no me dijiste que era tan atractivo?

Notó que el rubor asaltaba sus mejillas y evitó devolverle la mirada a Melinda.

—Yo...

—Y no me digas que no lo has notado —la interrumpió la profesora, que la conocía bien.

—Sí, claro, por supuesto que me he dado cuenta —admitió con cierta reticencia. Era imposible no percibir la apostura de ese rostro de facciones tan masculinas, de esos increíbles ojos y esos labios con una sonrisa que incitaba al pecado—. Sin embargo, no creo que haya que darle demasiada importancia a ese hecho. Hay muchos caballeros apuestos en Minstrel Valley.

—Ajá.

Eleanor se volvió hacia ella y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Oh, nada importante —repuso Melinda dándole unos golpecitos afectuosos en el brazo—, solo que esos caballeros apuestos, o ya están casados o comprometidos, o, simplemente, viven aquí y seguirán viviendo aquí.

Ella arqueó las cejas y sus ojos grises contemplaron a la profesora con perplejidad.

—¿Y?

—Pues que no puedes tener una aventura con ninguno de ellos.

—¡Melinda! —exclamó Eleanor escandalizada.

—Vamos, Ellie, ¿no me digas que no te gustaría, por una vez, que un hombre te besase de verdad y te hiciese sentir que eres la mujer más deseable sobre la tierra?

—¿Y a ti no? —le retrucó ella a la defensiva. Al fin y al cabo, se encontraban en la misma situación: las dos solteras y sin ningún compromiso.

—Ah, bueno, es que yo tengo mis secretillos —replicó Melinda con una sonrisilla y ojos soñadores.

Las mejillas de Eleanor enrojecieron y sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—Mejor no me lo cuentes —le dijo en un susurro nervioso. Luego la miró con curiosidad y pareció cambiar de idea—. Tal vez sí deberías contármelo.

El sonido de unos aplausos y vivas procedentes de los jardines, inundaron el corredor.

—Quizás en otra ocasión, Ellie, no querrás que lleguemos tarde a la representación, ¿verdad?

Eleanor abrió la boca para responder, pero Melinda le guiñó un ojo y, con una sonrisa traviesa, se deshizo de su brazo y escapó hacia las puertas acristaladas que daban acceso al jardín.

Y por segunda vez en poco tiempo, ella se quedó sorprendida y confusa en medio del pasillo.

¿Melinda tenía una aventura y la había animado a que ella hiciese lo mismo? Sacudió la cabeza con incredulidad y echó a andar por el corredor.

«¿Qué pasa en Minstrel House?», se preguntó. ¿Acaso alguien les había lanzado un hechizo de romanticismo y enamoramiento?

Enderezó la columna y apresuró el paso. Había cosas más importantes de las que ocuparse en aquel momento, como el hecho de que en el jardín le esperaba una gran cantidad de personas para escuchar su discurso de clausura antes de la representación.

Cuando atravesó las puertas, agradeció la brisa templada que le acarició el rostro y que le trajo el cálido sonido de los aplausos. Miró a las alumnas, refugiadas tras unos biombos que habían colocado al lado de la tarima donde

se representaría la obra, y que les servía para esperar su turno de actuación; miró a los padres que habían venido a ver a sus hijas, a los lugareños, a todos los profesores que aplaudían sonrientes, y a lady Acton que, desde su silla de ruedas, contemplaba un año más el cierre de un curso. Los miró y pensó que ahí tenía todo cuanto necesitaba para ser feliz, porque desde la muerte de sus padres, la escuela de señoritas y Minstrel Valley era lo mejor que le había sucedido. Se habían convertido en su familia. Allí encontraba amor y cariño. Sí, era feliz con lo que tenía.

Se adelantó hasta colocarse frente al escenario, esbozó una sonrisa sincera, y comenzó su discurso.

Capítulo 8

La representación de la obra teatral fue todo un éxito.

Margaret, cuyos padres no habían podido asistir a la clausura del curso, pues se hallaban de viaje, aprovechó para dar rienda suelta a todas sus dotes dramáticas en su papel de Rosalinda disfrazada del joven Ganímedes. Según ella, y puesto que no quería casarse, podría obtener un papel en el Drury Lane y convertirse en una actriz famosa. Tiberia, a la que tampoco le había importado usar calzas, había interpretado a Orlando; Rebecca Grant había estado encantada de hacer el papel de la bella pastora Febe y, Hester Kaye, el de Celia, la prima de Rosalinda. En realidad, todas habían actuado de un modo muy convincente, de tal forma que habían hecho que el público estallase en carcajadas y aplaudiese entusiasmado.

Cuando concluyeron todos los actos programados, y tras las emotivas palabras de lady Acton, todo el mundo se dispersó por los jardines. Los invitados charlaban entre ellos mientras disfrutaban de los exquisitos manjares preparados por la cocinera y por algunas de las mujeres del pueblo que se habían ofrecido a ayudar.

Eleanor se paseó por los diversos grupos saludando y recibiendo felicitaciones.

—¡Has estado magnífica en tu discurso! —le dijo Annie Thompson entusiasmada cuando se cruzó con ella.

Ella le sonrió agradecida.

—Siempre me pongo nerviosa cuando llega el momento —le confesó— y pienso que se me va a olvidar todo o que voy a comenzar a tartamudear.

Annie abrió sus preciosos ojos verdes, sorprendida.

—¡Pero si lo haces muy bien! —exclamó. Luego sacudió la cabeza—. Yo sería incapaz de hacerlo, te lo aseguro. Toda esa gente ahí, mirándote, atentos a lo que vas a decir...

Simuló un estremecimiento y Eleanor dejó escapar una risa suave.

—Por supuesto que lo harías muy bien —la contradijo—; mira todo lo que has conseguido con las alumnas, eres una profesora excelente.

Las mejillas de Annie se tiñeron con un leve color rosado que hizo que se viera bastante bonita, y que Eleanor se preguntase si su amiga no habría soñado también, en algún momento, con vivir alguna... clase de experiencia romántica.

El sonido quedo de un gemido la sacó de sus cavilaciones con un sobresalto.

—¿Qué sucede? —le preguntó preocupada—, ¿te encuentras mal?

—Ahora mismo, no —replicó con un suspiro resignado—; pero dentro de un minuto, seguro que sí.

La respuesta le hizo enarcar las cejas mientras miraba con extrañeza a la joven profesora.

—¿Por qué dices...?

—¡Señorita Harper!

Aquella voz estridente le provocó un escalofrío y no pudo evitar un gemido, no supo si de terror o de fastidio, que hizo que a Annie se le escapase una risa cascabeleada que no tardó en disimular con una tos.

Ella compuso una sonrisa educada y se giró hacia Mildred Cotton que, en ese momento, miraba a Annie con los ojos entrecerrados. Si las brujas de los cuentos infantiles existiesen, estaba segura de que serían como esa mujer.

—Señora Cotton —la saludó—. Espero que haya disfrutado de nuestra pequeña representación.

Un bufido de desdén escapó de aquella boca cuyos labios parecían mantenerse siempre apretados en un perpetuo gesto de amargura.

—Me parece inmoral que esas niñas hayan usado esas prendas tan... tan... —Se interrumpió como si no encontrase una palabra lo suficientemente horrorosa para explicarlo. Luego sentenció con tono dogmático—: Han quedado expuestas a las miradas lascivas de los caballeros.

Eleanor enderezó tanto la columna que le pareció que todos sus huesos crujían, y apretó los puños con fiereza.

—Perdone, pero no le tolero que...

—¡Bah! —la interrumpió groseramente la mujer agitando la mano, como si con ese gesto pudiese dispersar sus palabras como si fuesen meras motas de polvo—. No he venido a discutir con usted sobre la vestimenta de las muchachas, eso queda sobre su conciencia. Solo quería advertirle —comentó en un susurro— de que el hombre que el mes pasado estuvo haciendo preguntas sobre usted se encuentra aquí.

—¿Qué hombre? —Se interesó Annie.

La señora Cotton frunció aún más el ceño, si es que eso era posible, y dirigió una mirada de disgusto a la profesora.

—No se meta en esto, jovencita —le espetó con sequedad—. No es de su incumbencia.

Ese intercambio de palabras le ofreció a Eleanor el tiempo que necesitaba para serenarse tras el anuncio de la mujer. Respiró hondo antes de atreverse a preguntar. Si el maldito conde —no quería mencionar el título para no mancillar el honor de su padre— había sido capaz de presentarse allí, tendría mucho gusto en llamar a Goliath para que lo echase inmediatamente.

—¿Dónde se encuentra?

—En aquel rincón del jardín —señaló sin ningún pudor—, bajo el árbol. Vaya allí y arregle el problema, señorita Harper; no queremos que nada ensucie... la reputación de nuestro apacible hogar.

Eleanor captó la velada insinuación contenida en el silencio que antecedió

a la palabra reputación. El añadido «aún más» había quedado suspendido en el aire como un dedo acusatorio. Cuando abrió la boca para defenderse, sin importarle si lo que decía sonaba educado o no, se encontró con la espalda de la señora Cotton, que se marchó sin una disculpa y sin un adiós.

Annie dejó escapar un resoplido muy poco femenino y Eleanor se volvió a mirarla. Tenía el rostro colorado, como si hubiese estado conteniendo la respiración. Murmuró unas palabras que ella no entendió y sacudió la cabeza.

—Lo siento, Ellie. Puede que me falte caridad cristiana, pero no soporto a esa mujer.

—La verdad, no creo que ni ella misma se soporte —repuso con una sonrisa maliciosa.

La joven le devolvió la sonrisa, pero enseguida se puso seria.

—¿Quién es el hombre del que te ha hablado, Ellie?

—No lo sé. —No se había atrevido todavía a mirar hacia el árbol. Se retorció las manos, nerviosa, y miró a Annie con ojos suplicantes—. ¿Puedes ver si aún sigue ahí, por favor?

La profesora asintió con gesto grave y se giró despacio hacia el fondo del jardín.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué sucede? —le preguntó sobresaltada.

—Esto... nada. Es solo que es...

Eleanor estaba cada vez más inquieta.

—¿Qué? —Elevó la voz sin querer.

—...muy atractivo —susurró con veneración, casi como si se encontrara en la iglesia de Saint Mary.

Su supuesto primo tenía una atractiva fachada que ocultaba un corazón podrido, así que bien podía tratarse de él.

—¡Oh, Dios mío!

«¿Otra vez?», pensó Eleanor, alarmada.

—Y ahora, ¿qué?

Annie la miró. Sus ojos abiertos en el colmo del asombro y el rostro ruborizado.

—¡Me ha guiñado un ojo!

Los dos años que llevaba como directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton le habían ayudado a perfeccionar el arte de fruncir el ceño, y de corregir, con una sola mirada, cualquier atisbo de indisciplina o de comportamiento inadecuado. Con ese mismo semblante, se giró en dirección al hombre que se apoyaba cómodamente en el tronco del árbol.

—¡Oh, Dios mío!

Sabía que sonaba repetitiva, pero no le importó. Acababa de darse cuenta de dos cosas. La primera, que aquel caballero poseía un oscuro atractivo que atraía con la fuerza de un imán —no en vano un grupo de jovencitas se movía a su alrededor como un enjambre de mariposas, aunque él parecía no sentirse afectado por ello en lo más mínimo—; la segunda cosa, y que supuso para ella un alivio, era que no se trataba del nuevo conde de Belford.

La saludó con una discreta inclinación de cabeza, a la que ella correspondió.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Annie, que aún parecía afectada por el gesto del hombre.

Eleanor apretó los labios y respiró hondo.

—Voy a hablar con él. No hace falta que me acompañes —se apresuró a decirle al notar las intenciones de su amiga—, al fin y al cabo, estaremos rodeados de gente, en caso de que pase algo.

—Como quieras, Ellie, pero ten cuidado.

Asintió con la cabeza. Con aire decidido y los puños firmemente apretados, encaminó sus pasos hacia él.

—Tenía la esperanza de que la curiosidad la trajese hasta mí cuando vi a la señora Cotton hablando con usted —manifestó el hombre, apenas se le acercó.

Eleanor enarcó una ceja a modo de interrogación. ¿Qué tendría que ver ese

individuo con la beata de Minstrel Valley? Que ella supiese, la mujer nunca había salido del pueblo. Además, según sus palabras, no parecía conocerlo.

—¿Conoce usted a Mildred? —preguntó algo escéptica.

—Mi trabajo es conocerlo todo y a todos.

Ella apretó los labios en un gesto de disgusto.

—¿Y tendría la bondad de compartir conmigo un poquito de su infinita sabiduría? —le espetó en un tono cargado de sarcasmo.

Los labios del hombre se curvaron en una media sonrisa que lo hizo parecer aún más atractivo.

—Me gusta —le dijo al tiempo que se separaba del árbol y se ponía frente a ella.

Eleanor se envaró. Había vivido el tiempo suficiente en el East End para reconocer a un sinvergüenza a la legua, y aquel hombre, sin duda, lo era. Un atractivo sinvergüenza, con aquellos ojos negros en un rostro marcadamente varonil.

—Pues usted a mí no.

Farrell se rio ante su franqueza. Sí, le gustaba. Ahora que la tenía cerca, encontraba que era una mujer muy atractiva. Lástima que delante llevara el *lady*.

—Creo que será mejor que me presente. Mi nombre es Thomas Farrell, trabajo como detective y fui contratado por los señores Smith y Johnson para averiguar su paradero.

—Oh, entonces, ¿lo envía el señor Smith?

El rostro del hombre se ensombreció, y Eleanor sintió el impulso de dar un paso atrás.

—No, en esta ocasión he venido a título personal, milady.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No supo si por el tratamiento que le dispensó el detective o porque intuyó que no le iban a agradar sus palabras. Entrelazó las manos con fuerza y aspiró hondo antes de hablar.

—Usted dirá.

—Creo que tiene usted un indeseable pariente. —Eleanor se tensó ante la mención de su primo—. Se ha enterado de que ha recibido usted una herencia, y el hombre anda ahora mismo escaso de fondos, por decirlo de algún modo.

—Ha derrochado el patrimonio de mis padres... —El comentario le brotó de un pozo profundo de dolor y tristeza. Sabía que sería así, que Robert se gastaría el dinero y que, incluso, vendería los objetos de valor de la mansión, tan queridos y cargados de recuerdos para ella; pero escucharlo de boca del detective lo hizo más real.

Farrell asintió y clavó en ella una mirada profunda.

—Estoy convencido de que vendrá a buscarla.

Los recuerdos de su último encuentro cayeron sobre ella como un halcón sobre su presa. Eleanor notó cómo el color abandonaba su rostro, y el suelo pareció tambalearse bajo sus pies. Farrell se apresuró a tomarla del brazo.

—No se irá a desmayar, ¿verdad? —inquirió con un tono que trataba de ocultar un cierto atisbo de pánico.

Negó con la cabeza, pero se esforzó por hacer entrar más aire en sus pulmones, que parecían haber empequeñecido de pronto.

—Estoy bien —le aseguró con voz temblorosa.

Ashton había disfrutado de la obra de teatro y de la posterior tertulia con los invitados, a pesar de que no conocía a muchos de ellos por haber permanecido tantos años fuera de Minstrel Valley. Sin embargo, casi todos ellos conocían a su abuela, y habían conocido también a sus padres; por eso, en cuanto habían sabido quién era, enseguida se habían acercado a saludarlo.

A pesar de hallarse bastante entretenido con las conversaciones, no había sido capaz de ignorar a la señorita Harper, y sus ojos la habían seguido allá donde iba. Mientras escuchaba a medias a sus interlocutores, había admirado

de lejos su figura, la elegancia con la que se movía, la sonrisa que asomaba a su precioso rostro cada vez que saludaba a alguien. Por eso, en un momento dado se había disculpado con su grupo y había preferido apartarse a un lugar más tranquilo desde el que poder recrearse la vista sin ser interrumpido, y esperando el momento oportuno para volver a acercarse a ella.

Una sonrisa un tanto ladina se perfilaba en sus labios mientras pensaba que las conversaciones que habían mantenido hasta el momento habían resultado, cuando menos, estimulantes. En honor a la verdad, había disfrutado molestándola solo por ver el abanico de emociones que pasaba por sus expresivos ojos y cómo lograba controlarse. Suponía que era una mujer apasionada, y se preguntó cómo sería si se abandonase libremente a esa pasión.

Cambió de posición al notar el efecto que ese pensamiento tenía sobre su masculinidad y que hizo tensarse la tela de sus ajustados pantalones. Cruzó las piernas y se apoyó contra el tronco de un árbol mientras buscaba con la mirada a la causante de su estado de excitación. La encontró conversando con un hombre joven al amparo de unos frondosos tilos, que se notaba habían sido podados recientemente.

Frunció el ceño al observarlos. Podía verlos a ambos de perfil, pero notó inmediatamente la postura tensa de ella. ¿El hombre sería un pretendiente? La idea no le gustó en absoluto, a pesar de que no había motivo alguno para que le disgustase, fuera del hecho de que consideraba a Eleanor Harper un poco suya, como si se tratase de una piedra preciosa que él hubiese descubierto el primero. Ciertamente, estaba seguro, o al menos casi seguro, de que ningún hombre la había visto como la había visto él en aquel primer encuentro en las caballerizas de Clifford Manor, con el cabello suelto, la ropa pegada a la esbelta figura modelando sus curvas, y la respiración agitada. Y no quería compartirla. Con nadie.

El hecho lo sorprendió, pero más asombro le causó el ver que, involuntariamente, y sin que mediase una orden de su parte, sus pies

comenzaron a avanzar en la dirección donde se encontraba la mujer.

Estaba casi a su lado cuando percibió que el hombre la sujetaba del brazo. El corazón le retumbó en el pecho con un fuerte golpe y un zumbido persistente se instaló en sus oídos, mientras todo a su alrededor parecía adquirir un tinte rojizo. Incluso su voz sonó más grave al preguntar.

—¿Qué sucede aquí?

La mirada, oscura y acerada, que le lanzó el desconocido no lo amedrentó; pero la sonrisa socarrona que esbozó le provocó el deseo de hundir su puño en aquel rostro de mandíbula firme.

—No creo que sea de su incumbencia.

Ashton entrecerró los ojos peligrosamente. A pesar de la dicción perfecta y el tono altanero, estaba seguro de que aquel hombre no era, en absoluto, un caballero.

—Yo creo que sí —replicó con dureza.

Eleanor salió de su aturdimiento. Parpadeó al escuchar el intercambio de palabras, y pasó la mirada de uno a otro hombre. Los dos eran altos y atléticos, e igual de peligrosos. Juntos parecían el día y la noche. Uno, de cabello claro y unos hermosos ojos grises; el otro, de cabello y ojos negros, como sombras en la oscuridad. Los dos igual de atractivos; pero, curiosamente, solo uno de ellos tenía la virtud de hacer brincar a su estómago y de acelerar los latidos de su corazón.

De todas formas, y a pesar de esas sensaciones, no le gustó el cariz que estaban tomando las cosas. Los dos hombres parecían dos perros peleándose por un hueso, y mucho se temía que el hueso era ella misma.

Carraspeó para llamar su atención. Cuando la obtuvo, paseó su mirada de uno a otro como lo haría con la más recalcitrante de las alumnas; algo que no pareció surtir ningún efecto, pues ninguno de los dos se inmutó. Dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Le agradezco mucho su preocupación, lord Clifford, pero no hay ningún problema; al menos ninguno que no pueda solucionar yo misma —declaró

con voz firme—. Y a usted, señor Farrell, le agradezco que se haya tomado la molestia de venir a... explicarme la situación.

El detective cabeceó aceptando su agradecimiento. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta que le entregó.

—Si necesita cualquier cosa, puede mandar a buscarme en esta dirección.

—Muchas gracias, señor Farrell.

Él le dedicó una leve reverencia y se marchó.

Ashton no había apartado su mirada del rostro de ella, tratando de descifrar sus emociones. Había notado que sus ojos tomaban un matiz más azulado cuando estaba enfadada o cuando la embargaba una emoción fuerte, pero también había visto en ellos el miedo, y deseaba saber qué o quién se lo había provocado.

—¿Ese hombre la ha asustado?

Eleanor, que había estado contemplando cómo Farrell abandonaba los jardines, probablemente para regresar a Londres, se volvió hacia el conde con un gesto grave en el semblante.

—No me asusto tan fácilmente, milord.

—Estoy seguro de ello —repuso con tono conciliador—; sin embargo, algo le ha provocado miedo, lo he visto en sus ojos.

Ella bajó la mirada, como si así pudiera evitar que él siguiera buscando en sus ojos, y se mordió el labio inferior. Ashton sintió la tentación de acunar aquel hermoso rostro entre sus manos y besar los tiernos labios hasta borrar de su mirada toda preocupación. Pero no lo hizo.

—Es una larga historia —respondió.

—¿La compartirá conmigo?

Eleanor levantó la cabeza y lo miró. Su voz era suave e hipnótica, como la de un encantador de serpientes, capaz de penetrar en su espíritu y sacudirlo. Prácticamente no conocía al conde y, a pesar de todo, no le resultaba difícil confiar en él.

—Tal vez —le dijo después de un breve silencio—, pero no hoy.

Lord Clifford asintió.

—Quizás pueda contármela frente a una taza de té, cuando visite mi casa.

La perspectiva de tomar una taza de té con el conde, en un saloncito, los dos solos, envió un estremecimiento a todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Aquel hombre le provocaba reacciones muy extrañas.

Viendo que ella no decía nada, Ashton insistió.

—Porque vendrá a la mansión, ¿no? Hoy comienzan oficialmente sus vacaciones —le recordó—, y la biblioteca de mi casa se encuentra a su disposición. Además, desde que me enseñó ese medallón, no he dejado de pensar que lo he visto ya, dibujado en alguna parte, y creo que el dibujo se encuentra en alguno de los libros de esa *enorme y antigua* biblioteca. —Puso énfasis en las palabras con tono acariciador.

Eleanor pensó que, ciertamente, el hombre sabía cómo tentarla. Como si él le hubiese leído el pensamiento, añadió:

—¿Es lo suficientemente tentador para usted, señorita Harper?

Por supuesto que lo era, pero no pensaba admitirlo en voz alta. Entrelazó las manos y esbozó una sonrisa cortés.

—Cree usted conocerme muy bien, lord Clifford.

El brillo chispeante que asomó a los ojos de la mujer le hizo saber que estaba disfrutando de ese momento. Ashton le dirigió una sonrisa sesgada y se inclinó ligeramente hacia ella.

—En absoluto, señorita Harper, pero le aseguro que me encantaría conocerla mejor... —le susurró con voz ronca y seductora—, mucho mejor.

El corazón de Eleanor comenzó a latir de forma errática. Las piernas le temblaban y supo que, si no se agarraba a algo, lo que fuera, terminaría haciendo el ridículo más espantoso cuando cayese al suelo. Por suerte, un brazo se entrelazó con el suyo y la sostuvo.

—Ellie, querida, aquí estás. —La voz sonaba tan suave y coqueta que Eleanor se volvió hacia Melinda con una mirada colmada de asombro solo para ver cómo esta le guiñaba un ojo—. Algunos de los invitados se marchan

ya y les gustaría despedirse de ti. Me temo, lord Clifford, que tendrá que prescindir de la encantadora compañía de la señorita Harper.

Melinda sonrió y Ashton no pudo evitar devolverle una sonrisa a la profesora, cuyas palabras habían encendido un suave rubor en el rostro de la directora.

—Será, sin duda, una pérdida irreparable —declaró al tiempo que se llevaba una mano al corazón—, pero me esforzaré por sobrevivir con la esperanza de verla pronto de nuevo.

Si las palabras burlonas del conde ya le habían hecho fruncir el ceño, la risilla que se le escapó a Melinda terminó por exasperarla. Apretó los labios con fuerza, más disgustada consigo misma por haberse dejado envolver en la red seductora del conde, que con Melinda y lord Clifford por divertirse a su costa.

—Será mejor que nos vayamos, entonces —convino—. Le deseo que pase buena tarde, milord.

Se giró con decisión, deseosa de escapar de la situación, arrastrando con ella a la profesora que seguía cogida de su brazo.

—Pensé que necesitabas ayuda —comentó Melinda apenas se alejaron—, parecías encontrarte en una situación peligrosa.

—¿Peligrosa? —repitió ella arqueando las cejas en un gesto de perplejidad. Melinda asintió repetidamente.

—¡Oh, sí! El conde te miraba como si desease devorarte entera.

—¡Melinda! —susurró Eleanor escandalizada.

La joven se encogió de hombros.

—¿Qué tiene de malo que un hombre te desee, Ellie? Eres una mujer hermosa.

¿De verdad el conde la deseaba? El pensamiento fue suficiente para hacerla temblar.

¿Cómo demonios iba a sobrevivir a una sola tarde en su compañía?

Capítulo 9

Después de la agradable mañana transcurrida en Minstrel House, la tarde había quedado calurosa y larga, mucho más larga de lo que Ashton podía soportar solo en aquella inmensa mansión cargada de recuerdos.

Se había prohibido a sí mismo visitar las dependencias que habían usado sus padres y su hermano, al menos hasta que las hubiese reformado —lo cual aún no se había decidido a hacer—, y había optado por instalarse en el dormitorio que le había pertenecido desde niño.

Tampoco quería visitar la tumba de sus padres, que habían sido enterrados en la cripta familiar. El mausoleo era una pequeña ermita que databa de la época medieval. Había pertenecido a los Scott, junto con el castillo que coronaba la cima de la colina y del que ahora solo quedaban algunos vestigios en sus ruinas tras el incendio sufrido alrededor del siglo XIV. Sus antepasados compraron entonces las tierras de los Scott y se instalaron allí, aunque evitaron construir la mansión en la colina. Lo hicieron, en cambio, cerca de la ermita que, tras la muerte del entonces conde de Clifford, se convirtió en el panteón familiar. Allí descansaban los restos de sus padres y su hermano.

Incapaz de permanecer más tiempo en la mansión con el ánimo deprimido, decidió salir a dar un paseo. Tal vez podía acercarse a la posada, The Old Flute, donde, según le habían comentado los lugareños con los que había podido conversar en la escuela, vendían la mejor cerveza de todo el condado.

Además, aunque lo creía improbable, quizás se encontraba todavía allí el hombre con el que había estado conversando la señorita Harper; Farrell, lo había llamado ella. Ashton había estado investigando un poco, y había averiguado que el joven no pertenecía al pueblo y que se hospedaba en la posada. Tenía curiosidad por saber a qué había venido y qué relación lo unía a la directora.

Una perezosa sonrisa asomó a sus labios al recordarla. Su rostro perfecto, como de alabastro; sus labios rosados, tentadores; sus expresivos ojos, y la deliciosa figura oculta bajo el recatado vestido; sus manos blancas, de movimientos suaves y elegantes, que deseaba sentir sobre su propio cuerpo. Pensar en ello lo encendió. Su boca se torció en un gesto de disgusto y maldijo para sus adentros. ¿Dónde demonios iba a poder desfogarse en aquel maldito pueblo? Si no fuera por Natalie, ahora mismo podría encontrarse en Londres, en brazos de cualquier mujer, en lugar de desear a una que no podía tener.

Porque de eso no le quedaba la menor duda. No podía tenerla, aunque la deseaba. A ella, a Eleanor Harper, la directora de la respetable Escuela de Señoritas de lady Acton. Quería saber qué había detrás de la decorosa y severa fachada tras la que se ocultaba; quería probar sus labios y despertar en ella la pasión, y... ¡maldita sea!, iba a tener que hacer un poderoso esfuerzo de autocontrol cuando se encontrasen solos en la mansión.

Sus pensamientos se detuvieron al mismo tiempo que lo hicieron sus pies. Arqueó las cejas sorprendido al percatarse de que se hallaba ya en el camino viejo que llevaba a Londres. Había descendido por Scott Lane y atravesado el pueblo casi sin darse cuenta. La posada se encontraba tan solo a unos pasos. Desde donde estaba, podía ver el amplio edificio; una construcción de piedra con techo de paja, que parecía recibir con calidez a los viajeros bajo el sol del verano.

Al llegar al recinto, observó que en el patio había unos siete u ocho caballos, lo que suponía otros tantos visitantes. Deseó que alguno de ellos

fuese el tal Farrell, porque a falta de las sedosas caricias de una mujer, una buena pelea con los puños desnudos podía tener el mismo efecto benéfico para su cuerpo.

Subió los escasos escalones que conformaban la entrada y penetró en el interior del edificio. Enseguida lo asaltaron el aroma suave de un guiso especiado y el olor rancio a madera vieja y a cerveza. Entrecerró los ojos para acostumbrarse al cambio de luz que reinaba dentro, a pesar de que el lugar se hallaba bastante iluminado gracias a los grandes ventanales que se abrían al patio en la fachada principal.

El bullicio de las conversaciones era bastante moderado. Hacia el fondo del salón que constituía la taberna y el comedor de la posada, había dos parejas, sentadas en sendas mesas, charlando y bebiendo. Un par de mesas más allá, cinco hombres jugaban a las cartas. No reconoció en ninguno de ellos a Farrell, pero entre los jugadores distinguió a Andrew Kaye, vizconde Ditton, que le había sido presentado en la recepción que había tenido lugar en la escuela esa misma mañana. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza y él le hizo un gesto para que se acercase.

—Ha llegado en el momento adecuado, Clifford —le dijo con un considerable tono de alivio—. Estos caballeros me están desplumando como a un pájaro y necesito retirarme. Tal vez usted pueda ocupar mi lugar.

Ashton se encogió de hombros y tomó asiento junto al vizconde, que se apresuró a hacer las presentaciones.

—Caballeros, les presento a lord Ashton Melham, conde de Clifford, y ellos son lord Derek Lee, conde de Mersett; el condestable Nerian Worth; el señor Dunhcan Bissop y el señor Angus McDonald.

—Es un placer, caballeros.

—No pensará lo mismo cuando lo hayamos desplumado —apuntó lord Mersett, sentado a su izquierda, con una sonrisa cínica en su exótico rostro.

Ashton volvió hacia él su mirada, y notó la tensión en la mandíbula del hombre, como si esperase algún comentario acerca de su aspecto o de sus

orígenes, pero él se limitó a encogerse de hombros de nuevo.

—Eso está por verse —respondió.

Mersett se relajó y comenzó a repartir las cartas.

—¿Ha venido para instalarse en la mansión? —le preguntó el condestable.

—Solo temporalmente, mi residencia fija está en Londres.

—No comprendo qué pueden verle de bueno a esa ciudad —resopló Angus con desdén—, no hay más que humo, edificios y demasiada gente.

—No le haga caso —repuso Nerian, sonriente—; es escocés —añadió. Como si con esa definición lo explicase todo.

Una moza sonriente se acercó a la mesa y depositó junto a Ashton una jarra de cerveza. Se trataba de una joven bonita, con rostro pecoso y unas deliciosas curvas marcadas por el ceñido atuendo que vestía. La siguió con la mirada mientras pensaba que, tal vez, podría llegar a un arreglo con la joven.

—Ni lo sueñe —le comentó lord Mersett por lo bajo, como si hubiese leído sus pensamientos—. Es Dottie, la hija del dueño.

Ashton suspiró resignado. El escocés observó el rostro de su compañero de mesa, comprendió su problema, y tuvo que esforzarse para contener la carcajada que pugnaba por salir de su garganta.

—Londres no queda tan lejos —le comentó lord Mersett, con gesto serio.

—Ya —repuso lacónico.

«El problema es que el objeto de mis deseos está demasiado cerca», pensó.

—Por cierto, puede llamarme Mersett —añadió el otro al tiempo que depositaba delante de él unas cartas.

Él afirmó con la cabeza a modo de reconocimiento.

—Clifford —retribuyó con cortesía. Le cayó bien el hombre. Tenían más o menos la misma edad y parecía de trato agradable. Además, estaba convencido de que un hombre como él, con rasgos exóticos y un inglés perfecto, a pesar de su extraño acento, escondía tras de sí una historia que merecería la pena escuchar, sin duda.

—... la señorita Harper.

La mención de la directora por parte del escocés atrajo su atención.

—Eleanor siempre ha sido muy organizada —convino Dunhcan, lo que hizo que Ashton frunciese el ceño con disgusto ante tanta familiaridad—. Esa es una de las cosas que más me gustaron de ella cuando la conocí hace unos años.

Por algún motivo que escapaba a su comprensión, Ashton sintió ganas de agarrar al hombre de las solapas y sacudirlo hasta que le dijese cuándo la había conocido y qué relación tenía con ella. Y tal vez lo hubiera hecho si las siguientes palabras de Angus, dichas en tono burlón, no lo hubiesen detenido.

—Y, además, ahora le estás muy agradecido, ¿no? —Luego se volvió hacia Ashton, el único que no conocía la situación, y le explicó—: la señorita Harper contrató a Dunhcan como instructor de equitación en la escuela y ahí conoció a su bella prometida, lady Valery.

—¿Una de las alumnas? —inquirió con curiosidad y más aliviado de lo que hubiese querido admitir al saber que el hombre estaba comprometido.

Dunhcan esbozó una sonrisa socarrona y se recostó contra la silla, como si estuviese dispuesto a contar una historia, pero fue Ditton quien respondió.

—Qué va, se trata de una de las profesoras, pero nadie sabía que era hija de un conde.

—Es una larga historia —acotó Dunhcan.

—Tengo tiempo para escucharla —le aseguró Ashton, con un encogimiento de hombros.

Y Dunhcan le dio el gusto mientras daba comienzo la partida.

Farrell contemplaba con el ceño fruncido las volutas de humo que se elevaban de la punta de su cigarro, y pensó que debía estar perdiendo facultades. Siempre se había jactado de conocer a las personas, lo que le había salvado la vida en más de una ocasión, pero ahora parecía que se había

equivocado.

Había creído percibir un cierto interés por parte de lord Clifford hacia lady Eleanor Harper, lo que le había llevado a pensar que se presentaría en la posada para hablar con él. Sin embargo, había alargado su estancia allí con ese propósito, pero el hombre no había aparecido.

Arrojó el cigarro a la chimenea y se frotó la nuca con gesto distraído. Aquello suponía un pequeño contratiempo. Aunque le había entregado su tarjeta a lady Harper, sabía que le sería imposible llegar a tiempo desde Londres en caso de que ella lo necesitase, por eso le hubiera gustado contar con un apoyo allí, en el pueblo. Sin embargo, ya no podía esperar más tiempo. Tenía asuntos que resolver en la ciudad.

Se levantó y recogió sus pertenencias. Había tenido la precaución de dejar pagada ya la cuenta, con lo que solo le restaba marcharse. Dejó atrás la habitación y descendió por las escaleras hacia el comedor. El olor a comida recién preparada le recordó que no había cenado todavía, pero no tenía tiempo de hacerlo si quería llegar a Londres antes de las nueve.

El comedor se había llenado de parroquianos. Había gente cenando y otros jugando cartas mientras bebían y conversaban. El ambiente le resultó tan familiar que casi se le pasó por alto la figura del conde sentado ante una de las mesas, disfrutando de una partida. Esbozó una media sonrisa cínica y se detuvo en el último escalón a la espera de que el hombre se percatase de su presencia.

No tardó mucho.

Ashton se hallaba sentado frente a las escaleras que conducían a las habitaciones de huéspedes. Sin nada que obstaculizase su visión, en cuanto levantó la vista de sus cartas, le llamó la atención la figura detenida sobre el escalón. Su rostro se volvió pétreo apenas lo reconoció. Apretó la mandíbula con fuerza y soltó con rabia las cartas sobre la mesa.

Ante aquel brusco gesto, lord Mersett alzó una ceja interrogándolo, pero él sacudió la cabeza.

—Discúlpenme, caballeros, pero tengo un asunto que solucionar.

Levantándose, se dirigió hacia una de las mesas situada en un rincón de la estancia, donde se había sentado Farrell, lejos de oídos indiscretos.

—Lord Clifford —lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Lo siento —se disculpó Ashton al tiempo que se sentaba frente a él sin ninguna ceremonia—, pero no recuerdo su nombre.

La sonrisa burlona del hombre le indicó que no lo había creído, pero no pareció molesto por ello. Al contrario, parecía satisfecho, y Ashton pensó que, a lo mejor, después de todo, sí que podría descargarse estampándole el puño en su atractivo rostro.

—Farrell. Thomas Farrell —contestó condescendiente. Luego, después de una breve pausa, añadió—: detective.

Por la expresión del conde, supo que lo había sorprendido. Aquellos ojos grises adquirieron un brillo acerado, y Farrell comprendió que aquel hombre podía ser un extraordinario aliado o un formidable enemigo. Decidió que prefería lo primero a lo segundo. Esperó un momento a que procesase la información antes de continuar.

—Lady Eleanor Harper necesita su ayuda.

Aquella aseveración provocó un vuelco desacostumbrado en el corazón de Ashton, cuyos instintos se pusieron alerta de inmediato.

—¿Lady Eleanor? —repitió. Su tono era una mezcla de precaución y desafío—. Le sugiero que comience por el principio.

Farrell asintió, circunspecto. Le gustaban las personas que no se andaban con rodeos.

—Como ya le he dicho, me dedico a la investigación privada. Hace unos meses, un despacho de abogados me contrató para que descubriese el paradero de lady Eleanor Harper, hija única del fallecido conde de Belford. —¿La directora de la escuela era en realidad una dama? Sí, aquello tenía sentido, dados los modales y la elegancia natural con la que se desenvolvía. Pero ¿por qué motivo había acabado en aquella escuela? Hizo una seña

afirmativa para que el detective continuase hablando—. Me costó un tiempo encontrarla y tuve que indagar bastante en el pasado de la dama. Su padre murió cuando ella era muy joven, y el nuevo conde de Belford, lord Robert Cadburn, un sujeto bastante indeseable en mi opinión, las echó de la casa. Luego, cuando su madre falleció, lady Eleanor tuvo que ponerse a trabajar como institutriz para poder mantenerse —Farrell decidió omitir lo que había averiguado sobre la estancia de la dama en el East End, algo que seguramente no la favorecería a los ojos de aquel aristócrata, aunque para él, que se había criado en ese barrio, había sido motivo de admiración—, hasta que la contrataron en la escuela como directora.

Ashton le dirigió una mirada penetrante mientras intentaba averiguar qué tipo de hombre era Thomas Farrell.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque ese *aristócrata* —expresó, con un tinte de desprecio en el uso de aquella palabra— ha descubierto que la dama ha recibido una herencia...

—El medallón —lo interrumpió, mientras recordaba lo que le había dicho lady Acton al respecto cuando le había hablado de la directora.

Farrell asintió.

—...y unos cuantos miles de libras, además. Y seguramente vendrá a buscarla.

Ashton frunció el ceño.

—Pero él no es su tutor, ¿no?

—Por supuesto que no, lady Eleanor ha cumplido ya veinticinco años. Pero, digamos que el hombre derrochó en poco tiempo la herencia que había recibido, y ahora tiene considerables deudas. Por otro lado —se frotó la barbilla considerando la conveniencia de seguir hablando o no. Decidió que lo mejor sería contárselo todo—, el conde trató de convertirla en su amante, algo a lo que la dama se negó. Parece ser que él se tomó la ofensa como algo personal, así que... —Se encogió de hombros.

—Tratará de conseguir lo que antes no pudo obtener.

El tono ominoso que usó lord Clifford le aseguró a Thomas que había hecho bien en confiar en él.

—Eso creo. Puse sobre aviso a lady Eleanor, pero a mí me sería imposible llegar rápidamente desde Londres si algo le sucediera. Consideré que era mejor contar con un aliado que estuviera cerca.

Ashton asintió, pero se mantuvo en silencio. Recordó la palidez del rostro de ella cuando la había visto hablar con el detective, y ahora que comprendía la razón que se ocultaba detrás, le sorprendió descubrir la ira que bullía en su interior. Nunca había experimentado una emoción parecida, ni siquiera cuando Natalie lo había traicionado, aunque eso hubiese herido su orgullo. Lo que ahora sentía le sobrepasaba. El corazón golpeaba sin piedad en su interior y le costaba hacer que el aire entrase en sus pulmones con normalidad.

No conocía personalmente al conde, ya que, con toda probabilidad, no frecuentaban los mismos círculos si el hombre era un derrochador. Se le cruzó por la mente la idea de retarlo en duelo, pero no creía que matarlo fuese una solución adecuada, aunque sí satisfactoria.

El gesto de su rostro debió delatar sus pensamientos, porque el señor Farrell le dedicó una sonrisa socarrona.

—Me cae usted bien, lord Clifford, no me gustaría verlo colgando del extremo de una soga por un tipejo como ese. No merece la pena.

—A los aristócratas no nos cuelgan —le espetó con tono ácido—, pero, como dice, no vale la pena arriesgarse por alguien de su calaña.

El silencio se extendió entre ellos, cada uno rumiando sus propios pensamientos. Farrell lo observó con cautela, evaluándolo. Le había dicho al conde que le caía bien y, sorprendentemente, era cierto. Había tenido ocasión de conocer a muchos aristócratas y de trabajar con otros tantos, y todos le habían resultado demasiado pagados de sí mismos, demasiado orgullosos y prepotentes. Lord Clifford le parecía diferente. Esperaba no haberse confundido con él.

—Tal vez...

Ashton vio el brillo malicioso en las oscuras profundidades de los ojos del detective y se inclinó hacia él con interés.

—¿Sí?

—Si quisiera darle una lección a alguien, por ejemplo a quien vendió la información de lady Eleanor al conde por unas monedas, yo no tendría inconveniente en echarle una mano.

—¿Conoce a quien lo hizo?

Farrell asintió.

Por un momento, el gesto de altivez en el rostro bronceado del detective le recordó a Ashton al que solía poner su abuelo cuando se enfadaba. Si no fuese por la calidad de las ropas que usaba, podría pasar perfectamente por un aristócrata.

—Un canalla capaz de vender a su propia madre —repuso el detective escupiendo las palabras con desprecio—. Frecuenta algunas de las peores tabernas del East End, pero casi nunca está solo. Vive rodeado de un grupo de maleantes que le guardan las espaldas.

—Supongo que no debe de gozar de mucha popularidad —comentó Ashton con sarcasmo.

—Puede jurarlo —le aseguró el otro—. Sin embargo, que cuente con esa chusma puede jugar en contra nuestra por la diferencia de número, pero si está dispuesto a una buena pelea... —concluyó con un encogimiento de hombros—. Claro, que no será como esas a las que están acostumbrados los aristócratas como usted.

Ashton esbozó una sonrisa torcida al tiempo que se recostaba contra el respaldo de la silla.

—No tiene de qué preocuparse, este *aristócrata* —dijo, recalcando las palabras— ha peleado en algunas de las peores callejuelas de Egipto y de la India. Además, creo que puedo conseguir algo más de compañía.

Lord Clifford se levantó y Farrell observó cómo se dirigía hacia una de las mesas en las que un quinteto de hombres, todos más o menos de la misma

edad, jugaba a las cartas. Notó la excitación que se levantó pronto entre el grupo conforme el lord hablaba, y supo, sin lugar a dudas, que les ayudarían. El conde le hizo una seña y él se acercó hasta la mesa donde le presentó a los que, por una noche, serían sus compañeros de correrías.

—Bueno, entonces partimos en diez minutos —concluyó Ashton, dirigiéndose a los presentes al terminar de hilar los detalles—. ¿Condestable? Nerian negó con la cabeza.

—Haré como que esta conversación no ha tenido lugar ni aquí, ni ahora —declaró con una sonrisa apesadumbrada—, y aunque no pueda unirme a su cruzada, les deseo la mejor de las suertes, caballeros.

A la hora de partir, se hallaban todos a la entrada de la posada, con vestimentas más discretas y luciendo sonrisas satisfechas en el rostro.

Mientras cabalgaban de regreso a Londres, Farrell no dejaba de darle vueltas al hecho de que, quizás —y esto lo consideraba una posibilidad muy remota—, se hubiese equivocado al juzgar a todos los aristócratas por igual. Al menos aquellos tres que le acompañaban no parecían tener problemas en trabar amistad con hombres de distinto rango al suyo, ni en hablar con los puños cuando era necesario, sin recurrir a que otros les hiciesen el trabajo sucio. La noche prometía ser animada.

Llegaron a Londres casi a las diez de la noche. Los faroleros habían encendido ya el alumbrado de gas, y la ciudad tenía ese aspecto fantasmal que le otorgaba la mezcla de la mortecina luz de las farolas con la densa niebla que parecía brotar de las sucias aguas del Támesis.

Farrell los condujo directamente hacia la taberna El trébol de la suerte, seguro de que esa noche podrían encontrar allí a Jack. Sin embargo, les había manifestado su deseo de que la pelea no tuviese lugar dentro de la taberna, pues Ron, el dueño, le caía bien y no quería destrozarle el local. Por eso habían decidido tenderle una trampa. Angus y Ditton serían el anzuelo que atraería a Jack y a sus hombres fuera de la taberna. Los habían escogido a ellos porque Ditton olía a leguas a aristócrata refinado y rico, y era menos

corpulento que lord Clifford o lord Mersett, por lo que parecía una presa fácil, y a Angus porque de todo el mundo era conocido el odio que Jack sentía por los escoceses.

Saber eso, excitó el ardor de Angus por entrar en pelea, y, por un momento, todos temieron que entrase en la taberna como si llevase una *claymore* en las manos y gritando a voz en cuello con su marcado acento escocés; pero el hombre tenía buen sentido, y se marchó tranquilo tras el vizconde desapareciendo en el interior del local.

El frío nocturno comenzó a hacer mella en los hombres mientras la espera se dilataba. Se habían situado en una calleja oscura, frente a la taberna, y desde allí podían ver quién entraba y salía. La música y los gritos se elevaban desde el interior, pero no habían escuchado nada que les indicase que se hubiese desatado allí una pelea, por lo que confiaban en que todo iba bien.

Quince minutos más tarde la puerta se abrió de nuevo, y del interior emergieron el escocés y Ditton, que comenzaron a avanzar, algo tambaleantes y entre carcajadas estruendosas, hacia la calleja donde ellos se encontraban. La tensión era palpable en aquel oscuro rincón. Farrell podía notar el deseo de los hombres que le acompañaban por entrar en acción. La excitación creció cuando de la taberna surgió un grupo numeroso de hombres que echaron a andar en pos de los supuestos borrachos. La proporción era de seis a nueve, con lo que sería una pelea bastante equilibrada.

Ashton observaba cómo se acercaba aquel hatajo de maleantes mientras intentaba averiguar quién de ellos sería el tal Jack.

—El hombre delgado con cara de rata —le susurró Farrell al oído, intuyendo lo que buscaba.

El conde asintió con sequedad antes de informar a los demás que le reservaran a él el placer de romperle la cara al cabecilla.

Cuando el grupo penetró en la calleja y uno de los malhechores puso su manaza sobre el hombro del escocés, se desató el pandemio. Crujido de huesos, ayes y resoplidos se mezclaron con el fétido aire que emanaba del

mugriento pavimento de piedra rociado de abundantes orines.

Farrell, que se había sentido en el deber de cuidar un poco de sus invitados, no tuvo más remedio que reconocer que estos no necesitaban ninguna ayuda y, de hecho, casi se le escapó una carcajada. Lord Mersett peleaba como un auténtico diablo de las calles, con movimientos extraños que él no había visto nunca; el escocés y Bissop tampoco lo hacían nada mal; y Ditton, aunque peleaba como un caballero, encajaba más golpes de los que recibía. Esquivó un puño que se dirigía hacia su nariz y buscó con la mirada a Clifford.

Ashton se había lanzado a perseguir a Jack que, en cuanto había visto que se trataba de una encerrona y divisado a Farrell, había tratado de escabullirse. Lo alcanzó antes de que saliese de la callejuela y comenzó a vapulearlo sin piedad mientras le exponía, con meridiana claridad, su deseo de que se mantuviese alejado de lady Eleanor Harper. Cuando estimó que había comprendido lo suficiente, lo dejó gimiendo en el suelo y se lanzó de cabeza a la reyerta para ayudar a sus amigos.

La pequeña escaramuza terminó bien y los hombres se fueron a celebrarlo a una taberna que regía un conocido de Farrell.

Thomas se despidió de ellos a una hora bastante avanzada de la madrugada, con una camaradería que solo podía surgir entre hombres que han peleado y bebido juntos. Ashton le tendió la mano.

—Si alguna vez necesita algo —le dijo—, no dude en acudir a mí.

—Lo mismo le digo, Clifford. —Ashton asintió—. Cuide de lady Eleanor. Si me entero de algo más sobre Belford, se lo haré saber.

—Le quedaría muy agradecido.

Farrell se retiró mientras el conde subía a lomos de su montura.

—¡Gracias por la diversión, Farrell! —le gritó Angus McDonald.

—Procuren no caerse del caballo en el camino —repuso al ver que Ditton se tambaleaba sobre la silla.

Las carcajadas se perdieron en la oscuridad londinense junto con sus dueños, mientras unas finas líneas doradas comenzaban a surgir por el este de

la ciudad.

Había sido una buena noche.

Capítulo 10

Se había levantado temprano, en parte porque estaba acostumbrada a ello, y en parte porque la noticia de que aquel maldito usurpador podía aparecer en cualquier momento por Minstrel Valley le había quitado el sueño.

A pesar de todo, había estado remoloneando entre su cuarto y su despacho, perdiendo el tiempo mientras ordenaba papeles que no necesitaban ser ordenados, y revisaba documentos y libros de cuentas que se hallaban en perfecto estado. Su actitud no había pasado desapercibida para nadie, de tal manera que Melinda se había visto obligada a preguntarle, con su habitual franqueza, si no pensaba irse nunca de vacaciones o si en realidad había soñado que iba a ser así.

Por supuesto, no había tenido más remedio que decirle que, efectivamente, ese día comenzaba su periodo de descanso. Pero en cuanto había estado a punto de decir que solo tenía que arreglar unos asuntos más antes de marcharse, había aparecido Valery y, con la suavidad y mano firme que la caracterizaba, la había sacado de su despacho con una sonrisa y un *no te preocupes, que yo me encargo de todo*.

Y así, no había tenido más remedio que volver a su habitación, y si no quería pasarse el día encerrada en ella, más le valía que pusiese rumbo a la mansión Clifford. Ciertamente, deseaba saber algo más sobre el medallón y sobre sus recién encontrados antepasados, pero no quería enfrentarse al conde. Su último encuentro había removido algo en su interior, y no se sentía

muy segura de sí misma estando con él.

Dejó escapar un suspiro de resignación y guardó en su ridículo la bolsa de terciopelo que contenía el medallón. Se colocó el sombrerito de paja, de copa circular y ala recta, y se ató las cintas de seda verde que hacían juego con el vestido de mañana de muselina. Luego salió de la escuela y, tras saludar al señor Barry, tomó el sendero hacia el bosque para no atravesar el pueblo.

La mañana poseía ese inconfundible olor veraniego que tanto le gustaba: el aroma dulzón de las flores y el de la hierba, mezclado con los sonidos propios del campo y el canto de los pájaros. Se deleitó con cada tramo del trayecto, deteniéndose de vez en cuando a gozar de la naturaleza. Era consciente de que no hacía sino retrasar lo inevitable, y de que, si continuaba caminando a ese ritmo, cuando llegase a la mansión sería la hora de comer.

Frunció los labios en un mohín de disgusto, pero apretó el paso. Cuando salió del bosquecillo, enfiló por Mill Road. La carretera pasaba por la parte trasera de las caballerías Bissop, y le extrañó sobremanera no ver actividad ninguna en las mismas, ya que Dunhcan solía entrenar a los animales desde temprano. Al llegar al cruce, tomó la carretera principal que conducía hacia el norte y acortó por los estrechos senderos que rodeaban la forja que también se hallaba extrañamente silenciosa esa mañana.

Cuando avistó la gran mansión de los Clifford, con las ruinas sobre la colina de fondo, se sentía acalorada por la caminata y el sol veraniego, a pesar de llevar la sombrilla. Por suerte, se había puesto tan solo un sencillo corsé bajo el corpiño del vestido, y una sola enagua con la crinolina, en lugar de las tres que eran habituales.

Se detuvo ante las grandes puertas de madera y titubeó sobre si llamar o no. De pronto se sintió un poco tonta y se regañó a sí misma. Había hecho frente a situaciones muy duras en su vida, y ahora temía enfrentarse a un hombre. ¿En qué momento se había vuelto tan cobarde? «No olvides que eres lady Eleanor Harper», se dijo. Enderezó la columna, alzó la barbilla e hizo sonar la aldaba.

Al cabo de unos escasos minutos, le abrió la puerta una mujer bajita y de figura rechoncha. Vestía de negro con cuello de encaje blanco. Sujetaba su cabello gris en un moño que le quedaba algo flojo y que otorgaba a su rostro redondo, surcado por algunas pequeñas arrugas, un aspecto maternal.

—Buenos días —saludó Eleanor.

—Buenos días. —Una sonrisa franca iluminó sus ojos tan azules como el cielo en esa mañana de verano—. Imagino que es usted la señorita Eleanor Harper. El conde me informó de que vendría. Pasé, por favor.

Se apartó de la puerta para franquearle la entrada, y Eleanor se adentró en el vestíbulo, un lugar amplio y espacioso, cuyo frescor agradeció. El suelo ajedrezado le recordó al de la mansión de su infancia y sintió una punzada de melancolía y tristeza en el corazón.

—Le pido disculpas, porque hace poco que milord llegó a la casa y aún no tenemos personal suficiente, por eso mismo tuve que abrirle yo la puerta —le explicó la mujer, que no parecía excesivamente preocupada por ese hecho, puesto que lucía una ancha sonrisa y sus movimientos eran sosegados—. Soy la señora Anna Leyton, el ama de llaves; bienvenida a Clifford Manor. El conde me dijo que vendría a visitar la biblioteca.

—Así es —convino Eleanor, sin poder evitar devolverle una sonrisa a la afable mujer que había logrado quitarle el nerviosismo con la misma facilidad con la que ella acababa de despojarse de su sombrero.

El ama de llaves tomó la prenda, junto con la sombrilla y sus guantes, y los depositó sobre una mesa estilo consola que contenía dos pequeñas bandejas para la correspondencia.

—La acompaño, entonces. Haga el favor de seguirme por aquí —le dijo el ama de llaves mientras echaba a andar con pasos cortos y rápidos por uno de los pasillos laterales.

La señora Leyton era una conversadora nata, y mientras caminaban hacia la biblioteca, le fue explicando la historia de la casa y de algunos objetos que el conde había traído de sus viajes. La mente de Eleanor pareció fugarse a un

pasado que ya se vislumbraba lejano y descolorido, pero que aún le causaba un dolor profundo. Una casa llena de risas y amor, sus padres arropándola al irse a dormir, los veranos juntos en la casa de campo, su madre y ella trabajando con las rosas en los jardines... Se le instaló un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva para que las lágrimas no aflorasen. Carraspeó con suavidad, y cuando el ama de llaves hizo una pausa de silencio para respirar, ella aprovechó para cambiar de tema.

—¿El conde...?

—Oh, no se preocupe, señorita —la interrumpió la mujer con premura y un cierto azoramiento que le hizo sacudir la cabeza con un movimiento firme que casi provocó un derrumbe de aquel moño que se sujetaba precariamente —, milord se reunirá pronto con usted. Me rogó que lo disculpase por no recibirla, pero anoche estuvo atendiendo unos asuntos importantes en Londres y regresó de madrugada.

Eleanor alzó las cejas sorprendida ante esa afirmación, pero se conformó con asentir con la cabeza cuando la señora Leyton se detuvo frente a una de las puertas y la abrió.

La biblioteca era una estancia amplia y bien iluminada gracias a unos grandes ventanales que daban acceso a los jardines de la parte posterior de la casa. El lugar olía a madera, cuero y papel viejo. Las paredes estaban forradas de estanterías de caoba donde cientos de libros descansaban en perfecto orden a la espera de una mano que acariciase sus lomos de piel. Una chimenea de mármol gris se abría en una de las paredes; sobre su repisa, una extraña figura sentada con las piernas cruzadas, la miraba con fijeza y una sonrisa superficial. Encima de la chimenea colgaba un inmenso retrato de un hombre apuesto, de mediana edad, vestido con ropas del siglo pasado.

—Es el abuelo del conde —le comentó orgullosa el ama de llaves al ver hacia dónde dirigía ella su mirada—. Era todo un caballero. Por supuesto, yo solo era una niña cuando él era el conde, pero mis padres ya trabajaban en la mansión, y milord, de vez en cuando, me regalaba caramelos.

La mujer esbozó una sonrisa melancólica, y Eleanor comprendió no solo que guardaba buenos recuerdos de su niñez, sino que era feliz en esa casa en la que había encontrado su lugar.

«Ojalá yo pudiera encontrar el mío», pensó con tristeza. Le encantaba la escuela, su trabajo, e incluso su dormitorio, pero no era un hogar.

La voz de la señora Leyton interrumpió el triste derrotero de sus pensamientos.

—La dejaré ahora, señorita Harper, e iré a preparar un poco de té para traérselo.

—No hace falta que se moleste, señora Leyton.

La mujer agitó su regordeta mano para restarle importancia al asunto.

—Oh, querida, por supuesto que no es ninguna molestia, al contrario.

Entre murmullos de que era un placer poder ocuparse de alguien, y otras galanterías por el estilo, abandonó el lugar dejándola sola en medio de la espléndida estancia. Eleanor avanzó unos pasos sobre la suave alfombra que cubría el suelo de madera y pasó con ligereza los dedos sobre los sillones de cuero dispuestos junto a una mesita baja. Con el corazón apretado, dejó escapar un suspiro tembloroso. Inspiró profundamente aquel aroma cargado de recuerdos y cerró los ojos buscando un poco de alivio a su escozor. Luego soltó el aire con suavidad. Era hora de dejar atrás el pasado y pensar en el futuro, tal como le había aconsejado lady Acton.

Se acercó a una de las estanterías y comenzó a ojear los diferentes volúmenes. No sabía exactamente lo que estaba buscando, pero dada la cantidad de libros contenidos en las estanterías, era muy probable que transcurriese el verano entero antes de que los revisase todos.

Estaba tan concentrada en la lectura de uno de los libros que había cogido, que casi no se percató del suave sonido de la puerta al cerrarse, pero supo inmediatamente que no se hallaba sola. Un sentimiento de anticipación se instaló en su estómago. Devolvió el volumen al espacio que le correspondía y se giró con toda la calma de la que fue capaz.

Lord Clifford se había detenido en mitad de la sala y la miraba de una forma que le resultó extraña, o eso le pareció, porque tenía uno de los ojos algo hinchado y coloreado en un tono púrpura muy revelador.

—¡Dios mío!, ¿qué le ha sucedido?

Ashton compuso una mueca de fastidio y se encogió de hombros con displicencia.

—Fue un tropiezo sin importancia.

Eleanor arqueó una de sus elegantes cejas en un gesto que demostraba su incredulidad.

—¿Tropezó con un puño? —le preguntó en tono risueño.

Una de las comisuras de los labios del conde se elevó hasta formar una media sonrisa, lo que le otorgó el aspecto de un pícaro bribón.

—Veo que es imposible engañarla, señorita Harper.

Ella sacudió la cabeza.

—He visto demasiados de esos como para saber distinguir de qué se trata.

Ashton vio en sus palabras una oportunidad para hacer que ella le hablase de su pasado, y la aprovechó.

—¿Entre sus alumnas? —preguntó con toda inocencia y en un perfecto tono de sorpresa.

Vio cómo la directora entornaba sus preciosos ojos y lo miraba con una ligera sospecha. Él mantuvo la seriedad de su rostro, aunque, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentía unas ganas inmensas de reír libremente. Y el motivo era aquella mujer.

Quería conocerlo todo de ella. Desde que había entrado en la biblioteca, no había podido quitarle los ojos de encima, y el fuego del deseo que creía haber apagado la noche anterior con la pelea había comenzado a arder con más fuerza. Tragó saliva y se esforzó por concentrarse en la respuesta que le daba en ese momento.

—Mis alumnas son todas damas refinadas y elegantes, y no maleantes pendencieros —lo amonestó con gravedad. Luego, al ver la risa bailar en sus

ojos del color del musgo, sacudió la cabeza y sonrió con timidez mientras el rubor teñía su rostro.

Ashton deseó, por encima de todas las cosas, poder besarla, pero se contentó con contemplarla embebiéndose de su imagen. Eleanor, ajena por completo a esos íntimos pensamientos del conde, creyó que él aguardaba todavía una respuesta y continuó.

—Durante un tiempo viví en el norte. Allí trabajé como institutriz de una familia que tenía tres hijos varones cuyo único afán parecía ser pelear, ya fuese entre ellos o con alguno de los vecinos —le explicó. Luego, su rostro reflejó confusión de un modo adorable—. La verdad, todavía no comprendo qué era lo que les atraía tanto de la lucha.

—Las heridas de guerra —repuso el conde sin dudar.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

Ashton sonrió. El corazón de Eleanor pareció ejecutar un salto mortal en su interior y tuvo la tentación de llevarse una mano al pecho para sujetarlo.

«Eleanor, por favor, no es más que una sonrisa», se reprendió a sí misma. Y unos labios tentadores... y la promesa de un beso aún más tentador... Trató de prestar atención a sus palabras para no perderse en sueños tan impropios de una dama.

—Todos los niños sueñan con ser héroes —le explicó—, y les gusta presumir de las heridas que reciben al intentar conseguirlo, sobre todo si son heridas de honor.

Ella inclinó ligeramente la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Usted también era así de niño?

Vio cómo el rostro del conde se ensombrecía y se preguntó a qué podría deberse.

—Yo no tuve infancia —replicó con una seriedad mortal.

—Lo siento —se disculpó ella—, no pretendía...

—Mis padres y mi hermano mayor murieron en un accidente cuando yo tenía siete años. —Mientras la miraba, las palabras parecían fluir de su boca

casi con necesidad—. Me quedé solo con mi abuela, que fue quien me crio. Desde entonces no había vuelto a esta casa. Lo único que hay en ella son recuerdos dolorosos.

Eleanor se sintió tentada de acercarse a él y abrazarlo. Allí, en medio de la inmensa sala, su rostro lucía como el de un niño perdido y necesitado de cariño. Pero no pudo hacerlo. Se quedó allí, frente a él, mirándolo con intensidad, como si con aquella sola mirada pudiese curar todas sus heridas y aliviar su dolor. No entendía por qué sentía la necesidad de hacerlo.

Ashton vio su propio dolor reflejado en los ojos de ella, y algo pareció romperse dentro de él. El muro que hacía tantos años había levantado alrededor de su corazón para protegerse había sido derribado por la fuerza de unos hermosos ojos gris azulado llenos de ternura. Carraspeó para aliviar el nudo que se le había formado en la garganta.

Ella desvió su mirada hacia las estanterías, rompiendo así aquel momento casi místico.

—Hay tantos libros aquí que ni siquiera sé por dónde empezar a mirar — comentó en un tono falsamente alegre—; además, tampoco estoy muy segura de lo que debo buscar.

Él inhaló aire profundamente antes de responder.

—Creo que hay algunos libros que se remontan a la época medieval. Deberíamos buscar aquellos ejemplares con cubiertas antiguas —señaló. Su voz sonó más serena—. Me parece recordar que vi el dibujo del medallón en alguno de ellos.

Eleanor se giró hacia las estanterías y comenzó a mirar los volúmenes. Todos los libros se hallaban bien cuidados, sin polvo acumulado. La señora Leyton hacía bien su trabajo. Miró de reojo al conde, que había sacado algunos ejemplares y los hojeaba con calma. Era un hombre sumamente atractivo, sin duda, con aquel cabello rubio que se ondulaba en las sienes, el perfil patricio, los hombros anchos y unos marcados músculos que los ajustados pantalones hacían evidentes.

Se volvió hacia ella en ese momento, y Eleanor notó cómo el rubor cubría sus mejillas. Alzó la cabeza, como si estuviera evaluando los libros que había en el estante superior, y estiró la mano, al azar, hacia uno de ellos con la intención de disimular.

—Permítame.

La voz había sonado ronca y espesa junto a su oído. El calor que emanaba del cuerpo del conde, casi pegado al suyo por la espalda, le resultó sofocante, y comenzó a temblar. La cabeza empezó a darle vueltas y su mente se evadió al pasado, a aquel instante parecido en que se vio atrapada entre un cuerpo masculino y la pared. Recordó el aliento de Robert en su rostro, sus manos apretando su tierna carne, y su boca mancillando sus labios vírgenes e inocentes. Curvó los hombros hacia delante como si quisiera encogerse y desaparecer ante aquel asalto. Miró sus manos apretadas en puños, y se dio cuenta de que ya no eran las manos de una niña. Con una furia ciega, nacida del temor, se revolvió contra el cuerpo que la aprisionaba.

—¡Ay!

El grito la sacó del trance en el que se hallaba sumida, y volvió a sus sentidos cuando reconoció aquella voz. Vio al conde cubriéndose el ojo herido con una mano, mientras el ojo sano lagrimeaba a causa del dolor.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento! —manifestó en un tono ahogado y tembloroso—. Yo no quería..., es decir, no pretendía...

Ashton sabía que había sido una reacción instintiva nacida del miedo. Cuando se había colocado detrás de ella, con la excusa de ayudarla a alcanzar el libro, se había perdido en el placer de aspirar su perfume, de sentir que sus cuerpos encajaban, y había tardado en darse cuenta de que ella temblaba, no por excitación o deseo, sino a causa del miedo. Sus hombros estaban rígidos y respiraba con dificultad, como un zorro acorralado por una jauría. Pero no le había dado tiempo a reaccionar antes de que se volviese contra él y lo golpease con el codo justo en el ojo y en la nariz.

Ella se mostraba ansiosa y pálida, y aunque ansiaba tranquilizarla,

necesitaba primero calmarse a sí mismo. Una furia salvaje lo corroía por dentro, porque comprendía perfectamente a qué se debía aquel comportamiento. Solo una mujer a quien han intentado forzar podía actuar así, porque aquello era más que un temor virginal. Había visto el pánico en sus ojos cuando se había girado hacia él. Apretó los dientes y maldijo por lo bajo. Iba a matar a Belford, porque estaba casi seguro de que había sido él quien había intentado aprovecharse de Eleanor.

Cuando el dolor y la ira comenzaron a ceder un poco, respiró hondo y abrió los ojos intentando enfocar la visión. Ella lo miraba con los suyos agrandados llenos de culpabilidad.

—¿Se encuentra bien? —Parecía una niña a punto de echarse a llorar.

Ashton supo lo que tenía que hacer.

—Ven aquí, Eleanor —le pidió con voz suave, tuteándola por primera vez. No había lugar en ese momento para los formalismos.

Ella avanzó un pequeñísimo paso con el semblante teñido de culpabilidad.

—Más cerca.

Dio otro paso que la situó lo suficientemente cerca como para que pudiese tomar su mano y tirar de ella suavemente hacia él. Sus rostros quedaron tan cerca que pudo distinguir el temblor de sus pestañas. Despacio, como si temiese que huyera, deslizó las manos hacia su talle y la sujetó de tal manera que ella podría apartarse de él cuando quisiera.

Descansó su mirada profunda en aquellos ojos que parecían haber perdido su tonalidad azul para volverse como plata líquida a causa de las lágrimas no derramadas. Cuando la primera se desbordó y comenzó a descender lentamente por la suave piel de su mejilla, Ashton quiso atraparla con sus propios labios, pero se limitó a borrarla con el pulgar en una caricia lenta y tranquilizadora.

—Eleanor, mírame —la instó cuando vio que comenzaba a desviar su mirada—. Quiero que sepas que yo nunca —enfaticó la palabra—, nunca haría nada que tú no quisieras.

Deseó con toda su alma que lo comprendiese. Le partía el corazón verla así pero, aunque deseaba abrazarla y consolarla, sabía que ella no se lo permitiría; como un animalillo asustado, se encerraría en su concha, y quizás perdiese para siempre su confianza. Por algún motivo desconocido para él, ese pensamiento le revolvió el estómago y le provocó un temor ciego que solo había experimentado en una ocasión: tras la muerte de sus padres.

La vio asentir casi imperceptiblemente, y se le escapó un suspiro de alivio. Se alegró cuando comprobó que el color volvía poco a poco a su rostro.

—¿Le he hecho daño? —le preguntó al cabo de un rato, ya más tranquila. Él seguía sujetándola por la cintura, pero parecía haberse acostumbrado algo a ese toque.

Eleanor se sentía mortificada. Había actuado de forma inconsciente, asaltada por los malos recuerdos, y lo había golpeado con fuerza. En ese instante se daba cuenta de que se había comportado así porque él se le había acercado por la espalda; en aquel momento, mientras contemplaba su rostro tan de cerca que podía sentir su cálido aliento, no tenía miedo. Aunque estaba tranquila, su corazón latía con fuerza ante el roce de aquellas manos firmes en su cintura. No se sentía atrapada, muy por el contrario, se sentía segura y protegida.

—Un poco —repuso, aunque esbozó una sonrisa que pretendió tranquilizarla.

—Lo siento, de verdad. —Él sacudió la cabeza para restarle importancia, aunque ella supuso que lo hacía por caballerosidad—. ¿Le duele todavía?

—Tal vez, si me diera un beso, me dolería menos —bromeó para que ella no se sintiera tan mal.

Eleanor se preguntaría más adelante qué demonio se apoderó de ella en ese momento para hacer lo que hizo, pero, en aquel instante, no lo pensó. Extendió las manos y las afirmó sobre sus hombros, luego se alzó de puntillas y depositó un beso tierno y suave sobre la ceja del hombre.

Ashton percibió la suavidad y calidez de aquellos labios y un

estremecimiento recorrió su cuerpo junto con otra emoción más profunda.

—Eleanor —susurró con voz enronquecida.

Ella lo miraba con una mirada tan transparente y pura que él se sintió pequeño e indigno de los sentimientos que había despertado en la mujer. Desde que sus padres murieron, no había sido un buen hombre. Como niño, se había comportado de forma rebelde con su abuela, los preceptores y los criados, culpable como se sentía por el trágico accidente. Cuando fue capaz de admitir que él nada había tenido que ver con aquello y que todo había sido cuestión de mala suerte, la culpabilidad se transformó en rabia y odio contra sí mismo. Él debería haber muerto también, tendría que haber ido en ese carruaje, junto con su familia. Y se esforzó por perder la vida que no le había sido arrebatada de niño. Viajó por el mundo, siempre a los lugares más peligrosos, siempre arriesgándose al límite, pero parecía ser que el Todopoderoso no lo quería a su lado todavía, porque la suerte había estado de su parte en tantas ocasiones que había acabado hastiado de que lo felicitasen por haber escapado de las garras de la muerte.

Se perdió en los ojos grises de Eleanor y, a pesar de que se consideraba indigno, no pudo evitar ceder a la tentación. La atrajo con suavidad, hasta pegarla a su pecho, y con lentitud, dándole tiempo a ella a negarse si quería, bajó la cabeza y la besó. Sus labios contenían el calor del sol y el sabor de la miel silvestre, y Ashton se deleitó en ellos como no lo había hecho con la boca de ninguna otra mujer, porque Eleanor era toda dulzura e inocencia.

—Eleanor —repitió con sus alientos mezclándose en suaves suspiros.

Ella mantuvo los ojos cerrados mientras se aferraba firmemente a los hombros masculinos. Sentía que el mundo había cambiado el eje de su rumbo y que el suelo, inestable, desaparecía por momentos bajo sus pies. Había sido una sensación gloriosa, nada que ver con aquella otra vez... Sacudió la cabeza para librarse de los amargos recuerdos y abrió los ojos. Los de él la contemplaban con una emoción tan profunda que algo parecía arder en su interior. Su corazón se saltó un latido y se lamió los labios de forma

inconsciente.

El gemido que brotó de la garganta del hombre le causó un estremecimiento, consciente, por primera vez, del poder que como mujer tenía sobre él.

«Solo una vez más», se dijo. La tentación fue tan grande que sus manos cobraron vida propia, se alzaron hasta la fuerte musculatura del cuello masculino y tiró de él hasta que sus labios volvieron a fundirse en un beso cargado de pasión.

Unos golpes sonoros los sobresaltaron. Se separaron bruscamente, casi al mismo tiempo en que se abría la puerta y el ama de llaves entraba en la biblioteca portando una bandeja con té y pastelillos.

—Siento la tardanza, milord —se disculpó—, pero tuvimos algunos pequeños problemas en la cocina.

—No se preocupe, señora Leyton. —Su voz sonó ronca y carraspeó para aclarársela. Se sentía como un colegial pillado en falta—. Espero que ya esté todo solucionado.

La mujer depositó la bandeja sobre una de las mesitas y sonrió.

—Oh, por supuesto que sí, milord. Siempre he considerado que no hay ningún problema que no tenga solución —repuso en tono práctico—. Espero que el té sea de su agrado, señorita Harper. ¿Le importaría hacer el honor?

Eleanor trató de controlar su agitación y esbozó una sonrisa cordial.

—Por supuesto, señora Leyton, será un placer servir el té.

—Bueno, entonces le dejo en buenas manos, milord.

—Estoy convencido de ello —le aseguró con seriedad, aunque evitó mirar hacia la dama porque no quería que sus ojos lo traicionasen si veía su rostro ruborizado y sus labios rosados por sus besos. Ahora mismo el té le importaba un ardite, solo tenía hambre de ella.

El ama de llaves sonrió aprobadora y efectuó una ligera reverencia antes de retirarse. Sin embargo, se detuvo junto a la puerta, como si acabase de recordar algo.

—Disculpe, señorita Harper, ¿se quedará usted a comer?

El estómago de Eleanor ejecutó un salto mortal al pensar en esa posibilidad, y su corazón se aceleró, pero, por primera vez su cerebro pareció tomar el mando de su cuerpo haciéndole ver la peligrosa situación en la que se hallaba.

—Creo... creo que no me será posible en esta ocasión, señora Leyton — declaró, al tiempo que le dedicaba una sonrisa de disculpa.

—Oh, yo había pensado...

El tono de desilusión de la mujer le tocó el alma, pero no se veía con fuerza para cambiar de opinión... hasta que escuchó la voz grave de él.

—Por favor, quédate.

Capítulo 11

Abrió los ojos y parpadeó somnoliento.

El dormitorio se encontraba en penumbras. Apenas unos pocos haces de luz se filtraban por entre los gruesos cortinajes de terciopelo que cubrían las ventanas. Todo a su alrededor no eran sino sombras informes que podía reconocer porque llevaban mucho tiempo ocupando el mismo lugar.

El silencio que lo rodeaba era denso, tan profundo que casi podía escuchar los latidos de su propio corazón. Cruzó los brazos por debajo de su cabeza y una sonrisa lenta, perezosa, comenzó a insinuarse en sus labios cuando lo asaltaron los recuerdos del día anterior. Después de aquel beso en la biblioteca, la señorita Harper se había mostrado tímida y recatada, y él no había podido dejar de sonreír durante toda la comida.

Su corazón, ese órgano que había jurado que no poseía, se hallaba extrañamente contento, con una felicidad que no le habían procurado sus correrías y aventuras por diversos países del mundo ni, mucho menos, los brazos y caricias de otras mujeres. Cruzó por su mente el absurdo pensamiento de que había encontrado un hogar.

Sacudió la cabeza y casi se burló de sí mismo. Eleanor solo era una mujer. Sin embargo, había algo distinto en ella, algo que la hacía diferente de Natalie y de las otras mujeres que había conocido. Quizás era su mirada franca, o su expresivo rostro; quizás el hecho de que lo había mirado con ternura, o de que había confiado en él cuando le había dicho que nunca le

haría daño. Fuera lo que fuese, aquella mujer despertaba en su interior emociones que creía muertas. Y aunque, siendo sincero, no sabía si quería navegar en aquellas aguas, sí era consciente de que la vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad con Eleanor.

Se incorporó, al tiempo que apartaba los ropajes de cama, y se levantó. Solía dormir desnudo, así que era una suerte que en ese momento la casa no contase todavía con personal de servicio. Si una criada entrase en aquel momento y lo encontrase así, en todo su esplendor, probablemente los chillidos se oirían hasta en la plaza del pueblo. Sonrió ante ese pensamiento. Se encaminó hacia la ventana, que durante el tiempo de verano permanecía abierta durante las noches templadas, y recorrió el cortinaje. Dejó que la brisa acariciase su piel desnuda y aspiró el aire fresco de la mañana.

Siempre le había gustado aquella habitación, porque desde allí podía ver los jardines traseros de Clifford Manor, donde su madre solía pasar largas horas cuidando de sus rosales, y contemplar las imponentes ruinas del castillo de los Scott que despertaban su fantasía infantil. Sintió una punzada de nostalgia y dolor al recordar las tardes que Timothy y él habían pasado en la colina jugando a ser caballeros. Su hermano siempre hacía el papel de héroe, y a él le tocaba hacer de villano. Claro, que eso no le molestaba en absoluto, pues Timothy, siendo tres años mayor, era para él un verdadero héroe.

Sonrió con pesar y dejó que su vista pasease sobre los campos lejanos, con sus tonos verdes y ocres, y ese olor a tierra húmeda por el rocío de la mañana cuando apenas calentaban los rayos de sol. Cada amanecer parecía renovarse la vida en los árboles, en las flores... Pensó que quizás ya era tiempo también de que la luz de un nuevo amanecer disipase las tinieblas de su vida y de su corazón. Su familia no iba a volver por mucho que lo desease, y, por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de vivir.

Apoyó las manos en el alféizar y aspiró el aire hasta que casi le dolieron los pulmones. Sus padres y su hermano habían muerto. Eso le dolía, sí, y siempre los echaría de menos, pero él estaba vivo, y tenía que vivir de tal

manera que se sintieran orgullosos de él. Había pasado demasiado tiempo tratando de golpear a la vida, pero la vida había que tomarla como venía.

Sabía, de alguna manera, que ese nuevo sentimiento se lo debía a Eleanor.

Un sonido amortiguado, procedente del jardín, lo distrajo de sus pensamientos. Se asomó al exterior y descubrió, junto a los rosales, la figura de una mujer. La estimada directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton estaba cortando rosas. Se preguntó qué hacía en la mansión a una hora tan temprana, aunque supuso que, debido a la escuela, estaba acostumbrada a madrugar.

Llevaba un vestido vaporoso de color marfil que dejaba los hombros al descubierto. Se había retirado el sombrero, y su cabello negro parecía bañado en oro bajo los tibios rayos de sol. Deseó poder liberarlo del confín de su moño para que cayese en cascada sobre su espalda. Deseó eso y muchas cosas más. Ella se inclinó para oler uno de los capullos que florecían en el rosal, ofreciéndole así una espléndida vista de sus cremosos senos.

Ashton notó que la parte inferior de su cuerpo, que ya andaba bastante alborotada, se desperezaba con entusiasmo en aquel mismo instante con la contemplación de la dama. Se agarró con fuerza a la piedra del alféizar y cerró los ojos. Esperaba que las aguas del lago Minstrel se mantuvieran frescas a pesar del clima más cálido del verano, porque bien sabía Dios que necesitaba un chapuzón de agua fría si no quería quedar castrado por la pura fuerza del deseo que sentía por aquella mujer.

Se dio la vuelta y se apresuró a vestirse con el traje de montar. Cuanto antes hiciesen ejercicio él y Lucifer, tanto mejor para los dos.

Su prima había sabido esconderse muy bien. Este pensamiento cruzó por la mente del conde de Belford mientras atravesaba las calles de aquel pueblucho oculto en la campiña inglesa. Esperaba no tener que quedarse demasiado

tiempo por allí, aunque tampoco le haría daño desaparecer durante unos días de la vista de sus acreedores. Esbozó una mueca de disgusto al recordar la última amenaza que había recibido. De todas formas, aquella situación ya no duraría mucho, pronto obtendría el dinero de Eleanor... y algo más.

Sonrió ante ese pensamiento, aunque enseguida frunció el ceño al recordar dónde se hallaba su *querida* prima en esos momentos.

Había llegado a Minstrel Valley la tarde anterior y se había instalado en la única posada del pueblo. Mientras tomaba algo de cena, había interrogado a la moza que servía en el comedor, con tan buena suerte que conocía a Eleanor, y le había contado que era la directora de la escuela para señoritas. Había tenido que soportar cómo la muchacha cantaba las alabanzas tanto de su prima, como del resto de profesoras que allí trabajaban. Cuando pudo despachar a la parlanchina muchacha, se quedó meditando la forma de abordar el asunto que lo había traído hasta ahí.

Tras haber trazado un plan, se había acercado al posadero para obtener la información sobre la ubicación de la escuela. En aquel momento se había percatado de la presencia de un hombre en una de las mesas. El traje que llevaba era de excelente confección, producto seguramente de alguno de los mejores sastres de Savile Row, y calzaba botas hessianas. Se trataba, sin duda, de un caballero. Había pensado entonces que podría, tal vez, alojarse en su mansión. Le había preguntado entonces al posadero.

—¿Quién es ese caballero?

—Es lord Mersett.

—¿Y qué rango ostenta?

El posadero se había rascado la barbilla, como si la pregunta le resultase algo confusa.

—Según tengo entendido, es conde. —Había respondido finalmente.

Él había sonreído, creyendo en ese momento que tenía todo resuelto, puesto que, aunque no veía su rostro ya que permanecía con la cabeza agachada, deducía, por su cabello oscuro, que se trataba de un hombre joven.

Seguramente no le importaría tener alguien con quién charlar.

Sin embargo, se había desdicho a sí mismo en cuanto el conde había levantado la cabeza. En aquel momento, se había percatado de que era extranjero, con toda probabilidad el bastardo de algún noble. Le lanzó una mirada preñada de desprecio, y le comentó al posadero que permitir la entrada de un mestizo como aquel solo empañaría la fama de su posada.

—No es hombre con el que convenga meterse. —Le había respondido el posadero con una expresión grave en el semblante.

Después, con más frialdad de la que había usado con él hasta el momento, le había informado de la localización de la escuela.

Esa misma mañana, para no dilatar el tiempo que permanecería en aquel maldito pueblo, había acudido temprano al lugar, solo para encontrarse con que Eleanor se encontraba fuera, en la mansión del conde de Clifford.

Se alegró cuando vio la espléndida silueta del edificio de piedra gris iluminada con destellos dorados por los rayos de sol. Atravesó la verja de hierro forjado y siguió el camino hasta la entrada de la casa. Le extrañó que no saliese ningún lacayo a recibirlo para tomar las riendas de su caballo. Lo dejó atado en uno de los arbustos y se acercó a la puerta para hacer sonar la aldaba.

La señora Leyton refunfuñó cuando volvieron a llamar a la puerta con insistencia. Dejó la revisión de la cubertería que estaba efectuando —como tenía por costumbre hacer todos los martes—, y acudió a la llamada lo más rápido que sus cortas piernas le permitían.

Ya no tenía edad para andar corriendo por los pasillos de la mansión, y se preguntó, por enésima vez, por qué milord se había negado a contratar personal por el momento, según le había dicho. No creía que fuese una cuestión de dinero, más bien parecía algo de carácter personal. Tal vez

prefería estar solo mientras se habituaba de nuevo a aquella mansión llena de recuerdos para él. De cualquier forma, no le parecía muy adecuado, especialmente si tenían como huésped, casi permanente, a la señorita Eleanor.

Se detuvo frente a la puerta y trató de recuperar el aliento antes de abrirla. Se sorprendió de encontrar al otro lado a un caballero joven y de facciones atractivas que le sonreía, aunque encontró esa sonrisa algo inquietante.

—Discúlpeme, señora —dijo el hombre con esa modulación exquisita propia de la nobleza—, soy lord Robert Cadburn, conde de Belford.

—Buenos días, milord —lo saludó ella al tiempo que le dirigía una leve reverencia—. Perdone que haya tardado en abrir la puerta, pero no tenemos personal en este momento en la casa, y...

Se interrumpió, pensando quizás que había dado demasiada información, o, tal vez, porque algo en el rostro de aquel caballero le producía desasosiego. Se reprendió a sí misma por tales pensamientos, un lord era un lord.

—Al contrario, la culpa ha sido mía por presentarme aquí sin avisar —le aseguró él, con tono conciliador.

—Si ha venido buscando a lord Clifford, me temo que no se encuentra en estos momentos. Salió a cabalgar, aunque supongo que no tardará demasiado en llegar.

Robert sonrió para sus adentros. Aquello era, precisamente, lo que había estado buscando, encontrarse con Eleanor a solas.

—En realidad, no lo buscaba a él, sino a mi prima, lady Eleanor Harper.

La señora Leyton parpadeó sorprendida ante la mención del título. ¿Por qué lo ocultaba la señorita Harper? Aturdida, sacudió la cabeza, y al ver que el hombre parecía esperar una respuesta, se apresuró a franquearle la entrada.

—Discúlpeme de nuevo, milord —se excusó con cierto nerviosismo—. La señori... lady Harper se encuentra en este momento en el jardín. Si me permite, iré a buscarla.

—No, no, no. No se moleste, por favor —repuso al tiempo que esbozaba su sonrisa más cautivadora—. Si me indica cómo llegar hasta el jardín, yo

mismo iré. Me gustaría darle una sorpresa.

—Oh, por supuesto, milord.

Robert siguió las indicaciones de la mujer y no tardó en dar con las puertas de acceso a los jardines traseros de la mansión. El aire tenía un olor dulzón a flores que le desagradó, pero estaba demasiado excitado para quejarse por esas menudencias.

Avanzó por los caminos de gravilla, al tiempo que registraba cada rincón en busca de la presencia de la mujer, hasta que finalmente la localizó. Estaba sentada en un banco de piedra, con la cabeza alzada hacia el sol y los ojos cerrados. En sus labios bailaba una sonrisa confiada.

Se acercó despacio, para no sobresaltarla. Le hubiera gustado besar y morder aquellos tiernos labios, pero temía que no supondría un buen inicio para su reencuentro, habida cuenta de cómo se habían separado la última vez. Sintió la tentación de llevarse la mano a la mejilla derecha, pero se controló.

Mientras se acercaba, aprovechó para observar los cambios que el tiempo había realizado en ella. Se había vuelto muy hermosa. Tenía un rostro perfecto, abundantes curvas, y unos pechos generosos que parecían ofrecerse a él. Se lamió los labios con fruición y esbozó una sonrisa lobuna justo antes de detenerse frente a ella.

Eleanor notó que una sombra la cubría y sintió azoramiento al pensar que el conde la había encontrado en aquella posición. Abrió los ojos y parpadeó ante la ligera ceguera que le había provocado la luz del sol sobre sus párpados cerrados.

—Hola, Eleanor.

Aquella voz hizo que se estremeciera de los pies a la cabeza, y se levantó presurosa, golpeándose contra el banco, en un intento por alejarse de ella. Se detuvo al escuchar la risa burlona de él. Maldijo para sus adentros al darse cuenta de lo débil que se había mostrado. Seguramente él pensaba que le tenía miedo, pero ya no era una niña, y había aprendido a defenderse. Apretó los puños con fuerza y lo enfrentó.

—¿Qué haces aquí?

Robert chasqueó la lengua.

—Querida prima, esa no es forma de saludarme después de tanto tiempo sin vernos —declaró con una voz que destilaba la engañosa dulzura de una serpiente.

—¿Qué haces aquí? —repitió con un filo de dureza en su tono.

Él avanzó un paso y sonrió al ver que ella se echaba hacia atrás. El movimiento le había salido instintivo, y Eleanor se enfureció consigo misma por su falta de control. El corazón le palpitaba con fuerza y las manos le temblaban. Un sudor frío le recorrió la espalda al recordar la ocasión en que la había arrinconado en una esquina de la sala de visitas cuando había ido a verla, tras el fallecimiento de su madre, y ella se había negado a aceptar la oferta que le había hecho de convertirse en su amante. Todavía podía sentir la repulsión que le había causado la boca del hombre sobre la suya, y aquellas manos que la habían tocado de forma íntima, a pesar de su negativa. Había podido escapar porque lo había sorprendido al abofetearlo. Quizás él había pensado que no opondría resistencia, pero no fue así.

—Me ofendes, querida —repuso llevándose la mano al corazón en un gesto de burla—; estoy aquí porque me preocupo por ti, por supuesto. Quería saber cómo te encontrabas y si necesitabas algo, pero esta mañana estuve en esa bonita escuela tuya y me contaron que te va muy bien.

El rostro de Eleanor se tornó pálido con el solo pensamiento de que él hubiese acudido a la escuela de lady Acton y se hubiese encontrado con alguna de las alumnas. Robert sabía ser encantador cuando se lo proponía, y poseía una lengua adulatora capaz de embaucar a cualquiera, sobre todo si eran jóvenes inocentes. Una rabia creciente comenzó a bullir en su interior.

—No necesito nada de ti —le espetó con furia—, ni siquiera deseo verte. Lo único que necesito es que te marches de aquí, y que vuelvas a Londres y a tus sucios vicios.

—No, no, no, primita, pero ¿qué son esos modales? Deberías tratarme con

más amabilidad. —Compuso en su rostro un gesto de dolor, como si el comentario lo hubiese herido, aunque bien sabía Eleanor que el hombre era incapaz de sentir nada, puesto que no tenía corazón. Cuando vio asomar a sus labios la sonrisa ladina que tan bien recordaba, se estremeció—. Por cierto, te traigo saludos de *madame* Bernard...

La mención de la mujer que regía uno de los más famosos burdeles del East End hizo que el estómago le diese un vuelco y le sobreviniesen las náuseas. Él notó su reacción.

—Oh, ¿pensaste que no me enteraría?

—Trabajé allí como costurera; no tengo nada de lo que avergonzarme. — Se defendió, si bien su voz sonó inestable.

—Por supuesto, querida, yo te creo —le aseguró comprensivo—, pero no sé si la Escuela de Señoritas de lady Acton admitiría como directora a una joven con semejantes antecedentes.

Eleanor se percató de que sus palabras contenían una clara amenaza.

—Eres un cer...

Él dio otro paso hacia ella, su rostro convertido en una máscara de furia contenida.

—No lo digas, prima, o no te gustarán las consecuencias —le espetó con tono duro.

Respiró hondo e intentó calmarse. No, no se avergonzaba de nada. Tras la muerte de su madre, sin ningún pariente a quien acudir, y sin referencias de ningún tipo para conseguir trabajo, los pocos ahorros que su madre y ella guardaban se habían ido consumiendo en el alquiler de la vivienda y las escasas comidas. Finalmente, no le había quedado más remedio que buscar una pequeña habitación en el barrio de Whitechapel, aunque pronto tuvo que abandonarla también. Su casera, antes de echarla a la calle, le había facilitado una dirección diciéndole que quizás allí podría encontrar trabajo. Poco podía imaginar ella que la casa a la que había sido enviada se trataba de un burdel.

En cuanto la *madame* había echado un vistazo a su rostro, a su cuerpo y a

su juventud, no quiso dejarla escapar. Una dama, joven y virgen, sería un buen reclamo para atraer clientes, había dicho. Ni siquiera sus lágrimas la habían conmovido. Pero sí movieron el corazón de una de las prostitutas, la favorita de los clientes en aquel momento, que amenazó con abandonar el burdel si no la dejaba en paz. Y se ofreció a cuidarla y a alimentarla a cambio de que Eleanor la sirviese como doncella.

Así fue como hizo amistad con Fleur —cuyo nombre real era Mary, y no había nacido en Francia, sino en un pueblo remoto de Irlanda— y como consiguió algo de dinero trabajando como costurera. Cuando un año después Fleur logró engatusar a un caballero, con el que terminó casándose y dejando atrás el burdel, se la llevó consigo al norte. Luego, le dio dinero para que empezase una nueva vida allí, lejos de aquel barrio, lejos de Londres. Y así lo hizo. Conoció a Dunhcan, que le consiguió un puesto como institutriz en una casa decente, y le ayudó a olvidarse de su pasado. O eso creía.

—¿Qué es lo que quieres?

Odió escuchar el tono de derrota en su voz, pero se sentía cansada y aturdida. Los viejos recuerdos habían acudido en tropel a su mente, sacudiendo su corazón y haciendo que todos sus sueños se tambaleasen. ¿Cómo iba a usar la herencia para recuperar su lugar en sociedad teniendo aquella amenaza sobre su cabeza? Notó que las lágrimas acudían a sus ojos, pero se controló. No le daría a ese engendro del demonio la satisfacción de verla llorar.

—Eso está mejor, mucho mejor, querida. —Si hubiese tenido fuerzas, Eleanor le habría arañado el rostro solo para poder borrar aquella sonrisa de complacencia. En cambio, apretó los labios y esperó—. Verás, se trata de un acuerdo que será beneficioso para los dos. Yo necesito dinero, y tengo entendido que te has convertido en una heredera, y tú necesitas un hombre en tu cama. Así que la solución es simple, querida, tú y yo nos casaremos.

Durante unos segundos, Eleanor se quedó sin palabras. La propuesta era tan disparatada que no supo qué responder. Luego, la ira la inundó como una

marea incontenible.

—¡Jamás, óyeme bien, jamás me casaré contigo! —le gritó perdiendo el control de sí misma—. Eres un ser despreciable, y antes preferiría casarme con un sapo a unirme a ti en matrimonio.

Con una rapidez que la sorprendió, la agarró de la muñeca con brusquedad y se la apretó hasta casi hacerla gritar de dolor. La atrajo hacia sí, hasta que pudo sentir su aliento sobre la piel, y ver las esquirlas de hielo en que se habían convertido sus ojos azules. Tuvo miedo.

—Harás lo que yo te diga —declaró en un tono bajo y amenazante que le provocó escalofríos—, o te arrepentirás, ¿comprendes?

A Eleanor se le humedecieron los ojos por el dolor que le causaba su agarre en la muñeca.

—Y ahora —continuó él, sonriendo como si supiese que había ganado la batalla—, creo que le robaré un beso a mi futura esposa.

Su cuerpo se estremeció y le sobrevinieron las náuseas.

«¡Dios, ojalá le vomite encima!», pensó Eleanor.

Cuando lord Clifford entró en el vestíbulo después de su paseo a caballo, la señora Leyton suspiró aliviada.

—¡Bendito sea Dios que ya ha llegado, milord! —exclamó mientras se retorció las manos con nerviosismo.

Ashton le dirigió una sonrisa para tranquilizarla, suponiendo que la mujer volvería a quejarse de la falta de personal. Sabía que tenía razón y que debería haber contratado algo de servicio o, al menos, no haber despachado de vuelta a Londres a su ayuda de cámara y a los criados que trajeron su equipaje, pero la tentación de quedarse a solas con Eleanor había sido más fuerte que las convenciones sociales o su propia comodidad. Aunque si la mujer seguía insistiendo, finalmente tendría que ceder.

—¿Qué sucede, señora Leyton?

—Me acerqué al jardín para preguntarle a la señorita Harper si deseaba que sirviera un poco de té —le explicó con voz trémula—, pero entonces los oí discutir, y no me gustó nada su tono.

Ashton frunció el ceño.

—¿A quién oyó discutir?

—Al primo de la señorita, el conde de Belford...

Ni siquiera dejó que terminase la explicación. Maldijo para sus adentros y salió corriendo en dirección a los jardines traseros. Se detuvo en el umbral de la puerta acristalada y escuchó la voz airada de Eleanor. Apretó la mandíbula e hizo el esfuerzo por contenerse. No podía llegar y golpear directamente a aquel malnacido, aunque ganas no le faltaban. Se acercó despacio al lugar de donde procedían las voces, y la escena le hizo hervir la sangre. El muy bastardo tenía cogida a Eleanor e intentaba besarla a la fuerza.

—¿Qué sucede aquí?

Su voz tronó en el cálido aire veraniego con la fuerza de un cañón. A pesar de todo, el conde de Belford no la soltó inmediatamente, sino que pareció susurrarle algo a Eleanor antes de girarse despacio hacia él. Era un hombre alto, atlético, con un rostro que debía resultar atractivo a las mujeres, y en el que lucía una arrogante sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Supongo que es usted lord Clifford.

Ashton no trató de ser agradable.

—Supone bien, y esta es mi casa.

La sonrisa de Robert se amplió y Eleanor temió que el conde, que parecía estar conteniéndose, lo golpeará. El solo hecho de oír su voz la había aliviado, y su presencia la reconfortaba más de lo que quería admitir. Sentía un intenso deseo de perderse en el refugio de sus brazos, de que volviese a besarla y la hiciese olvidar.

—No nos han presentado. Soy Robert Cadburn, conde de Belford, primo de lady Eleanor Harper. —Ashton se limitó a arquear una ceja con altivez—.

He venido a saludar a mi prima.

—Pues la dama no parece muy complacida —le señaló con sequedad—. Tal vez su saludo ya ha durado demasiado, ¿no cree? Supongo que no tendrá dificultades para encontrar la salida.

—Vaya, vaya, es usted un hombre directo —repuso con una sonrisa desdeñosa. Luego se volvió hacia Eleanor—. No olvides mi propuesta, querida; espero pronto una respuesta.

Ella lo vio alejarse y desaparecer por la puerta hacia el interior de la mansión, y parpadeó como si todo aquello no hubiese sido más que un mal sueño. Sentía un nudo en la garganta y los ojos le escocían.

—¿Eleanor?

Capítulo 12

—¿Eleanor?

Esa única palabra, pronunciada con un tono suave colmado de ternura y preocupación, tuvo la fuerza suficiente para romper el dique que contenía sus emociones. El gris de sus ojos pareció fundirse como plata líquida para acabar vertiéndose en finas gotas que resbalaban por su pálido rostro.

Ashton vio tanto dolor retenido en su mirada que algo se quebró dentro de él. Dio un paso hacia ella y la envolvió en sus brazos.

—Shhh... tranquila —le susurró mientras le acariciaba con suavidad el cabello—, no dejaré que te hagan más daño.

Y Ashton sabía que aquellas palabras eran un juramento.

Caminó hacia atrás, arrastrándola consigo, hasta que sintió el banco de piedra golpear la parte de atrás de sus rodillas. Entonces, se sentó colocándola a ella sobre su regazo.

Eleanor se aferró a él, sin dejar de llorar, ocultando el rostro en la curvatura de su cuello. Cerró los ojos y dejó que la tranquilizasen las sensaciones que experimentaba. Sus manos, que le acariciaban la espalda; sus labios que besaban su cabello con toques delicados; sus brazos fuertes que la estrechaban contra su pecho mientras la acunaban.

El llanto se fue debilitando, pero no tenía ganas de moverse. El aroma del hombre la envolvía, y entre sus brazos le parecía hallarse dentro de un capullo protector. Creía en las palabras que le había dicho, que no permitiría

que nadie le hiciese daño.

Apoyó la mano contra su pecho y dejó que el rítmico latido de su corazón la serenase y arrastrase los últimos retazos de su tristeza. Ashton cubrió aquella mano con la suya y se la apretó en un gesto de conforto. El gemido doliente que escapó de los labios de ella lo sorprendió. Bajó la mirada hacia la mano que ella había retirado, y descubrió las marcas púrpuras que los dedos de aquel miserable habían dejado en su tierna piel.

Su rostro se endureció y sus ojos ardieron con ira.

—¡Voy a matar a ese hijo de...!

Eleanor lo acalló cubriendo con los dedos sus labios. No quería pensar en Robert, ni en lo que le había dicho o hecho. Solo quería sentir, y sentirlo a él, a Ashton.

—¡Bésame! —le pidió. Sus palabras contenían un matiz de súplica urgente que él no podía ignorar.

Vio cómo el gris acerado de sus ojos se suavizaba al mirarla y posarse en sus labios, y su corazón comenzó a latir más rápido cuando su cabeza descendió para apoderarse de su boca.

Con exquisita ternura, Ashton lamió sus labios, y con amorosa paciencia fue explorando su sabor, su textura. Todo su interior vibró en respuesta, y un deseo vivo despertó en ella recorriendo como un torrente cálido sus venas. Él percibió el cambio en su respuesta, y profundizó el beso mientras la acercaba más a su cuerpo, hasta que no quedó más espacio entre ellos que la delgada tela de sus propias ropas. Bebió de sus labios como un hombre sediento, y dejó vagar sus manos por ese cuerpo que tanto anhelaba poseer. Ella le acarició el rostro, el cabello, y luego sus manos se perdieron por debajo de la chaqueta del traje de montar, donde solo la fina camisa las separaba de su piel ardiente. El deseo que sintió por sus caricias fue tan arrollador que lo perturbó, y supo que tenía que detenerse.

Abandonó la dulzura de su boca y respiró hondo. Tuvo que cerrar los ojos cuando encontró en los de ella una mezcla de confusión y deseo.

—Eleanor, no podemos hacer esto —le susurró con voz ahogada mientras volvía a estrecharla con fuerza entre sus brazos para evitar caer en la tentación de volver a besarla. Notó que cabeceaba para asentir.

Esperó a que su respiración se normalizara, y se separó un poco para volver a mirarla, pero ella bajó la vista avergonzada. Se levantó despacio de su regazo, y él, a su pesar, la dejó marchar.

—Creo que...

—¡Milord!

La voz intranquila del ama de llaves interrumpió lo que fuese que ella iba a decir.

—Estamos aquí, señora Leyton —respondió el conde al tiempo que se levantaba del banco.

La mujer apareció jadeante por uno de los senderos de piedra que recorrían el jardín de los rosales y Ashton agradeció la interrupción, porque de haber seguido mirando los ojos tristes de Eleanor, hubiese perdido por completo el control de sí mismo.

—La comida está lista, milord.

—Creo que...

—Muchas gracias, señora Leyton —la cortó Ashton de nuevo, sabedor de las palabras que Eleanor iba a decir—. Acompañe, por favor, a la señorita Harper a refrescarse mientras yo me cambio de ropa.

—Por supuesto, milord. Venga por aquí, querida.

Ella sonrió débilmente a la mujer, y aunque su deseo hubiese sido abandonar la mansión, la obedeció. No tenía fuerzas en ese momento para oponerse.

Cuando las dos mujeres desaparecieron, Ashton se pasó la mano por el cabello con nerviosismo. Necesitaba golpear algo, preferiblemente el cráneo del conde de Belford, pero no podía dejar sola a Eleanor.

Deseaba con desesperación que confiase en él y le contase todo. No sabía por qué era tan importante para él obtener su confianza, pero lo cierto es que

lo era, y estaba dispuesto a ganársela costara lo que costase. Con paso decidido abandonó el jardín rumbo a su dormitorio para vestirse adecuadamente antes de bajar al comedor.

Cuando llegó a la sala, lo esperaba la señora Leyton para servir la comida, pero él le pidió que dejase todo sobre el aparador para que ellos pudieran servirse, y que los dejase solos. La mujer, consciente de que algo importante había sucedido, no puso ninguna objeción.

Ashton separó una de las sillas y se volvió hacia Eleanor.

—Ven.

Ella avanzó despacio hacia él, sin mirarlo a los ojos. Se sobresaltó cuando notó que la tomaba de la mano.

—Siéntate, por favor —le pidió. Él hizo lo propio cuando se hubo sentado ella. Luego tomó un frasco que había traído consigo. Un aroma penetrante flotó en el ambiente cuando lo abrió.

—¿Qué es?

—Es un ungüento que conseguí en Egipto, ayuda a reducir la inflamación —le explicó al tiempo que comenzaba a extenderlo con suavidad sobre su muñeca lastimada. Luego se la envolvió con una tela limpia y la ató con un nudo—. Durante mis visitas a las tumbas de los faraones tuve varios, digamos, tropezones, —ella sonrió débilmente ante la broma—, y este ungüento me fue muy útil.

Eleanor asintió. El frescor de aquel bálsamo le había aliviado enseguida el palpitante dolor que sentía en la muñeca.

Después de eso, Ashton sirvió los dos platos de comida y la animó a comer. Eleanor no sentía ganas de hablar, así que dejó que él llevase el peso de la conversación. Lo escuchó interesada hablar de sus viajes por el mundo, de los lugares que había visto y de algunas de las aventuras más peligrosas que había vivido. Le contó que se había convertido en un amante de las antigüedades cuando había descubierto un collar antiguo en un bazar y el mercader le había contado la fabulosa historia que ocultaba la joya. Ashton

no estaba seguro de que fuese cierta, pero le había fascinado, y había llegado a comprender que los objetos no eran simplemente tales, sino que contenían recuerdos de vidas pasadas, de hechos y de personas, y que eso mismo era lo que constituía su verdadero valor, no el hecho de que estuviesen fabricados con oro, plata o piedras preciosas.

—En realidad —le dijo—, algunos de los objetos más valiosos que se encuentran en el Museo Británico son de piedra. ¿Has visitado alguna vez el museo? —le preguntó con la esperanza de que ella le hablase de su vida en Londres.

Había sido consciente de que Eleanor no quería conversar, al menos por el momento, de lo que había sucedido en el jardín, y le había dado gusto, llenando el silencio con la narración de sus viajes y algunas anécdotas. Sin embargo, comenzaba a preocuparse. No creía que encerrarse en sí misma le fuese a ayudar. La notaba algo distraída, y le inquietaban las palabras que le había escuchado al conde sobre que ella tenía que pensar en su propuesta. Quería que le contase de qué se trataba para poder ayudarla, pero permanecía obstinadamente silenciosa.

En ese momento, negó con la cabeza para responder a la pregunta que él le había hecho y Ashton se sintió frustrado, pero entonces Eleanor continuó.

—Cuando era niña, mis padres me prometieron que iban a llevarme a conocerlo. Siempre había sido muy curiosa, y me encantaban las historias y las leyendas; por eso querían que viese las antigüedades que habían traído de Egipto, especialmente la piedra Rosetta. La tarde que habían prometido llevarme, me enfermé, supongo que de la emoción —comentó con un suave encogimiento de hombros, luego sonrió—, y después, crecí lo suficiente como para preferir los lazos y los sombreros nuevos a las vasijas y a las momias.

Ashton le devolvió la sonrisa, aliviado por que hubiese roto su silencio y le hubiese contado algo de su pasado.

—Eras una niña feliz.

La sonrisa pareció morir en sus labios mientras sus ojos se velaban de tristeza. Ashton maldijo su propia torpeza, y cubrió la mano de ella con la suya para consolarla. Eleanor lo miró y supo que tenía que contarle todo. Desde la muerte de su padre, cuando contaba con dieciséis años, había peleado sola todas sus batallas, y aunque la vida le había enseñado a esperar lo inesperado, estaba cansada de soportar el peso de la soledad. Sin embargo, le importaba lo que él pensase de ella y, por esa razón, sabía que había cosas que no le podía decir.

Con este pensamiento, el corazón pareció encogersele dentro del pecho hasta causarle un dolor sordo. Aquellas últimas noches había soñado con recuperar su lugar en sociedad para poder así, tal vez, tener una oportunidad de que el conde la viese con otros ojos, y no como a la simple señorita Harper, directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Lord Clifford le gustaba, mucho. No solo era un hombre sumamente atractivo, tenía también una sonrisa preciosa y sentido del humor; poseía una vitalidad y una confianza en sí mismo que la atraían, porque le ofrecían una seguridad y un refugio. ¿Por qué tenía que anhelar una vida diferente? ¿Por qué no seguir conformándose con lo que ya poseía? Lo miró de frente. Él parecía esperar una respuesta. El gris verdoso de sus ojos se veía empañado por la preocupación. Con un suspiro cansado, Eleanor inhaló aire antes de hablar.

—Éramos felices —admitió con una sonrisa triste—. Mi padre, el conde de Belford, era un hombre maravilloso que adoraba a mi madre, y los dos me mimaban y consentían. Siempre creí que permaneceríamos juntos toda la vida, pero cuando mi padre... murió, algo dentro de mi madre murió con él, y yo... yo, me quedé sola sin saber muy bien qué hacer. —Ashton sintió un nudo en la garganta. Conocía perfectamente esa sensación. Cuando su familia murió, él creyó que su corazón había muerto con ellos, pero ahora, mientras contemplaba a Eleanor, mientras sus manos permanecían entrelazadas de un modo natural, sintió la vida que corría por sus venas, y comprendió que siempre había razones para vivir—. Mi padre no había hecho testamento. Era

demasiado joven. Y cuando apareció Robert, nos echó a la calle. Tuve que conseguir trabajo y...

El cúmulo de emociones la sobrepasó y le impidió seguir hablando. Ashton le propuso trasladarse a la biblioteca, donde estarían más cómodos, dándole así tiempo para que se serenara.

El olor a libros, tan familiar, tuvo un efecto benéfico sobre Eleanor. Él se acercó al aparador y sirvió una copa de oporto que le entregó a ella. Luego sirvió un *brandy* para sí mismo.

—¿Para qué ha venido el conde? —le preguntó directamente.

Eleanor tomó un pequeño sorbo mientras ponderaba su respuesta.

—Quiere que me case con él.

Ashton se atragantó con el licor. Cuando se recuperó de la tos, la miró de hito en hito.

—¿Ese hombre cree que después de haberte quitado todo y haberte puesto en la calle, vas a casarte con él? —preguntó con incredulidad.

Estaba seguro, o al menos quería estarlo, de que Eleanor nunca se casaría con aquel engendro del diablo. El solo hecho de pensar en ella en los brazos del hombre le hacía hervir la sangre.

«Nunca», se dijo, jamás dejaría que fuese de él. Pero el silencio en que se mantenía ella comenzó a ponerlo nervioso.

—No estarás pensando en decirle que sí, ¿verdad?

Eleanor, incapaz de seguir mirándolo a los ojos, se levantó y se dirigió hacia uno de los ventanales. Fuera, el sol de la tarde hacía resaltar el verde de los árboles con una vivacidad extraordinaria; el cielo se veía de un azul límpido; todo parecía sereno.

«Qué contraste con la tormenta que se ha desatado en mi interior».

—No es tan fácil —repuso evasiva.

—¡Por supuesto que lo es! —El enfado hizo que su voz sonase como el restallido de un látigo, sobresaltándola. Ashton respiró hondo para controlar su furia y se acercó a ella para tomarla suavemente de los hombros—. No

tienes por qué casarte con él, aquí tienes una vida, la escuela, tus alumnas... O, tal vez, puedes irte a Londres y vivir allí. Eres libre, Eleanor. Y si lo que deseas es formar una familia, estoy... estoy seguro de que hay hombres mucho mejores con los que podrías casarte.

Eleanor nunca imaginó que esas palabras pudieran dolerle tanto.

«Hay hombres mucho mejores, pero no tú», pensó con tristeza.

Él no le había ofrecido esa posibilidad, claro, ¿por qué iba a hacerlo? Su vida consistía en viajar y vivir aventuras. ¿Para qué iba a cargar con una esposa a la que, además, no amaba? ¿Y por qué deseaba ella convertirse en su esposa? Los sentimientos y emociones que experimentaba en su interior cuando él se encontraba cerca la turbaban; sus besos la aturdían hasta quitarle el sentido.

Lo deseaba.

Ashton se sentía confundido. No comprendía el estallido de furia que le había sobrevenido al pensar que ella pudiera aceptar un matrimonio con aquel maldito hombre. Sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos, aunque resultaba difícil teniéndola tan cerca, rozando con sus manos la suave piel de sus hombros, sintiendo su cálida respiración. Su cuerpo se tensó por el deseo. Quería besarla, deseaba devorarla en el fuego lento y ardiente de la pasión, quería marcarla como suya.

Hay hombres mucho mejores, le había dicho.

«Sí, hay hombres mucho mejores, caballeros que seguramente estarán deseosos de tenerla como esposa», pensó mientras contemplaba sus ojos de un azul grisáceo resaltados por las largas pestañas negras, su nariz perfecta, o sus labios como aquellas piedras de coral que había adquirido una vez en un mercado.

Él no era mucho mejor que esos hombres; quizás ni siquiera era mucho mejor que Belford, porque no estaba dispuesto a que nadie más la tuviera.

—Ven, salgamos a pasear.

La tomó de la mano y tiró de ella para instarla a caminar.

Cuando llegaron al vestíbulo, Eleanor comprendió que no se trataba de un paseo por el jardín, como ella había creído.

—Tal vez sea mejor que coja mi sombrero y...

Ashton negó con la cabeza.

—No te hará falta, no saldremos de la propiedad.

Atravesaron la puerta principal y giraron hacia la derecha rodeando los muros de piedra gris de la mansión. Eleanor se encontraba demasiado inquieta por el hecho de que el conde, en lugar de ofrecerle el brazo para caminar, siguiera aferrando su mano con firmeza, como para sentir curiosidad por el lugar hacia el que se dirigían. Sin embargo, cuando llegaron a la parte trasera de la mansión y Ashton enfiló por un estrecho sendero que conducía a un bosquecillo, quiso saber.

—¿A dónde vamos?

—A hacer una visita que tenía pendiente desde hace mucho tiempo.

Ella arqueó las cejas con sorpresa. Según sabía, no había ninguna casa en aquella zona, excepto la colina sobre la que descansaban las ruinas del castillo de los Scott. Esa imagen le hizo recordar el medallón que había recibido en herencia. Lady Amelia había comentado en su carta que quien lo recibía adquiriría el don de encontrar el amor verdadero.

Eleanor miró de reojo a Ashton y el temor la sacudió por entero. «Tal vez lo he encontrado ya», se dijo, «pero puede que sea era demasiado tarde». ¿Acaso no le había sucedido lo mismo a la Dama Blanca? Cuando encontró al amor de su vida, ya era demasiado tarde, y lo único que había obtenido había sido un trágico final. Se estremeció ante el pensamiento.

Le hubiera gustado saber más sobre el medallón, pero, aunque habían dedicado varias mañanas y tardes a investigar en los libros de la biblioteca, no habían encontrado nada que se refiriese a la joya. Probablemente había llegado el momento de dejar de buscar. No podía seguir acudiendo a la mansión. Ver cada día a lord Clifford solo le haría más daño. Sus vacaciones no habían tenido el efecto que lady Acton había imaginado; por el contrario,

seguía sin saber qué hacer con la herencia, y ahora tenía, además, dos problemas añadidos: la amenaza de Robert y lo que sentía por Ashton.

Sumergida en esos pensamientos, se sorprendió cuando se detuvieron repentinamente. No había prestado atención al camino, pero, sin duda, no esperaba encontrarse con aquella magnífica construcción al abrirse un claro en el bosque.

El lugar desprendía un aura mágica. El silencio que lo envolvía le confería una cualidad mística, de sacralidad, que invitaba al recogimiento.

Se trataba de un edificio medieval de planta sencilla, con dos naves laterales semicirculares, y una torre cuadrada que terminaba en un pequeño campanario. Asemejaba a un gran relicario, y Eleanor se preguntó qué hacían allí. La puerta, de hierro forjado, se hallaba asegurada por un candado y parecía que no se había abierto en mucho tiempo.

Miró a lord Clifford, que permanecía con la mirada perdida más allá de la entrada de la ermita.

—Esta capilla es el panteón familiar —le explicó con la voz algo ronca después de unos segundos de silencio—. Aquí están enterrados mis padres y mi hermano. Murieron en un accidente cuando yo tenía siete años. Su carruaje volcó, y... y yo lo presencié.

Eleanor le apretó instintivamente la mano en un gesto de consuelo.

—Lo siento —susurró. Sin embargo, no se atrevió a preguntarle más.

No hizo falta. Él continuó hablando, como si los recuerdos brotasen de su interior desbordados a través de sus palabras.

—Iba a ser un viaje breve. Tenía fiebre y prefirieron no llevarme con ellos. Cuando vi que se marchaban sin mí, salí corriendo hacia el camino, gritando detrás del carruaje. Les dije... —Tragó saliva y el aire le salió en un suspiro tembloroso—. Les dije que no hacía falta que volvieran, que yo estaba mejor solo. Y entonces sucedió el accidente. Creí que había sido culpa mía, que habían muerto porque yo lo había deseado.

—Pero no fue culpa tuya —le aseguró Eleanor con el corazón encogido

por la angustia.

Ashton se volvió a mirarla por primera vez y le sonrió débilmente.

—Lo sé, pero en aquel momento no lo comprendí. Y durante muchos años, la culpabilidad fue mi compañera. No soportaba vivir en esta casa, y mi abuela me llevó consigo a Londres. Desde entonces, nunca había vuelto, hasta hoy.

Soltó su mano y sacó una pequeña llave del bolsillo con la que abrió el candado. Empujó las puertas de hierro que chirriaron por el desuso y el olvido al que las habían condenado. Tuvo que emplear algo más de fuerza para abrir las puertas de madera que había detrás, hasta que, finalmente se abrieron, y se detuvo ante la oscura oquedad de la que emanaba un aire gélido y mohoso.

Eleanor no sabía qué hacer. Aquel era un momento demasiado importante para él, y no comprendía para qué la había llevado allí. Entonces él se volvió y le tendió la mano de nuevo. Ella la miró, y luego volvió la vista hacia su rostro, lleno de una serena tristeza. Sus ojos proclamaban su necesidad de ella. Se acercó y tomó su mano.

Entraron en el edificio, y se detuvieron para adaptarse a la penumbra. Los rayos de sol se abrían paso tímidamente entre las estrechas aberturas de las ventanas, iluminando débilmente el interior. Al fondo de la nave, sobre una tarima de escalones de piedra, se alzaba un altar de mármol. En los laterales, sepulcros tallados que guardaban los restos de aquellos que una vez fueron nobles, y hoy eran solo polvo. Eleanor se estremeció.

Sus pasos resonaron sobre la piedra mientras se acercaban al frente. Ashton rodeó el altar y se detuvo bajo la gran bóveda semicircular que constituía el ábside frontal de la ermita. Había allí tres sarcófagos hermosamente labrados. Sobre la tapa del más pequeño de ellos, un ángel que se arrojaba con sus propias alas dormía el sueño eterno. En los otros dos solo habían grabado los nombres y unas fechas.

Sintió que Ashton apretaba su mano con fuerza, pero no se quejó. La voz

rota de él la conmovió.

—Nunca me despedí de vosotros, porque nunca quise que os fuerais. No sentía las palabras que os dije, solo estaba enfadado, y me he arrepentido de ellas toda mi vida, porque daría lo que fuera por teneros aquí de nuevo, conmigo. —Extendió la mano y colocó la palma sobre la fría tumba de su madre. Su voz se quebró en un sollozo y tuvo que respirar hondo para continuar—. ¡Os he echado tanto de menos! Lo siento. Siento mucho haber intentado olvidaros. Siento haberos defraudado desperdiciando mi vida mientras deseaba unirme a vosotros, cuando seguramente vosotros os alegrabais de que al menos yo estuviera vivo. ¿Podréis perdonarme? Antes no lo comprendía, porque no tenía razones para seguir viviendo. Ahora las tengo...

El silencio que siguió a sus palabras resultó extrañamente reconfortante. Un haz de luz incidió directamente sobre las tumbas de alabastro, que adquirieron un tono dorado. A lo lejos se escuchó el canto de un pájaro.

Ashton cerró los ojos y se limpió las lágrimas del rostro. Por primera vez en muchos años, sentía el alma en paz. Se había reconciliado con sus padres, y consigo mismo. La cálida mano de Eleanor en la suya lo reconfortaba y, al mismo tiempo, le hacía sentirse vivo. Comprendió en ese momento que deseaba envejecer sosteniendo esa mano entre la suya. Se volvió a mirarla. Su rostro parecía más pálido en la penumbra, y sus ojos grises brillaban por efecto de la luz del sol, al igual que su cabello que se había teñido con el dorado del ocaso.

Se acercó a ella y depositó un suave beso en sus labios.

—Gracias —susurró.

Eleanor se sentía a punto de llorar. Tragó saliva para evitar que las lágrimas se desbordasen, y asintió quedamente con la cabeza.

Cuando salieron, el sol había comenzado su camino de descenso tiñendo las hojas de los árboles con un fulgor anaranjado y envolviendo el lugar en un halo místico. Era como si toda la naturaleza esperase un acontecimiento

mágico, porque todo parecía posible en aquel entorno romántico y lleno de quietud. Pero Eleanor se encontraba intranquila y nerviosa. La magia no tenía cabida en su vida, solo la realidad. Una realidad que en esos momentos la atormentaba, y de la que deseaba escapar. Quería volver a la escuela y refugiarse en su pequeño y cálido dormitorio.

—Tengo que regresar.

—Te acompañaré.

No se negó. La sola idea de que Robert pudiera estar acechándola y salir a su encuentro en el camino la hacía temblar. Recogieron sus cosas de la mansión, y a Eleanor se le encogió el corazón al pensar que no volvería al día siguiente a esa casa. No podía. Sentía el corazón a punto de romperse en mil pedazos, pero sabía que era lo correcto.

Tomaron el sendero que llevaba a las caballerizas Bissop y que los conduciría rápidamente a la escuela. Recorrieron el camino en silencio, los dos sumergidos en sus propios pensamientos, y, antes de lo que ambos hubieran deseado, llegaron al muro que rodeaba los jardines traseros de la escuela, donde había una puerta.

—Le agradezco mucho que me haya acompañado, lord Clifford.

Él tomó su mano y la besó.

—Ha sido un placer, pero yo creo que ya podemos tutearnos, Eleanor.

La sonrisa cálida que dibujaron sus labios la estremeció, y sus ojos la miraban de tal forma que sintió que su resolución de mantenerse alejada de él flaqueaba. Intentó retirar su mano, pero el hombre no se lo permitió.

El silencio se extendió entre ellos mientras sus miradas se entrelazaban hablando un lenguaje sin palabras, lleno de emociones íntimas y profundas que ninguno de los dos sabía interpretar.

El viento susurró entre las copas de los árboles, y unas aves emprendieron su vuelo hacia el sol que moría lentamente.

—Eleanor, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Capítulo 13

Había pasado una hora y Eleanor todavía seguía sentada en el mismo lugar donde se había derrumbado cuando había entrado en su dormitorio.

Miraba, sin ver, el empapelado de la pared. Las estáticas parejas de golondrinas permanecían atrapadas en un vuelo sin fin, en el que no avanzaban ni retrocedían en un cielo de color marfil. Se sentía igual que ellas, atrapada. Sin embargo, era incapaz de derramar ni una sola lágrima a pesar de que se le había roto el corazón. Le dolía con cada latido lento e inseguro que golpeaba contra su pecho. Él le había pedido matrimonio, y ella había salido huyendo a la carrera.

¿Cómo podía haberle dicho que sí? Ella, lady Eleanor Harper, hija del difunto conde de Belford, había vivido en un burdel. No quería que se avergonzase de ella. Además, él no la amaba. La propuesta nacía sin duda del agradecimiento, y aunque en otras circunstancias tal vez hubiese aceptado, no podía cambiar el pasado. La vida la había enfrentado con decisiones difíciles cuando era demasiado joven, y en aquel momento en que afrontaba la posibilidad de una muerte por inanición, la oportunidad que le ofreció Fleur le pareció el cielo. No se arrepentía de su elección, pero tenía que asumir las consecuencias. Un suspiro de derrota escapó de sus labios justo en el momento en que sonaron unos golpes en la puerta.

No fue consciente de si había respondido o no, pero la puerta se abrió con cuidado y asomó la cabeza morena de Melinda.

—He visto luz y he creído que... ¿Eleanor?

El tono de preocupación de su amiga le hizo volver la cabeza para mirarla.

Al ver su rostro, pálido y lleno de tristeza, Melinda abrió los ojos sorprendida. Cerró la puerta tras ella y se acercó a la cama, sentándose a su lado.

—Ellie, cariño, ¿qué te sucede? —le preguntó mientras le cogía una mano entre las suyas. Las tenía frías, y se asustó un poco—. ¿Te encuentras mal?

Eleanor sacudió la cabeza.

—No es nada.

—Dios mío, Ellie, te conozco lo suficiente para saber que algo te ha sucedido. Nunca te había visto así —le dijo cada vez más preocupada. Luego se le ocurrió algo—. ¿Es por el conde?

Ella parpadeó. Sus ojos grises asemejaban dos nubarrones en un mar infinito de tristeza, y a Melinda se le encogió el corazón.

—Creo... creo que me he enamorado de él —susurró en un sollozo contenido.

Su amiga la abrazó acunándola contra su pecho.

—Oh, cariño, no era a esto a lo que me refería cuando te dije que podías vivir una aventura —le dijo mientras acariciaba con suavidad su cabello—. El corazón puede ser un mal consejero. Supongo... supongo que él no te corresponde.

—Me ha pedido que me case con él.

Melinda se detuvo con brusquedad, y luego se separó lentamente de Eleanor para mirarla a los ojos, los suyos abiertos y relucientes como dos obsidias. Una sonrisa de emoción comenzó a insinuarse en sus labios.

—Pero eso es maravilloso, Ellie —le aseguró entusiasmada. Luego, viendo el rostro de su amiga, frunció el ceño—. Pero entonces, ¿por qué estás así?

—Porque no puede ser, Melinda, no puedo casarme con él...

Su voz se quebró y las lágrimas que había estado conteniendo fluyeron libremente.

—Cuéntamelo todo —le pidió Melinda con tono suave.

Y Eleanor lo hizo, sin dejarse una palabra en el tintero. No se había dado cuenta antes de la carga tan pesada que soportaba su corazón. Desde que su madre había muerto, siempre había estado sola y había solucionado los problemas por sí misma. Pero ahora tenía amigas, ¿por qué nunca había confiado en ellas para contarles su pasado? Recordó a Valery y su secreto. Sí, quizás, había cosas demasiado dolorosas para contarlas. Sin embargo, ahora lo había hecho y, por primera vez, su alma se sintió más ligera. Tal vez eso mismo había experimentado lord Clifford, y por eso le había agradecido cuando se encontraban en el panteón.

Cuando terminó su relato, Melinda expulsó lentamente el aire que había estado conteniendo.

—Dios mío, Eleanor, no tenía ni idea... Has sido muy valiente.

Ella sacudió la cabeza.

—La vida no siempre nos trata como a nosotros nos gustaría, pero las decisiones de cómo afrontarla son solo nuestras, y quizás yo me equivoqué en las mías.

—Hiciste lo que debías hacer —repuso Melinda con decisión—. Además, si lord Clifford te ama, te aceptará tal y como eres, a ti y a tu pasado.

—Pero es que él no me ama —declaró Eleanor con un leve acento de desesperación.

Melinda la miró confundida.

—¿No me has dicho que te ha pedido matrimonio?

—Y lo ha hecho —admitió mientras se retorció las manos en un gesto de nerviosismo—, pero creo que ha sido por gratitud.

Su amiga bufó con escepticismo.

—No me parece que el conde sea un hombre que se case solo porque esté agradecido. —Hizo una pausa antes de continuar—: De cualquier forma, creo que deberías contarle todo y dejar que sea el destino quien decida. No puedes permitir que ese... que lord Belford dirija tu vida, y, por supuesto, es

impensable que te cases con él.

—Lo sé, y no voy a hacerlo —le aseguró. Se limpió las lágrimas del rostro y le dedicó a Melinda una sonrisa temblorosa.

Ella la besó en la mejilla.

—Estoy segura de que mañana verás las cosas de otra manera. Ahora descansa. ¿Quieres que te traiga una infusión para el dolor de cabeza?

Eleanor negó con la cabeza.

—No hace falta. Muchas gracias, Melinda.

La joven se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo un momento y se volvió hacia su amiga que permanecía sentada sobre la cama. Le dolía verla así. Siempre le había parecido tan segura de sí misma, tan decidida, como una roca firme sobre la que apoyarse.

—Ellie —la llamó—, muchas gracias por contarme tu historia. Y que conste que, aunque te estoy agradecida, no deseo que te cases conmigo —añadió guiñándole un ojo con picardía, lo que le arrancó una sonrisa a Eleanor.

Cuando se quedó sola, se obligó a levantarse y se desvistió despacio. Se puso un camisón, luego se deshizo el moño y comenzó a trenzarse el cabello mientras su mente volaba una y otra vez a lord Clifford. Ashton. Le costaba pensar así en él a pesar de haber estado en sus brazos y de los deliciosos besos que habían compartido. Llamarlo por su nombre le parecía un gesto muy íntimo. Era la delgada línea que separaba a los amigos de los amantes, y no sabía si estaba dispuesta a cruzarla.

Suspiró con cansancio y apagó la vela antes de meterse en la cama. Al día siguiente, como había dicho Melinda, vería las cosas de otro modo.

Pero la mañana no trajo sosiego a sus preocupaciones.

Cuando se despertó, la mañana estaba avanzada, podía ver la luz del sol que se filtraba entre los cortinajes. No había podido dormir bien. Se quedó

contemplando el techo de su cama con dosel mientras se preguntaba qué debía hacer. Por supuesto, no iría a la mansión. Necesitaba tiempo, aunque no sabía cuándo volvería Robert a presionarla.

Podía ofrecerle todo el dinero, si la dejaba en paz. Sin embargo, no creía que se conformara con eso. Conocía bien lo ambicioso que era, pero también era muy vengativo, y eso es lo que había podido leer en su mirada cuando le había hecho aquella propuesta: venganza.

Quizás podía coger el dinero y volver a huir, tal vez de nuevo al norte. Lejos de todo, lejos de lord Clifford. El corazón pareció encogerse en el pecho con el solo pensamiento. No volvería a ver su sonrisa, ni sus preciosos ojos del color del musgo; no volvería a sentir sus labios ni a escuchar su voz ronca cuando le susurraba al oído. Había vivido sin él veinticinco años, pero ahora que lo había conocido, ¿cómo iba a poder vivir sin él toda su vida?

Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

En aquellos instantes, Ashton estaba confundido. Había pedido matrimonio en dos ocasiones, a dos mujeres diferentes, y las dos habían huido de él, aunque Eleanor ni siquiera le dijo que sí. Cuando ella había salido corriendo, lo había tomado por sorpresa. ¿Acaso había algo mal en su persona?

Tenía intención de preguntárselo en cuanto la viera pero, para su disgusto, Eleanor no había aparecido aquella mañana por la mansión. Tres veces le había preguntado por ella a la señora Leyton, y la mujer había terminado por mirarlo con conmisericordia. Como resultado, su humor había ido empeorando con el paso del tiempo.

En un momento dado, se había sentido tentado a dirigirse hacia la escuela y pedirle explicaciones, pero luego había reflexionado. Tal vez ella solo necesitaba tiempo, y él estaba dispuesto a concedérselo. Lo que no estaba dispuesto a aceptar era un no por respuesta. Creía que no le era indiferente a

Eleanor, o no hubiese respondido así a sus besos; así que, tal vez, la causa de su extraño comportamiento fuese el indeseable de su primo. ¿Por qué demonios había dicho Eleanor que no era tan fácil rechazar la propuesta del conde? Estaba claro que a ella no le caía bien; aún más, podía apostar que el miedo que había percibido en Eleanor cuando la había abrazado por detrás en la biblioteca, se debía a ese hombre. Tal vez tendría que volver a hablar con él.

Mientras comía solo en la enorme mesa del comedor, pensó que podría escribirle a Farrell y pedirle que le contase todo lo que había pasado entre Eleanor y el conde, pero luego desechó la idea. Tenía que ser ella quien se lo contara porque confiaba en él.

Dejó los cubiertos sobre el plato, se reclinó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Necesitaba verla, quería verla. Apenas habían pasado unas horas y ya la echaba de menos. Era como si todo su mundo se hubiese concentrado en ella. Podía imaginársela perfectamente dirigiendo la mansión como la señora de la casa; cuidando del jardín de las rosas, donde él la besaría con lentitud, saboreando su boca; peinando su abundante cabellera negra en el dormitorio del conde, antes de desvestirla y hacerle despacio el amor.

Su cuerpo se tensó excitado, y Ashton se tomó la cabeza entre las manos.

—Eleanor, Eleanor... —susurró desesperado.

No podía permanecer más tiempo allí, sintiendo su ausencia en cada espacio que ella había llenado con su presencia. Y aunque no se hallaba de un humor excelente, no le vendría mal tener compañía. Por eso, decidió que lo mejor sería ir hasta la posada. Si no había nadie con quien charlar y jugar a las cartas, siempre podría emborracharse.

El sol de la tarde calentaba bastante, a pesar de la suave brisa que soplaba, y el corto trayecto hasta allí no hizo nada por aligerar su humor ni el de Lucifer, que no había abandonado esa mañana su cuadra porque él había mantenido la esperanza de que Eleanor se presentara en la mansión.

Lucifer resopló cuando lo detuvo con un brusco tirón de las riendas frente a The Old Flute, y él estuvo tentado de resoplar también. Desmontó y resguardó a su caballo en la cuadra antes de entrar en el establecimiento.

Había bastante gente, a pesar de que aún era temprano, pero enseguida localizó a Angus y a Dunhcan sentados en una de las mesas.

—Buenas tardes —los saludó y se dejó caer sobre una de las sillas.

Angus lo observó con atención y luego alzó una ceja mientras una sonrisa socarrona se dibujaba en su rostro.

—Parece que hay alguien que no se encuentra de buen humor.

Ashton gruñó en respuesta, y sus dos compañeros rompieron a reír.

—¿No me diga que otra vez está necesitado de una mujer? —se burló el escocés recordando la noche en que se habían conocido.

«Necesitado de una mujer», repitió para sí mismo. «Exactamente, de una sola», se dijo malhumorado. De la esquiva y huidiza lady Eleanor Harper, directora de la distinguida Escuela de Señoritas de lady Acton.

—¿Es que no tiene nada para beber? —le replicó—. Así mantendría la boca ocupada.

Las carcajadas de Angus resonaron en el interior del edificio, y varios parroquianos se volvieron a mirarlos con curiosidad. Entre ellos, uno que permanecía algo retirado, en un rincón oscurecido por las sombras.

Robert rechinó los dientes cuando reconoció la figura de lord Clifford. No le había gustado en absoluto la forma en que lo había tratado, con la arrogancia propia de los que habían nacido con un título y todas las riquezas a sus pies; ni tampoco le había gustado su cercanía con Eleanor. Seguramente la muy zorra lo había seducido con sus encantos. Lo que le había negado a él, se lo había otorgado a otro.

Observó cómo la hija del dueño de la posada se acercaba a los hombres, seguramente para ofrecerles algo de beber. Lord Clifford dijo unas palabras y la muchacha se rio. Robert apretó los puños con tanta fuerza, que el anillo que llevaba en el dedo meñique se clavó en su carne. Sí, él también llevaba

aquel sello que atestiguaba que era conde de Belford y, aunque se consideraba un hombre atractivo, Eleanor lo había rechazado.

Una furia ciega lo carcomió por dentro. Pensó, mientras acariciaba el frío metal del anillo, que tal vez había llegado el momento de quitar de en medio a lord Clifford.

Vio que la muchacha se apresuraba a llenar una jarra con cerveza y supuso que se la llevaría al conde. La llamó cuando pasó cerca, y aunque la joven titubeó un momento, indecisa entre llevar primero la jarra a los hombres o atenderlo a él, finalmente se le acercó.

—¿En qué puedo servirle, milord?

Robert esbozó su sonrisa más encantadora y vio con regocijo cómo la muchacha se ruborizaba.

—Disculpa, Dottie..., eres Dottie, ¿verdad? —Ella asintió con una tímida sonrisa halagada porque el caballero recordase su nombre—. Creo que hoy estoy un poco torpe, y sin querer he derramado el vino. No me gustaría mancharme el traje.

Efectivamente, una mancha rojiza se extendía sobre la mesa como un pequeño lago que amenazaba con desbordarse por el borde que caía justo donde el conde permanecía tranquilamente sentado.

—Oh, lo siento, milord —declaró con un tono lleno de preocupación—. Ahora mismo lo limpio.

Dejó la jarra sobre la mesa y se dirigió hacia la barra para buscar un trapo con el que secar la mancha. Robert extendió la mano y abrió el anillo, vertiendo en la cerveza el blanco polvillo que contenía.

La joven regresó presurosa con el paño y otro vaso de vino que colocó delante de él, después de limpiar la mesa.

—Invita la casa, milord.

Robert le dio las gracias por el servicio y observó, con una sonrisa complacida, cómo ella depositaba la jarra de cerveza junto a lord Clifford. «¿Qué importa si al día siguiente se celebraban tres funerales en lugar de

uno? Más trabajo para el cura», se dijo con un encogimiento de hombros.

Por supuesto, como miembro de la alta sociedad londinense, él asistiría al entierro para consolar a su querida prima y recordarle que le *convenía* aceptar su propuesta. Se frotó las manos con entusiasmo, y, sin siquiera probar una gota de aquel vino sin clase, se escabulló hacia su dormitorio una vez que comprobó que lord Clifford comenzaba a beber.

Ashton apuró su vaso y se sirvió otro. La cerveza tenía un gusto un tanto amargo, pero no le importó. Cuanto más borracho, menos pensaría en Eleanor.

Dunhcan le arrebató la jarra y se sirvió a sí mismo.

—Yo que tú me serviría una copa ahora, Angus —le dijo al hombre con una sonrisa burlona en los labios—, antes de que lord Clifford decida meter la cabeza en la jarra para ahogar sus penas.

—Yo prefiero ahogar las mías con algo más fuerte —replicó el otro al tiempo que sacaba del bolsillo interior de la chaqueta una pequeña petaca rectangular, en plata cristal, que llevaba grabado el Igdrasil, el árbol de la vida, que era el emblema de la familia McDonald.

Ashton y Dunhcan lo miraron con curiosidad mientras bebía un trago.

—¿Qué es? —le preguntó el primero.

—*Uisge beata*, que significa en gaélico *Agua de vida*. Es el mejor whisky de malta de toda Escocia —les explicó—. No hay nada como un buen trago de este brebaje para olvidar todas las penas.

Les ofreció, pero ambos declinaron la invitación.

—¿De dónde lo obtiene? —se interesó Ashton.

Desde que lo había conocido, sentía curiosidad por el escocés. Resultaba extraño que un hombre como él se hubiese afincado en un pequeño pueblo inglés. Sabía que los escoceses amaban su patria, las verdes colinas y las ásperas montañas de las Tierras Altas, ¿qué lo habría arrastrado hasta Minstrel Valley? Todavía no habían tenido oportunidad de conversar a solas, pero quizás algún día se lo preguntaría.

—De mi bodega personal. —Como vio que ninguno de los dos hombres parecía conformarse con esa explicación, suspiró resignado y continuó—: lo destilo yo mismo con la malta fermentada de la cebada. Es un arte que aprendí de mis antepasados —respondió elevando la petaca a modo de brindis.

—Yo he viajado por diversas partes del mundo, y sigo prefiriendo la cerveza inglesa a cualquier otra bebida, después del *brandy*, por supuesto —les aseguró Ashton. Se pasó una mano por la frente húmeda. Le parecía que hacía demasiado calor allí dentro.

—Por supuesto —replicó Angus burlón.

—Yo no he salido nunca de Inglaterra —comentó Dunhcan contemplando el fondo de su vaso vacío con extrañeza—, Eleanor puede dar fe de ello. Pero no creo que haya nada mejor que la cerveza, aunque el bueno de Tom ha debido dejar fermentar demasiado esta.

El comentario le hizo gracia a Angus que, aunque solía beber cerveza cuando se sentaban a jugar a las cartas, la encontraba algo amarga, para su gusto. Ashton, sin embargo, dejó pasar el comentario sobre la cerveza en cuanto oyó el nombre de Eleanor.

—¿De qué la conoces?

Desde la noche de la pelea, cuando lo había escuchado hablar de ella con tanta familiaridad, tenía curiosidad por saber qué tipo de relación los unía. Se dio cuenta de que Dunhcan se mostraba reticente a hablar de ello, y frunció el ceño. Pero, finalmente, se lo contó.

—Antes de venir aquí, yo vivía en Cumbria con mi familia. La conocí cuando llegó a vivir allí y, digamos que la ayudé a instalarse.

—Me dijo que trabajó allí como institutriz —le comentó.

Dunhcan abrió los ojos, sorprendido.

—¿Te lo ha contado?

Ashton asintió, aunque por el tono que había usado Bissop, se daba cuenta de que había algo importante que Eleanor no le había contado a él, pero que

Dunhcan sí conocía. Sintió el aguijón de los celos y se esforzó por controlarlos, al fin y al cabo, Bissop estaba comprometido para casarse. Pero, aun así...

Hubiera querido preguntarle más, pedirle que le contara todo sobre ella, pero notaba su mente demasiado espesa, y un sudor frío le recorría la espalda. Se tomó otro trago de cerveza para mitigar la sed y aliviar su garganta ardiente.

Dunhcan también se sirvió otro vaso, pero en ese momento un chiquillo se acercó a él y le dijo algo. El hombre sacó una moneda del bolsillo y se la entregó al niño antes de levantarse.

—Lo siento, caballeros, necesito retirarme.

Su semblante era grave.

—¿Sucede algo? —Se interesó el escocés.

—Parece que una de las yeguas ha enfermado —les explicó—. Tengo que ir a ver.

Cuando se quedaron solos, Angus fijó su mirada en Ashton. No tenía buen aspecto. Se veía pálido y algo encogido sobre sí mismo. Tomó la jarra de cerveza y esbozó una mueca al darse cuenta de que el contenido prácticamente había desaparecido, cortesía de Clifford, puesto que Dunhcan solo había tomado un vaso.

—Parece que está muy interesado en la señorita Harper —le insinuó en un intento por comprender lo que le sucedía.

Ashton se encogió de hombros con displicencia.

—Le he pedido que se case conmigo.

Los ojos del escocés se abrieron por la sorpresa.

—¿He de suponer que le ha rechazado?

Él volvió a encogerse de hombros.

—¡Maldita sea si sé responder a eso! —espetó lleno de frustración—. ¡Ni siquiera me contestó, salió corriendo como si la persiguieran los demonios del averno!

Angus contuvo la risa para no herir la susceptibilidad del hombre, pero encontraba la situación graciosa. Carraspeó para controlarse.

—Me alegro de que se lo haya pedido —le dijo—, porque la gente estaba comenzando a murmurar.

Ashton levantó la cabeza de golpe y sintió un mareo que le provocó náuseas. Respiró hondo antes de preguntar lo que le interesaba.

—¿Qué gente? ¿Y de qué murmuran? —Quiso saber.

—Bueno, últimamente se le ha visto ir mucho por Clifford Manor, y hay algunas personas bastante chismosas en Minstrel Valley...

—Que digan lo que quieran —replicó con sequedad—, ya se callarán esas malas lenguas cuando nos casemos.

Apuró de una vez su vaso para tragarse el mal humor y la sensación de fracaso que experimentaba en lo que a Eleanor se refería.

Angus arqueó una ceja con manifiesto escepticismo.

—¿No acaba de decirme que salió corriendo?

Ashton asintió.

—En esta ocasión —admitió. Luego le aseguró con tono firme—, pero la próxima vez no escapará.

La carcajada del escocés lo molestó, pero estaba convencido de que Eleanor terminaría cediendo. Había notado cómo respondía a sus caricias y a sus besos; le parecía imposible que no sintiera nada por él. Había algo extraño en su comportamiento, y él iba a descubrir qué era.

—Amigo —le dijo el herrero al ver que se tambaleaba una vez más sobre la silla—, será mejor que lo acompañe a casa para que llegue sano y salvo. Creo que por hoy ya ha bebido demasiado.

Ashton aceptó. No se sentía nada bien. Generalmente aguantaba bastante bien la bebida; quizás su malestar se debía a que ese día había dormido y comido poco.

Cuando llegó a la mansión, el mundo era un lugar demasiado inestable para mantenerse en pie, le dolía la cabeza como si se la estuvieran golpeando

con un martillo, no podía sentir los dedos de las manos y el sudor perlaba su frente. Solo tenía ganas de cerrar los ojos y dormir profundamente.

Angus lo miró con preocupación cuando lo ayudó a bajar de su caballo. Lo dejó apoyado contra la pared mientras resguardaba a Lucifer en las cuadras. Cuando volvió a salir, soltó una colorida maldición al ver al conde en el suelo. Con gran esfuerzo, se lo cargó al hombro y llamó a la puerta esperando que le abriesen con rapidez.

—¡Dios mío!, ¿qué ha sucedido? —exclamó la señora Leyton cuando abrió la puerta y se encontró al herrero de Minstrel Valley que cargaba con lord Clifford al hombro.

—No se preocupe —repuso en tono tranquilo mientras entraba en la casa—, ha sido solo un exceso de cerveza. Si me indica cuál es su dormitorio, le ayudo a acostarlo.

—Por supuesto. Venga por aquí.

Subieron hasta la habitación del conde y lo depositaron en la cama. Angus le aflojó la corbata y frunció el ceño desconcertado cuando percibió un olor que le resultaba familiar, pero que no podía ubicar en ese momento.

La señora Leyton despojó a Ashton de sus zapatos, y entre los dos le quitaron la levita.

—Pobrecillo —comentó la mujer con una mirada de conmiseración—, la verdad es que tiene muy mal aspecto.

Aunque estaba de acuerdo con ella, no quiso alarmarla.

—Estoy seguro de que mañana se le habrá pasado.

—Supongo que sí —convino, aunque su voz carecía de convicción.

Capítulo 14

Como tenía por costumbre, Angus se levantó temprano esa mañana para salir a cabalgar, a pesar de que no había pasado buena noche. Había algo en el fondo de su mente, un recuerdo sobre la tarde que había pasado con Dunhcan y Clifford, que lo tenía intranquilo, pero por más que le había dado vueltas no lograba averiguar qué era lo que le inquietaba.

Dejó escapar un gruñido de frustración y espoleó los flancos de su caballo, que se lanzó al galope. El viento que golpeaba su rostro le hizo sentirse bien, y la sangre le hervía de excitación ante aquella sensación de libertad. *Dubh* era un animal magnífico, un purasangre inglés de color azabache, con una mancha blanca en el morro y otra en la pata delantera derecha, que lo hacían especial. Y le encantaba correr. Soltó una carcajada gozosa y se agachó sobre el lomo del caballo para aumentar la velocidad, pero aminoró la marcha cuando descubrió la figura de una mujer que se acercaba por el camino.

Cuando estuvo más cerca, la reconoció. Era Barbara O'Neill, prima de Deirdre, la hija del quesero, una mujer extraordinaria que se dedicaba a pintar. Siempre iba de un lado a otro con su caballete y sus pinceles en busca de nuevos paisajes que retratar.

Tiró de las riendas y se detuvo a su lado.

—Buenos días, señorita O'Neill —la saludó llevándose la mano al ala del sombrero—, ¿dando un paseo?

La mujer sonrió. Tenía una sonrisa preciosa, y su alegría había cautivado a

los habitantes de Minstrel Valley.

—Buenos días. Más bien ando en busca de algo hermoso para plasmarlo en un lienzo. ¿No le gustaría dejarse retratar, señor McDonald? —le insinuó con un tono cargado de coquetería, aunque sincero.

Había dibujado retratos de la mayor parte de los habitantes del pueblo, y la verdad es que lo hacía muy bien, pero él se había negado a ello, a pesar de que la mujer había insistido en pintarlo.

—Preferiría que mi rostro siguiese siendo solo mío, señorita O’Neill —respondió, suavizando la réplica con una sonrisa encantadora.

Barbara suspiró decepcionada.

—Supongo, entonces, que tendré que seguir buscando. Que tenga un buen día, señor McDonald.

—Igualmente, señorita O’Neill.

Continuó su camino a paso más moderado. Descendía por la carretera del norte hacia el pueblo, así que tomó el desvío de la izquierda que conducía a las caballerizas Bissop. Tenía algunos asuntos que discutir sobre una yegua que deseaba comprar.

Cuando se aproximó al cercado, le llamó la atención no encontrar a Dunhcan entrenando a los potrillos. Desmontó y dejó su caballo atado a la cerca.

—No te preocupes, amigo —le dijo mientras palmeaba el elegante cuello del animal—, esto será solo un momento.

El caballo sacudió orgullosamente la testuz y relincho.

Angus se dirigió hacia los establos. En ese momento se encontró con Johnny, el muchacho que ayudaba ocasionalmente a Dunhcan, que salía del interior cargando un cubo de agua.

—Buenos días, Johnny, ¿el señor Bissop está dentro?

El chico sacudió la cabeza.

—No, señor. —Dejó el cubo en el suelo y se rascó la cabeza en un gesto de preocupación—. La verdad es que me resulta extraño. Siempre está en los

establos antes de que llegue yo.

El escocés le puso una mano en el hombro y se lo apretó con suavidad.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Se habrá quedado dormido. Creo que ayer tuvieron problemas con una de las yeguas, y ya sabes cómo son esas cosas.

—Sí —repuso Johnny aliviado—, será eso.

—Sigue con tu trabajo, muchacho, yo iré a la casa a buscarlo.

Él sonrió y tomó de nuevo el cubo. Cuando se hubo alejado, Angus frunció el ceño. Algo no andaba bien, y la inquietud que lo había mantenido despierto durante la noche se acrecentó.

Se puso en marcha con grandes zancadas y enseguida llegó a la casa. El silencio que lo recibió cuando entró en el interior, le erizó el vello de la nuca.

—¡Dunhcan!

No hubo respuesta.

Subió de dos en dos los escalones que conducían al piso superior, donde se ubicaban las habitaciones, y fue abriendo puertas mientras llamaba al hombre. Finalmente lo encontró en uno de los últimos dormitorios. Parecía dormir plácidamente, pero su rostro tenía la palidez de un cadáver.

Suspiró aliviado cuando vio que respiraba y que su corazón latía a un ritmo lento, pero constante. Lo sacudió.

—Dunhcan, despierta.

Él entreabrió los ojos, pero emitió un quejumbroso gemido.

—Déjame en paz —gruñó.

Volvió a zarandearlo.

—¡Dunhcan, maldita sea!, ¿qué ha pasado?

La preocupación en la voz del hombre se filtró en su confusa mente y se esforzó por reaccionar. Se pasó la mano por la frente y notó que la tenía fría.

—No lo sé. Debí de comer algo en mal estado —respondió con voz débil—, aunque no recuerdo haber comido nada. Lo de la yegua nos llevó tiempo. Y me sentía cansado, y luego... luego comencé a vomitar.

—¿Cómo te encuentras ahora?

Dunhcan comenzó a sacudir la cabeza, pero luego se arrepintió. Cerró los ojos para que todo dejase de darle vueltas.

—Creo que estoy mejor. Al menos sigo vivo —señaló con una pizca de humor—, pero te juro que no vuelvo a probar en mi vida una cerveza que huelga a ajo.

—¡Maldita sea!

El exabrupto de Angus lo sobresaltó. Su rostro era una máscara de tensión contenida y tenía los puños tan apretados que sus nudillos se habían vuelto blancos.

—¿Qué suce...?

Se quedó perplejo al ver que el hombre abandonaba a toda prisa la habitación, pero enseguida cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

Bajó las escaleras corriendo. Desató las riendas de su caballo y se subió al lomo de un solo salto al mismo tiempo que lo espoleaba y volvía a tomar el camino que conducía hacia la carretera del norte. No tardó en encontrar lo que buscaba.

—¡Señorita O'Neill!

Barbara se sobresaltó cuando el inmenso corcel del herrero se detuvo bruscamente a su lado.

—¡Señor McDonald!

—¿Lleva consigo aceite de linaza?

Ella arqueó las cejas sorprendida ante lo abrupto de su pregunta.

—¿Cómo dice?

—Aceite de linaza —repitió con cierta impaciencia—, ¿tiene algo?

—Eh, sí, por supuesto —respondió algo confundida por su brusquedad mientras buscaba en la cesta que llevaba en el brazo—. Lo uso para diluir las pinturas.

Sacó un pequeño frasco y se lo tendió. Él lo tomó enseguida y se lo guardó en un bolsillo.

—Necesito que le lleve otro frasco al señor Bissop. Haga que se tome unas cucharadas, y avise al doctor Wilson.

—Per...

Sacudió la cabeza ante el extraño comportamiento del hombre que ya se alejaba levantando una nube de polvo tras él.

Angus esperaba poder llegar a tiempo. Tenía que haberse dado cuenta cuando se asomó a la jarra de cerveza para ver cuánto había bebido Clifford y había percibido el olor a ajo. Arsénico[3]. Alguien había tratado de envenenarlos. Gracias al cielo, se había cruzado con la señorita O'Neill. Las semillas de linaza podían contrarrestar los efectos del veneno, pero esperaba que no fuese demasiado tarde. Habían transcurrido muchas horas, y el conde había ingerido demasiada cerveza envenenada.

Apretó con fuerza la mandíbula y azuzó a su caballo sin importarle que quien lo viera pensase que llevaba al diablo en el cuerpo.

Eleanor había tomado una decisión.

El día anterior se había quedado en la escuela. Había pasado casi todo el tiempo en los jardines, paseando y reflexionando, y había hablado con lady Acton, pues siempre se había comportado con ella como una madre. A la mujer no le había sorprendido la noticia de que estaba enamorada de lord Clifford, al fin y al cabo, le había dicho, ese había sido su propósito al presentarlos.

Lady Acton le había recomendado que le contase la verdad al conde, pues él la entendería y, además, sabría qué hacer con lord Belford. Eleanor no estaba tan segura de que lo entendiera, pero sí creía que debía contarle esa parte de su pasado a lord Clifford. El hombre merecía saber por qué rechazaba su propuesta, pues a pesar de lo que le había dicho lady Acton, no creía que un matrimonio así funcionase. Probablemente su pasado siempre

pendería sobre su cabeza como una espada de Damocles.

Se detuvo un momento al inicio del camino que conducía a Clifford Manor, y contempló la colina con las ruinas del castillo Scott. «¿Dónde está la magia del medallón?» se preguntó con tristeza. Había encontrado el amor, sí, pero parecía que el amor no la había encontrado a ella. Respiró hondo para serenarse y continuó su camino.

El retumbar de unos cascos de caballo le hizo apartarse instintivamente. Vio pasar a Angus a toda velocidad en dirección a la mansión, y el corazón se le desbocó. Tuvo un mal presentimiento y echó a correr.

Llegó casi sin aliento. La puerta principal se encontraba abierta y entró.

—¿Señora Leyton? —llamó.

—¡Señorita Harper! —Vio a la mujer que descendía presurosa las escaleras principales. Estaba pálida y se retorció las manos con nerviosismo—. ¡Ay, señorita Harper, qué desgracia!

Eleanor sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

—¿Qué ha sucedido, señora Leyton? Vi al señor McDonald que venía hacia aquí a toda velocidad.

La mujer asintió con gesto grave. Sus ojos, habitualmente vivarachos y alegres, estaban cuajados de lágrimas.

—Me dijo que han envenenado a milord —sollozó.

—Oh, Dios mío, no... no puede ser. —Sus piernas temblaron y creyó que se iba a desmayar. Tomó una bocanada de aire y se obligó a serenarse—. ¿Dónde está?

—En su dormitorio. La tercera habitación en el pasillo de la derecha.

Eleanor se sujetó el bajo del vestido y subió corriendo las escaleras. No fue difícil encontrar el dormitorio, la puerta se hallaba abierta, y dentro se encontraba el escocés que no dejaba de zarandear al conde mientras profería tales palabras malsonantes que, por un momento, Eleanor creyó que estaba de vuelta en el East End.

—¿Señor McDonald?

El hombre se giró. La vio en la puerta, con el rostro descompuesto, y supo que, fuera lo que fuese que aquella mujer sintiera por Clifford, no era indiferencia.

—Lo han envenenado —le dijo por toda respuesta.

Ella se llevó la mano en un puño al pecho, como si eso pudiese evitar que el corazón escapase del confín de su encierro.

—¿Está... está...?

No pudo terminar la frase, pero el hombre sabía lo que deseaba preguntar. Negó con la cabeza y vio el alivio inmediato en sus ojos grises. El mismo que había sentido él cuando le buscó el pulso y encontró un débil latido. Clifford había tenido mucha suerte. Era un milagro que el veneno no lo hubiese matado con la cantidad de cerveza que había ingerido y habiendo transcurrido tanto tiempo, pero a veces el arsénico podía tardar hasta doce horas en hacer efecto. Sí, había tenido mucha suerte.

—Es un hombre fuerte, se repondrá —le aseguró—. Venga aquí, necesito su ayuda.

Eleanor se acercó y sintió un dolor en el pecho cuando vio al conde pálido y cubierto de sudor. No se movía y apenas parecía que respirase. Se mordió el labio inferior para no llorar. Angus no necesitaba una plañidera, y llorar no haría que lord Clifford se recuperase antes.

—¿Qué tengo que hacer?

El escocés se despojó de la chaqueta y se arremangó la camisa. Eleanor hizo lo propio con los guantes y el sombrero, colocándolos sobre una butaca que había al lado de la cama.

—Necesito que trague esto —le explicó al tiempo que le enseñaba el frasco con el aceite de linaza—. Yo le abriré la boca y usted se lo dará a beber.

Eleanor asintió. Realizaron la operación una vez, sin mucho éxito. El líquido amarillento se derramó por la barbilla del hombre. En la segunda ocasión, lograron que tragara un poco, pero comenzó a toser y, finalmente,

vomitó. Entonces cayó presa de fuertes temblores, y hubo que sujetarlo para que no cayese de la cama.

La señora Leyton entró en ese momento con una vasija de agua y varios paños.

—He traído lo que me pidió.

—¿El agua está fría? —le preguntó. Vio que la mujer asentía—. Bien. Lo bañaremos, y habrá que cambiar también las sábanas.

El ama de llaves asintió. Miró a Eleanor con intención.

—Querida, ¿le importaría ir a buscar ropa de cama limpia? Se encuentra en la habitación blanca que hay en el área de servicio.

Eleanor sabía que la mujer solo trataba de cuidar el decoro, pero en ese momento a ella le importaba bien poco el maldito decoro, lo único que quería era que él abriese sus preciosos ojos gris verdoso y la mirase como la había mirado esa última tarde, que bromease con ella y que la llamase por su nombre. Sin embargo, abandonó la habitación en silencio y se marchó a cumplir el encargo.

Cuando llegó con las sábanas limpias, ya lo habían bañado. Los mechones húmedos de su cabello se pegaban a su rostro, que parecía más relajado, sin ese rictus de dolor que habían marcado las arrugas alrededor de su boca. Ayudó a la señora Leyton a cambiar la cama, y después volvieron a darle otro poco de aceite de linaza que el enfermo tragó con dificultad. Angus le tomó de nuevo el pulso y asintió satisfecho cuando notó que este se había vuelto más regular.

La mañana transcurrió bajo esa rutina que repetían más o menos cada hora. El conde seguía sin abrir los ojos, y, de vez en cuando, convulsionaba violentamente, y tenían que sujetarlo.

Hacia el mediodía, el ama de llaves trajo una bandeja con algo de comida para el señor McDonald y para ella, pero Eleanor se sentía incapaz de comer. No podía quitar los ojos de la figura inmóvil de lord Clifford para comprobar si respiraba o no.

—Tranquilícese, señorita Harper, le aseguro que se recuperará.

—Entonces, ¿por qué no abre los ojos? —le preguntó insegura.

—Lo hará cuando el aceite de linaza surta efecto. —«O al menos eso espero», se dijo.

—¿Cómo pudo suceder algo así?

El comentario iba dirigido más hacia sí misma, pero, de cualquier modo, el hombre respondió.

—Fue en la posada. Alguien vertió veneno en la cerveza que tomaron Clifford y el señor Bissop.

Eleanor lo miró con los ojos agrandados por el miedo.

—¿Dunhcan también se encuentra mal?

—No, él está bien, no se preocupe —la tranquilizó—. El señor Bissop casi no bebió. Aunque a quien puso el veneno no parecía importarle cuánta gente muriese —comentó con la voz cargada de ira contenida—, porque no creo que pretendiese matarnos a los tres. No tenemos nada en común.

—¿Quién habrá podido hacer una cosa así?

Su propia pregunta la dejó pensativa. A su mente acudió un nombre, Robert, pero, aunque lo consideraba un hombre sin escrúpulos y un vividor, no creía que pudiera llegar a esos extremos. Quizás podría enviarle un mensaje a Farrell para preguntarle; él lo conocía mejor.

—No lo sé, pero créame que lo averiguaré.

El tono ominoso con el que el hombre pronunció las palabras, junto con el gesto sombrío de su semblante, le provocó un escalofrío.

—¿Eleanor?

El susurro los sobresaltó, y ambos se giraron a mirar al enfermo. Aunque tenía los ojos abiertos, su mirada era vidriosa.

Angus se acercó enseguida. Le tomó el pulso y sonrió aliviado mientras lo ayudaba a incorporarse colocando unas almohadas detrás de su espalda.

—Bienvenido al mundo de los vivos, muchacho.

—Pues créame cuando te digo que me siento más muerto que vivo —

respondió Ashton con voz débil, aunque sin apartar la mirada de Eleanor. Vio sus ojos grises empañados y algunas lágrimas que descendían por sus mejillas. Su rostro se veía más pálido de lo habitual y algunos mechones negros de su cabello habían escapado del sencillo moño que lo sujetaba. Pensó que estaba preciosa, y que no le importaría que su rostro fuese lo primero que viese cada mañana al abrir los ojos—. No estarás llorando por mí, ¿verdad? —susurró con dulzura.

Eleanor negó con la cabeza. Se sentía incapaz de hablar por el nudo que atenazaba su garganta. Él le tendió una mano que ella no dudó en tomar. Notó que su piel estaba pegajosa y fría, pero no le importó. Estaba vivo.

—¿Recuerda lo que pasó? —lo interrogó el escocés atrayendo su atención.

—Muy poco. Sé que me sentía mal cuando salimos de la posada, pero casi no recuerdo cuando llegué a casa.

—Alguien puso arsénico en la cerveza —le explicó.

Ashton abrió los ojos sorprendido.

—¿Y Dunhcan?

—Está bien. Fui a verlo esta mañana y, cuando me explicó cómo se sentía, supe lo que había pasado. Tenga por seguro que voy a averiguar quién hizo esto —declaró con tono duro.

—Estoy convencido de ello —repuso Ashton, aunque él tenía una ligera idea de quién podía ser el culpable: lord Belford.

Se le revolvió el estómago al pensar en el hombre. En cuanto se encontrase mejor, iría a buscarlo. Tenía varias cosas que hablar con él. Volvió sus ojos hacia Eleanor y sus miradas se quedaron prendidas, como si el tiempo se hubiese detenido en la habitación. Temía que, si parpadeaba, ella volviese a huir. Sin embargo, perdido en la profundidad gris de sus ojos, se dio cuenta de que algo había cambiado en ella, aunque no sabía qué.

Angus carraspeó.

—Bueno, creo que ya puedo marcharme tranquilamente —comentó mientras recogía su chaqueta de la silla donde la había arrojado—, le dejó en

buenas manos.

—Gracias, amigo.

El hombre asintió en señal de reconocimiento y se marchó dejándolo a solas con Eleanor, quien inmediatamente comenzó a hablar de forma atropellada para llenar el silencio.

—Creo que deberías tomar otra cucharada de aceite de linaza. El señor McDonald me explicó que era muy efectivo y que contrarrestaba los efectos del arsénico, aunque dijo que a veces la persona podía tardar en reaccionar, y que...

—Eleanor —la interrumpió con una sonrisa llena de ternura. Sabía que estaba preocupada por él—. Estoy bien, de verdad.

—Has estado a punto de morir —balbuceó con voz trémula.

La sonrisa de Ashton se amplió al darse cuenta de que ella lo había tuteado por primera vez, y comprendió lo mucho que anhelaba escuchar cómo pronunciaba su nombre. Tiró de su mano, que aún sostenía entre la suya, y la obligó a sentarse en la cama, a su lado. Luego le acarició con suavidad la mejilla arrastrando con el pulgar las lágrimas que sus ojos derramaban casi sin que ella fuese consciente de que estaba llorando por él.

—Pero sigo vivo —señaló en un susurro—, y estoy aquí.

Nunca en su existencia se había alegrado tanto de estar vivo. Había desafiado tantas veces a la muerte sin importarle el resultado, deseando que su tiempo sobre la tierra se acortase para poder estar con los suyos, que ahora casi le parecía un milagro haber sobrevivido, pero hubiera sido capaz de volver de las puertas de la muerte solo por ella.

—Oh, Ashton.

Tiró de ella y la pegó a su pecho. La besó en la frente y aspiró su aroma a rosas y a flores silvestres. Así quería tenerla siempre. Junto a su corazón, donde pertenecía. Porque cuando la había mirado, descubriendo que algo había cambiado en ella, también había descubierto un cambio en su propio corazón. Pensar que podía haber muerto sin volver a probar una vez más la

dulzura de sus labios, sin volver a ver su rostro, sin oír su voz ni su risa, lo había hecho ser consciente de que no solo le gustaba lady Eleanor Harper, sino que la amaba. Sería capaz de bajar hasta los mismísimos infiernos por hacerla feliz.

Cerró los ojos y dejó que el sueño lo venciera una vez más, arropado por el calor del cuerpo de aquella mujer que era más importante para él que su misma vida.

Eleanor notó cómo Ashton se relajaba y supo el momento exacto en que se quedó dormido. Permaneció algunos momentos más recostada contra su pecho, escuchando el rítmico latido de su corazón, como si necesitara asegurarse de que en verdad estaba ahí.

—Te amo —le susurró.

Luego, como si no acabase de pronunciar las palabras más importantes de su vida a quien no las podía escuchar, se alejó despacio, y se sentó en la butaca que había estado ocupando momentos antes a contemplarlo.

Cuando Ashton abrió de nuevo los ojos, se sentía mucho mejor. La cabeza había dejado de palparle y las náuseas parecían haber remitido. Buscó con la mirada a Eleanor. Se había acurrucado sobre la butaca, como una niña, y estaba dormida. Ashton sonrió.

Decidió que bien podía usar aquel momento para ir a aliviarse. Retiró las sábanas y se percató de que llevaba puesta una camisa larga de dormir. Esbozó una mueca de disgusto. Desde que había pasado tiempo en Egipto, se había acostumbrado a dormir desnudo, claro que ¿qué pensaría la señorita directora si le dijera que prefería el roce de las sábanas sobre su piel desnuda? Una sonrisa se insinuó en sus labios al mismo tiempo que notaba que otra parte de su cuerpo también reaccionaba a la idea, y más si Eleanor lo acompañaba entre esas sábanas. Se mordió el labio para evitar que un gemido

ronco escapase de su garganta. Necesitaba llegar al baño, con urgencia.

La puerta se abrió de repente cuando apenas se había puesto de pie. La señora Leyton estuvo a punto de soltar la bandeja que llevaba en las manos cuando lo vio en medio de la habitación. Él le hizo un gesto para que guardase silencio y le señaló a Eleanor, que seguía durmiendo.

La mujer asintió. Con pasos rápidos colocó la bandeja con viandas sobre una de las mesillas que había en el dormitorio, y se acercó a ayudar al conde.

—Me siento como un niño —se quejó en un susurro cuando lo acompañaba de vuelta a la cama, aunque agradeció el apoyo, pues sentía las piernas temblorosas.

—Usted siempre será como un niño para mí, milord —repuso la mujer con una sonrisa divertida mientras lo sujetaba con firmeza del brazo, a pesar de que su altura no sobrepasaba el hombro del conde—. Recuerde que le limpié los mocos en varias ocasiones y le curé los raspones.

Ashton sonrió ante el recuerdo de las numerosas ocasiones en que Tim y él se habían caído al subirse a los árboles del jardín mientras jugaban, y habían acudido a Anna Leyton con las palmas de las manos y las rodillas sangrantes para que ella los curase y evitar que su madre se enterase. Se detuvo al darse cuenta de que, por primera vez, sus recuerdos no estaban teñidos de dolor al pensar en su familia. Los echaba de menos, pero solo había nostalgia en su corazón. Impulsivamente, se agachó y besó al ama de llaves en la mejilla.

—Muchas gracias, señora Leyton.

El rostro dulce y arrugado de la mujer se cubrió de un leve sonrojo, como si de una chiquilla se tratase, mientras miraba a otro lado para ocultar lo avergonzada que se sentía. Sus ojos tropezaron con la figura dormida de la señorita Harper y, reconociendo lo incómoda que debía sentirse en aquella posición, se giró hacia el conde para sugerirle que la muchacha se fuera a casa. Lord Clifford también miraba a la joven, y lo que el ama de llaves vio en esos ojos le hizo sacudir la cabeza con una sonrisa indulgente en los labios.

—Es una joven extraordinaria —le dijo—, cuídela.

Ashton asintió.

—Pienso hacerlo.

Eleanor se despertó cuando escuchó la puerta cerrarse y se enderezó en la butaca, entre sorprendida y abochornada. Lo miró con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, me he quedado dormida.

—No pasa nada —la tranquilizó.

Ella se puso de pie y se acercó a él. Vio la bandeja que había sobre la mesilla y supuso que la señora Leyton la había traído.

—¿Necesitas algo? —le preguntó para paliar su nerviosismo.

Él la miró con fijeza.

—Sí, la verdad es que sí —repuso bajando la mirada hacia sus labios rosados. Luego añadió con tono inocente—: yo creo que si me das un beso harás que me sienta mucho mejor.

Eleanor no pudo evitarlo, soltó una carcajada y lo miró con los ojos brillantes. Ashton palmeó la cama, para que se sentase a su lado, y ella accedió. Le acarició la mejilla y le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Te amo, mi querida directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton —le dijo, recordando el momento en que se habían conocido.

Eleanor se detuvo sorprendida, luego su mirada rebotó de amor antes de ceder a la tentación de ese beso.

Capítulo 15

Eleanor no confiaba en que de verdad Ashton se hubiese recuperado del todo, por lo que mandó recado a Minstrel House de que se ausentaría, y se quedó en la mansión durante la noche para velar su sueño. Además, la señora Leyton era demasiado mayor para pasarse la noche despierta, a pesar de que había insistido en hacerlo. Sin embargo, cuando Eleanor entró al dormitorio durante la madrugada y la encontró dormitando, la envió a descansar y la mujer aceptó agradecida.

Al llegar la madrugada, le dolía el cuerpo de haber estado acurrucada en la butaca. Ashton seguía durmiendo. Se levantó y le puso suavemente la mano en la frente para comprobar que no la tenía fría ni húmeda. Estaba tibia, y se alegró.

Movió el cuello para desentumecerse y pensó que lo mejor sería salir a tomar un poco el aire. Abandonó la habitación sin hacer ruido y bajó las escaleras hasta el vestíbulo.

El ama de llaves apareció por uno de los corredores llevando una bandeja con una tetera y un plato de galletas.

—Buenos días, señorita Harper —la saludó con una sonrisa—. ¿Cómo se encuentra milord?

—En estos momentos, duermo, pero creo que ya está mucho mejor.

—¡Gracias al cielo! —suspiró la mujer aliviada—. Subiré entonces, y le dejaré esto sobre la mesilla para cuando se despierte. Supongo que tendrá

hambre, pero no creo conveniente que tome más que un té, dado lo mal que se puso ayer. Mejor ir poco a poco. Como solía decir mi querida madre: *a cualquier dolencia es remedio la paciencia*.

Eleanor sonrió.

—Tiene usted razón. Espero que lord Clifford sea un buen paciente.

La mujer sacudió la cabeza pesarosa.

—De niño no lo era, siempre se movía inquieto de un lado para otro. Enseguida quería abandonar el lecho, y yo tenía que andar regañándolo para que volviera a la cama y se tomase sus medicinas.

—Pues, aunque haya crecido, me temo que quizás tenga que reconvenirle de nuevo para que tome más cucharadas de aceite de linaza. Anoche ya no quiso probar ni una gota más.

—Oh, no se preocupe, señorita —repuso el ama de llaves con una sonrisa maliciosa—, yo tengo mis métodos, y le aseguro que nunca fallan, como que me llamo Anna Leyton.

La risa de Eleanor resonó en el vestíbulo mientras la mujer se perdía escaleras arriba. Si había alguien que pudiera obligar al conde a hacer algo que no quería, esa era, sin duda, el ama de llaves.

Avanzó por el corredor y atravesó la biblioteca para salir al jardín de las rosas. Le encantaba el lugar. El aroma de las flores era intenso y penetrante, y el silencio, interrumpido únicamente por el ocasional zumbido de las abejas, lo llenaba todo. Paseó entre los parterres deleitándose con el perfume mientras recordaba la tarde anterior. Él le había dicho que la amaba. Su corazón volvió a latir más rápido ante este pensamiento, a pesar de que sabía que ese amor era solo una quimera, un sueño. No porque no creyese en él, sino porque Ashton no conocía todavía la verdad de su vida. Por eso, precisamente, no le había dicho ella que lo amaba.

Se sentó en uno de los bancos de piedra y cerró los ojos. Dejó que la brisa le acariciara el rostro. Ojalá pudiese llevarse también la pena que le inundaba el corazón. Se llevó la mano al pecho, donde descansaba el medallón que

pendía de su cuello. Se lo quitó, y lo sostuvo en la mano mientras lo observaba con detenimiento. *Hasta la muerte*. La inscripción de esa frase era, en sí misma, una declaración de amor. Pero ¿de verdad el amor podía llegar tan lejos?

Pensó en Ashton. Recordó cuando lo había visto inmóvil y pálido sobre la gran cama, y su corazón volvió a estrujarse al pensar que podía haber muerto. Si hubiera sido así, su propio corazón habría dejado de latir. Nunca dejaría de amarlo, pasase lo que pasase. No importaba si él llegaba a odiarla o a despreciarla cuando se enterase de su pasado. Ella seguiría amándolo hasta el final de su vida.

No supo cuánto tiempo pasó en el jardín, distraída con sus pensamientos y reflexiones, pero cuando se levantó del banco sabía lo que tenía que hacer. Volvió a colgarse el medallón y entró al frescor de la casa. Se detuvo un momento en la biblioteca, pensando que le hubiera gustado encontrar algún libro que hablase sobre el colgante para haber podido llevárselo a lady Acton. Sonrió con tristeza al recordar el día en que la mujer le había sugerido que ayudase a lord Clifford en la búsqueda y las palabras que le había dicho: *tal vez llegues a descubrir algo más que ni siquiera sabías que deseabas*.

Y así había sido. Había descubierto el amor.

Salió de la biblioteca y subió cabizbaja las escaleras que conducían al piso superior mientras pensaba en la mejor forma de contarle la verdad a Ashton. Abrió y cerró la puerta con cuidado para no despertarlo, pero al acercarse, descubrió con sorpresa que no se hallaba en la cama. Frunció el ceño al ver que se había levantado cuando, con toda seguridad, todavía se encontraba débil.

—Vaya.

La irrupción de la voz masculina a sus espaldas hizo que girase sobre sí misma para buscar a su propietario. Las palabras que estaba a punto de decir murieron en sus labios al contemplar la visión que tenía delante. El conde se hallaba completamente desnudo excepto por un pequeño paño que rodeaba su

cintura.

Eleanor ahogó una exclamación y sintió que la garganta se le cerraba. Notó cómo el rubor le cubría el rostro, con tal intensidad que pensó que sería visible a varios metros de distancia, pero, aun así, fue incapaz de apartar los ojos de aquel pecho musculoso y bien formado. Su corazón galopaba desbocado y un extraño estremecimiento le recorrió las entrañas. Sintió un calor ardiente acumularse en su vientre, e, inconscientemente se lamió los labios.

Alzó la mirada hacia el rostro de Ashton, y lo que vio en sus ojos hizo que las piernas le temblaran. A pesar de todo, se esforzó por moverlas y avanzar unos pasos. Necesitaba salir de aquella habitación inmediatamente.

—Lo siento —balbuceó—. No sabía...

Dejó cualquier intento de decir algo coherente y pasó al lado del conde a toda prisa. La detuvo antes de alcanzar la puerta.

Las manos de él sobre sus hombros, que el vestido de mañana dejaba al descubierto, eran cálidas. Su pecho, humedecido todavía por el baño, se pegaba a su espalda. Desprendía olor a jabón y a aire fresco limpio, y su aliento le hacía cosquillas en la nuca desnuda a causa del sencillo recogido de su moño.

—Eleanor. —El susurro ronco del hombre junto a su oído la hizo temblar—. No te vayas, quédate conmigo.

Ella gimió. No supo si fue por sus palabras o por la sensación de los labios de Ashton recorriendo su cuello. Eran cálidos y suaves, y lamieron su piel causando que su corazón palpitase errático. El nudo que sentía en su vientre se intensificó y se removió inquieta. Ashton emitió un gemido quedo y deslizó las manos por sus brazos con lentitud estremecedora, hasta dejarlas reposando sobre su cintura. La apretó contra él y Eleanor pudo sentir la prueba de su deseo.

Intentó hablar, pero sus palabras parecían no poder encontrar el camino para salir por su garganta. Sabía que necesitaba contárselo todo antes de que

fuese demasiado tarde, pero se sentía incapaz de hacer frente a la fuerza arrolladora del deseo. Y cuando sus manos le acariciaron el estómago por encima de la fina tela del vestido de gasa y subieron hasta sus pechos, abarcándolos y moldeándolos con delicadeza exquisita, el fuego ardió en su interior y sintió que se consumía. La voz ronca de él la enloqueció.

—Te deseo, Eleanor. Te he deseado desde que te vi aquella primera vez en los establos —le susurró mientras depositaba suaves besos en la curva de su cuello—. Me has vuelto loco desde entonces, y solo podía pensar en besarte; en acariciar tu piel desnuda, cada rincón de tu cuerpo, para aprendérmelo, para darte placer. Quiero hundirme en ti y amarte hasta que la noche se vuelva día y las estrellas vengan a fundirse en tus preciosos ojos. Te necesito...

Ella también lo necesitaba, pero tenía miedo, miedo de dejarse llevar y perderse en esas caricias que su cuerpo reclamaba. Todo su ser palpitaba de anhelo, pero ¿cómo podría luego recomponer su corazón roto?, ¿cómo iba a poder vivir sin él una vez que su cuerpo hubiese saboreado el placer y la pasión?

Como si intuyese las dudas que navegaban en su interior, la giró despacio para que pudiese mirarlo a los ojos. Ella apoyó las manos contra su pecho y percibió el latido firme y constante de su corazón. Ashton cubrió la mano con la suya.

—Late por ti, Eleanor, solo por ti —le aseguró con la voz entrecortada—. Te amo.

Y supo que estaba perdida, porque si podía amarlo una vez, aunque solo fuera una única vez, tendría para vivir mil años con el recuerdo. Bajó la cabeza y depositó un beso suave sobre su corazón.

Ashton encerró su rostro entre sus manos y se apoderó de sus labios con una pasión ardiente que encendió la de ella. Se pegó a su cuerpo desnudo y acarició la suavidad de terciopelo de la piel que cubría su ancha espalda. Bajó siguiendo el sendero de su columna, y se detuvo en el límite que marcaba el

pañó que ceñía su cintura. Notó el temblor que recorría el cuerpo masculino y se sintió poderosa.

—Quiero sentirte —le susurró despacio mientras él le besaba el hombro.

Se quedó quieto por un momento, y Eleanor dudó, pero cuando la miró a los ojos, el brillo hambriento que descubrió en ellos hizo que su cuerpo palpitase de necesidad. Un latido ardiente se instaló entre sus piernas y se mordió el labio inferior para no gemir. La mirada de él se oscureció y bajó la cabeza para lamer su boca, como si deseara suavizar el dolor que sus dientes habían producido.

Entonces, la giró de nuevo, y sus manos recorrieron su espalda mientras desabrochaban uno a uno los corchetes hasta que pudo despojarla del vestido, de la crinolina y de las enaguas. Eleanor no se volvió cuando sintió la ausencia detrás de ella, pero escuchó la puerta y comprendió que había echado la llave. No había pensado en la señora Leyton, y, por un momento, se sintió mortificada, hasta que los labios de él se posaron sobre su espalda causándole un estremecimiento de anticipación.

Notó que sus dedos se afanaban con los cordones del corsé.

—Llevas demasiada ropa —gruñó con tono de fastidio hasta que, por fin, la liberó.

A ella se le escapó una risilla nerviosa. Se sentía tímida, y algo avergonzada por vestir con tan poca ropa. Solo las doncellas de la escuela la habían visto así. Como si Ashton supiera lo que necesitaba en ese momento, la abrazó de nuevo por la espalda y deslizó la mano sobre su vientre hasta detenerla allí donde nadie la había tocado nunca. Apretó ligeramente y frotó con suavidad sobre la tela. Eleanor se arqueó contra él con un gemido ronco cuando una descarga eléctrica la atravesó y el lugar comenzó a palpar hambriento.

—Ashton, necesito...

—Lo sé, mi amor —murmuró él.

Presionó de nuevo. Notó cómo la tela se humedecía, y su propia excitación

creció. Introdujo la otra mano por debajo de la camisola, una preciosa pieza blanca con bordados de seda y lazos diminutos.

—Humm, preciosa —le susurró al oído—. ¿La has hecho tú? ¿Enseñáis eso en la distinguida Escuela de Señoritas de lady Acton?

—Yo...

Eleanor solo pudo gemir cuando la mano masculina acarició de nuevo el centro de su femineidad y la otra alcanzó su pecho desnudo y masajeó la cumbre con suavidad.

—Sí, Eleanor, tú ¿qué?

—Yo... ¡Ashton! —suplicó sin saber exactamente lo que pedía.

La pasión con que respondía lo estaba matando. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama depositándola en el centro. Sus ojos grises estaban vidriosos por el deseo que él había encendido en ella, y sus labios se veían hinchados por sus besos.

Lentamente, y bajo su atenta mirada, Ashton se despojó del paño que cubría su desnudez y vio cómo las pupilas de ella se dilataban con una mezcla de asombro y temor. Maldijo para sus adentros. Había olvidado que seguramente era virgen, a pesar de su edad; tendría que ir despacio, aunque eso acabase con él. Pero cuando vio cómo se lamía los labios, el estómago se le contrajo y volvió a respirar.

Se acercó a ella y la despojó de la camisola y de los calzones. Como sabía que se avergonzaría, la abrazó, pegando el cuerpo a sus delicadas curvas, y la besó con pasión mientras sus manos recorrían con placer la suavidad de su piel encendiendo sus sentidos hasta que la escuchó gemir de nuevo. Entonces se separó un poco y la miró con deleite. Los pechos turgentes, llenos; la piel de alabastro; las piernas largas y torneadas, y la cintura estrecha. Tenía el rostro ruborizado y los ojos brillantes. Ashton alargó la mano hacia su cabello y lo liberó del moño, esparciendo sobre la almohada las negras guedejas.

—Eres hermosa —le dijo en un tono de veneración.

Y procedió a demostrárselo con sus manos y con su boca. Luego la cubrió

con su cuerpo y entrelazó sus dedos con los femeninos mientras se introducía despacio en su interior.

—Eleanor, ¿me amas? —La voz le salió en un jadeo por el esfuerzo que le costaba contenerse.

—¡Ashton!

—Mírame, Eleanor, ¿me amas?

Lo necesitaba. Estaba al borde de un abismo y sentía que algo iba a explotar en su interior de un momento a otro. El roce de él en su interior no hacía sino acrecentar esa necesidad. Lo miró a los ojos y vio duda y dolor en ellos, y supo que no podía mentirle.

—Te amo, Ashton —le aseguró con la voz colmada de ternura.

—Hasta la muerte.

Gritó cuando la penetró con un solo movimiento, pero se apresuró a beber de sus labios el grito y los gemidos que siguieron cuando la tensión volvió a su cuerpo envolviendo cada partícula hasta que estalló en mil luminosos pedazos que llevaban escritos su nombre.

Cuando se derrumbó sobre ella, Eleanor lo abrazó con fuerza mientras las lágrimas brotaban de sus ojos al recordar las últimas palabras que le había dicho.

Notó la suavidad de sus labios acariciando su cabello. Estaba recostada contra su pecho, y se había adormecido escuchando los latidos de su corazón. Sintió un nudo en la garganta y tragó saliva. Lo que habían compartido había sido maravilloso. Nunca había podido imaginar que fuese así, pero no habría otra ocasión. Se marcharía lejos de Minstrel Valley, porque no soportaría encontrarse con él, volver a verlo y que se comportasen como extraños. Viviría simplemente con el recuerdo de su amor.

—¿Estás bien?

Si hablaba, las lágrimas brotarían de sus ojos entristecidos por la pena de su corazón, así que se limitó a asentir. La mano de Ashton se deslizó en una suave caricia por su brazo desnudo, y un estremecimiento la recorrió. Se abrazó con más fuerza a su cuerpo y cerró los ojos deseando que el tiempo se detuviera. «Ojalá pudiésemos estar así siempre», pensó, «en un eterno presente, sin pasado y sin futuro». Quizás era demasiado egoísta por su parte, pero ¿no tenía el amor algo de egoísmo?

—Eleanor, ¿por qué huiste?

No estaba preparada para responder; quizás nunca lo estaría, pero Ashton se merecía una respuesta. Sin embargo, no podía dársela sintiendo la tibieza de su cuerpo junto al suyo, escuchando el latido de su corazón, porque sabía que este se rompería cuando le dijera la verdad, y que su cuerpo la rechazaría.

Se desligó de su abrazo y, a pesar de que la avergonzaba su desnudez, salió de la cama y cogió el vestido para cubrirse.

—¿Eleanor?

Ashton la miraba desconcertado, pero no era tan tonto como para no saber que algo andaba mal. Frunció el ceño, pero se movió también para tomar unos pantalones y vestirse. Si tenía pensado volver a huir, no quería tener que salir corriendo desnudo detrás de ella.

Vio que se detenía frente a la ventana, como si contemplara el paisaje, aunque su postura era tensa. Se acercó por detrás.

—No puedo casarme contigo.

Ashton se detuvo al escuchar sus palabras. Le pareció que su corazón había dejado de latir y tuvo que respirar hondo para hacer que el aire entrase de nuevo en sus pulmones.

Eleanor se retorció las manos, nerviosa. Sabía que se encontraba detrás, podía sentirlo, pero se sentía incapaz de girarse para ver su rostro. No quería ver el dolor en sus ojos, ni que viera las lágrimas en los suyos.

El silencio que siguió a su declaración se le clavó en el alma como un cuchillo afilado.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó con voz abatida.

—Para mí la hay.

Su tono cargado de tensión y con un filo de dureza le encogió el corazón, y creyó que ya estaba todo perdido. No vio el anhelo y la esperanza que brillaban en los ojos masculinos.

—No puedo —murmuró derrotada.

Ashton, aliviado, exhaló el aire que había estado conteniendo. Podía luchar contra cualquier obstáculo con tal de tener a Eleanor en su vida, pero se sentía incapaz de lidiar contra el rechazo de su corazón. Se pasó la mano por el cabello en un gesto de desesperación. Le había dicho que lo amaba, y se le había entregado como ninguna mujer lo había hecho, porque Eleanor se había unido a él no solo con su cuerpo, sino también con su alma. Entonces, ¿por qué demonios no quería casarse con él? La respuesta le vino inmediatamente.

—¿Es por Belford? —La vio asentir despacio y una furia ciega lo invadió—. ¡Voy a matar a ese hijo de perra!

—¡No! —gritó al mismo tiempo que se giraba con brusquedad. Ashton vio las lágrimas que descendían por su rostro y se le encogió el corazón. Quiso abrazarla y decirle que todo estaba bien, pero si la abrazaba, la besaría; y si la besaba, acabarían haciendo el amor, porque nunca podría tener bastante de Eleanor. Ella lo miró como si todo el dolor del mundo se anegase en el tempestuoso mar de sus ojos grises—. Tú no lo entiendes. ¡Viví en un burdel!

Las palabras flotaron en el ambiente cálido de la habitación como un eco. Eleanor podía oír el latido de su propio corazón mientras contemplaba el rostro del hombre que amaba, esperando su condena. La sonrisa que Ashton esbozó un instante después, la desconcertó.

—Cariño, que yo sepa, eras virgen hasta hace unos minutos. —Cuando lo miró, tenía el aspecto de una niña perdida. No aguantó más, acortó los pasos que los separaban y la envolvió en sus brazos—. Cuéntamelo todo.

Como un torrente, brotaron las palabras de sus labios mientras se abrazaba

a su cuerpo con fuerza, como si fuese el único eje firme y seguro en ese mundo caótico de los pensamientos y emociones que se derramaban de su corazón.

Le habló de la muerte de su padre y luego la de su madre, y la amargura en que la había sumergido. Le contó de su lucha por salir adelante sola en el mundo, del acoso al que la sometió Robert y de cómo acabó en el burdel de costurera. Su voz se suavizó cuando habló de Fleur, la única amiga con la que había contado, y de la ayuda que le había prestado Dunhcan cuando llegó al norte; de la ilusión con la que recibió la propuesta de lady Acton de formar parte de la escuela, y de las intenciones con las que su primo había venido a verla.

Ashton tuvo que contenerse en un par de ocasiones, cada vez que salía a colación lord Belford. No quería que se asustara, pero estaba dispuesto a matar a ese malnacido por todo lo que le había hecho. La abrazó con más fuerza y dejó que el llanto remitiese. Cuando Eleanor intentó apartarse, se lo impidió. No iba a soltarla, ni en ese momento ni nunca.

La llevó consigo hasta la cama, se sentó y la colocó sobre su regazo.

—Eleanor, mírame —le rogó al tiempo que la tomaba de la barbilla para encontrar sus ojos. Le apartó un mechón de pelo y limpió las lágrimas de su rostro con infinita ternura—. Eres una mujer extraordinaria —le aseguró—, y te admiro y te amo aún más por el valor que has demostrado al enfrentarte tú sola a todo lo que has vivido, pero ya no tienes por qué hacerlo más. Ahora lo haremos los dos juntos.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué... por qué lo haces? Si la gente se entera de mi pasado, tu reputación...

—¡Al demonio mi reputación! —la interrumpió—. Tú eres mucho más importante para mí. Te amo, Eleanor Harper, y no hay nada que desee más que hacerte mi esposa, porque tú le has dado un sentido a mi vida, y quiero pasar lo que me resta de esa vida contigo a mi lado. —Vio que iba a decir

algo, y la acalló cubriendo con los dedos sus labios—. Además, si te casas conmigo, Belford ya no podrá acceder a tu dinero, y en cuanto a lo otro, siempre será su palabra contra la mía, y por lo que sé, su palabra vale bien poco.

—Pero puede causarte muchos problemas —insistió.

Ashton asintió. Sabía que el hombre era taimado y astuto. Había estado a punto de acabar con su vida, pero había sobrevivido, y ese error le iba a costar caro, porque podía hacer que lo mandaran a la horca por intento de asesinato. Marcus Hale, marqués de Northcott y sobrino de lady Acton, era un buen abogado, y no dudaría en echarle una mano. Sin embargo, no iba a decirle nada de esto a Eleanor.

—Pues entonces, cuando lleguen, los enfrentaremos uno a uno.

—Ashton...

Él negó con la cabeza.

—Ahora solo quiero que me respondas a una pregunta. Eleanor Harper, ¿te casarás conmigo?

La sonrisa temblorosa que esbozó le calentó el corazón.

—Sí.

Ashton soltó una carcajada llena de felicidad y la abrazó con fuerza. Luego la levantó en sus brazos y la dejó en el centro del inmenso lecho.

—Y ahora, señorita Harper, permítame que la ilustre sobre algunos de sus principales deberes como futura lady Clifford —comentó con una sonrisa maliciosa mientras procedía a despojarse de los pantalones.

Capítulo 16

A Eleanor todo le parecía un sueño.

Habían vuelto a hacer el amor, y la ternura con la que Ashton la había tratado había conquistado su corazón. Luego, entre risas, besos robados y caricias, se habían vestido de nuevo para bajar a la biblioteca y seguir con la búsqueda de algún libro que hablase del medallón.

Ella le había insistido en que no era necesario, y se había ruborizado cuando él le había susurrado al oído, con voz ronca, algunas ideas interesantes de lo que podrían hacer en la biblioteca... además de buscar.

—Creo que la parte de la izquierda ya la hemos revisado toda —comentó Eleanor, con los brazos en jarras, mientras contemplaba con el ceño fruncido las estanterías colmadas de libros.

Ashton se acercó por detrás y la abrazó. Ella se tensó un instante, pero enseguida se relajó y se recostó contra él.

—Si estás segura, entonces podemos proceder a revisar la parte de la derecha —le comentó al tiempo que depositaba un beso ligero en su mejilla derecha—. Una revisión a conciencia—. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y luego lo lamió.

Un gemido bajo escapó de su garganta e inclinó la cabeza hacia un lado para darle más acceso a su cuello.

—¡Vaya!

Aquella exclamación sorprendida hizo que se girasen hacia la puerta

sobresaltados.

Eleanor enrojeció de vergüenza cuando vio a la señora Leyton que cargaba con una bandeja. Sus ojos, agrandados por el asombro, los miraban con fijeza, como si no diese crédito a lo que veía. Las tazas y platos que llevaba tintineaban sobre el metal a causa del temblor de sus brazos.

Ashton se hizo cargo de la situación. Se acercó a la mujer y le quitó la bandeja de las manos. Apartó los libros que descansaban sobre una de las mesas, y la depositó allí. Luego volvió al lado de Eleanor, la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Señora Leyton —exclamó con tono alegre—, puede felicitar me. La señorita Harper me ha hecho el honor de aceptar ser mi esposa.

El ama de llaves parpadeó un par de veces de forma desconcertante.

—Oooh.

Fue la única palabra que pronunció antes de echarse a llorar.

Ashton se puso nervioso. No estaba acostumbrado a lidiar con las lágrimas de la mujer, que poseía un carácter alegre y siempre lucía una sonrisa en su arrugado semblante.

Se acercó a ella y le palmeó con cariño la regordeta mano.

—Vamos, vamos, no es para tanto. Si sigue llorando así, la señorita Harper va a pensar que ha hecho un mal negocio al aceptarme como esposo —bromeó.

—Claro que no —repuso la mujer entre hipidos—, es usted un buen hombre, milord...

Él sonrió.

—Vaya, me agrada que me tenga en tan alta consideración.

—...y un bribón —añadió devolviéndole una sonrisa llorosa.

Ashton se llevó la mano al pecho con teatralidad.

—Me parte el corazón, señora Leyton.

El ama de llaves negó con la cabeza y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas de los ojos.

—Me alegro mucho por usted —le dijo con sentimiento—, merece ser feliz, y, sin duda, su abuela, lady Constance, también se alegrará. Siempre lo ha querido mucho.

Ashton se emocionó. Era verdad, su abuela lo adoraba, y estaba seguro de que querría también a Eleanor en cuanto la conociera.

—Yo también la quiero —le aseguró—, y a usted también —añadió agachándose para depositar un beso en la ajada mejilla de la mujer.

—No sea zalamero —lo reprendió ruborizada, aunque no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en sus labios. Luego se volvió hacia Eleanor que se había mantenido un poco al margen, sin saber muy bien cómo comportarse—. Mi más sincera enhorabuena, señorita Harper, este jovencito necesitaba a alguien como usted. Hágalo feliz.

—Se lo prometo, señora Leyton.

La mujer asintió y luego carraspeó para deshacer el nudo que se le había instalado en la garganta. Pensó emocionada que, por fin, aquella casa volvería a estar llena de risas. Había sido como una enorme tumba vacía desde el fallecimiento de los condes y del primogénito. Esperaba vivir lo suficiente como para ver corretear por aquellos pasillos algunos retoños, aunque, por lo que había podido presenciar a su llegada a la biblioteca, estos no tardarían mucho en venir.

—Bien. Entonces, milord, ¿puedo ya contratar más personal?

Ashton soltó una carcajada al ver la chispa de diversión que brillaba en los ojos de la mujer. Al parecer, la señora Leyton no se había dejado engañar con sus excusas de que no necesitaba servicio porque no pasaría mucho tiempo allí.

—Por supuesto —convino risueño—, puede contratar tanta gente como guste.

Ella asintió satisfecha.

—Así lo haré, milord. Solo una última cuestión —añadió, y su rostro adquirió un tinte rosado que hizo que Ashton la mirase con curiosidad—, si

van a seguir mucho más tiempo aquí en la biblioteca... esto... mirando libros, quizás puedo servirles la comida en el jardín.

Eleanor ahogó una exclamación horrorizada al darse cuenta de lo que la mujer pensaba que hacían en la biblioteca.

«Dios mío», pensó con una carcajada burbujeándole en la garganta, «¿en qué momento he dejado de ser la severa directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton para convertirme en una libertina?»

Ashton ocultó la sonrisa tras una tos.

—La comida en el jardín me parece una buena idea, señora Leyton — admitió. Luego, y aunque la mujer no iba tan desencaminada en su suposición, consideró conveniente aclarar el asunto—: en realidad, andamos buscando un libro antiguo, más o menos de la época medieval, pero por ahora no hemos encontrado ninguno.

—Oh, ni los encontraré aquí, milord —le aseguró la mujer con convencimiento.

Él la miró con perplejidad.

—¿Cómo dice?

—Digo que en esta biblioteca no hay ningún libro de la época medieval.

Ashton frunció el ceño.

—Pero yo recuerdo haber visto de niño alguno de esos libros antiguos que coleccionaba mi abuelo.

—No digo que no existan —aclaró la mujer cabeceando—, sino que no se encuentran aquí. La condesa, Dios la tenga en su gloria, se volvió muy aficionada a las cosas medievales, especialmente a la leyenda local de la Dama y el juglar, y su padre, el conde, que la quería mucho, no hizo otra cosa que regalarle cuantos libros encontraba de esa época.

—¿Y qué hizo con ellos? —se interesó Eleanor. Su corazón había comenzado a latir con fuerza a causa de la excitación.

—Se encuentran en el que fue el dormitorio de los condes. A la señora condesa le gustaba leerse los por la noche a su esposo.

Ashton arqueó las cejas sorprendido. Nunca hubiera imaginado que a su madre le apasionase tanto la leyenda, y el hecho de que su padre la amase tanto como para complacerla buscando libros para regalarle, hizo que algo se removiese en su corazón y que los ojos se le llenasen de lágrimas. Notó la mano cálida de Eleanor deslizarse en la suya, y se la apretó en un gesto de agradecimiento.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Señora Leyton, ¿la habitación de mis padres... está cerrada?

—Así es, milord —respondió el ama de llaves mientras rebuscaba una en el manajo que colgaba de su cinturón—. Aquí tiene la llave. He mantenido la estancia limpia y no se ha movido ni cambiado ninguno de los objetos que había dentro, así que los libros continuarán allí.

Tomó la llave y la apretó con fuerza.

—Se lo agradezco, señora Leyton.

—Si necesita cualquier otra cosa, milord, no dude en decirme. Serviré el almuerzo en dos horas, si le parece bien —le dijo.

—Por supuesto.

La mujer efectuó una leve reverencia y se marchó dejándolos solos de nuevo.

Ashton se giró hacia Eleanor.

—¿Quieres que vayamos a ver?

Ella asintió. La tomó de la mano y salieron de la biblioteca. Subieron las escaleras en silencio y se internaron en uno de los pasillos del ala este hasta que él se detuvo frente a una puerta. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Cuando era niño, solía despertarme muy temprano —le contó—, entonces, venía aquí y me colaba en el dormitorio de mis padres; me subía a su cama y me acostaba entre los dos. Me gustaba que me abrazaran. Siempre pensé que mientras estuviese con ellos nada malo podía sucederme.

Eleanor le apretó la mano con cariño.

—¿Estás seguro de que quieres que entremos?

Por toda respuesta, él cogió la llave y la metió en la cerradura. El sonido metálico de la puerta al abrirse le provocó un ligero estremecimiento. Empujó despacio hasta que la hoja quedó abierta por completo. Débiles rayos de sol se filtraban por entre los gruesos cortinajes de damasco iluminando tenuemente la amplia estancia dominada por el inmenso lecho con dosel.

Ashton fue incapaz de dar un paso hacia el interior. Eleanor entró y retiró los cortinajes para que la luz penetrase. Se quedó maravillada al ver cuanto la rodeaba. De las paredes, tapizadas en tonos verdes con diseños florales a juego con los cortinajes y la colcha de la cama, pendían cuadros con hermosos paisajes. Una chimenea de mármol blanco ocupaba gran parte de una de las paredes; sobre la repisa descansaban exquisitas figuras de porcelana de Dresden: parejas de baile, en actitud amorosa, vestidas en rosa, verde y azul con bordes dorados.

El mobiliario, de madera noble, consistía en varias butacas talladas profusamente a mano, un secreter, un tocador y una *chaise longue* tapizada en damasco color crema con listones verdes y brocado de oro. En otra de las paredes había un armario de nogal con puertas acristaladas y estanterías llenas de libros.

Se volvió hacia el conde, que seguía parado en el vano de la puerta.

—¿Ashton?

Él tragó saliva y dio un paso hacia el interior.

—Todo está tal y como lo recordaba —musitó.

Caminó hacia Eleanor mientras pasaba la mano sobre cada mueble que encontraba a su paso. Por un momento, escuchó otra vez las risas felices de sus padres, y sintió su presencia cercana. Levantó la mirada y vio el rostro preocupado de Eleanor. Era la mujer que amaba, y esperaba ser tan feliz a su lado como lo habían sido los condes. Llegó junto a ella y besó sus labios con ternura.

—Todo está bien —le aseguró—. Veamos qué encontramos.

Ambos se giraron hacia la librería. Ashton la abrió y enseguida los asaltó

el familiar olor a papel viejo. Diversos volúmenes antiguos, la mayoría encuadernados en piel y con repujado en oro, llenaban las estanterías; sobre uno de los estantes, en un rincón, reposaban lo que parecían ser algunos mapas y pergaminos antiguos.

Eleanor abrió los ojos asombrada. Desde luego, si en la mansión había un libro datado de la época medieval, tenía que encontrarse entre aquellos ejemplares.

—¡Dios mío!, ¿qué hemos estado haciendo todo este tiempo en la biblioteca?

Ashton se encogió de hombros con displicencia.

—No recordaba estos libros —le dijo—. La verdad es que de niño no fui un buen estudiante, así que me interesaban poco. Prefería las aventuras. Tim y yo solíamos jugar en el pasadizo secreto que iba desde la biblioteca hasta el panteón.

—¿Hay un pasadizo secreto?

Él esbozó una sonrisa divertida ante su tono de sorpresa.

—Por supuesto, y data de la época medieval —le contó—. Mi padre siempre quiso cerrarlo, pues le preocupaba que nos sucediese algo, y nunca entendí por qué mi madre se negaba. Supongo que, como ha dicho la señora Leyton, su fascinación por lo medieval le impidió tapiarlo.

—Algún día me gustaría verlo.

—Algún día, señorita Harper, pero hoy no —repuso con tono divertido—, que tenemos trabajo. Tú empieza por los libros de la derecha, y yo, por los de la izquierda.

Hojearon cada uno de los volúmenes al tiempo que compartían los interesantes hallazgos, pero no encontraron nada de lo que buscaban. Eleanor cerró el libro que tenía en las manos.

—No hay nada sobre el medallón —comentó, decepcionada. Acarició con admiración la cubierta de suave piel antes de devolverlo a su lugar—. Este estaba escrito en francés. Realmente, tu padre debió de querer mucho a tu

madre para buscar todos estos libros y regalárselos.

Ashton asintió.

—Algunos pertenecieron a mi abuelo y a mi bisabuelo —le explicó—, pero sí, mi padre amaba mucho a mi madre, se notaba en la forma en que la miraba y en cómo sonreía cada vez que ella se encontraba cerca.

—Seguramente fue una mujer extraordinaria.

—Lo era. —Se volvió y le acarició la mejilla—. Le hubieras gustado. Habríais pasado tiempo juntas en el jardín de las rosas, hablando de la leyenda de la Dama o leyendo lib...

Se interrumpió y arqueó las cejas sorprendido. No sabía cómo no se le había ocurrido antes.

—¿Qué sucede? —le preguntó Eleanor alarmada.

Ashton se giró y se dirigió hacia una de las mesitas que había al lado de la cama.

—La señora Leyton dijo que mi madre solía leerle libros a mi padre por la noche —le comentó—, a lo mejor...

Abrió el cajón, pero no encontró más que un pañuelo de seda con las iniciales de su madre bordadas. Acarició la tela con delicadeza. Le pareció que aún desprendía un ligero aroma al perfume que solía usar su madre. Cerró el cajón y se volvió hacia Eleanor negando con la cabeza.

—El tocador —le dijo ella, comprendiendo lo que buscaba.

Ashton se desplazó hacia el mueble y comenzó a abrir los diferentes cajones. En el primero encontró un cepillo de pelo y un pequeño espejo de mano; en el siguiente había algunas alhajas sencillas. Recordó que las joyas de la familia se hallaban en la caja fuerte, seguramente podría encontrar allí el anillo de su madre. Lo buscaría para regalárselo a Eleanor como futura lady Clifford. Sonrió. Le gustaba pensar en ella como su esposa.

Abrió el tercer cajón y se detuvo contemplando su contenido. Sobre unas hojas de papel de carta, descansaba un pequeño libro de tapas rojizas. Parecía muy antiguo. Lo tomó con cuidado y miró a Eleanor, que se había acercado a

su lado y miraba el ejemplar con gran expectación.

—Puede que no contenga nada —señaló. No quería que se decepcionase —. De hecho, la manufactura ni siquiera pertenece a la época medieval.

—Lo sé, pero tal vez... —Se encogió de hombros.

—Bueno, salgamos de dudas.

Con sumo cuidado abrió la cubierta y comenzó a ojear el libro. Las amarillentas hojas mostraban una escritura elegante y floreada. Se detuvo en una de ellas. En el encabezado había una fecha: 25 de mayo de 1732.

—Es un diario —comentó Eleanor con un acento que mezclaba el asombro con la decepción.

—Sí, pero, por la fecha, no perteneció a mi madre.

—¿Qué dice?

Ashton leyó:

Solo conozco retazos de la leyenda.

Intercambiaron una mirada de sorpresa. Los ojos de Eleanor brillaban, y le hizo un gesto para que continuase leyendo.

Es difícil recomponer la verdadera historia de lo que le sucedió a la Dama y a su juglar. No sé por qué me he obsesionado tanto con ello, pero me hubiera gustado saber que tuvieron un final feliz en lugar de ese final tan horrible. ¿Por qué no triunfó el amor? Hay preguntas a las que solo hallaré respuesta cuando me reúna con ellos en el más allá.

—Fuera quien fuese la mujer que escribió este diario, debió investigar sobre la Dama. Ve un poco más adelante —lo apremió mientras se giraba a mirarlo. Él la observaba con las cejas arqueadas en un gesto de desconcierto.

—¿Cómo puedes saber que lo escribió una mujer?

Eleanor sonrió.

—Vosotros, los hombres, os fijáis en los procesos de las cosas, en que los hechos encajen unos con otros con coherencia; nosotras, en cambio, nos

fijamos en el resultado final, sin que nos importe demasiado cómo ha sucedido todo, y cuando se trata de amor, queremos un final feliz.

—Humm. —Ashton inclinó la cabeza y la besó—. Veo que voy a casarme con una mujer ingeniosa, además de inteligente y hermosa.

—Continúa leyendo —lo reconvino ella para ocultar el gozo que le habían producido sus palabras.

Él le dedicó una sonrisa y pasó algunas páginas. Se detuvo y leyó.

He encontrado un pergamino antiguo en el que dicen que fue un regalo de amor del juglar hacia su dama, pero a mí me parece más bien que fue un regalo maldito, pues les costó la vida. Sin embargo, no puedo negar que se trataba de un objeto hermoso, y me hubiera gustado verlo con mis propios ojos y no...

Ashton pasó la página y abrió los ojos sorprendido. Miró a Eleanor y vio que también contemplaba asombrada el dibujo del medallón sobre la desgastada página, la extraña flor y la inscripción *Usque ad mortem* debajo.

—Entonces, es cierto —murmuró Eleanor al tiempo que se quitaba el colgante que llevaba al cuello y lo ponía al lado del dibujo para compararlo —, lady Acton tenía razón. El medallón perteneció a la Dama Blanca y fue un regalo del juglar. ¿Dice algo más? —lo interrogó emocionada.

—Pues dice que le hubiera gustado ver el objeto real, no un dibujo. —Frunció el ceño en un gesto de concentración y siguió leyendo en voz baja—. También dice que había dos medallones, uno para cada amante, que debían llevar siempre junto a su corazón.

Eleanor acarició el metal y contempló el objeto con cierta tristeza.

—¿Qué fue de ellos? —quiso saber Ashton.

—¿Del juglar y su dama? No se sabe muy bien —manifestó—. Según la leyenda, el esposo de la Dama supo de su infidelidad y mandó matar al juglar; la Dama, al conocer la muerte de su amante, acabó con su vida arrojándose a las frías aguas del lago Minstrel.

—Vaya, ciertamente no tuvieron un final feliz —repuso con una mueca de desagrado—. Pero, no te preocupes, seguro que a ti te trae mejor suerte.

Eleanor sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Lady Amelia le había dicho que el medallón le traería fortuna en el amor; esperaba, con toda sinceridad, que aquel no se convirtiese en una herencia maldita, como había sugerido la autora del diario.

—Sí —convino, aunque tal vez le faltó algo de convencimiento al tono con que lo dijo.

Miró el libro que Ashton sostenía en sus manos y pensó en lady Acton. Estaba segura de que le gustaría echarle un vistazo a aquel pequeño libro.

—Llévaselo —le propuso él, como si hubiese leído sus pensamientos, y le tendió el volumen—. Se merece este regalo por habernos unido.

—Oh, Ashton, muchas gracias —repuso conmovida al tiempo que se arrojaba en sus brazos.

La estrechó con fuerza contra su pecho, feliz de poder tenerla una vez más tan cerca. Aspiró su delicado aroma a rosas silvestres y se embriagó con él. Su cuerpo reaccionó a su cercanía, a las curvas femeninas, y al cálido aliento que le rozaba la mejilla y el cuello.

—Eleanor —susurró con un tono cargado de deseo—, quiero hacerte el amor.

Ella se echó hacia atrás con el rubor tiñendo su rostro con una mezcla de inocencia y belleza en sus ojos grises que la hacían aún más deseable.

—La... la señora Leyton nos espera.

Ashton dejó escapar un sonoro suspiro de frustración.

—Tienes razón. No me gustaría que subiera a buscarnos. —Apoyó la palma de la mano en la parte baja de la espalda de Eleanor, y la empujó con delicadeza hacia la entrada del dormitorio—, pero quiero que sepas que esto no va a quedar así, señorita Harper.

Un estremecimiento la recorrió ante la promesa del conde, y se apresuró a salir de la estancia antes de que a él se le ocurriera arrastrarla de nuevo

dentro.

Cuando salieron al jardín, el almuerzo estaba dispuesto. Mientras comían, conversaron sobre el descubrimiento que habían hecho y especularon sobre diversas teorías acerca de los amantes. Las miradas hambrientas que intercambiaron, los roces ocasionales de sus manos, realizados como al descuido, las palabras no dichas pero intuitas, pusieron algo nerviosa a Eleanor, y supo que tenía que marcharse de la mansión antes de volver a sucumbir a la tentación de un beso que, sin duda, les llevaría a algo más.

—¿De verdad tienes que marcharte? —le preguntó de nuevo, a pesar de que se encontraban prácticamente frente a la entrada de Minstrel House a donde la había acompañado.

Ella asintió.

—Anoche no regresé a la escuela —le dijo con el rostro ruborizado—, y estarán preocupadas.

Ashton recordó el comentario de Angus sobre los rumores que había en el pueblo a causa de las visitas de Eleanor a la mansión, y comprendió su preocupación. Cuanto antes hicieran público el anuncio de su compromiso, tanto mejor sería. Acallaría a las chismosas y detendría los planes de Belford.

—Está bien —aceptó resignado—, pero mañana volverás.

Eleanor comprendió que lo que había sonado como una orden, encerraba una pregunta llena de dudas, como si creyese que podría volver a huir.

—Volveré —le aseguró.

Sabía que con ello estaría contraviniendo muchas normas del decoro, aun estando prometidos, pero no le importó. Ashton era más importante para ella que cualquier norma. Se alzó de puntillas y depositó un beso suave en sus labios. Después se giró para marcharse.

—Eleanor —la llamó. Ella se giró. Entonces, la atrajo hacia sí y la besó con pasión y anhelo hasta dejarla débil y mareada—. Así es un beso de despedida.

Asintió, incapaz de decir nada coherente, y Ashton sonrió satisfecho.

Cuando subió las escaleras en dirección a su dormitorio, Eleanor se sentía en una nube. ¿De verdad se había prometido con lord Clifford? ¿Y de verdad habían hecho el amor? Tuvo ganas de pellizcarse a sí misma para ver si todo aquello era real, pero conocía la respuesta, y no podía ser más feliz.

Aunque caminaba silenciosamente sobre el suelo alfombrado del corredor, la puerta de la habitación de Melinda se abrió en cuanto cruzó por delante de ella para llegar a su propio dormitorio.

—Me lo vas a contar todo ahora mismo —le espetó en un susurro nada más poner en ella sus ojos.

Eleanor asintió. Dejó que la siguiera hasta su cuarto y, cuando cerró la puerta tras ella, se arrojó en los brazos de su amiga que la recibió sorprendida.

—Vaya —exclamó.

La directora había sido siempre de carácter más serio y reservado, por eso su actitud la confundía, aunque supuso que se debía al conde, y se alegró por ella. Después de lo que le había contado sobre su pasado, se daba cuenta de que merecía ser feliz.

—Se lo conté, Melinda; le conté lo de Fleur, y lo del tiempo que pasé en... en aquel lugar —le comentó.

La joven abrió los ojos por la sorpresa, y luego sonrió.

—Bravo por ti, Ellie. —La aplaudió—. Entonces, ¿comprendió lo que hacías allí?

—Bueno, lo... dedujo —repuso casi en un susurro, por lo que a Melinda le costó oír lo que decía, pero fue suficiente, junto con el rubor que lucían sus mejillas, para comprender a qué se refería.

—Eleanor Harper, no me digas que... —Interrumpió sus palabras y soltó una carcajada que se apresuró a cubrir con su mano.

—¡Estamos prometidos!

Melinda la abrazó con cariño.

—Me alegro mucho por ti. Ahora ya no tendrás que preocuparte por tu

primo. —Su rostro pareció nublarse al mencionar a lord Belford—. Hoy vino a buscarte, Ellie, y no le gustó saber que no estabas en la escuela. Ese hombre no me gusta nada. Cuídate de él, Eleanor.

—Tendré cuidado, Melinda, te lo prometo.

Capítulo 17

Caminaba distraída hacia la mansión Clifford.

Había pasado la noche inquieta en un duermevela. Los acontecimientos de los últimos días habían sido demasiado intensos. Los días de descanso que le había recomendado lady Acton se habían vuelto una especie de remolino que la había absorbido de tal manera que bien parecía que todo hubiese transcurrido en un único día en lugar de casi en un mes que había pasado desde que el señor Barnaby Smith la visitó.

Dejó escapar un suspiro de cansancio. Le hubiera gustado poder tomarse tiempo para dar un paseo hasta las ruinas, tal y como acostumbraba desde hacía un año; algo que no había vuelto a hacer desde su primer encuentro con Ashton en el establo. Sonrió al recordar cómo lo había confundido con un mozo de cuadra, y ahora estaba prometida a él.

Notó un tirón en el brazo y se asustó, revolviéndose en un intento por escapar del agarre, con lo que casi estuvo a punto de enviar al suelo a la señora Cotton.

—Lo lamento, señora Cotton —se disculpó, al tiempo que extendía las manos para ayudar a la mujer a estabilizarse, pero desistió al ver la mirada de desdén que esta le dirigió.

Gimió para sus adentros al encontrarse con la única persona a la que no deseaba ver. Se preguntó qué estaría haciendo por aquellos parajes. Ella había tomado el camino habitual, el camino de la forja, para no tener que atravesar

el pueblo. Abandonó sus pensamientos cuando la voz de la mujer, como la de una urraca amargada, alcanzó sus oídos.

—Llevo llamándola un buen rato —le espetó con sequedad—. ¿Acaso está usted sorda o solo pretendía ignorarme?

Eleanor apretó los labios para no soltar un exabrupto.

—Discúlpeme, caminaba distraída y no la escuché —le dijo de la forma más suave que pudo. Le pareció oír que la mujer murmuraba un «no me extraña» y algo referente a lord Clifford y se tensó—. Perdome, ¿quería decirme algo? Tengo un poco de prisa.

—Supongo que se dirige a la mansión Clifford —comentó en un tono inocente que ella no se creyó ni por un instante.

Nunca había sido grosera. Su madre la había educado en el más estricto cumplimiento de las normas de cortesía, especialmente en lo que concernía a sus mayores, pero siempre había una primera vez para todo, y la señora Cotton acababa de rebosar el límite de su paciencia.

—A dónde me dirija, señora, no es de su incumbencia.

La mujer se puso rígida y la miró con los ojos entrecerrados. Eleanor pensó que, si las miradas matasen, ella tendría su funeral en ese mismo momento.

—Solo trato de velar por la buena moral de los habitantes de este pueblo —replicó con la voz cargada de indignación—, pero parece que hay a quien no le importa su reputación.

Eleanor arqueó una ceja arrogante.

—¿Se refiere usted a la mía?

—No lo digo yo, querida, lo dice todo el pueblo —respondió con una sonrisa de maligna satisfacción—. Todo el mundo sabe que ha visitado con frecuencia a lord Clifford sin acompañante, y que en la mansión no hay nadie que pueda cumplir con esa función.

Deseó que, por una vez, el rubor de su rostro no la traicionase.

—Por supuesto que la hay, está la señora Leyton, y...

Mildred Cotton la interrumpió agitando su mano para desestimar sus

palabras.

—Esa mujer no serviría ni para acompañar a un perro —declaró con manifiesto desprecio—, nunca ve lo que no quiere ver.

Eleanor sintió la rabia crecer en su interior y alzó una mano para detener la verborrea de aquella cotilla.

—Suficiente. No le permito que hable así de una persona tan amable como la señora Leyton, y... —alzó la voz para impedir que la mujer la interrumpiese—, y mi vida privada no es, en modo alguno, asunto suyo. Buenos días.

—Habrás visto qué modales...

La oyó mascullar, pero se alejó con pasos rápidos y el corazón rebosante de satisfacción. Quizás más tarde se arrepentiría de sus palabras, pero en aquel momento se sentía muy bien. Sonrió a la radiante mañana y aspiró el aroma que emanaba de la tierra y de los árboles. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que había pasado de largo el primer desvío que bajaba hasta el cruce del Baron Hertford Lane con la Scott Lane. No le importó. Caminaría un poco más, hasta el siguiente desvío.

Notó que la tomaban de nuevo del brazo y, sin intentar soltarse, se giró con la furia brillando en sus ojos grises como una tormenta de verano.

—Señora Co...

El brillo de sus ojos se apagó sustituido por un temor creciente al darse cuenta de que no se trataba de la señora Cotton; si no hubiese andado tan distraída, quizás podría haber percibido antes la presencia de su odioso primo.

—Por lo que he oído, querida Eleanor, has estado muy ocupada últimamente —le comentó con una sonrisa burlona—. Ni siquiera has tenido la cortesía de devolverme la visita que te hice.

—¡Suéltame! —le exigió mientras tiraba de su brazo para liberarlo, sin mucho éxito.

—Ah, no, no, esta vez no escaparás tan fácilmente —repuso él con un

fulgor acerado en sus ojos azules que envió un escalofrío a su columna—. Tú y yo vamos a hablar, querida, y, tal vez, también a divertirnos un poco.

Le acarició la mejilla. Aquellos dedos fríos e impersonales sobre su piel le provocaron náuseas y un terror helado golpeó su corazón al ver la maldad en su mirada y en el rictus amargo de su boca. Apretó los puños con fuerza e intentó calmarse para poder pensar con claridad.

—No tenemos nada de qué hablar, Robert —declaró con el tono más calmado que pudo.

—Ya lo creo que sí, Eleanor. Te hice una propuesta y todavía estoy esperando a que me respondas.

Se desesperó cuando comenzó a tirar con fuerza de ella arrastrándola hacia el bosquecillo que había a un lado del estrecho sendero que desembocaba junto a la caseta de vigilancia de la mansión Clifford. Si lograba soltarse y corría hacia allí, tal vez podría tener una oportunidad.

—Conoces de sobra mi respuesta —repuso entre dientes—. ¡Nunca me casaré contigo!

La carcajada de Robert la desconcertó, y la llevó a pensar que, verdaderamente, su primo estaba loco.

—Así que, ¿entonces es cierto que has pescado a lord Clifford? Aprendiste más de lo que pensé en lo de *madame* Bernard —comentó burlón. Su mirada, cargada de lujuria, recorrió su cuerpo de arriba abajo, y esbozó una sonrisa torva—. Estoy deseando que me ilustres al respecto.

La mano de Eleanor voló sin control a la mejilla del hombre propinándole un sonoro bofetón. Lord Belford se puso rígido de furia, pero a ella no le importó.

—No eres más que un miserable cobarde —le espetó con rabia—. Ni siquiera eres lo bastante hombre para enfrentarte a lord Clifford cara a cara, por eso usaste algo tan rastroso como un veneno.

Cuando el puño del conde la golpeó, solo sintió un dolor agudo en la sien que pareció explotar dentro de su cabeza. Luego, todo se volvió negro a su

alrededor.

Robert maldijo en voz alta mientras sujetaba el cuerpo desmadejado de Eleanor. No quería llegar a esos extremos, pero ella lo había puesto demasiado furioso. Era consciente de que lo de Clifford había salido mal. Aquella misma noche había regresado a Londres para evitar que pudieran asociarlo con las muertes y, a su vuelta a Minstrel Valley, había escuchado los cotilleos en el pueblo y cómo lord Clifford se había salvado gracias a la intervención de aquel maldito escocés.

Por eso tenía que actuar rápido, antes de que el conde atase cabos y decidiese salir a buscarle. Además, en la ciudad las cosas se habían puesto feas para él. Su administrador le había dejado una carta de renuncia a su puesto en la que lo informaba de que un vizconde al que le debía algunos miles de libras iba a interponer una denuncia, al igual que varios comerciantes a los que también les debía dinero.

Tenía que casarse con Eleanor cuanto antes. Solo tenía que llevarla a Gretna Green; aunque primero tendría que conseguir un carruaje en aquel maldito pueblo. Quizás sería mejor alquilar uno en alguno de los pueblos de alrededor, así sería más difícil que le siguiesen la pista en caso de que lo buscasen.

Cogió a Eleanor en brazos y fue hasta su caballo, que había dejado atado en el bosque. Sabía que ella solía tomar el camino de la forja para ir a la mansión y por eso la había esperado en las cercanías. Cuando pasó de largo, tuvo que seguirla hasta alcanzarla.

Pensó que lo mejor sería dejarla en las ruinas, aunque corría el riesgo de que se despertase y huyese. Volvió a maldecir mientras avanzaba por la arboleda que se extendía por la parte trasera de la mansión Clifford. No había pensado bien las cosas, y esa precipitación le traería problemas. Pero entonces la vio. El lugar ideal. Una pequeña construcción que se alzaba en medio del bosque. Parecía una ermita. Cabalgó hacia allí y vio que la verja de hierro se hallaba abierta, al igual que la enorme puerta de madera que daba

acceso al lugar. Sonrió satisfecho.

—Perfecto.

En lo que a Eleanor se refería, Ashton tenía poca paciencia, y también poca seguridad. Fue la constatación que hizo mientras bajaba por el camino de Scott Lane hacia el pueblo. En realidad, su objetivo final era la Escuela de Señoritas de lady Acton, donde estaba casi convencido de que hallaría a la futura condesa, si no se había arrepentido ya de querer serlo. Torció el gesto en una mueca de contrariedad.

No quería pensar así, pero ¿qué otra cosa podía creer cuando no había aparecido esa mañana por la mansión? La tarde anterior le había asegurado que iría, pero Ashton podía jurar que todo lo que creía saber sobre las mujeres, no se aplicaba a Eleanor.

Avanzó con grandes zancadas, pensando que el ejercicio vigoroso lo tranquilizaría, y cruzó por delante de la casa del padre Ellis para desembocar en Legend Square. La plaza principal estaba adoquinada y, en ese momento, como casi todas las mañanas, bullía de actividad. Un grupo nutrido de mujeres conversaba junto al pozo, mientras otras se afanaban con la limpieza de la ropa en el lavadero, con los gritos y risas de los niños de fondo.

—¡Lord Clifford!

Se volvió hacia la voz que lo había llamado. Nerian Worth, el condestable, subía por el viejo camino que llevaba a Londres. Esperó a que el hombre lo alcanzase.

—Buenos días, señor Worth.

—Buenos días, milord. Lo andaba buscando.

Ashton enarcó una ceja, sorprendido.

—Ah, ¿sí?

Nerian asintió haciendo que un mechón de su rubio cabello cayese sobre su

frente. Su rostro, sonrojado por la caminata, hacía destacar aún más el verde de sus ojos.

—Vengo de la posada —le explicó—. Fui a buscar a lord Belford, pero me dijo Tom que lo había visto salir a caballo, aunque no creía que se hubiese marchado, puesto que no ha pagado la habitación y ha dejado sus cosas allí. Por eso pensé que, quizás, había ido a verlo a usted.

—¿A mí? —musitó con semblante sombrío—, no creo que se le hubiera ocurrido, a menos que estuviese buscando que le diese una paliza.

Los ojos del condestable se abrieron con sorpresa.

—¿Ha tenido algún problema con él?

—Fue quien trató de envenenarnos al señor Bissop y a mí.

Nerian frunció el ceño. Se había enterado del suceso por el doctor Wilson, pero habían pensado que el envenenamiento se debía a algún alimento en mal estado o algo similar.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Si quiere, puedo ayudarle a encontrarlo y se lo preguntamos —le dijo con una sonrisa maliciosa que provocó que Nerian tosiera para no soltar la carcajada.

—No se preocupe, milord, no hará falta.

—Por cierto, ¿por qué lo busca? Si puede saberse.

Worth se acarició la barbilla, pensativo, luego asintió, como si se diese a sí mismo permiso para hablar.

—Esta mañana me llegó un mensaje de Londres —le contó—. Han cursado una orden de detención contra él a causa del impago de unas deudas. Parece ser que sus criados no lo estiman demasiado, y no tardaron en informar de que se encontraba aquí.

Ashton sintió que el estómago se le apretaba en un nudo. Si el hombre sabía que lo buscaban, se volvería más peligroso.

«Eleanor», pensó. Y la aprensión que sentía porque ella no hubiese aparecido aquella mañana por la mansión comenzó a transformarse en una

sensación de miedo que le mordía las entrañas.

—Lord Belford es primo de Eleanor, ella era la única hija del anterior conde —le explicó. Su semblante era serio y Nerian supo que algo grave sucedía—. Vino aquí por ella. Bueno, más bien por el dinero que ella heredó, y estoy convencido de que hará lo que sea necesario para conseguirlo.

—Por eso intentó matarle a usted. —Ashton asintió—. Eso quiere decir que la señorita Harper, es decir lady Eleanor...

—Entonces ¿es cierto?

La voz chillona a sus espaldas los sobresaltó. Ambos se giraron con el ceño fruncido, pero a la señora Cotton no le importó que la mirasen así. No se amedrentaba cuando había de por medio un jugoso cotilleo.

—¿A qué se refiere? —preguntó lord Clifford con un deje peligroso que la mujer ignoró a propósito.

—El condestable la ha llamado lady Eleanor —repuso con tono desdeñoso—, pero todo el mundo sabe que esa mujer ha estado...

—Le ruego que cuide su lengua cuando hable de mi prometida, señora —la interrumpió él. No estaba de humor para andarse con cortesías.

Mildred Cotton parpadeó sorprendida y, por un momento, pareció quedarse sin habla, pero se repuso enseguida.

—¿Su prometida? —repitió como si quisiera asegurarse de que había escuchado bien.

—Así es, señora.

La mujer se relamió los labios igual que un gato que acabase de comerse un canario, y sonrió de tal forma que aquella mueca en su arrugado rostro provocó en Ashton un estremecimiento.

El condestable, ruborizado por el inadecuado comportamiento de la mujer, se apresuró a intervenir antes de que volviese a decir alguna inconveniencia.

—Señora Cotton, no es momento de...

A pesar de la buena opinión que tenía del condestable, no se privó de reprenderlo como si fuese un chiquillo al que intentase meter en vereda, lo

que hizo que Nerian apretase los puños para contener su genio.

—No se meta en esto, joven. Estoy segura de que a milord le interesará saber que su *prometida* —recalcó la palabra como si la escupiese— andaba esta mañana del brazo de otro caballero.

Parecía muy satisfecha de su aportación; sin embargo, sus delgados huesos comenzaron a temblar cuando observó el rostro del conde, que parecía haberse transformado en una máscara diabólica. De forma inconsciente dio un paso hacia atrás, como si presintiese el peligro.

—¿Qué ha dicho?

La voz del conde sonó como un latigazo y Mildred se encogió sobre sí misma al tiempo que lanzaba una mirada de auxilio al condestable, aunque de poco le sirvió, pues este tenía el ceño fruncido, y su rostro grave estaba muy alejado del risueño y amable que acostumbraba a ver.

—Es cierto —se defendió, aunque sus palabras sonaron como el graznido de un cuervo—. Me crucé con ella esta mañana en el camino de la forja. La saludé y charlamos agradablemente. —Le pareció que era mejor mentir sobre este punto—. Creí que se dirigía hacia la mansión, pero, luego, me quedé observando y vi que se reunía con un hombre...

—¿Hacia dónde fueron? —le espetó con tono urgente.

—Milord, no soy ninguna cotilla a la que le guste espiar las andanzas de los demás —replicó con una tan indignada como falsa aseveración.

—¡Maldita sea!

—¡Milord! —exclamó la mujer escandalizada.

Ashton la ignoró y se volvió hacia el condestable. Le hizo un gesto apremiante para que caminase a su lado mientras echaba a andar, con paso apresurado, en dirección a la mansión.

—Seguro que era él. Como le haya hecho algo, lo mataré.

Por el gesto que lucía su rostro y el tono ominoso de sus palabras, Worth se convenció de que lo haría, así que más le valía mantenerse cerca para evitar que hiciese algo de lo que más tarde se arrepintiese. En cualquier caso,

si alguien tenía que aplicar la ley, sería él.

—¿Dónde cree que puede haber ido? —le preguntó.

—No lo sé.

Había un acento desesperado en su voz que conmovió a Nerian. Se preguntó qué clase de amor podía llevar a un hombre tan seguro de sí mismo como lo era el conde, a parecer tan perdido como un niño de pecho. Supuso que un amor verdadero e intenso, y sintió una punzada de envidia, porque él llevaba un tiempo deseando y buscando algo así. Había creído que podría encontrarlo en Olivia Coombs, pero esta había terminado casándose con lord Marcus Hale, marqués de Northcott. Aunque no había estado verdaderamente enamorado de Olivia, aquello había supuesto una decepción. No era un hombre muy dado a los halagos y al coqueteo, sino más bien alguien serio e incluso algo torpe en su trato con las mujeres, quizás por eso se le daba tan mal entablar relaciones, a pesar de que había algunas muchachas bastante atractivas en el pueblo, incluso entre las alumnas de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Sacudió la cabeza cuando la imagen del rostro de una joven en concreto apareció en sus pensamientos.

Miró de reojo a lord Clifford y reforzó su decisión de ayudarle a encontrar a la señorita Harper. Al menos ellos podrían ser felices.

—Vayamos por el camino de la forja —le sugirió—. Tal vez encontremos algo que pueda ayudarnos.

Ashton asintió y tomaron uno de los senderos que conducía directamente hasta la forja de Angus. A partir de ahí, fueron recorriendo el camino hacia el norte, en dirección a las ruinas, pero no encontraron nada.

—No creo que Eleanor se alejase tanto —comentó pensativo—. Lo más probable es que, si venía de la escuela, tomase el desvío que conduce hacia la mansión.

—Pero hemos subido por él —le señaló el condestable—, y no hemos visto nada.

Ashton asintió.

—Podemos intentarlo por el otro atajo.

Volvieron sobre sus pasos y alcanzaron el camino. No era un sendero muy transitado, y la carencia de lluvia de los últimos días permitía ver las huellas en la tierra seca.

—Es curioso —comentó Nerian observando el borde del camino.

Ashton se acercó a él.

—¿El qué?

—Fíjese —le dijo apuntando hacia el suelo, delante de ellos—. A partir de ahí se ven huellas de los cascos de un caballo, pero antes no he visto ninguna. Es como si el animal hubiese estado escondido aquí, en el bosquecillo.

—La estaba esperando.

—Eso parece —convino el condestable—. Las huellas van en dirección a Clifford Manor.

Ashton negó con la cabeza. Era cierto que el camino llegaba a su casa, pero no tenía sentido que Belford la hubiese conducido allí, y por detrás de la mansión no estaban más que las antiguas ruinas romanas y las del castillo de los Scott, además de los campos de labranza. Ninguna carretera. Si se hubiese dirigido hacia el norte, para llegar por ejemplo a Gretna Green, tendría que haber subido de nuevo hacia el camino de la forja que conectaba con la carretera del norte, pero las huellas iban en dirección contraria.

—Puede haber girado luego hacia Scott Lane y bordeado el pueblo para tomar el camino hacia Londres —señaló.

—¿Los dos en único caballo?

Aunque su tono era escéptico, Ashton captó la insinuación del condestable en sus palabras. Aparte del peso que significarían dos personas sobre el animal, Eleanor no se dejaría llevar tranquilamente, al contrario. Estaba convencido de que se habría opuesto ferozmente, y no quería pensar en lo que Belford podría haberle hecho para que no forcejeara. Apretó la mandíbula con fuerza. Le dolía el cuerpo por la tensión contenida. Necesitaba tener de nuevo a su lado a Eleanor, sentirla, y ver que se encontraba bien.

—Los alcanzaré —prometió antes de echar a correr.

Nerian dejó escapar un gruñido, pero lo siguió.

No tardaron en alcanzar la mansión. Ashton atravesó el vestíbulo como una exhalación y subió de dos en dos las escaleras hasta su dormitorio. Necesitaba cambiarse el calzado por las botas de montar.

Mientras bajaba de nuevo al recibidor, donde lo aguardaba el condestable, se preguntó si debería tomar alguna de las viejas pistolas que había en el despacho de su padre. Desconocía si el hombre iba armado o no, pero sí sabía que se trataba de un sujeto peligroso.

Al girar hacia el pasillo que conducía al despacho de la planta baja, estuvo a punto de arrollar al ama de llaves que caminaba a toda prisa. Se apartó justo a tiempo para evitar la colisión.

—Oh, gracias a Dios que está aquí, milord. Tengo un problema.

—Ahora no dispongo de tiempo, señora Leyton —contestó. Se dio cuenta que había sido un poco brusco, pero no pudo evitarlo. Ya atendería después a los problemas domésticos de la mujer.

A ella, sin embargo, no pareció importarle, puesto que lo siguió, caminando tras él, hacia el despacho.

—Pero es que se trata de algo muy importante, milord —le aseguró con tono de preocupación, y sin esperar a que le diera permiso, continuó hablando —: Hace un rato fui al panteón familiar para poner las flores en la tumba de sus padres, como usted me pidió que hiciese, pero la puerta estaba cerrada.

Ashton entró en el despacho de su padre escuchando por encima la cháchara de la mujer. Todo le era dolorosamente familiar, pero no tenía tiempo que perder. Se dirigió directamente hacia el armario en el que se guardaban las armas.

—Seguramente usted tendrá una llave —le contestó distraídamente al ama de llaves, mientras sacaba una de las cajas que contenía dos pistolas de duelo y las cargaba con munición.

—Por supuesto, milord —repuso ella un tanto nerviosa al ver lo que el

conde estaba haciendo—, pero ese no es el problema. La cuestión es que parecía que hubiesen atrancado la puerta por dentro.

Ashton se detuvo y se giró despacio hacia la mujer, que asintió satisfecha de que al fin lord Clifford le prestase atención.

—¿Cómo dice?

—La puerta, milord, estaba atrancada. Me pareció muy raro, puesto que cuando fui a coger flores el otro día, vi la reja abierta. Supuse que quizás había estado usted visitando la tumba y me asomé. No me costó nada empujar la puerta de madera —le aseguró—, pero hoy me fue imposible. Además, me pareció oír relinchar unos caballos por la parte de atrás del edificio. No me gustaría que hubiesen entrado unos ladrones a la cripta donde descansa su familia, milord —le comentó mientras hacía la señal de la cruz.

Ashton se le acercó y le plantó sendos besos en las mejillas ante la atónita mirada de la mujer por el comportamiento de su señor.

—¡Bendita sea, señora Leyton!

Luego abandonó el despacho dejándola desconcertada.

—Bueno... —musitó al ver desaparecer al conde por la puerta a toda velocidad en dirección al vestíbulo de entrada.

—Sé dónde se encuentra Eleanor —dijo el conde cuando se unió al condestable—: en el panteón familiar.

Nerian no le preguntó cómo lo había averiguado, simplemente se limitó a aceptar la pistola que le entregó y a seguirlo cuando atravesó la casa, cruzó la biblioteca y salió a los jardines traseros de la mansión.

Avanzaba deprisa y con paso decidido. Lo que preocupó al condestable fue el arma que vio en la mano del conde. Aunque él también llevaba la que le había dado, esperaba que no hubiese necesidad de usarla y que el conde fuese lo suficientemente razonable para no usar tampoco la que portaba consigo.

Salieron por la puerta de la verja trasera que circundaba la propiedad, y cogieron un pequeño sendero que atravesaba un bosquecillo y desembocaba en un claro en el que se alzaba un edificio antiguo. Ashton lo rodeó y en la

parte trasera encontró un pequeño carruaje cubierto.

Apretó la mandíbula con rabia y le hizo señas al condestable para que volviesen a la puerta. Aunque sabía lo que iba a encontrar, la empujó con el hombro con fuerza, pero, tal y como había dicho la señora Leyton, estaba atrancada. Los muros de piedra de la ermita eran demasiado gruesos como para poder escuchar voces en el interior, pero pensar que Eleanor estaba allí encerrada con aquel maldito, lo enloquecía.

Inhaló aire con fuerza para serenarse. Tenía que encontrar otra forma de acceder al interior que no fuese echar la puerta abajo.

Entonces lo recordó. Sí que había otro modo de entrar.

Capítulo 18

Un gemido doliente escapó de su garganta cuando se despertó.

La cabeza le palpitaba con un dolor sordo que descendía por su mejilla y la mandíbula. No quería abrir los ojos. Solo quería seguir durmiendo, pero el lecho en el que estaba acostada era demasiado incómodo. Extendió la mano y tentó la dureza y la frialdad de la piedra. Apretó los párpados con fuerza, pero un fuerte pinchazo en la sien le hizo gemir otra vez. Se esforzó por relajarse con respiraciones profundas y cortas mientras acudían a su mente los sucesos de aquella mañana, el encuentro con Robert, sus palabras, y la oscuridad en que se había sumido tras el golpe.

Se llevó la mano a la mejilla y palpó con cuidado la piel. El tacto de sus propios dedos le produjo un cosquilleo desagradable. Seguramente se le había inflamado. Abrió finalmente los ojos, despacio, solo para encontrarse rodeada de nuevo de oscuridad, aunque esta no era tan penetrante. Sus pupilas se acostumbraron a la falta de luz, y pudo distinguir entre las sombras las siluetas de las figuras marmóreas tocadas apenas por los sutiles rayos de sol que se filtraban por las estrechas ranuras que conformaban las ventanas.

Un escalofrío la recorrió cuando reconoció el lugar, especialmente cuando comprendió que se hallaba tendida sobre el altar de mármol, como una ofrenda virginal a un dios malévolos. El mareo que le sobrevino al incorporarse hizo que se agarrase con fuerza a los bordes tallados de la piedra. Cuando se encontró mejor, descendió y se alejó cuanto pudo mientras

se frotaba los brazos en un gesto tanto de consuelo como para entrar en calor. Tenía que salir de allí.

Dio unos pasos vacilantes hacia la puerta, pero luego se lo pensó mejor y se detuvo. La oscuridad que imperaba en el interior era señal de que la puerta estaba cerrada, pues cuando había estado allí con Ashton, había podido percibir todas las cosas que la rodeaban con mayor claridad. Además, Robert no sería tan tonto como para cerrar la puerta y no atrancarla. Porque estaba segura de que su primo no se hallaba allí con ella. Aunque no tenía ni idea de a dónde podría haber ido, ni qué estaría tramando, estaba convencida de que volvería.

Se giró despacio, observando a su alrededor, en busca de alguna salida, pero solo vio los recios muros de piedra antigua. Su cuerpo tembló, no supo si por el frío o por el temor, y cerró los ojos invocando la imagen de Ashton, como si así pudiese hacer que él apareciese allí, en medio de aquella oscuridad, para abrazarla y reconfortarla.

Una lágrima furtiva escapó del confín de sus ojos, pero no se permitió derrumbarse. Tenía que haber algo que pudiese hacer. No era de las que se quedaban sentadas contemplando los problemas mientras esperaba que estos se solucionasen solos. Mientras que los hombres poseían fuerza física, Eleanor siempre había considerado que la fortaleza de una mujer residía en la valentía de su corazón y en su inteligencia. Y ella poseía una buena dosis de ambas cosas; las malas pasadas que le había jugado la vida se lo habían demostrado.

—¡Usa tu cerebro!

Escuchar el sonido de su propia voz en el espacio oscuro de aquella resonante cripta la reconfortó. Respiró hondo y comenzó a pensar. Entonces, un recuerdo la asaltó fulminante. Ashton le había dicho que, de niño, jugaba en el pasadizo que conducía desde la casa al panteón.

Miró a su alrededor con urgencia, como si la entrada al mismo pudiera materializarse y desaparecer mágicamente, como en los cuentos de hadas.

Pero todo permaneció igual. El denso silencio lo envolvía todo, como si se encontrase atrapada en el interior de una enorme tumba, con las frías y rígidas estatuas de mármol como únicas compañeras. Sacudió la cabeza para apartar aquellos tétricos pensamientos. Tendría que hacer su propia magia. Se acercó decidida a la figura yacente de una mujer vestida con hermosos ropajes labrados en piedra, que parecía dormir. En su blanco rostro vetado lucía una eterna sonrisa que no se inmutó cuando empujó la inamovible lápida.

Eleanor agradeció en silencio el inútil fruto de su fuerza, no sabía qué hubiese hecho de haberse movido. No deseaba profanar ninguna tumba y que sus moradores la atormentasen después.

Recorrió el perímetro del muro, revisando columnas, las baldosas de piedra del suelo, cada recoveco de las diversas estatuas formado por los pliegues de aquella tela marmórea. No descubrió nada, y el nerviosismo fue haciendo presa en ella. Se sentía cansada, adolorida y frustrada mientras contemplaba las motas de polvo que flotaban sobre su cabeza, iluminadas por los rayos de sol que ascendían por los muros a medida que, en el exterior, el astro descendía hacia su morada.

Finalmente, su mirada se posó sobre el altar en el que Robert la había depositado y que ocupaba la parte frontal de la nave. Se dirigió con presteza hacia allí y subió los escalones que la separaban del ara de mármol, sostenida por seis columnas decoradas con motivos labrados de hojas de parra. En la piedra que formaban los bordes, separadas por pequeñas columnas, había diversas figuritas representando escenas bíblicas, algunas de ellas muy desgastadas por el paso del tiempo. Empujó cada una de ellas, pero nada sucedió; luego, trató de empujar el altar completo, aunque también fue inútil: o bien ella no tenía la fuerza suficiente, o bien era imposible de mover.

Descendió los escalones y comenzó a golpear sobre cada una de las baldosas de piedra que formaban el suelo alrededor de la mesa sacrificial. Entonces lo oyó, un sonido diferente a los demás, un sonido más hueco. Se agachó para estudiar la loseta y frunció el ceño al ver los bordes. Tenía

aspecto de haber sido sellada hacía tiempo, a pesar de que Ashton había asegurado que su madre nunca había querido que se cerrase el pasadizo.

En ese momento, no se preocupó por ello. Se levantó y buscó algo que pudiera servirle. Frente a ella, en el ábside, a ambos lados de donde descansaban las tumbas de los otrora condes de Clifford, había dos candeleros de forja negros de poco más de un metro cada uno. Arrastró uno de ellos hasta la loseta y comenzó a golpearla con toda la fuerza de que disponía.

Había creído que sería más difícil, sin embargo, su corazón comenzó a latir desbocado cuando vio que la piedra se resquebrajaba con facilidad. Varios golpes después, descubrió que bajo la delgada losa se escondía lo que debía haber constituido una puerta de madera, que el tiempo y la humedad habían desgastado. Tras un último golpe, se resquebrajó con facilidad. De su interior, oscuro como boca de lobo, emanó un olor fétido a cerrado y podredumbre.

Había visto un yesquero cuando cogió el candelabro. Corrió a buscarlo y, tras algunos intentos frustrados a causa de los nervios, logró encenderlo y prender una de las velas que había tomado también. La llama anaranjada titiló un momento, pero después se mantuvo firme. Eleanor vio las estrechas escaleras que descendían al interior. El hueco no era tan grande como para que pudiese entrar con su abultada falda. Se liberó de algunas de las enaguas, que arrojó al interior, y comenzó a bajar con cuidado de que la vela no se apagase.

Cuando llegó al pie de la escalera, avanzó unos pasos y extendió el brazo para que la débil luz de la llama le permitiese ver hacia dónde dirigirse. Abrió los ojos sorprendida al ver que, frente a ella, se hallaba una pared. Lo mismo cuando se volvió hacia la derecha. Giró entonces hacia la izquierda, con la esperanza de que allí hubiese un corredor. De su garganta brotó un grito horrorizado cuando su mirada se fijó en aquel rincón de lo que constituía una pequeña celda. Su cuerpo comenzó a temblar sin control y la vela escapó de sus manos. Golpeó contra el suelo de tierra y se apagó dejándola en una

completa oscuridad junto a un esqueleto que la había mirado con sus cuencas vacías.

Caminó hacia atrás, desesperada por encontrar las escaleras, pero se hallaba desorientada y sus manos solo encontraron el vacío. El corazón le latía con fuerza y sintió que no entraba suficiente aire en sus pulmones. Sus ojos se abrieron con horror. No quería morir sola, en aquella oscuridad. Le pareció escuchar la risa burlona del cadáver que había visto y se tapó los oídos, como una niña asustada.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a calmarse y a inspirar con tranquilidad a pesar del aire viciado que se respiraba allí abajo. Fue entonces cuando escuchó el sonido de una puerta al cerrarse, y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Cuando reconoció la voz de su primo, se encogió sobre sí misma, como si pudiera obligarse a desaparecer.

—¿Eleanor?

Robert frunció el ceño contrariado cuando solo encontró como respuesta el silencio. No se había movido de la puerta, que había atrancado por seguridad, mientras esperaba a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. El sol había descendido bastante y la luz era escasa en el interior del edificio. Había tardado más de lo esperado en conseguir un carruaje de alquiler. La gente del pueblo hasta el que había cabalgado, campesinos ignorantes todos ellos, era sumamente desconfiada, y le costó convencer al dueño de la posta para que aceptase la transacción, a pesar de ofrecerle su purasangre a cambio de aquel viejo coche de punto.

Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, apenas distinguía los contornos de los objetos que lo rodeaban, pero sí pudo darse cuenta de que Eleanor no se encontraba sobre el altar.

—No es necesario que te escondas —le dijo burlón—. No tienes a dónde escapar. Deberíamos hacer esto por las buenas.

Avanzó despacio, vigilando cada rincón. La muy zorra podría haberse escondido y atacarlo en cualquier momento por sorpresa.

«Más vale prevenir», pensó, y sacó del bolsillo de su chaqueta una pistola. No tenía intención de dispararle —muerta no le servía de nada—, pero tampoco tenía la intención de dejarse abrir la cabeza con un candelabro o cualquier otra cosa a la que su prima le hubiese echado mano.

—No quiero hacerte daño, Eleanor. Sal de donde estés y hablaremos —sugirió.

Maldijo para sus adentros cuando su pie tropezó con el borde de una piedra. Necesitaba luz. Caminó a tientas hacia las sombras más profundas que formaban unos sepulcros junto a la pared del lado derecho. Tuvo que avanzar un poco más para lograr encontrar un candelabro con una vela y un yesquero. Cuando logró encender la vela, se hallaba verdaderamente furioso, y si alguien hubiese visto su rostro en ese momento, hubiese creído que se trataba del mismísimo diablo.

—¡Eleanor! —rugió con rabia.

El sonido reverberó en la bóveda del panteón y Eleanor se encogió en su escondite mientras suplicaba al cielo que la ayudase. Oyó los pasos del conde sobre la piedra fría del embaldosado. Debía estar revisando todos los rincones. Tarde o temprano descubriría el candelabro que había dejado en el suelo, y la entrada a la pequeña cripta subterránea. Una risa histérica burbujeó en su garganta al darse cuenta de que casi deseaba que la encontrase para que pudiera salir de allí. Prefería enfrentarse a los vivos, por malvados que fuesen, que yacer con los muertos.

Un atisbo de luz se coló por el agujero permitiéndole ver dónde se encontraba. Por suerte se hallaba en el rincón derecho de la celda, al otro lado de la escalera de piedra que le impedía ver el cadáver.

—¡Vaya! Así que, te has escondido aquí.

La voz de Robert sobre su cabeza la sobresaltó. Su rostro palideció cuando vio asomar por el hueco el frío metal del cañón de un arma.

El condestable había seguido de nuevo al conde hasta la mansión, a pesar de que no comprendía su comportamiento. De cualquier forma, sabía que sería inútil preguntarle, parecía un hombre poseído por una fiera determinación, y conocía lo suficiente la naturaleza humana como para saber lo que eso significaba.

Lo vio entrar en la biblioteca y tomar algo que había sobre una pequeña mesa en la que se apilaban varios libros. Luego se dirigió hacia uno de los armarios que había junto a la chimenea. Retiró varios libros de uno de los estantes, arrojándolos al suelo, y metió el brazo casi hasta el fondo. Seguidamente se escuchó un clic metálico y la librería se movió desencajándose de su lugar. Ashton la empujó hacia atrás hasta que se abrió lo suficiente para que un hombre pudiese pasar.

Nerian dejó escapar un silbido de asombro.

—Por lo visto, a mis antepasados les gustaban tener opciones en caso de necesitar huir —comentó con tono socarrón.

—¿A dónde conduce? —Sus labios se fruncieron en una mueca de irritación consigo mismo en cuanto hubo realizado la pregunta, y se respondió a sí mismo—: a la cripta, supongo.

—Así es —convino Ashton distraído, mientras tanteaba el fondo oscuro. De pronto sus ojos brillaron con reconocimiento—. ¡Aquí está!

La mano que emergió de la oscuridad portaba una vieja antorcha. Hacía mucho tiempo que Nerian no veía una, desde que era niño. Desde principios de siglo casi toda la iluminación que se usaba era a través de gas.

—¿Cree que funcionará? —le preguntó dudoso.

Vio cómo el conde asentía al tiempo que sacaba de su bolsillo una pequeña caja. La abrió con cuidado y extrajo un pequeño palito que frotó contra la superficie de esta, lo que provocó un chisporroteo. Una llama se encendió desprendiendo un extraño olor parecido al azufre.

Nerian se había echado hacia atrás, sorprendido.

—Fósforos blancos —le explicó el conde—. Invento de un químico

francés. Lo conseguí en uno de mis viajes, ya que me parecieron útiles — comentó con un encogimiento de hombros.

Aplicó la diminuta llama a la antorcha, pero esta estaba demasiado seca para prender, y el fósforo se apagó.

—¡Maldita sea! —espetó con rabia.

—¿Tiene algo de coñac? —sugirió el condestable.

Ashton se dirigió hacia el decantador guardado en una de las gavetas de la biblioteca. Sirvió una copa y roció la cabeza de la antorcha. Volvió a encender uno de los fósforos, y esta vez la antorcha prendió.

—¡Vamos!

Se introdujeron en el húmedo y frío túnel. Nerian contuvo un escalofrío. No le gustaba estar bajo tierra, prefería los espacios abiertos. Apretó los dientes y apartó algunas telarañas que se habían adherido a su rostro y a su pelo.

El corredor terminaba en unos cuantos escalones de piedra que no parecían llevar a ninguna parte, puesto que topaban con el techo. Ashton subió dos de ellos y le tendió la antorcha al condestable. Después, comenzó a palpar las losas que formaban la techumbre, hasta que una de ellas se movió. La levantó y la corrió hacia un lado con cuidado. Una tímida corriente de aire hizo danzar el fuego de la tea que Nerian sostenía. Les llegó el eco amortiguado de una voz masculina y el conde le hizo un gesto para que guardara silencio, luego trepó por el agujero hacia el interior del panteón.

Se hallaba en una de las pequeñas capillas laterales que contenía los sepulcros de los Clifford que habían vivido durante el siglo xvii. Se movió despacio entre las suntuosas tumbas, vestigios de un pasado glorioso, y se acercó hasta donde comenzaba el crucero de la nave central. Desde allí pudo ver el altar, iluminado por un par de velas, y a Belford, que se encontraba de espaldas a él, mirando hacia las tumbas de sus padres. No vio a Eleanor por ningún lado.

Se giró cuando percibió movimiento, y vio al condestable que se acercaba.

Detrás de la tumba por la que habían salido, podía ver el tenue resplandor de la antorcha.

—¿La ha visto? —le susurró el hombre.

Ashton negó con la cabeza al tiempo que sacaba la pistola de su cinturón. Nerian frunció el ceño preocupado.

—No vaya a hacer ninguna tontería —le recomendó.

Pero no supo si el conde lo había escuchado, puesto que había comenzado a avanzar con sigilo hacia el altar central, amparado por la densa penumbra que los rodeaba. Sacudió la cabeza con pesadumbre, sacó su propia arma y lo siguió.

La voz de Belford sonó más nítida cuando este elevó el tono, enfadado.

—¡Maldita sea, Eleanor, me estoy cansando de este juego!

—El juego ha terminado, lord Belford.

Robert se giró rápidamente apuntando con el arma al conde. Se puso nervioso cuando vio que había otro hombre con él y que este empuñaba también una pistola, y un sudor frío comenzó a perlar su frente. A pesar de todo, intentó mostrarse tranquilo.

—No puedo decir que sea un placer volver a verlo, lord Clifford —comentó. La comisura de sus labios se elevó en una sonrisa burlona—. Hubiese preferido encontrármelo aquí, yaciendo junto a sus parientes, pero veo que es usted un hombre con suerte y escapó de la dulce muerte que le había preparado.

—¿Ha oído eso, señor Worth? Ahí tiene la confesión que andaba buscando —le dijo a Nerian. Luego, sonrió con desprecio al conde antes de seguir hablando—: No sé si tuvo ocasión de conocer a nuestro condestable. Me parece que lo anda buscando por unos asuntos que ha dejado usted inconclusos en Londres.

La pistola tembló imperceptiblemente en la mano de Belford, y se pasó un dedo por el elaborado nudo de la corbata blanca, que había empezado a apretarle demasiado. Miró alrededor, como si buscara una salida, pero la

puerta quedaba demasiado lejos y para llegar a ella tendría que rodear el altar. De todas formas, dio unos pasos hacia atrás.

—Será mejor que se mantenga en su sitio, milord —le advirtió el condestable—. Traigo una orden de arresto contra usted emitida desde Londres. Si se entrega voluntariamente, no habrá consecuencias.

Una furia ciega lo inundó al sentirse atrapado como un zorro en su madriguera. No dejaría que lo llevaran a pudrirse en la cárcel de deudores. Observó las dos pistolas que lo apuntaban. Si tenía que morir, antes acabaría con la vida de Clifford, que había echado a perder todos sus planes.

—¿Dónde está Eleanor?

—Esa zorra está muerta y enterrada —escupió con rabia. Tenía la esperanza de que el conde perdiese el control y se descuidase, así tendría una oportunidad para disparar.

—¡Maldito bastardo!

No se equivocó. Clifford tembló de furia y avanzó unos pasos hacia él, justo lo que necesitaba.

El sonido del disparo reverberó en el interior del edificio seguido por otra detonación.

Eleanor se tapó la boca para no gritar. Había llorado de alivio cuando escuchó la voz de Ashton, y a pesar de que lo único que anhelaba era correr a sus brazos protectores, no se movió de su lugar. Sabía que, si salía de su escondite, Robert la alcanzaría y podría usarla como escudo contra el conde. Además, su primo llevaba una pistola.

Aguardó, con los músculos en tensión, en aquel espacio oscuro, mientras rogaba que no le sucediese nada a Ashton. Lo necesitaba en su vida, quería envejecer junto a él. Por eso, cuando sonó el primer disparo, el corazón se le detuvo en el pecho y se cubrió la boca para que el grito de dolor que pugnaba por salir de su garganta no lo hiciese.

«No puede haber muerto», se dijo mientras se abrazaba a sí misma.

—¡Eleanor! ¿Dónde estás?

Escuchar su voz provocó que un sollozo le formase un nudo en la garganta que le impidió responder. Tragó saliva mientras las lágrimas fluían calientes sobre sus mejillas. Volvió a escuchar que Ashton la llamaba con tono desesperado, y se esforzó para lograr emitir una respuesta.

—¡Aquí!

Ashton escuchó la voz débil de Eleanor, y el alivio que sintió al saber que estaba viva hizo que las piernas le temblasen. Tomó una de las velas del altar y se acercó al lugar de donde parecía proceder el sonido. A punto estuvo de caer por el negro agujero que apenas se distinguía en la oscuridad.

Se asomó al interior, iluminando los escalones con la escasa luz de la vela.

—¿Eleanor?

Ella salió del rincón en sombras. Estaba despeinada y llevaba el vestido sucio, pero a él le siguió pareciendo la mujer más hermosa de la tierra.

Dejó la vela sobre uno de los escalones y saltó directamente al suelo para poder abrazarla. La estrechó con fuerza contra su pecho mientras besaba su cabello.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ellie! Creí que te había perdido. —Ella sollozó acurrucada contra él—. Tranquila, mi amor, ya ha pasado todo.

—Ashton...

El susurro de su nombre lo llenó de una dicha indescriptible. Tomó su rostro entre las manos y se lo alzó con ternura para poder besarla. Frunció el ceño cuando la oyó gemir de dolor. Entonces separó sus manos y pudo ver su mejilla hinchada y el tono morado que mostraba su piel junto a la sien izquierda.

—Voy a matarlo.

El tono grave que usó mandó un escalofrío a la columna de Eleanor, y se aferró con fuerza a sus brazos, como si así pudiera impedir que se marchase. Tenía el rostro congestionado por la furia y una vena palpitaba en su cuello.

—¿No está muerto? —le preguntó con voz temblorosa.

Él sacudió la cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con calma.

—El señor Worth lo hirió en el hombro, pero deseará estar muerto en cuanto me encuentre con él.

—No, no vale la pena, Ashton. Estamos juntos, eso es todo lo que importa.

Volvió a abrazarla y dejó que la frustración y el miedo de las últimas horas se evaporasen como las gotas de lluvia al caer sobre la tierra cálida. Entonces, con todo el cuidado que pudo, y todo el amor que llevaba dentro, la besó.

Un carraspeo desde el exterior lo devolvió a la realidad.

—Siento molestarle, milord, pero espero que no tarden mucho. —Oyó que decía el condestable con un tono risueño, como si adivinase lo que pasaba allí abajo—. Aquí hace frío.

Ashton soltó una carcajada feliz.

—¡Ya vamos! —le aseguró.

Eleanor lo detuvo por el brazo cuando se volvió hacia las escaleras.

—¡Espera! Hay... hay algo que debo enseñarte.

Tomó con mano temblorosa la vela que él había dejado en el escalón y avanzó unos pasos arrastrando al conde consigo. Cuando levantó la llama, Ashton dio un respingo.

—¡Diantres!

La sequedad del ambiente en aquella pequeña cripta había hecho que los huesos del hombre que había sido allí enterrado permaneciesen intactos, incluso con algunos jirones de tela adherida a ellos. Pero lo que más le llamó la atención, fue la posición en la que se hallaba, encogido sobre sí mismo, y con la mandíbula desencajada, como si hubiese gritado con terror mientras la vida se le escapaba.

Un escalofrío de aprensión lo recorrió. Esperaba que no fuese algún antepasado suyo.

Algo destelló con la luz de la vela, y Ashton se acercó. Se agachó junto al cadáver y extrajo con cuidado el medallón que pendía de su cuello y se balanceaba entre sus costillas. Lo limpió con el pulgar, aunque ya sabía lo que iba a encontrar bajo la capa de polvo.

—Eleanor —la llamó para que se acercara.

Ella hubiera preferido no hacerlo, pero la curiosidad pudo más. Desde que él se había acercado y había tomado aquel medallón, un extraño sentimiento de aprensión y euforia la había asaltado. Se agachó junto a él, y no pudo evitar una exclamación de asombro cuando se encontró con una copia exacta de su propio colgante.

El tiempo y el polvo habían ensuciado el oro, pero podía verse con claridad el relieve de una flor y la inscripción, que resultaba macabra en aquel momento: *Hasta la muerte*.

Ashton se volvió hacia ella.

—Parece que hemos encontrado al juglar de la leyenda.

Capítulo 19

Cuando salieron del panteón de los Clifford, el sol se fundía con el horizonte en una línea anaranjada que se filtraba a través de los huecos entre las hojas de las frondosas ramas de los árboles. La tierra parecía emanar un fulgor como de fuego.

Unos pájaros levantaron el vuelo, asustados con los quejumbrosos lamentos del conde. El condestable lo soportaba con paciencia mientras tiraba de él para conducirlo al carruaje que el hombre había alquilado, pero Ashton, que caminaba detrás junto con Eleanor, tenía ganas de volver a estamparle el puño en el rostro. Lo había hecho una vez, apenas habían salido de la cripta subterránea, y hubiera seguido golpeándolo por lo que le había hecho a Eleanor si Nerian no lo hubiese instado a detenerse, alegando que estaba allí para que la ley se cumpliera, y que la ley también lo incluía a él. Ashton había gruñido, molesto por su intervención, pero una mirada suplicante de la señorita Harper había bastado para que dejase de insistir.

El condestable exhaló un suspiro de cansancio y miró a lord Belford con el ceño fruncido.

—No se queje tanto, que solo ha sido un rasguño —le espetó con sequedad, refiriéndose a la herida del hombro.

Lo cierto era que su disparo le había atravesado limpiamente el hombro, pero el hombre se merecía eso y mucho más. La nariz también le sangraba profusamente después del puñetazo de Clifford; con toda probabilidad, la

tenía rota.

—Me quejaré ante el magistrado —repuso Belford amenazador.

Nerian se encogió de hombros con indiferencia.

—No dudo de que el magistrado estará encantado de escuchar sus quejas, milord —convino con tono serio, luego esbozó una sonrisa impenitente antes de añadir—: y la de todos aquellos a los que usted les debe dinero, por no hablar de un intento de asesinato de la persona del conde de Clifford y otro de secuestro de lady Eleanor Harper... ¿Quiere que siga? Seguro que podemos encontrar más temas de los que podría conversar tranquilamente con el juez.

Eleanor, que había estado escuchando mientras sujetaba al conde por el brazo, pues estaba tan tenso que parecía que fuese a lanzarse sobre Robert de un momento a otro, frunció el ceño.

—¿Lo acusarán de todo esto?

Ashton asintió con gesto grave.

—Probablemente.

Ella se mordió el labio inferior dubitativa.

—No debería ir a la cárcel —repuso en un susurro.

Ashton se detuvo y se giró hacia ella. Sus ojos se habían vuelto más verdes que grises a causa de la intensidad con que la miraba. Alzó una ceja arrogante cuando unos celos irracionales lo reconcomieron por dentro.

—Ah, ¿no?

Eleanor dejó escapar un suspiro de tristeza. Sabía que él tenía razón, y que su primo se lo merecía, pero, aun así...

—Me guste o no, es el conde de Belford —le explicó—, pero ese es también el nombre de mi padre, y no me gustaría que... que se ensuciara su memoria —le dijo con la voz entrecortada.

Él depuso enseguida su actitud altanera cuando todo volvió a encajar en su lugar. La miró con ternura y le acarició la mejilla amoratada con delicadeza. Solo por haberla golpeado aquel hombre no merecía vivir, pero comprendía el deseo de Eleanor. En su camino por alcanzar una muerte rápida para

reunirse con sus padres y su hermano, había hecho muchas cosas reprobables, de las que no se sentía particularmente orgulloso; sin embargo, desde que la había conocido a ella, había cambiado de conducta, y le gustaría que los hijos que un día tuviesen juntos pudiesen sentirse orgullosos de su padre y del apellido que llevaban.

—De acuerdo, hablaré con el señor Worth —aceptó—, pero comprendes que tu primo no puede quedar sin un castigo, ¿verdad?

—Lo sé, pero seguro que puede encontrarse otra forma.

Ashton se quedó pensativo un momento, y luego asintió. Aquello le costaría unos cuantos miles de libras. «Pero valdrá la pena», pensó con una sonrisa maliciosa.

—Voy a acompañar al condestable, no quiero que tu primo, herido o no, intente alguna cosa. Tú vete a la mansión y espérame allí, no tardaré.

Eleanor sacudió la cabeza.

—Tengo que ir a la escuela.

Notó la tensión que sus palabras le produjeron, pero después de lo que Mildred Cotton le había dicho esa misma mañana —a pesar de que con los acontecimientos vividos parecía que hubiesen transcurrido días—, no creía conveniente permanecer en Clifford Manor.

—Te quedarás conmigo —afirmó él con el ceño fruncido.

Ella frunció el ceño a su vez.

—Por supuesto que no puedo quedarme contigo, bastante empañada está ya mi reputación como para que...

—¡Me importa un ardite tu reputación! —estalló bajo la mirada asombrada de Eleanor—. No pienso perderte de vista ni un minuto más del necesario, te quiero a mi lado, día y noche, ¿lo entiendes?

El tono seco y brusco de sus palabras le hizo comprender que lo movía únicamente el miedo a perderla. Lo miró con ternura y avanzó el paso que los separaba para abrazarlo y dejarse envolver por el calor de su cuerpo. Él la estrechó con tanta firmeza que casi le hizo daño, pero no se quejó.

—No me va a pasar nada —murmuró con dulzura.

—Prefiero asegurarme por mí mismo —gruñó sin dejar de abrazarla mientras depositaba besos ligeros sobre su cabello—. Y si tanto te preocupa tu reputación, puedo ir a buscar al cura ahora mismo.

Eleanor comenzó a temblar entre sus brazos y Ashton se preocupó. ¿Estaba llorando?

—¿Ellie...?

Se separó un poco y le alzó el rostro.

Ella no pudo controlarse más y soltó una carcajada que provocó que él la mirase con perplejidad y nerviosismo.

—¿Ellie? —repitió con tono inseguro.

Respiró hondo para tratar de calmarse, ¡pero es que sus palabras le habían parecido tan graciosas! Si de verdad quería arruinar su reputación, no tenía más que presentarse a esas horas en casa del padre Ellis para pedirle que lo casara con ella en ese momento. El hombre, estricto y severo como era, la tacharía a ella de pecadora y a él de libertino, y seguramente les dedicaría el sermón dominical.

Sacudió la cabeza y se limpió las lágrimas. La risa le había sentado bien, aunque Ashton la miraba con preocupación, como si de verdad creyese que se hubiera vuelto loca.

Eleanor le cubrió la mejilla con la mano.

—Te quiero, lord Ashton Melham.

Él le sonrió con los ojos brillantes por el fulgor del sol que moría y, tal vez, así lo creía ella, también por el de las lágrimas.

—Yo también te amo, futura lady Clifford, y te besaría ahora mismo, pero querría más, mucho más, y me temo que la paciencia del señor Worth no dure tanto —señaló con un leve acento de decepción en su tono—. Te prometo que esta noche te recompensaré —añadió después con voz algo ronca.

Ella asintió con cierta timidez. Esperó a ver cómo partía el carruaje y luego se dirigió hacia la mansión.

Apenas entró en la casa, se encontró con la señora Leyton que había estado dando vueltas en el vestíbulo llena de preocupación. Sus ojos se abrieron asombrados cuando la vio y se llevó las manos al pecho.

—¡Dios del cielo! Señorita Harper, ¿qué le ha pasado?

Eleanor sintió que el calor le subía a las mejillas.

—He tenido un... accidente.

—Ay, Señor, no ganamos para sustos —le dijo mientras iba hacia ella agitando las manos como una gallina clueca—. Venga por aquí, cuénteme todo mientras le preparo un baño.

El agua caliente le sentó de maravilla, y los cuidados amorosos del ama de llaves la transportaron por unos momentos a su infancia, cuando su madre la ayudaba a bañarse. Por suerte, tenía el rostro humedecido por el vapor y la mujer no se percató de sus lágrimas.

No le hubiese importado quedarse un rato más en la bañera después de todo por lo que había pasado ese día, pero la señora Leyton la obligó a salir del agua antes de que terminase arrugada como una pasa. La envolvió en unas toallas calientes y la sentó frente al tocador que había en la habitación de los condes. Al principio ella se había negado a que usasen aquella estancia por respeto al conde, pero la mujer había insistido.

—El pasado hay que dejarlo atrás —le había dicho—, no podemos ir arrastrándolo como un lastre, o terminará por impedirnos avanzar.

En ese momento, sin dejar de hablar, tomó uno de los cepillos de mango de marfil del cajón y comenzó a pasárselo por el cabello húmedo, con tanta delicadeza que a Eleanor comenzaron a cerrársele los ojos.

—Pobrecilla, está usted muy cansada. No me extraña, con todo lo que ha pasado hoy. Quizás debería acostarse, querida —le sugirió.

—Lo haré con milord —repuso medio adormilada. Se horrorizó al darse cuenta de cómo podían malinterpretarse sus palabras, y se sonrojó—. Quiero decir que... que esperaré a que llegue el conde —balbuceó nerviosa.

La mujer la miró a través del espejo y le dedicó una sonrisa indulgente.

—Comprendo... yo también fui joven una vez —añadió al tiempo que le guiñaba un ojo con complicidad, lo que acrecentó el rubor en Eleanor.

—Señorita Leyton, no tengo un vestido que ponerme —le dijo con la esperanza de cambiar de tema y evitar aquella incomodidad que rebullía en su interior.

—Oh, por eso no se preocupe, señorita, puede usar alguno de la condesa.

—No creo que lord Clifford aprobese...

—No le importará —la interrumpió con seguridad—. Milord ha cambiado. Usted lo ha cambiado. Después de la muerte de los condes, nunca quiso venir a la mansión, y ahora, cuando fue a ver la tumba de sus padres... —La señora Leyton tragó saliva y se limpió una lágrima furtiva—. ¿Sabía que me pidió que les pusiese flores cada semana? Ahora es un hombre en paz consigo mismo. Ha vuelto a sonreír, y ha sido gracias a usted.

Eleanor negó con la cabeza.

—Yo no he hecho nada.

—Por supuesto que sí —la contradijo mientras terminaba de asegurar el recogido de su cabello con unas horquillas—. Le ha dado su amor, y el amor es capaz de cambiar a una persona y de darle un sentido a su vida —sentenció. Luego, miró su peinado y asintió con satisfacción—. Y ahora, querida, vamos a encontrarle algo con lo que vestirla.

Eleanor se paseaba nerviosa por la biblioteca. Tenía la sensación de que Ashton tardaba demasiado, y ni la lectura de uno de sus libros favoritos, ni el suave susurro del roce de la seda de su precioso vestido plateado habían podido tranquilizarla. Se había quedado maravillada cuando la señora Leyton había extraído del armario aquella hermosa visión de seda en plata y azul y se lo había entregado para que se lo probara. Nunca había lucido algo tan hermoso, al menos no desde que sus padres habían muerto. Cuando se lo

puso, no pudo evitar enderezar la columna, tal y como siempre le repetía su madre que hiciese; por un momento se había sentido de nuevo lady Eleanor Harper, y la había invadido la nostalgia. Pero entonces había pensado en Ashton, y la sonrisa que iluminó su rostro contagió también a la señora Leyton.

La puerta se abrió de golpe y sus pensamientos se dispersaron. Se giró despacio. Ashton, que acababa de entrar, se detuvo en medio de la sala y la miró de hito en hito. Eleanor comenzó a retorcerse las manos con nerviosismo. Quizás a él le molestara que llevase puesto uno de los vestidos de su madre.

—Yo...

No pudo continuar. De pronto se vio envuelta entre los brazos poderosos de él, y su boca buscó la suya con una urgencia nacida de la desesperación. Poco a poco, el beso se hizo más suave, más dulce, hasta que terminó en un sencillo abrazo que, sin embargo, expresaba mucho más que la pasión anterior.

—Tuve tanto miedo de no poder encontrarte —le susurró con la voz teñida todavía con la angustia de aquella mañana—. No puedo perderte, Eleanor, tú eres mi vida. Te amo tanto...

Estrechó aún más su abrazo, como si deseara fundirse con ella. Acurrucada entre sus brazos, Eleanor pensó que por fin había encontrado su lugar. No era como lady Eleanor Harper, una dama de la alta sociedad, hija del conde de Belford; ni tampoco como la eficiente directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Su lugar estaba ahí, entre los brazos de Ashton, donde sus corazones latían al unísono, donde su boca tenía el sabor del hogar.

—Déjame hacerte el amor.

Sus palabras la estremecieron y asintió en silencio. Él la tomó de la mano y la condujo por las escaleras hasta su dormitorio. Cuando cerró la puerta y la miró, sus ojos brillaban como plata, y el amor que vio en ellos le pareció el regalo más hermoso que la vida le había hecho.

Se desvistieron mutuamente, entre besos lánguidos y caricias fugaces. Él le besó el rostro y la suave piel del cuello entre susurros de tiernas palabras de amor, mientras ella moldeaba con sus manos su cuerpo musculoso. Sus corazones comenzaron a latir con más fuerza, sus respiraciones se aceleraron, y la pasión estalló entre ellos como el mar embravecido se estrellaba contra las rocas.

El exquisito roce de la femenina piel satinada hizo que Ashton se estremeciese. Entrelazó sus dedos con los de Eleanor y la miró a los ojos, que tenían una tonalidad más azul a causa de la pasión.

—Eres mía, y yo soy tuyo —le dijo con la voz enronquecida—. ¿Lo sabes? Ella asintió.

—Hasta la muerte —repuso al recordar las palabras que él le había dicho la primera vez que la había hecho suya.

Sin embargo, vio que Ashton negaba con la cabeza y la miraba con una seriedad inusitada.

—Hasta la muerte es poco, Eleanor, no me basta. Contigo no. Será hasta la eternidad.

Y mientras sus labios sellaban el pacto, volvió a hacerla suya, amándola sin reservas.

Eleanor abrió los ojos y parpadeó. Se habían quedado dormidos abrazados el uno al otro. O al menos ella había dormitado, porque se estremeció cuando notó la caricia suave de los dedos masculinos sobre su brazo desnudo.

Él notó el estremecimiento y depositó un beso tierno sobre su cabello.

—¿Qué vais a hacer con Robert? —le preguntó al cabo de unos segundos.

Notó que se tensaba ante la mención de su primo, pero le respondió.

—Voy a pagar sus deudas.

Ella levantó la cabeza de su pecho y lo miró sorprendida, pero Ashton la

empujó suavemente para que volviese a recostarse sobre él.

—No puedes hacer eso, Ashton.

—Puedo y quiero —replicó con firmeza—; pero no te preocupes, lo haré con una condición. Tu primo tendrá que marcharse a América y no volver a pisar suelo inglés.

—No le habrá gustado esa propuesta.

Supo que se había encogido de hombros cuando percibió el movimiento ondulante de su pecho.

—Será su decisión: o enfrentarse a la justicia de su majestad, o largarse. Si no es tonto, sabrá lo que le conviene.

Eleanor depositó un beso en su pecho, sobre su corazón.

—Gracias. —Él se relajó y la estrechó más contra sí—. ¿Y qué sucederá con el... juglar?

Sabía que no olvidaría con tanta facilidad aquella imagen.

—El señor Worth le enviará un mensaje al juez de paz para que venga a Minstrel Valley —le explicó Ashton—. Él decidirá qué hacer.

—Me da tristeza.

—¿El qué? —Quiso saber.

—La historia del juglar y de su dama, que no llegasen a ser felices. ¿Sabes?, en la escuela las alumnas hablaban mucho de la leyenda, y algunas tenían sus propias suposiciones —comentó con una sonrisa en los labios. Sabía que él la escuchaba con atención—. Creían que, puesto que nunca se halló el cuerpo del juglar ni el de la Dama, estos habían podido escapar juntos y vivir felices su amor hasta el final. Pero no fue así. Y ahora que sé lo que es el amor y la felicidad, me parece muy triste.

—¿Y qué es el amor, señorita directora? —le preguntó con tono risueño.

A Eleanor no le importó que se burlara de su romanticismo. Esbozó una sonrisa pícara y respondió pegando sus labios cálidos sobre la piel de su pecho.

—El amor son los latidos firmes de tu corazón; la fuerza protectora de tus

brazos cuando me envuelves en ellos —añadió mientras lo besaba en el hombro. Luego, sus labios se deslizaron sobre su garganta y notó cómo tragaba saliva—; el amor es escuchar tu voz cada día, es ver la ternura y la pasión en tus ojos cuando me miras —le besó los párpados—. El amor es respirar el mismo aire que tú respiras.

El beso sobre sus labios fue suave y lento. Luego, Eleanor, satisfecha, se echó un poco hacia atrás, apoyó los brazos sobre el duro torso masculino, y lo miró. Ashton le sonrió y alargó la mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me ha gustado su explicación, señorita Harper, pero como nunca he sido buen alumno, seguro que necesitaré que me la repita muchas veces.

El sonido musical de la risa de ella le caldeó el corazón.

—Te la repetiré hasta que te la aprendas —le contestó feliz.

—Pues creo que necesitarás toda una vida.

—Contigo a mi lado, no me importa.

Ashton tomó el medallón que pendía del cuello de Eleanor y pasó el pulgar por el relieve de la inscripción.

—Le pedí a Worth si podía quedarme con el otro medallón. Puesto que el cadáver se encontraba en mis tierras, y no cree que nadie lo reclame, aceptó. Ahora podremos llevar uno cada uno. —Después de un silencio pensativo, añadió—: Ellos no tuvieron la oportunidad de amarse, pero tú llevas la misma sangre que esa dama. Nosotros viviremos el amor y la felicidad que ellos no pudieron encontrar —declaró con la mirada fija en el colgante—. Y algún día, cuando seamos viejos, nuestros hijos les contarán a sus propios hijos cuánto se amaron sus abuelos.

Una lágrima cayó sobre su mano, y levantó la cabeza. Se dio cuenta de que Eleanor estaba llorando, y recogió las preciosas gotas con sus labios.

—Y cuando llegue el momento, le pasaremos los medallones a nuestros hijos —le dijo ella con voz trémula—. Nuestra herencia será el amor.

Él asintió. Entonces, el brillo de sus ojos se intensificó y giró su cuerpo

hasta que ella quedó atrapada bajo su pecho musculoso.

Eleanor percibió el calor de la mano masculina al deslizarse por su vientre y su cadera, y tembló de anticipación.

—Pues si queremos que este sueño se haga realidad, tendremos que ponernos a ello enseguida, ¿no lo cree así, lady Clifford?

Ashton esbozó una sonrisa traviesa y Eleanor recordó la ocasión en que se lo encontró en el pasillo de la escuela, cuando preparaban la función de la clausura del curso. Le había sonreído de la misma manera, y ella había sentido un estremecimiento recorrerle el cuerpo y dejarla temblorosa. En aquel momento, mientras miraba sus labios, se había preguntado cómo sería besarlos, y a qué sabría su boca.

Ahora lo sabía.

La tentación de ese beso la había llevado a alcanzar el amor.

Epílogo

El condestable Nerian Worth permanecía en posición de firmes junto a la butaca que ocupaba su inmediato superior, y juez de paz del condado, el señor William Denson, mientras este saboreaba una copa del mejor coñac en la sala de recibo de Clifford Manor.

El hombre había llegado a Minstrel Valley cinco días después de haber recibido el mensaje del señor Worth. Al fin y al cabo, había dicho, si el muerto había esperado allí durante siglos, bien podía esperar unos días más hasta que él concluyese otros asuntos.

No obstante la demora en llegar, el magistrado había demostrado ser un hombre eficiente y concienzudo. Ashton se había sorprendido al verlo, pues había esperado encontrarse con uno de esos hombrecillos de leyes, delgados, menudos, con lentes que le caían sobre el puente de la nariz y un libro bajo el brazo. Sin embargo, el señor Denson había resultado ser, más bien, lo contrario. Poseía una estatura considerable. La anchura de hombros y el grosor de sus brazos le indicó que, en su juventud, había practicado bastante deporte, aunque en esos momentos luciese una barriga algo abultada que hablaba de una vida más sedentaria. Sus ojos, de un azul desvaído, tenían un brillo de astucia y determinación, cualidades que, con toda seguridad, le habían hecho alcanzar el puesto que ahora ocupaba.

El hombre paladeó otro sorbo del coñac, asintiendo con apreciación, mientras Ashton y Eleanor, que permanecían sentados en un sofá frente a él,

lo miraban expectantes.

Nerian Worth carraspeó con discreción para llamar la atención del juez, y este pareció salir del trance de deleite en el que se hallaba sumergido.

—Discúlpenme —comentó mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa sincera—, no suelo tener demasiados momentos de placer y descanso en mi vida.

Ashton asintió comprensivo.

—Supongo que el trabajo de un juez de paz no resulta fácil.

—No, milord, no lo es —admitió. Apretó los dedos contra el puente de su nariz en un gesto de cansancio—. Uno ve demasiadas cosas, y la mayoría no son buenas... Pero, en fin, no he venido aquí a quejarme de mi trabajo. En todo caso, tendría que alabar el buen hacer del señor Worth.

En su voz, más aguda de lo que cabría esperar en un hombre de su tamaño, se filtró una nota de orgullo.

—Por supuesto —concordó Ashton con una sonrisa al ver la incomodidad que lucía el rostro del condestable—. El señor Worth resulta una inestimable ayuda para Minstrel Valley.

—No lo dudo. De otro modo, no lo hubiera designado para este puesto —aseguró. Luego, tras dedicarle una mirada melancólica a su copa, ya vacía, la depositó sobre la mesa taraceada que había a su lado—. Bien. Milord, milady, tras haber repasado minuciosamente la situación, el condestable y yo hemos llegado a una solución que espero que sea satisfactoria para todos. Usted, lord Clifford, como experto en antigüedades, ha declarado que los restos hallados son bastante antiguos.

—Así es —convino él.

—Aceptando su palabra —entonó con la voz firme y segura que solían usar los jueces para dictar sentencia—, nos encontramos en posición de decir que es imposible discernir lo que sucedió hace tanto tiempo y que, de haber mediado algún crimen, este ha prescrito. Por lo tanto, no podemos hacer otra cosa que dar digna sepultura a dichos restos.

—¿En la iglesia de Saint Mary? —inquirió Eleanor al tiempo que intercambiaba una mirada preocupada con el condestable.

El señor Denson se rascó la cabeza, pensativo, desordenando la abundante mata de cabello que aún conservaba oscuro.

—Bueno, el señor Worth me informó del carácter peculiar de su párroco, el padre Ellis, y creyó conveniente advertirme que, con toda seguridad, no aceptaría enterrar en suelo sagrado al supuesto amante de la Dama Blanca. —Sacudió la cabeza con incompreensión—. En fin, si usted está de acuerdo, lord Clifford, creemos que lo mejor sería dejarlo donde se encontró; por supuesto, sellando bien la piedra.

Ashton miró a Eleanor y vio que esta asentía con una sonrisa.

—No hay problema, señor Denson —aceptó.

El juez efectuó una leve inclinación de cabeza a modo de agradecimiento.

—Entonces, creo que ha llegado el momento de despedirnos.

Eleanor se apresuró a ponerse en pie para que los caballeros pudieran hacer lo mismo, y el juez se levantó, con cierta torpeza, de su asiento.

—Cuando quiera, estaremos encantados de recibirlo de nuevo en Clifford Manor, señor Denson —le dijo Ashton con cortesía cuando llegaron al vestíbulo.

El juez estrechó su mano con fuerza.

—Le aseguro que será un placer, milord, he disfrutado de su hospitalidad. La verdad es que necesitaba un buen trago después de haber bajado a esa cripta —les confesó—. Nunca había visto que un hombre pudiera conservar tal expresión de horror después de muerto. No debió de tener una muerte agradable —murmuró pensativo. Vio cómo la dama se estremecía y se apresuró a añadir una disculpa—: Lo siento, milady, no pretendía alterarla.

Eleanor esbozó una sonrisa temblorosa, pero se tranquilizó cuando notó la mano de Ashton apoyada en la parte baja de su espalda.

—No se preocupe, señor Denson.

—Bueno, será mejor que el señor Worth y yo nos retiremos, me parece que

tienen visita.

Ashton arqueó las cejas un tanto sorprendido, más aún cuando pocos segundos después se escuchó el quejido de unas ruedas sobre la grava.

Mientras partía el cabriolé del condestable, llevando consigo al magistrado, un enorme carruaje, lacado en negro, se detuvo frente a la entrada de la mansión.

—¿Quién será?

Eleanor miró al conde en busca de respuesta, pero este solo tenía el ceño fruncido.

Un lacayo se apresuró a apearse del pescante para abrir la portezuela del coche y ayudar a bajar a su ocupante.

—¡Abuela! —exclamó Ashton con una sonrisa cuando contempló a la elegante dama que descendió del carruaje.

Se acercó a ella y la envolvió en un cariñoso abrazo, al tiempo que depositaba un beso en su mejilla.

—Querido, aprecio tu efusivo recibimiento, pero me gustaría que me dejaras respirar.

Ashton dejó escapar una carcajada y Eleanor comprendió que estaba feliz con el reencuentro. Ella, por el contrario, se hallaba bastante nerviosa. Lady Constance Hamilton, condesa viuda de Clifford, era una mujer imponente, de porte regio y ademanes refinados. Llevaba un exquisito vestido de seda negra y un camafeo de marfil como único adorno. Caminaba despacio, con la espalda recta y apoyada en un bastón de excelente manufactura. Su cabello era completamente gris, pero su rostro, a pesar de las arrugas, irradiaba una luminosidad especial.

—¿Por qué has venido, abuela? —le preguntó Ashton mientras tomaba su brazo y la ayudaba a caminar hacia la mansión—. No quiero decir que no me alegre de que estés aquí...

—Lo sé, querido —lo interrumpió ella con una sonrisa, apiadándose de su azoramiento—. Recibí una larga misiva de mi querida amiga, lady Acton.

Eleanor vio cómo lady Constance clavaba en ella sus ojos, de un gris verdoso como los de su nieto, y se preguntó qué le habría contado lady Acton. Hizo una reverencia cuando ambos se detuvieron delante.

—Abuela, quiero presentarte a lady Eleanor Harper, mi prometida. Eleanor, ella es lady Constance Hamilton, mi abuela preferida.

—Adulador —lo reprendió la mujer. Luego miró a Eleanor y sonrió—. Te pareces mucho a tu padre, aunque también tienes algo de tu madre.

Los ojos de Eleanor brillaron de emoción ante sus palabras.

—¿Usted los conoció?

—Sí, querida. Lord Belford y mi hijo, el padre de Ashton, eran buenos amigos desde el colegio. Fue una pena que ambos murieran tan jóvenes —musitó con un deje de tristeza, aunque enseguida se repuso, como una mujer acostumbrada a lidiar con el dolor, y apretó con cariño la mano de Eleanor—. Pero me alegro mucho por vosotros. Sobre todo, estoy encantada de que hagas sentar cabeza a este nieto mío, que ya daba por perdido.

—Abuela —se quejó él—. No lo he hecho todo mal. —Miró con ternura a Eleanor y la tomó por la cintura atrayéndola junto a sí sin importarle el rubor que cubrió su rostro—. Prometerme con esta mujer es una de las cosas que mejor he hecho.

Lady Constance sonrió con satisfacción. Había venido para comprobar con sus propios ojos que cuanto le había escrito lady Acton era verdad, y la sonrisa serena de su nieto así se lo confirmaba. Su viejo corazón pareció rejuvenecer al ver a Ashton sonreír de nuevo. Tragó saliva para evitar derramar algunas lágrimas, ya había derramado demasiadas a lo largo de su vida.

—Bueno, entonces, según creo, hay una boda que planificar —les dijo lanzando una mirada a ambos.

—Lo antes posible, abuela, o no respondo de mí —repuso él con una sonrisa impenitente.

Eleanor dejó escapar una exclamación ahogada ante aquella escandalosa

afirmación.

—¡Ashton! Nos casaremos en mayo.

—Demasiado tiempo, mejor el mes que viene...

Lady Constance sacudió la cabeza con una sonrisa mientras escuchaba a los jóvenes discutir. El brillo en los ojos de su nieto delataba su diversión, y supo que cedería ante las exigencias de su dama.

Respiró hondo y sus pulmones recibieron con agrado el aire limpio y fresco del campo mezclado con el aroma de las flores. El sol calentaba su espalda con la caricia de una madre que acuna a su hijo. Suspiró con nostalgia.

Había vuelto al hogar.

Había vuelto a Minstrel Valley.

Agradecimientos

Minstrel Valley ha sido para mí una experiencia única, muy enriquecedora y divertida.

Quiero agradecer, en primer lugar, a mi editora Lola, que me invitó a formar parte de este maravilloso proyecto confiando en mí. Gracias por darme esta oportunidad de crear algo nuevo y, por qué no, de hacer historia en *Selecta*.

También agradezco a cada una de mis compañeras de viaje en este proyecto. Juntas emprendimos el camino, y juntas fuimos conociéndonos y aprendiendo unas de otras. He encontrado que son personas extraordinarias, además de estupendas escritoras. Ha sido un gozo trabajar en equipo con ellas y saber que podía siempre contar con su apoyo. ¡Gracias a cada una, y también a todas las personas que han trabajado tras bambalinas para que este proyecto sea un éxito!

Si te ha gustado

La tentación de un beso

te recomendamos comenzar a leer

Un conde sin corazón

de *Nuria Rivera*



Prólogo

*J*unio de 1834

Kendal House, Mayfair, Londres

Lady Rosemary Lowell solo tenía quince años cuando fue testigo de la fragilidad de la vida. Su madre, que durante la jornada festiva en Kendal House estaba lozana y vital, quizás por su cercano alumbramiento, se había indispuerto de repente al acabar el día, y, ella que la acompañaba, había sido apartada de su lado. Llevaba horas a la espera de alguna noticia.

Sus oídos y su mente todavía estaban tiernos para saber algunas cosas, le había dicho Maisie, la doncella, una de las numerosas veces que fue a rogarle que la dejara entrar en la alcoba. Aunque ella no era tonta. De aquello no se hablaba, pero sabía qué ocurría. Había permanecido con lady Kendal en sus largas horas enclaustrada en casa, no era decoroso salir en su estado, y había leído libros que quizás no debía, pero que nadie había ocultado en la biblioteca. Un extraño presentimiento la azuzaba y no quería alejarse de los aposentos de la condesa. El revuelo y las carreras de las criadas que entraban y salían le habían permitido no ser vista y ella, como un acto de resistencia y rebeldía, había sabido esconderse de las miradas.

En un despiste del servicio se había colado en la habitación y, escondida tras los grandes cortinajes, espiaba la escena, no exenta de angustia. Lo que podía ver y escuchar le provocaba cada vez más desasosiego y temor. Porque nada, absolutamente nada de lo que había leído, la había preparado para lo que contempló. Su madre se debatía entre aspavientos, retortijones y gritos de dolor en las blanquísimas sábanas que empezaban a tintarse de un color oscuro. No era marrón, pero tampoco rojo; sin embargo, la partera fue lo bastante espabilada para decir que aquello no iba bien. Le decía cuándo debía empujar y cuándo detenerse, pero el rostro contraído de su madre mostraba lo

extenuada que estaba. Resignada, la mujer le dio unos minutos de sosiego para reponerse. Sin embargo, la tensión se notó en su tono enérgico cuando pidió más agua y lienzos. La vio retirar las telas y cubrir la cama con otras limpias, y con el revoltijo de sudarios salió de la estancia, a la habitación contigua. Fue el momento que aprovechó Rose para abandonar su escondite. No le importó si la descubrían.

—Mi niña... no deberías —murmuró su madre con el rostro contraído cuando la vio.

—Hay que avisar al médico, por favor, madre, deje que traigan al médico —suplicó con la madurez de quien acababa de dejar la niñez.

Lady Kendal no quería un galeno en su habitación, decía que la comadrona era suficiente para hacer aquel trabajo de mujeres.

—Es-espera... —La trémula voz la dejó paralizada, con un gesto cansado le pidió que se acercara.

Rose le besó la frente y cogió su mano, para llevársela al pecho.

Con una mirada cauta, que escondía el miedo de lo que sabía que ocurría, repasó el cuerpo y la cara de su amadísima madre. Un rostro bello, y todavía joven, que estaba perlado de sudor. Con todo el cuidado del que fue capaz tomó un paño y secó su frente.

—Pronto pasará todo, madre. Aguante un poquito más.

Casi ajena a aquellas palabras de ánimo, la mujer que yacía con el camisón pegado a su piel y una sábana que cubría sus piernas, ligeramente abiertas, y que volvían a colorearse, soltó un quejido. Rose apenas se atrevía a mirar a otro lugar que no fueran aquellos ojos vidriosos que la observaban.

—Si-si es un niño qui-quiero que se llame como mi-mi padre: Joseph. No dejes que se parezca a lord Kendal... —Tosió un poco y llenó más de angustia a su hija.

No entendía aquellas palabras.

—No hable; reserve la energía.

—No puedo. No-tengo-fuer-zas... A ti, mi niña, voy a dejarte sola. Me ha

faltado tiempo para en-enseñarte tantas cosas... —Aquella voz tan querida salía entrecortada, Rose le pidió que no hablara, que no se cansara. Su madre negó con la cabeza con un gesto extenuado y continuó—: Re-recuerda: cuando tengas que casarte no busques solo hacer un buen matrimonio, busca que sea por amor. Pero con un hombre que te quiera a ti más que a tu dinero. El amor de uno no es suficiente.

Rose pensó que lady Kendal debía delirar. Ella había sido testigo de cómo su madre miraba a su esposo, aunque hacía tiempo que había dejado los aposentos del conde; quizás quería descansar de sus deberes maritales y, además, estaba embarazada. Sí, su madre estaba enfebrecida.

—No diga eso madre; padre la adora y, ya verá, tendrá tiempo para enseñarme a ser una señorita; una dama, como usted.

Otro quejido, supuso que su madre pretendió amortiguarlo para no asustarla, aumentó su angustia.

—¡Ayúdenla! Está sufriendo —suplicó a la partera que entraba.

Esta la miró con censura y los ojos crispados.

—¡No puede estar aquí! —exclamó—. Maisie, llévate a esta niña.

En aquel instante, la señora Cranston, el ama de llaves, y Maisie, la doncella de su madre, entraban con una palangana cada una, llena de agua humeante. Hubo mucho revuelo, y pensó que la situación debía ser grave porque hasta la señora Cranston acarreaba también jofainas.

Tenía que avisar a su padre de que algo malo pasaba. ¿Es que nadie lo había avisado?

Agitada por los nervios, Rose no se dejó sujetar cuando la doncella fue a sacarla de allí y salió disparada; los ojos le picaban por las lágrimas que se negaba a dejar correr. Se dirigió a los aposentos de su padre. Habían tenido una pequeña fiesta, pero hacía mucho que los músicos se habían marchado. Le extrañó oír risas a aquellas horas y por aquel pasillo, alejado del de su madre, pero achacó el ruido al silencio de la noche que aumentaba cualquier sonido. Al llegar a las puertas dobles que separaban las habitaciones del

conde las empujó con brío, sin poder controlar ya las lágrimas que le caían por la cara.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó, limpiándose de un manotazo el agua de sus mejillas—. Madre lo nece...

Se detuvo de golpe en mitad de la amplia estancia. No era posible lo que veían sus ojos. Su padre, su querido padre, estaba en la cama con otra mujer. Se suponía que no debía saber qué hacían, pero había visto alguna vez, en la finca de Kent, a los caballos en la cuadra para entender que la estaba montando.

—¡Márchate de aquí! —bramó lord Kendal.

Antes de girarse, Rose, pudo ver cómo él trataba de cubrir el cuerpo de la mujer y el suyo propio.

Sin mediar palabra, se dio la vuelta sobre sus talones, con una mirada de cólera y odio.

Al llegar de nuevo a la habitación de lady Kendal, no la dejaron entrar. La señora Cranston y Maisie la retuvieron a la entrada con un restrictivo abrazo. No hizo falta que nadie le dijera qué había ocurrido.

—¡Madre! ¡Madre! —aulló en un grito desesperado, y rompió a llorar desconsolada a la vez que estiraba los brazos, como si así pudiera alcanzarla. —. No me deje aquí tan sola.

Trató de zafarse del agarre para llegar hasta la cama. Por la puerta entreabierta podía ver a su madre, con la cabeza ladeada sobre la almohada y la mirada vacía, mientras acunaba entre sus brazos inertes un pequeño bulto arropado con paños ensangrentados.

El ruido del movimiento de las faldas de las mujeres advirtió a Rose de que alguien había llegado. No tuvo ánimo de enfrentarlo. Sin embargo, la voz grave de su padre la hizo llorar más.

—Déjenla.

Corrió hacia el lecho y se arrodilló. Sus brazos no abarcaban todo aquel cuerpo vencido por el cansancio y libre ya de dolor.

—¿Por qué no he sido avisado? —interrogó con tono enfadado.

Ninguna de las sirvientas contestó.

Rose lo oyó acercarse hasta la cama y, de reojo, vio cómo cerraba los ojos de la que había sido su esposa.

—¡Fuera! —gritó al momento—. Y que alguien atienda a lady Rose.

Rose no quería desprenderse del cuerpo sin vida de su madre, pero unos brazos fuertes, que sabía de quién eran, la arrancaron de él. El beso que notó en el pelo le hizo odiarlo un poco más. Cuando sus ojos se cruzaron quiso abofetearlo; estaba ataviado con su batín y, debajo, ropa de dormir. Se conmovió un segundo, al ver una lágrima que se deslizaba por la mejilla del hombre cuando deshizo el ovillo de trapos que cubría el cuerpecito infantil.

—Era un niño...—dijo en un murmullo; sin embargo, las palabras que siguieron, las gritó—. ¡Fuera! Quiero estar solo.

Rose, conducida de los hombros por la señora Cranston y arrastrando sus escarpines, salió de la habitación. Al echar un último vistazo desde el umbral de la puerta, vio a lord Kendal, que había ocupado su lugar, arrodillado en el suelo, como si rezara una plegaria. Qué falso era el corazón de los hombres.

Como cada mañana, desde hacía dos años, Rose se acercó a la capilla familiar y dejó unas flores sobre una lápida que su padre había colocado en honor a su esposa y al niño que nació muerto. Pero allí no estaban sus cuerpos; habían sido enterrados en el cementerio y una estatua de un ángel dignificaba a quien había sido lady Agnes Lowell, condesa de Kendal. A ella no le gustaba visitar su tumba, era demasiado doloroso, prefería aquel lugar o cualquier otro que su madre hubiera iluminado con su presencia.

Tras aquellos días de inmenso dolor, lord Kendal y ella se habían distanciado y habían sentado las bases de cómo sería su relación. Rose no le perdonaba su vil comportamiento y, embargada por la pena, lo había culpado

de lo ocurrido el día del sepelio. Él, avergonzado y mortificado, había estado días encerrado en el dormitorio de su esposa. Después salió para marcharse lejos, a su hacienda en Kent, sin tenerla en cuenta y al cuidado de los criados y de una institutriz. Rose había escuchado murmurar que se había enclaustrado a redimir sus culpas. Aquello no la conmovió, porque acrecentó su ira hacia él el hecho de que la hubiera dejado sola. Desde que regresó se dedicó a ignorarlo, aunque él quiso congratularse, pero ella se esmeró en ser rebelde en su presencia y desafiarlo en sus órdenes. Tardó en abandonar las ropas negras, aunque las cambió por un semiluto que su padre aborrecía. Saber que eso lo molestaba la animaba a seguir con él, solo porque eso lo atormentaba.

Las malas lenguas le decían que un día su padre se volvería a casar y que si no lo había hecho ya, era por ella. No era tonta, sabía que su padre ansiaba un heredero, un hijo varón al que dejar su título y su dinero.

Ella, como mujer, no contaba, no heredaría el título, ni la propiedad; solo algo de dinero que otro se encargaría de administrar. Primero su padre, luego un esposo. Aunque su madre siempre le había dicho que tendría una pequeña fortuna a los veinticinco años, la suya, para que pudiera ser un poco más libre de lo que ella había sido, que tuvo que aceptar casarse con quien su propio padre había decidido, alguien a quien llegó a amar, pero que, por lo visto, nunca le correspondió como hubiera deseado. No, a ella eso no le iba a pasar. Quizás algún día las mujeres podrían elegir, dejarían de pertenecer al padre o al esposo para ser libres.

Aquella fatídica noche en la que se había quedado huérfana de madre, descubrió algunas cosas que hasta entonces no había tenido en cuenta. Lord Kendal no amaba a su esposa. Su madre había pasado a mejor vida y su padre había dejado de ser, para ella, la persona que había sido.

En todo aquel tiempo se había convertido en una joven, una mujer, «una pequeña dama rebelde», como la llamaba con cariño la señora Cranston, al desobedecer una y otra vez el mandato paterno, pero que frente a los extraños

se mostraba reservada y cauta y que ocultaba su inteligencia para que los otros no se sintieran amenazados.

Por Kendal House habían pasado varias institutrices; la primera que tuvo había sido gran amiga de su madre y se marchó para casarse, al poco de morir esta; las dos que le siguieron habían durado poco, apenas unos meses; pero, la última, una dama venida a menos, llevaba ya un largo año y tenía el inconveniente de que le caía bien. La honorable Elizabeth Bramson, Betty, no le había ocultado su origen noble, pero le rogó que la llamara por su nombre. Le contó que toda la fortuna de su familia habría desaparecido con mayor lentitud en el Támesis que en una mesa de juego, donde su padre, un barón, la perdió. Le había hablado de fiestas, salones y pretendientes. Algo a lo que un día tendría que acceder y recordaría siempre.

Al entrar en el salón, la mesa de desayuno ya estaba dispuesta y, su padre, sentado a la cabecera, con un periódico en las manos. Ni ella lo saludó ni él levantó la vista del pliego de papel. Sin embargo, cuando Betty Bramson, su institutriz, hizo acto de presencia Rose pudo apreciar como él se volvía educado, se levantaba de su asiento y la saludaba con una inclinación de cabeza.

Compartió algunas frases sobre sus tareas ese día con la señorita Bramson, e ignoró a su padre como solía hacer. Había descubierto que retarlo le gustaba, porque en algunas ocasiones él llegaba a perder los nervios y entonces estaba varios días sin verlo. Claro que también había sabido, espiando a los criados, que pasaba ese tiempo en casa de algún amigo, ¿Y si no era cierto? ¿Y si visitaba a aquella mujer, con quien lo descubrió, y se encaprichaba de ella? Había escuchado que había mujeres que volvían locos a los hombres. Las criadas tenían una mente sucia y decían de él que era apuesto y que cualquier dama estaría encantada de calentarle la cama porque era muy viril. Hacía semanas que no había conseguido sacarlo de quicio, que no se iba a ningún lugar, ni siquiera a su hacienda, y pasaba las noches en sus aposentos. ¿Y si compartía ese tiempo con otra?

Bah, ¿qué le importaba?

Cuando consideró que ya había terminado de desayunar se levantó, tenía que prepararse para sus lecciones, pero entonces su padre pareció verla y la detuvo.

—Un momento. Tengo algo importante que comunicarte.

—Ahora no tengo tiempo. —Siguió su camino.

—Como quieras, aunque creo que será mejor que me escuches.

—Puede escribirme una carta —señaló con sarcasmo, dándole la espalda—. No necesito oír su voz.

Rose siguió hasta las puertas que separaban el comedor del resto de la mansión, pero la voz taimada de lord Kendal la detuvo.

—Me marcho a Boston, a América, y tú vendrás conmigo.

—Puede irse a donde le plazca, pero yo no pienso acompañarlo ni a la puerta, menos a la otra punta del mundo. —Rose agarró la manija y la abrió.

—No me has entendido, nos vamos en dos días. Te guste o no. Puedes ir preparando el equipaje; algo ligero, no quiero ir cargado de baúles inútiles, llenos de vestidos y sombreros. Ah, y procura que ninguno sea gris. Tienes todo un vestuario colorido que te mandé hacer.

Rose se giró y lo enfrentó con la mirada cargada de ira. Observó a la institutriz, apretaba los labios en una fina línea. ¿Podía obligarla a dejarlo todo? Sí, sí podía.

—Veo que ya has reaccionado, esa cabecita tuya ya se ha dado cuenta de que no tienes otra opción.

—Puedo negarme, me quedaré aquí, con Betty, la señora Cranston, y con Maisie, la doncella de mamá. —Le gustaba nombrarla y atormentarlo—. Ya lo hice una vez. ¿Recuerda?

—Maisie ya no está en la casa, me parece que no has visto que hay algunas zonas cerradas y la mayoría de los criados se marcharon ayer.

Tenía razón, había visto revuelo en la casa, pero lo asoció a la limpieza general que se hacía siempre por aquella época. De nuevo le dedicó una

mirada cargada de inquina.

—Si me obliga a acompañarlo le haré la vida imposible —amenazó, y añadió crispada—: ¡No lo soporto! No soporto estar bajo su mismo techo, así que menos aún aguantaré un viaje eterno, en barco, y a un lugar extraño solo con su compañía.

—Deja de ser una niña malcriada. Te he consentido todo porque tu madre murió, pero ¡ya basta! —exigió y se levantó exaltado.

—¡Menos mal que murió y no tuvo que verlo como lo hice yo! —bramó con furia y rabia sin retroceder ante el avance de su padre hacia ella—. Es un...

El sonido de la bofetada en su rostro y el orgullo herido la alarmó más que el daño que sintió. Un silencio sordo y abrumador llenó todo el espacio. Al reaccionar, Rose, quiso salir corriendo, pero su padre fue más rápido y la agarró del brazo para que no se marchara. Por el rabillo del ojo vio a Betty tensarse.

—¡No! No te vas a ir. Me vas a escuchar.

—¡Lo odio! ¡Lo odio!

—¡Perfecto! Pues si tanto me odias y no me soportas podemos arreglarlo de una forma muy sencilla. ¡Cásate! Y deja de vivir bajo mi techo y gastar mi dinero. ¡Ya tienes edad! —Lord Kendal se giró sobre sí mismo con el rostro crispado. Rose lo había visto así pocas veces. Luego se volvió para enfrentarla—. Sí, esa será la solución. Concertaré tu matrimonio y dejarás de ser mi problema.

—No se atreverá —murmuró asustada.

—No me pongas a prueba.

—Creo que deberían serenarse —intervino la señorita Bramson—. Lord Kendal, si me permite...

Rose vio cómo él asentía con un gesto exasperado y se dejaba caer en su asiento.

—Creo que Rosemary no está preparada para casarse. Además, todavía no

ha sido presentada en la corte ni iniciado su temporada. Si desea un matrimonio, mi consejo es que la interne en una escuela de señoritas; donde le enseñen a comportarse como una dama y conseguir un buen marido.

—Creí que usted se encargaba de esas cosas.

—Sí, yo la he instruido en francés, literatura, costura, algo de música... pero allí le enseñaran etiqueta, piano, cómo comportarse... Conozco el lugar adecuado. La Escuela de Señoritas de lady Acton, en Minstrel Valley.

—O sea, que en un lugar como ese van a domarla un poco —señaló lord Kendal con sarcasmo.

—Lady Rosemary está confundida, milord —la defendió su institutriz—. Creo que allí podrá acceder a su primera temporada con todas las garantías.

A Rose le sonó a una especie de internado de huérfanas campesinas. Atónita contemplaba la conversación. Estaban hablando de su futuro como si no estuviera allí, delante de ellos. Y era un futuro bastante oscuro. Se casaba o la internaban en aquel lugar, alejado de Londres y del mundo entero. No podía aceptarlo.

—No pienso ir a un sitio de esos. ¡No pienso ir a ningún lado!

—Me parece que no tienes opción. Encárguese, señorita Bramson. No pienso cargar con ella en estas condiciones. Si no quiere verme, yo a ella tampoco.

—Escribiré a lady Acton inmediatamente, ella selecciona a sus alumnas personalmente, pero estoy segura de que no habrá ningún problema.

—¿Es un lugar estricto, una escuela seria?

—Por supuesto, lord Kendal —señaló, casi ofendida de que dudara de ella—. Lady Acton es una dama muy distinguida, sus enseñanzas son poco convencionales, pero triunfantes. Consigue convertir a las jóvenes en Damas Selectas. Su escuela no tiene una larga experiencia, pero sí mucho éxito. Prepara a las debutantes para la temporada y es tan exigente que no las forma solo para acceder a un buen matrimonio y conseguir un marido adecuado, las prepara para tener éxito social. —Rose apreció cierta admiración en las

palabras de su institutriz y sintió escalofríos. ¿Dónde pensaban enviarla? Allí nunca podría ser ella misma—. Creo que lady Rosemary no podría ir a un lugar mejor.

Lord Kendal se levantó y Rose lo vio dudar si ir hacia la puerta o en su dirección.

—Ni se me acerque. Es odioso. Voy a odiarlo siempre.

Él la miró con una fijeza que no supo interpretar, podría decir que le dolería la mandíbula de lo que la tensó.

—¿Crees que eso me importa?

Ella se arrojó a su pecho y lo golpeó con el puño, envuelta en un llanto angustioso.

—No puede hacer eso, no puede...

Las manos de la institutriz sobre sus hombros la separaron del torso paterno y él, sin añadir nada más, dejó caer una mirada apagada sobre ella, se dio media vuelta y se marchó. Rose no lo vio, pero tuvo la impresión de que había vacilación en sus pasos.

Lord Kendal no se había marchado a los dos días, tardó una larga semana. El tiempo que la señorita Bramson tuvo para escribir a lady Acton y, a saber qué le había contado, porque la dama no tuvo dudas en aceptarla en su escuela sin conocerla. Su vida iba a ser un infierno en aquel lugar. Había inventado cien excusas para abordar a su padre y rogarle que no la enviara allí, pero se había arrepentido al segundo siguiente. Apenas lo había visto, aunque en ocasiones tenía la impresión de que la espiaba cuando estaba en el jardín. Lo odiaba en aquellos momentos. Se sentía muy desgraciada, pero, a la vez, necesitaba tanto al padre que fue antes de que él lo estropeará todo, que se sentía vacía por dentro.

Rose parecía flotar en una nebulosa, como si no fuese real lo que estaba

viviendo. Durante el viaje había intentado sonsacar información a la señorita Bramsom sobre el pueblo al que la enviaban, pero esta se había limitado a darle datos geográficos del lugar. Minstrel Valley se hallaba al norte, en el condado de Herfordshire, y se situaba entre dos colinas: Scott Hill, donde se encontraban las ruinas medievales de un castillo; un pozo de los deseos y El Puente de las Ánimas que se alzaba sobre el cauce de un riachuelo que hacía demasiado tiempo había dejado de fluir, ambos de la época romana. Y, en el otro extremo, hacia el sur, la colina de Lake Hill, donde se encontraba el lago Minstrel en el que desembocaba el río Oldriun. Sobre este se alzaba un puente medieval que lo atravesaba, el Puente del Pasatiempo.

«Aburrido», pensó Rose al escucharla. Pero la narración que la institutriz hizo, emocionada, de una estatua de piedra en la plaza del pueblo, levantó su curiosidad. No era un monumento cualquiera: representaba a una pareja que estaba a punto de besarse y, lo más sorprendente, era que tenía un tamaño natural. Algo muy inusual en la época. Rose habría jurado que hablaba de ella con cara soñadora, como si al describirla pensara en un enamorado. Luego, al darse cuenta de lo que le contaba, se ruborizó y permaneció en silencio, como si estuviera perdida en sus propios pensamientos. En alguna ocasión tuvo la impresión de que la institutriz iba a decirle algo, pero volvía a sumirse en la contemplación del paisaje.

A medida que el carruaje se adentraba en aquella zona rural, pensó que su vida se había vuelto tan gris como los vestidos que había llevado hasta hacía una semana, antes de que su padre diera órdenes de tirarlos todos. Se sintió desterrada de Londres. Había hecho que su padre se alejara de ella y, con seguridad, la olvidaría en aquel rincón del mundo. Había dejado de juzgarlo, aunque no lo perdonaba.

Observó la campiña con hastío, aquello era un pueblo. Sin embargo, al mirar por ambos lados de las ventanillas del carruaje, quedó atrapada en las cristalinas aguas del lago, que vislumbró a su derecha. Se sintió subyugada en un segundo.

El coche había entrado a Minstrel Valley por Old London Road y siguieron por la avenida hasta llegar a lo que supuso el centro del pueblo, Legend Square, donde cruzaron la bulliciosa plaza. La señorita Bramson le señaló hacia un lugar y abrió mucho los ojos al ver la estatua. Era magnífica, tendría que visitarla a pie para poder contemplarla bien. Continuaron por otra calle Tow Hall Street y luego se desviaron por King's Road.

—Estamos llegando —anunció la institutriz—. Este camino lleva a Minstrel House.

Escucharla la estremeció. Habían pasado unas pocas horas desde que abandonara su Londres natal y se amohinó al no saber cuándo regresaría.

Atravesaron una gran puerta y entraron en una zona amurallada; a lo lejos, altiva, se alzaba la gran mansión. Cuando el carruaje se detuvo frente a ella, el labio inferior comenzó a temblarle. La mano enguantada de la señorita Bramson agarró las suyas, que descansaban sobre su regazo. El conde se había marchado el día anterior, sin despedirse, y no supo si eso le había agradado o no. Miró por la ventanilla. La fachada era impresionante, combinada de piedra gris y detalles blancos. La voz de la institutriz la hizo girarse hacia ella.

—Estás hermosa con este traje, el azul te sienta muy bien.

Ella sonrió y agradeció el cumplido. Había descubierto en su armario varios vestidos similares, de colores pálidos, muy bonitos, todos para lucir en su nuevo hogar.

—Ya verás que este lugar no es tan malo como crees. Conozco a lady Acton. Es rígida, pero amable. Que no te asuste su presencia, ni su silla de ruedas. —Se rio—. Respeta las normas, no seas testaruda, guarda esa rebeldía que tan bien le has mostrado solo a tu padre, sé aplicada y deja en buen lugar el apellido que llevas.

—No hace falta que me digas estas cosas, sé que debo estudiar y dar lo mejor de mí.

—Sí, pero Rose, lo esencial en la vida no es adquirir conocimientos para

dar conversación. Aquí tienes la oportunidad de pensar por ti misma. Cuando asistas a bailes, que asistirás después de tu presentación, recuerda que habrá caballeros que preferirán tu hermosura a tu inteligencia.

—¿Debo parecer tonta para ser más elegible? — preguntó con burla.

—Debes ser tú misma. Pero no olvides que el futuro no es fácil para una mujer y tú estás llamada a ser una gran dama en la sociedad.

Bajaron del coche y Betty Bramson la despidió como le hubiera gustado que hiciera su madre, si estuviera viva: con un abrazo.

Junto al carruaje, un hombre mayor que se presentó como Thomas Barry, el portero, se hizo cargo del equipaje, un par de baúles y una maleta, que le entregó el cochero, y la avisó de que pronto lo tendría en su habitación. Ella cargaba una pequeña bolsa y el hombre se la cogió. Rose miró hacia la escuela e inclinó la cabeza para verla en su esplendor; parecía un castillo con sus torres cónicas. Le gustó su aspecto, extraordinario, majestuoso. Era una excelente mansión, rodeada de jardines bien cuidados. Esperó que la institutriz la acompañara, pero esta le dijo que tenía que regresar. Se había comprometido a cerrar Kendal House, junto al ama de llaves, y tenía varias horas de regreso a Londres. Eso la llenó de angustia, pero no la demostró.

—Cuídate, Rose —le dijo con cariño, como la llamaba su padre—, en unos días verás esta acción con otros ojos.

Permaneció allí, anclada al suelo de tierra, mientras vio a la que ya no era su institutriz subir al carruaje y cerrar la portezuela. Al instante el cochero tomó asiento en su lugar y dejó caer el látigo haciéndolo restallar y los cuatro caballos se pusieron a trotar, renuentes primero y a un ritmo coordinado después. Rose permaneció con la mirada fija en la silueta que se alejaba. Era la segunda vez en su vida que se sentía tan sola.

Con paso trémulo siguió al hombre que terminaba de dar instrucciones a un lacayo y este, como si fuera invisible, cogió el equipaje y siguió su tarea. Al empezar a subir las escaleras, Rose se dio cuenta de que había una joven que portaba una pequeña maleta.

—No debería cargar eso, señorita —comunicó el portero; el lacayo había desaparecido en la entrada.

—Sí, yo...

Rose vio que estaba muy nerviosa e intuyó que tan asustada como ella. Se dirigió a la muchacha.

—Buenos días, soy lady Rosemary Lowell... Rose. ¿Es tu primer día, también?

—Emily. Señorita Emily Langston, pero mis hermanas me llaman Mily. Sí, llegué hace un rato.

El portero cogió el equipaje de la chica y esperó a que retomaran el paso, con una maleta en cada mano.

—¿Continuamos? —inquirió Rose.

Miró a la joven y esta se sonrió. Su rostro se transformó con aquella mueca; tenía algunas pecas y los tirabuzones que le sobresalían del sombrero eran más anaranjados que rojos y brillaban con el sol. Observó que el vestido le apretaba en algunas zonas por sus formas redondeadas.

Rose se sujetó la falda y la alzó lo justo para subir los pocos escalones que le faltaban, sintió el corazón bombearle con intensidad y trató de sosegarlo: inspiró y soltó el aire con disimulo y le pareció que se serenaba un poco.

—No sabía qué ponerme y al final escogí el vestido menos acertado, pero el que más me gustaba —señaló Emily, como si le aclarase alguna duda o quisiera llenar el silencio.

—Te sienta muy bien el amarillo pálido.

Llegaron a la entrada. Tras aquellas puertas de madera oscura, talladas con un gran escudo de los condes de Acton, le esperaba su futuro. Rose tomó aire y miró al cielo, pensó en su madre. Una escuela de señoritas para ser una dama. Esperaba conseguirlo para que se sintiera orgullosa de ella. Aunque el motivo de estar allí le generaba angustia y melancolía. Miró a la joven que tenía al lado y la vio tan renuente como ella.

—¿Vamos?

Rose tendió su mano enguantada y Emily, su primera amiga en aquel lugar, se la agarró como si fuera un asidero que la sujetara al mundo. Se dispusieron a cruzar el umbral de la gran mansión que sería su nuevo hogar. Lo hicieron juntas.

Minstrel House las recibió solemne.

Capítulo 1

*M*instrel House.

Minstrel Valley, 1 de agosto de 1837

Rose vio, a través de los grandes ventanales de su habitación, cómo Johnny, el chico que trabajaba en los establos y que solía encargarse de algunos recados, como traer el correo a la Escuela de Señoritas de lady Acton o llevar alguna nota a donde fuese, salía de la propiedad. Alzó la vista al horizonte y vio el lago Minstrel a lo lejos, entre los frondosos abedules y fresnos centenarios.

Hacía más de un año que estaba allí. Al principio había creído que jamás se adaptaría; sin embargo, podía decir que aquel lugar se había convertido en un hogar. No obstante, echaba de menos Kendal House, a la señora Cranston, a Maisie, perderse horas en los aposentos de su madre para leer, como si ella estuviera allí, acompañándola. Pero todos se habían olvidado de ella; desde sus pocas amigas a su propio padre. Quizás, que ella no le hubiera contestado a sus primeras cartas tenía algo que ver, pero lo dudaba. Sin embargo, no había vuelto a recibir correspondencia suya. Tan solo le había llegado alguna

misiva de la señorita Bramson que, con unas pocas letras, le transmitía que podía contar con ella, si la necesitaba.

Se daba cuenta de que ya no era la misma, atrás había dejado la niña que fue. Estar con otras muchachas la había cambiado. En Minstrel House no solo había hecho amigas, que sabía que lo serían siempre, sino que había aprendido muchas cosas; cosas de las que su madre se sentiría muy orgullosa. Había cogido destreza al montar a caballo, mejorado su habilidad con la aguja en el bordado y había descubierto una pasión al piano, pero, sobre todo, iba a convertirse en una Dama Selecta, como a ella le hubiera gustado. Con el patrocinio de lady Rutshore, junto a otras jóvenes, había sido presentada en Sant James, con la ausencia de su padre que no pudo regresar a tiempo de su viaje a Boston, dada la larga travesía. Y, también, bajo el patrocinio y supervisión de la marquesa acudió a Rutshore House, donde se hospedó con sus compañeras, para asistir a la fiesta que *Harry*, lady Rutshore, daba en su mansión con motivo de una nueva exposición sobre Egipto. Su marido, el marqués, dirigía el Museo de Historia Antigua de su propiedad. A Rose le fascinaba todo lo que tenía relación con el museo y le apasionaba la vida del marqués y sus viajes en los que exploraba la antigua civilización de los faraones. Quizás algún día ella también podría visitar aquellas pirámides legendarias. En las fiestas a las que había asistido, bajo la supervisión de Harry, había bailado y conversado con caballeros y participaba de su primera temporada. Solo que ella, y las demás chicas, se estaban formando para comportarse en sociedad como debía hacerlo una dama y allí ponían en práctica lo aprendido. Tras las fiestas regresaban a Minstrel House; sin embargo, eso no había disuadido a algún caballero interesado en querer visitarla, a ella o a otra compañera, en el pueblo. Aunque estar allí le daba cierta seguridad y la hacía sentir más inaccesible.

La Escuela de Señoritas de lady Acton era poco convencional, no era como las demás escuelas, y secretamente le daba las gracias a su antigua institutriz por animar a su padre para que la internara allí.

Había aprendido todo lo que una señorita de su categoría debía saber. Sin embargo, a pesar de lo bien que se sentía entre sus compañeras y de lo mucho que le gustaba su habitación, orientada al sur, al lago, se sentía sola muchas veces; entonces, como empujada por una extraña fuerza interior, necesitaba aislarse, poner distancia con todo y con todos. Aunque, tenía que reconocer que las otras alumnas, sobre todo con las que había estrechado lazos de íntima y verdadera amistad, y las clases, habían conseguido menguar aquella melancolía, pero aún había días en los que no podía desprenderse de ella y su ánimo se tornaba taciturno y distante; triste. Sin embargo, las clases habían terminado por la época estival y nadie había reclamado su presencia. No sabía si su padre había regresado, por lo que no podía volver a casa. Ella no había ido ningún fin de semana, como hacían sus compañeras. Se quedaría allí, pero ¿hasta cuándo? ¿Qué iba a ser de su vida cuando saliera de aquellas paredes? Aquel pensamiento la estremeció. No tenía buenos augurios.

Dirigió la vista hacia su escritorio, sobre él tenía un calendario. En unas semanas cumpliría diecinueve años.

Volvió a mirar el azul del lago en la distancia y suspiró con pesar; en ocasiones presentía que la llamaba y más de una vez había deseado meterse en sus aguas y no salir jamás. Y aquel era uno de aquellos días.

—¡Aligérate! —gritó alguien a su espalda, invadiendo su intimidad—. Han servido ya el desayuno.

Dibujó en su rostro una sonrisa, alejó de su mente tan tristes pensamientos y se dio la vuelta para recibir a Emily.

—Pensé que ya te habrías marchado, Mily.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

—He cambiado de opinión. Cuando mi padre vino a recogerme le supliqué que me dejara aquí —alegó la pelirroja, y caminaron hacia las escaleras—. Pensé que no me esperaba un mes muy tranquilo. Mi hermana Charlotte está en Londres y embarazada, querrá que cuide de su pequeño, y, si iba a la casa familiar, en el campo, con mi otra hermana y sus cinco hijos, ¿quien se iba a

encargar de ellos? Pues la hermana soltera y fea, y no tengo aspiraciones de niñera. Prefiero quedarme aquí, contigo. No quiero perderme nada.

Al entrar en el comedor se llevó una grata sorpresa. Estaban a primero de agosto, pensó que algunas muchachas se irían con sus familias para pasar el último mes del verano. Incluso había especulado con la idea de que las que se habían marchado a sus casas de campo, o a Londres para asistir a alguna fiesta, no regresarían hasta más adelante, pero se había equivocado. En sus pensamientos más negativos y funestos se había imaginado sola, vagando por la escuela en compañía de no sabía quién, porque hasta la directora de la escuela, la señorita Harper —lady Eleanor— se había tomado unos días de descanso. Había creído que, mientras sus compañeras disfrutaban de sus familias, ella tendría que ocuparse en las tareas que lady Valery le asignara para no mantenerse ociosa.

Pero no, allí estaban: lady Jane Walpole, lady Margaret Ashbourn, lady Noelle Montague, lady Constance Dryton, lady Amanda Etherington y lady Christine Bradbury; la Honorable Hester Kaye y las señoritas: Rebecca Grant, Tiberia Seymour y Mariana Salisbury. Faltaba la señorita Lorianne Bowler, ella era la única que había partido con la familia.

—Pensé que os marcharíais y estaría sola.

—Yo solo estuve fuera el fin de semana en casa, como siempre —comentó Margaret—, pero, al seguir mis padres de viaje, me gusta regresar a la escuela, así puedo estar con todas vosotras. —Y añadió con condescendencia fingida—: Así que no te librarás de mí.

Rose sonrió con afecto a su amiga. Le había cogido mucho cariño y se alegraba de que quisiera estar allí. Sus padres estaban en un largo viaje fuera de Inglaterra, aunque solía visitar Londres para ver a su hermano.

Cada una de las chicas alegó una cosa para seguir allí; no le importaron sus razones, se sintió bien. Era un grupo bien avenido y con ellas por allí todo sería más divertido.

Nancy y Ginnie se ocuparon de servir un succulento desayuno. Eran las

criadas más complementarias que había visto nunca, una tenía toda la sal que a la otra le faltaba, pero parecían compenetrarse muy bien para realizar las tareas. Entre las dos habían llenado la mesa de bollos, miel, mantequilla, mermelada, pastel de carne, conserva de aves, encurtidos de pescado, chuletas, salchichas, huevos, embutidos y, por supuesto, té. Solían servir alguna jarra de café y otra de leche, aunque eran pocas las que se dignaban a probar el brebaje negro que tanto le gustaba a su querida Emily Langston. Incluso depositaron en la mesa una fabulosa tarta de manzana. Supuso que la habría traído la señora Randall para ellas.

Annie Randall era una mujer amable y servicial. Había sido la guardesa en otros tiempos, ocupaba una casita muy cerca del muro que rodeaba la mansión y algunas veces ayudaba a su marido en el cuidado de los jardines. Pero lo que realmente se le daba bien era hacer tartas; le salían muy buenas, algo que, era sabido por todas, molestaba a la cocinera, la señora Witt.

Mientras desayunaban, el rumor de la historia de la señorita Harper corrió como la pólvora sobre la mesa. Rose escuchó cómo, de unas a otras, pasaba la noticia de que tanto la directora como la profesora de etiqueta habían tenido que ocultar su identidad para protegerse de algún pariente sin escrúpulos. Ahora, la señorita Harper era lady Eleanor, y, la señorita Sherman, lady Valery. Por suerte había triunfado la justicia y, además, ambas habían encontrado el amor en Minstrel Valley, y aquello hacía suspirar a más de una.

Después las chicas cambiaron de tema, las que habían asistido a alguna fiesta relataron los bailes y qué soltero de oro había asistido.

Rose percibió que el ánimo la cambiaba y se notó más animada, observó a sus compañeras como la gran familia que eran y se sintió contenta de poder compartir ratos como aquel. Al ser verano no tenían clases, aunque no dudaba de que alguna profesora, que también permanecía en la escuela, decidiera hacer repaso de algún tema. No le importaba porque también tendría más tiempo libre para pasear por el pueblo. Le encantaba caminar por

sus calles, cruzarse con los vecinos y encontrarse en algún rincón a la pintora del pueblo, la señorita Barbara O'Neill. Era sobrina del quesero, el señor Ronan O'Neill. Hacía poco le había realizado un retrato a ella, igual que había hecho con otras compañeras, y solían conversar sobre pintura. De todas aquellas expectativas lo que más entusiasmó a Rose fue la idea de que se podría escapar al lago, a la zona que desde hacía tiempo consideraba su lugar secreto, en el que se refugiaba cuando la sensación de melancolía le oprimía el pecho y no quería que nadie se diera cuenta.

Tras el desayuno, al salir al jardín, se encontraron a la señorita Melinda Culier, la profesora de Literatura, que leía un libro a la sombra: *Emma*, de Jane Austen. Algunas lo conocían y, casi sin darse cuenta, estuvieron comentándolo durante un buen rato, sentadas en la hierba junto a ella. La profesora les instó a escoger otro libro de la autora y poder debatir sobre él, tras su lectura, en otro momento. «Así no están tan ociosas este mes». Eso las ocupó bastante tiempo porque no se ponían de acuerdo con qué obra seleccionar. Al final fue *Persuasión* la novela elegida para la lectura, por ser la última que escribió y cuya publicación había tenido lugar un año después de su muerte, veinte años atrás.

Al despedirse, decidieron acercarse al pueblo. Emily y Hester querían comprar cintas y pañuelos. Hubo división de opiniones. Margaret dijo que prefería quedarse, no le gustaba la señora Gibbs. Era muy chismosa y siempre trataba de sonsacarles información acerca de la escuela. Becca y Jane las secundaron para salir; sin embargo, las otras chicas rehusaron y prefirieron otras actividades. Rose también se excusó, pero no tuvo más remedio que claudicar para acompañarlas, ya que Emily no quería dejarla sola. Y es que su primera amiga en aquel lugar, Mily como le gustaba que la llamaran en la intimidad, podía intuir muy bien cuándo su ánimo estaba decaído, por mucho que lo disimulara, y se le pegaba como una hermana siamesa. Igual que Margaret que, a la mínima, la miraba de reojo como si evaluara su estado de melancolía.

Siguió a las otras hacia las habitaciones, en el primer piso, para recoger sus sombreros, los guantes y el pequeño ridículo y, al encontrarse en lo alto de las escaleras principales, planearon escabullirse sin demasiado revuelo, para no tener que ser acompañadas por alguna doncella. Creían haberlo conseguido cuando escucharon a sus espaldas la poderosa voz de Martha Burton.

—Un momento, señoritas. ¿Se puede saber adónde van?

—Vamos a comprar unas cintas en la tienda de la señora Gibbs —anunció Emily con voz insegura. Bulldog Burton, como llamaban a la gobernanta de la escuela, la intimidaba—. Lady Valery Clayden, nos-nos dio su permiso.

—Lady Valery Clayden nos dio su permiso —repitió con sarcasmo—. Perfecto. ¡Lucy! —gritó hacia algún lugar no concreto.

«Lucy».

Lucy Campbell era una de las doncellas de la escuela, morena, guapa y algo pretenciosa por ese aspecto, incluso se la había visto coquetear con algún familiar que venía de visita. A Rose le gustaba más Doll, era mucho más agradable. Sin embargo, ni a ella, ni a las chicas, les gustaba tener que ir con carabina. El pueblo era pequeño, las conocían a todas y no iban solas, sino en grupo, solían alegar. Pero las estrictas reglas de Minstrel House no les permitían salir sin alguien que las acompañara. Aunque las chicas tenían otra norma, no escrita, y era que podían dar esquinazo a la doncella, con la certidumbre de que ella no las iba a delatar. Estaba convencida de que Lucy agradecía aquel esparcimiento y alejarse un rato de sus deberes domésticos, lejos de la señora Burton. Y todas ellas cubrían gustosas el precio del silencio de la criada.

Rose pensó que una vez en la tienda de la viuda Gibbs, con el revuelo de las cintas y el montón de cosas que almacenaba, las chicas estarían entretenidas y podría escabullirse, sentía la necesidad de estar sola. El recuerdo de su madre la perseguía aquel día más que otro, pero no había encontrado ninguna excusa para retirarse. Despistarlas sería más fácil ahora

que Margaret —mucho más avispada— no estaba, pero no había contado con Lucy. La idea de perderse por el camino y seguir dirección al sur con un pequeño rodeo, rumbo al lago, se le acababa de estropear. Se resignó, junto a las otras esperó a la doncella con fastidio y, cuando se sumó al grupo, todas se dirigieron hacia la salida, con la mujer detrás.

Cuando cruzaban el amplio, elegante y embaldosado vestíbulo, Rose miró los bustos de los grandes pensadores que adornaban la estancia sobre unas peanas muy bonitas: Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón y Séneca, como los grandes eruditos que fueron y ahora custodios de aquel lugar. Recordó, al ver la segunda pieza, la del gran filósofo griego impulsor de la Academia, que debía devolver un libro a la biblioteca. La lectura de *El banquete* la había subyugado por los diálogos. Se había maravillado con aquellas palabras enardecidas que debatían sobre el amor, escritas hacía más de tres siglos antes de Cristo, y que bien podrían haberse escrito hacía unos pocos años. Aquella lectura la había atrapado y hasta que no la acabó no fue capaz de conciliar el sueño. Iba a perder la vista si se empeñaba en leer a la luz de una pequeña lámpara de gas y unas cuantas velas. Pero la idea de que el ser humano, en su origen, había tenido dos cuerpos, que fueron divididos y estaban condenados a buscarse, la atrajo muchísimo. Quizás por eso sus padres no se habían amado, porque en su destino había otra persona.

«El amor era la búsqueda de la otra mitad, el ser humano era por naturaleza mortal, un ser incompleto que solo podía completarse a través del amor». No dejaba de repetirse aquella teoría como si así se le quedase grabada. No tuvo que convencerse, su madre ya se lo había advertido, un matrimonio sin amor no era lo que quería para ella. Estaría siempre incompleta.

—Lady Rosemary —la llamó el señor Barry y la sacó de sus pensamientos. Thomas Barry era el portero de la escuela, la primera persona que la recibió cuando llegó allí. Un hombre entrado en años y cascarrabias que con su carácter gruñón trataba de ocultar el cariño que les tenía «a las niñas», como él llamaba a las alumnas—. Tiene una carta.

—¿Una carta? ¿Para mí?

—¿Es usted lady Rosemary Lowell, hija de lord Edward Lowell, conde de Kendal?

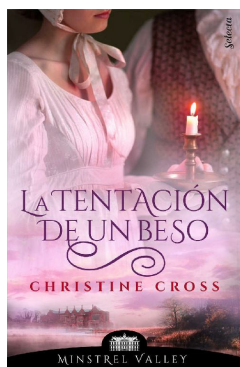
Ella asintió con extrañeza

—Entonces, sí, tiene una carta.

El hombre se acercó a la bandejita que descansaba sobre la mesa rectangular, con encimera de mármol y patas de forja, que había junto a la entrada, la cogió y se la entregó.

Rose sintió las miradas de sus amigas sobre ella y trató de que ningún músculo de su rostro se moviera; supo quién la enviaba antes de leerlo. Su padre. Reconoció el sello lacrado. Sintió un pequeño respingo en su interior, pero lo contuvo con rapidez. Eso solo significaba una cosa. El tiempo se acababa. Con un nudo en el estómago, cogió el sobre que le ofrecía el hombre y lo guardó en el bolsillo secreto, en el lateral de la falda, de su vestido de mañana.

Adéntrate en la nueva y rompedora serie de «Minstrel Valley», creada por catorce autoras de Selecta. Ambientada en la Inglaterra de la Regencia en un pequeño pueblo de Hertfordshire, descubrirás una historia llena de amor, aventuras y pasión. Un misterioso medallón y un apuesto conde harán que la vida de Eleanor dé un giro inesperado...



Eleanor ha cumplido 25 años y se siente algo abrumada por la monotonía de su vida. Una mañana se presenta en la escuela un abogado para hablar con ella. Alguien ha hecho un testamento en su favor dejándole una herencia sustanciosa con la que podría cumplir su sueño de viajar, conocer el mundo y a otras personas, o volver a la alta sociedad a la que pertenecía. Junto con el dinero, recibe también un extraño y antiguo medallón. Asaltada por las dudas sobre la cuestión del dinero, decide hablar con Lady Acton.

Cuando acude a su saloncito privado conoce a **Ashton Melham**, conde de Clifford, un hombre que desestabiliza su mundo, aunque lo considera un aventurero. Él se interesa enseguida por el medallón. Recuerda haber visto algo parecido, cuando era un niño, en algún lugar de la vieja mansión de su familia. Lady Acton anima a Eleanor a tomarse unas pequeñas vacaciones para que pueda serenarse y tomar una adecuada decisión con respecto a su futuro; de paso, podrá visitar la mansión Clifford y averiguar algo sobre el medallón...

Las tardes pasadas en Clifford Manor, se transformarán en un refugio cálido para Eleanor mientras la relación con Ash se va transformando en algo distinto.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljn; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Christine Cross

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-19-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 2

[1] Desde tiempos antiguos, las plumas de ave se usaban para escribir sobre pergamino o papel, pero era imprescindible dominar la técnica para que el esfuerzo no resultase en vano al derramar la tinta sobre el costoso papel. Como el ingenio humano pronto supera las expectativas, hubo quien consideró necesario remediar aquello, y antes de que apareciesen nuestros conocidos bolígrafos, se inventó la pluma estilográfica.

Existen documentos que mencionan artilugios parecidos ya en la Edad Media, pero no fue hasta el siglo XVII cuando se usaron recipientes metálicos para contener la tinta. Surgieron entonces las «plumas fuente», que tuvieron cierta difusión en el siglo XVIII, si bien no se puede considerar ninguno de esos modelos como una verdadera *pluma estilográfica*.

El 27 de mayo de 1827, el Ministerio del Interior francés registró la patente, a nombre de un rumano, Petrache Poenaru, de la que se considera la primera pluma estilográfica de la historia. A partir de ahí, se realizaron mejoras e innovaciones por parte de fabricantes tan reconocidos como Parker o Pelikan.

Capítulo 4

[2] En *La tentación de un beso*, Eleanor lleva el apellido de su padre, igual que lo hizo su madre, por lo que desconoce que desciende de los Beaufoy-

Scott. La costumbre en Inglaterra de que la mujer adoptase el apellido del esposo al casarse proviene de la época de la conquista normanda, y quedó firmemente establecida alrededor del siglo XIV. Los normandos consideraban a la mujer casada como una posesión del marido. En palabras de una corte judicial en 1340: «Cuando una mujer toma esposo, pierde cualquier apellido excepto el de “esposa de”». Sin embargo, hacia el siglo XV, esta interpretación cambió sobre la base de los textos de la Sagrada Escritura, que se enfocaba no en el poder del marido sobre la esposa, sino en la unidad que el matrimonio les otorgaba. Así, la mujer compartía el apellido del marido como un símbolo de su unión legal y espiritual.

No fue hasta el siglo XVIII cuando las mujeres comenzaron a reivindicar el derecho a mantener su propio apellido. Mary Wollstonecraft, después de casada, siguió firmando con su nombre. Y cada vez más, sobre todo en el mundo literario, las mujeres reclamaron este derecho, lo que causó una gran controversia. En el siglo XIX, durante la época victoriana, algunas mujeres obtuvieron el derecho legal de elegir el apellido que deseaban llevar, pero sería solo hasta 1924 cuando Helena Normanton, la primera mujer abogado en Inglaterra, conseguiría que en su pasaporte, expedido por el Ministerio del Exterior, apareciese su apellido de soltera.

Capítulo 14

- [3] El *arsénico* es una sustancia conocida desde tiempos remotos, y en las antiguas civilizaciones de Asia, se conocía tanto su uso medicinal como venenoso. Con la conquista de Alejandro Magno, este conocimiento se transfirió al mundo helénico, y hacia la época de la Edad Media ya era un medio reconocido y habitual para deshacerse de ciertas personas. De hecho, se le conocía como «el rey de los venenos» o «el veneno de los reyes», tanto por su potencia de acción como por la discreción con la que

podía ser administrado. En el Renacimiento, los Médici y los Borgia lo usaron para acabar con sus rivales. A lo largo de la historia, el arsénico ha estado implicado en casos prominentes de muertes y asesinatos no esclarecidos, llegando incluso a especularse al respecto sobre la de Napoleón Bonaparte en 1821.

El cuadro clínico que presenta el envenenamiento por arsénico incluye síntomas gastrointestinales como: aliento aliáceo (con olor a ajo), náuseas y vómitos, dolor en el epigastrio y diarrea; síntomas cardiovasculares como: hipotensión arterial, *shock* y arritmias; síntomas neurológicos como: letargia, convulsiones, cefaleas, parestesias y coma.

Índice

La tentación de un beso

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Christine Cross

Créditos

Notas